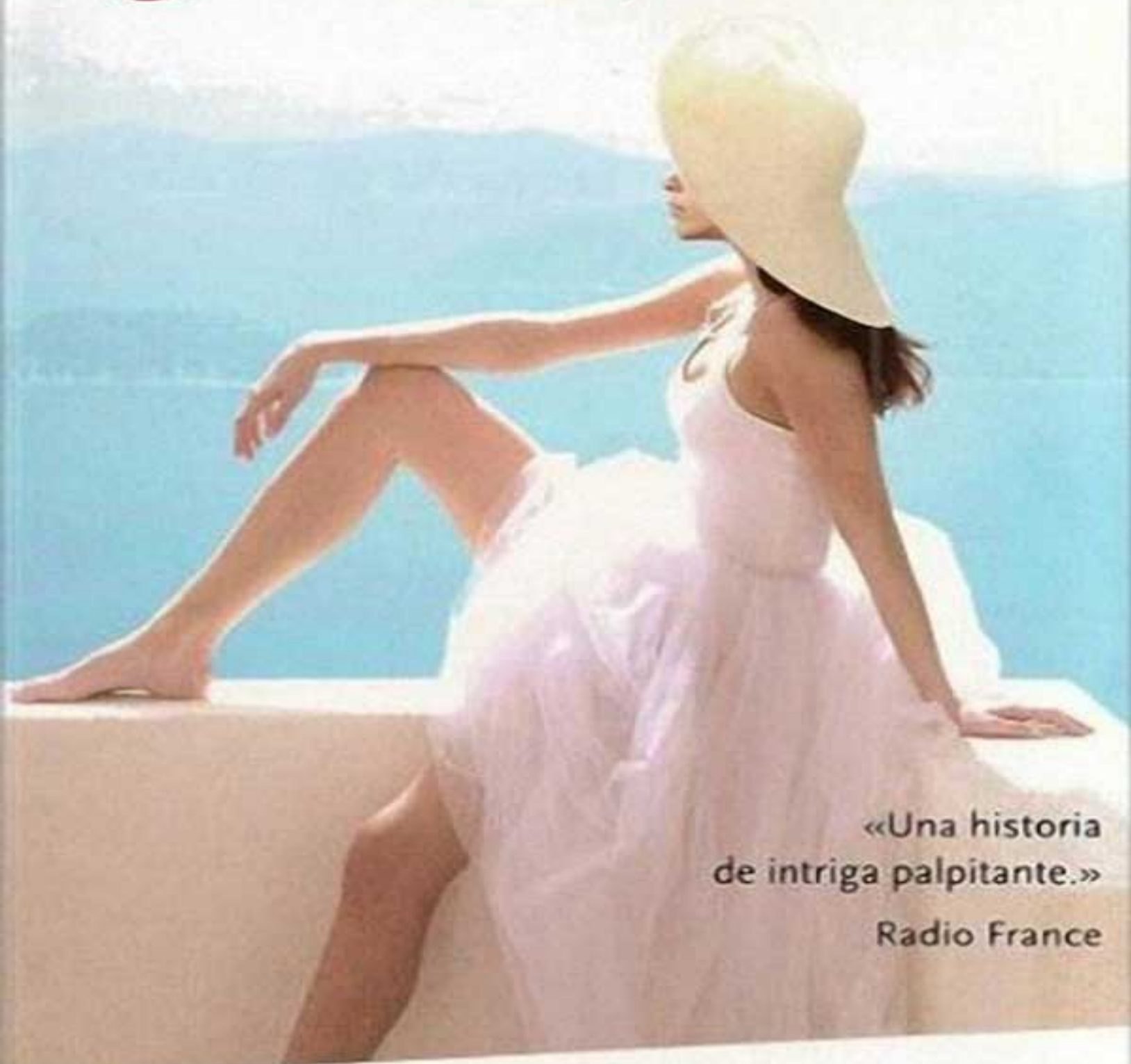


DOUGLAS KENNEDY

Tentación



«Una historia
de intriga palpitante.»

Radio France



Como cualquier guionista de Hollywood, David Armitage aspira convertirse en rico y famoso para huir de la mediocridad de su vida. Cuando está a punto de dar por muerta su carrera, se produce el milagro: la televisión compra uno de sus guiones y se convierte en un rotundo éxito. Pasado un tiempo, el millonario Philip Fleck le propone ir a su isla privada para trabajar en un nuevo guion cinematográfico. David se lleva una desagradable sorpresa cuando descubre que se trata de uno de sus propios guiones, escrito unos años antes, copiado palabra por palabra. Furioso, David se niega a colaborar con el millonario. Pero su decisión le costará cara...

OceanofPDF.com



Douglas Kennedy

Tentación

ePub r1.0

Titivillus 05-12-2021

OceanofPDF.com

Título original: *Temptation (Losing It)*
Douglas Kennedy, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Siempre quise ser rico. Sé que puede parecer un comentario estúpido, pero es la verdad. Una confesión sincera.

Hace más o menos un año se cumplió mi deseo. Tras una mala racha de diez años —una acumulación tóxica de innumerables cartas de rechazo, de «no nos interesa su propuesta», y la habitual colección de fracasos por los pelos («sintiéndolo mucho, estábamos buscando algo así el mes pasado»), y (por supuesto) de que no me devolvieran nunca las llamadas— los dioses del Azar finalmente decidieron que me merecía una sonrisa. Y recibí una llamada. Ni más ni menos: recibí la llamada que todos los que se ganan la vida escribiendo sueñan con recibir.

La llamada era de Alison Ellroy, mi sufrida agente.

—David, lo he vendido.

El corazón se me paralizó un instante. No había oído las palabras «lo he vendido» desde..., bueno, si he de ser sincero, no había oído nunca esa frase.

—¿Has vendido qué? —pregunté, puesto que, en ese momento, cinco de mis propuestas de guion estaban haciendo un periplo de Holandés Errante por una serie de estudios y productoras.

—El piloto —dijo ella.

—¿El piloto para la televisión?

—Sí. He vendido *Te vendo*.

—¿A quién?

—Bueno...

—No me gusta como suena ese «bueno»...

—¿Por qué no?

—«Bueno»... suena a malas noticias después de las buenas noticias.

—¿Siempre crees que las malas noticias acechan detrás de las buenas?

—Ali, ¿cuándo he recibido de ti buenas noticias?

—En eso tienes razón. Pero ahora...

—Al grano. Por favor.

—A la FRT.

—¿Qué?

—Ya me has oído: la FRT, la Front Row Television; de la productora más de moda y más inteligente de programas originales por cable...

Para entonces mi corazón necesitaba una desfibrilación.

—Ya sé quiénes son, Alison. ¿Vas a decirme que la FRT ha comprado mi piloto?

—Sí, David. La FRT ha comprado *Te vendo*.

Un largo silencio.

—¿Van a pagar? —pregunté.

—Por supuesto que van a pagar, David. Esto es un negocio, lo creas o no.

—Lo siento, lo siento..., es solo que no estoy acostumbrado... ¿Cuánto exactamente?

—Cuarenta de los grandes.

—Bien.

—No pareces muy entusiasmado.

—Estoy entusiasmado. Es que...

—Lo sé, no ganarás un millón de dólares. Pero un trato así para un desconocido es, a lo sumo, algo que solo pasa dos veces al año en esta ciudad. Lo sabes perfectamente. Como también sabes que cuarenta mil es el precio habitual para un programa piloto de televisión, sobre todo para un guionista que no tiene nada producido. En fin, ¿qué te pagan actualmente en Book Soup^[1]?

—Quince mil al año.

—Pues míralo de este modo: acabas de ganar el salario de tres años de un golpe. Y esto es solo el comienzo. Sobre todo porque no solo van a comprar el piloto... También van a producirlo.

—¿Te lo han dicho?

—Sí, me lo han dicho.

—¿Y tú te lo has creído?

—Cariño, vivimos en la capital del universo de los bocazas. Aun así, podrías tener suerte.

La cabeza me daba vueltas. Buenas noticias, buenas noticias.

—No sé qué decir —comenté.

—Podrías intentar decir «gracias».

—Gracias.

No solo le di las gracias a Alison Ellroy. Al día siguiente de recibir la llamada, me acerqué al Beverly Centre y me gasté 375 dólares en una pluma Mont Blanc para ella.

Cuando se la di aquella misma tarde, me pareció sinceramente conmovida.

—¿Sabes que es la primera vez que recibo un regalo de un guionista en... cuánto hace que trabajo en esto?

—Tú sabrás.

—Unos treinta años. Bueno, supongo que siempre hay una primera vez. O sea que... gracias. Pero no creas que voy a prestártela para firmar los contratos.

Lucy, por su parte, se quedó boquiabierta cuando se enteró de que había gastado tanto en un regalo para mi agente.

—¿De qué vas? —preguntó—. Finalmente vendes algo, por poco, encima, y de repente, ¿eres Robert Towne^[2]?

—Ha sido un detalle, nada más.

—Un detalle de 375 dólares.

—Podemos permitirnoslo.

—¿Ah, sí? Calcula un poco, David. Alison se lleva el quince por ciento de comisión de los cuarenta mil. Hacienda se queda con el treinta y tres por ciento de tu parte, lo que te deja con menos de veintitrés mil, y la calderilla.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque he hecho cálculos. Como he calculado a cuánto asciende nuestra deuda con Visa y MasterCard: doce mil, y no para de subir. Como he calculado el préstamo que pedimos para pagar la matrícula de Caitlin el trimestre pasado: seis mil, y tampoco para de subir. Como sé que solo tenemos un coche en una ciudad de dos coches por familia. Y el coche en

cuestión es un viejo Volvo de doce años que necesita urgentemente un cambio de transmisión que no podemos pagar, porque...

—Vale, vale. He sido demasiado generoso. Mea maxime culpa. Y por cierto, gracias por aguarme la fiesta.

—Nadie... absolutamente nadie... te está aguando la fiesta. Sabes lo contenta que me puse ayer cuando me lo contaste. Es lo que tú... lo que nosotros hemos soñado desde hace once años. Lo que digo, David, es muy sencillo: el dinero ya está gastado.

—Muy bien, muy bien, lo he entendido —dije, intentando zanjar el asunto.

—Y aunque no le envidie a Alison su pluma Mont Blanc, habría sido agradable que te hubieras acordado primero de quien nos ha estado alejando de la miseria todos estos años.

—Tienes razón. Lo siento.

Y para demostrar cuánto lo sentía, al día siguiente compré una cruz de plata de Tiffany's de 400 dólares que Lucy llevaba tiempo deseando en silencio. Aquel acto de despreocupado riesgo financiero la sacó más si cabe de sus casillas... pero se la puso de todos modos.

—Por favor, no te preocupes por el precio —dije, después de que me tratara de idiota y de manirroto.

—Creo que hago bien en preocuparme...

—Oye, estamos en racha...

—¿No te estás precipitando un poco?

—Es solo el principio, Lucy.

—Espero que tengas razón —dijo ella bajito—. Nos merecemos un poco de suerte.

Le acaricié la mejilla y ella esbozó una sonrisa, tensa y cansada. Parecía realmente exhausta. Con toda la razón, porque los últimos diez años habían sido para los dos un duro ascenso por una cuesta muy pronunciada. Nos habíamos conocido en Manhattan en los noventa. Yo hacía pocos años que había llegado de mi Chicago natal, decidido a triunfar como dramaturgo. En lugar de eso me encontré dirigiendo obras en teatros alternativos y realizando inventarios para Gotham Book Mart^[3] para pagar el alquiler. Conseguí un agente. Consiguió que circularan mis obras. No se produjo

ninguna, pero un guion —*Un día cualquiera en Oak Park*— (una oscura sátira de la vida suburbana) el público lo leyó ante la Avenue B Theatre Company (al menos no era Avenue C). Lucy Everett formaba parte del reparto. Una semana después de la primera lectura, decidimos que estábamos enamorados. Cuando se habían hecho tres funciones de la obra, yo ya me había instalado en su estudio de la Calle 19 Este (pequeño, pero más amplio que el cuchitril que yo tenía alquilado, al otro lado del puente, en Borough Hall). Dos meses después, le ofrecieron un papel en un piloto para una serie de la ABC que se rodaba en California. Como estaba locamente enamorado, no dudé ni un momento cuando ella me dijo «vente conmigo».

Así que nos mudamos a Los Ángeles y alquilamos un pequeño piso de dos habitaciones en King's Road, en West Hollywood. Lucy hizo el piloto. Yo convertí una de las diminutas habitaciones en mi estudio. La cadena rechazó el piloto. Escribí mi primer intento de guion para el cine, *Nosotros, los veteranos*, que describí como «una película de atracadores cómico-sarcástica» acerca de un robo a un banco efectuado por una banda de viejos veteranos del Vietnam. No llegó a nada, pero fiché a Alison Ellroy como representante. Era la última de una especie en peligro de extinción: los agentes de Hollywood independientes, que trabajan en una pequeña oficina de Beverly Hills, en lugar de en un monolito arquitectónico delirante. Después de leer mi guion «cómico-sarcástico» y mis anteriores obras teatrales inéditas «cómico-sarcásticas», me aceptó como cliente, pero también me dio un consejo:

—Tienes talento. Pero escribes como si todavía estuviéramos en los setenta y habláramos diciendo cosas como «el sistema está podrido», mientras nos fumamos un porro, colega.

—Alto ahí —protesté—, no encontrarás un solo arquetipo *hippy* en ninguno de mis guiones.

—Es verdad, pero si quieres ganarte la vida escribiendo en Hollywood recuerda que debes escribir de forma genérica... con algún toque ocasional de sarcasmo cómico. Pero solo un toque. Bruce Willis se hace el listillo, pero sigue persiguiendo al terrorista alemán de mandíbula de acero y rescatando a su esposa de edificios en llamas. ¿Pillas la idea?

Claro que la pillé. Y durante el siguiente año escribí tres guiones: una película de acción (unos terroristas islámicos secuestran un yate en el Mediterráneo en el que viajan los tres hijos del presidente de Estados Unidos); un drama familiar (una madre que se muere de cáncer intenta arreglar las cosas con sus hijos adultos, a los que se vio obligada a abandonar, por culpa de su perversa suegra, cuando eran pequeños) y una comedia romántica (un plagio de Vidas privadas, en el que una pareja de recién casados se enamora cada uno del hermano del otro durante la luna de miel). Los tres guiones seguían normas genéricas. Los tres guiones contenían momentos de «comicidad sarcástica». Ninguno de los tres guiones llegó a venderse.

Mientras tanto, el programa de televisión se desvaneció sin dejar rastro y Lucy descubrió que las puertas del mundo del espectáculo no se abrían precisamente de par en par ante ella. Hizo algún que otro anuncio. Estuvo a punto de conseguir un papel de oncóloga comprensiva en una película de Showtime sobre un corredor de maratón que luchaba contra el cáncer de huesos. También estuvo cerca de conseguir un papel de víctima chillona de un acuchillador en una película de gritos y cuchilladas. Como yo, iba de desilusión en desilusión. Al mismo tiempo, nuestra cuenta corriente llegó a los números rojos. Tuvimos que buscarnos empleos remunerados. Yo entré a trabajar, con un horario de bajo impacto de treinta horas a la semana, en Book Soup (seguramente la mejor librería independiente de Los Ángeles). A Lucy la convenció un compañero actor, también en paro, para que probara la televenta. Al principio no lo soportaba, pero la actriz que llevaba dentro respondió al papel de «vendedora agresiva» que se veía obligada a representar por teléfono. Con gran horror por su parte, resultó ser una campeona de la televenta. Ganaba bastante dinero: unos treinta mil dólares al año. Seguía presentándose a audiciones. Seguía sin conseguir ningún papel. De modo que siguió con la televenta. Entonces apareció Caitlin en nuestra vida. Pedí una excedencia en Book Soup para cuidar de mi hija. También seguía escribiendo: guiones para el cine, una nueva obra de teatro, un capítulo piloto para televisión. No vendí ninguno. Un año después de nacer Caitlin, Lucy dejó que caducara su inscripción en la Asociación de Actores. Yo volvía a trabajar en Book Soup. A Lucy la habían

promocionado al puesto de instructora de televenta. Entre los dos apenas ganábamos cuarenta mil dólares al año netos: una miseria en una ciudad donde muchos gastan cuarenta mil dólares al año en hincharse los pectorales. No podíamos permitirnos cambiar de piso. Teníamos que compartir un Volvo anticuado que había visto la luz durante la primera presidencia de Reagan. Estábamos agobiados, no solo por la falta de espacio físico en casa, sino también por la sensación cada día más nítida de que estábamos atrapados en una vida angosta, con horizontes aún más limitados. Por supuesto, estábamos encantados con nuestra hija. Pero con el paso de los años, cuando los dos nos acercábamos a los cuarenta, empezamos a vernos el uno al otro como los respectivos carceleros. No solo intentábamos asumir nuestros repetidos fracasos profesionales, sino también el reconocimiento de que, mientras las personas que conocíamos recogían los frutos de los años de prosperidad de Clinton, nosotros estábamos empantanados en tierra de nadie. Pero si bien Lucy había abandonado toda esperanza en cuanto a su carrera de actriz, yo seguía haciendo guiones como salchichas, para su exasperación, puesto que (con razón) consideraba que cargaba a sus espaldas con el peso de ganar el pan. No dejaba de insistir para que dejara el empleo de Book Soup, intentara abrirme camino en alguna empresa de Internet y cabalgara en la ola de las OPI^[4]. Yo no cedía y le decía que el empleo en la librería me permitía seguir con mi trabajo de escritor.

—¿Tu trabajo de escritor? —saltó ella, con un tono sarcástico que rayaba en el desprecio—. Ojalá dejaras de decir tonterías...

Por supuesto, eso desencadenó una de esas peleas conyugales termonucleares en las que años de resentimiento acumulado, hostilidad y frustraciones domésticas, explotan de repente en la clase de enfrentamiento que abre grietas bajo los pies. Me llamó fracasado. Yo la acusé de no tener talento. Ella me dijo que era un egocéntrico, hasta el punto de poner mi carrera de escritor sin ningún futuro por encima del bienestar de Caitlin. Yo contraataqué diciendo que además de ser un modelo de responsabilidad doméstica (porque lo era), mi integridad profesional seguía intacta. El siguiente intercambio de impropiedades fue brutal:

LUCY: ¿Integridad? ¿Tú, que no has logrado vender nada, repito, nada, tienes el valor de hablarme de integridad?

YO: Al menos yo no me he convertido en el Dale Carnegie de la televenta.

LUCY: La única razón por la que hago ese trabajo de mierda es porque me he casado con un fracasado...

YO (cogiendo el abrigo): Que te den.

LUCY: Vete, anda. Añade un matrimonio fracasado a tu colección de éxitos...

Me marché hecho una furia. Conduje toda la noche, y acabé al norte de San Diego, caminando por la playa, en Del Mar, deseando ser lo suficientemente despreocupado para seguir hacia el sur, cruzar la frontera a Tijuana y desaparecer del desastre que era mi vida. Lucy tenía razón: era un fracasado. Pero al menos era un fracasado relativamente responsable, y no pensaba abandonar a mi hija en un arrebato de furia. De modo que volví al coche, me dirigí al norte y llegué a casa antes del amanecer. Encontré a Lucy completamente despierta, acurrucada en el sofá de nuestro repleto salón, con una expresión más que desconsolada. Me dejé caer en una butaca delante de ella. Estuvimos un buen rato sin decir nada. Por fin fue ella la que rompió el silencio.

—Ha sido horrible.

—Sí —dije—. Horrible.

—No creía lo que decía.

—Yo tampoco.

—Es que estoy tan cansada, David.

Le cogí la mano.

—Ya somos dos —dije.

Así que cumplimos el ritual de besarnos y hacer las paces, y le dimos el desayuno a Caitlin, la metimos en el autobús escolar, y los dos nos fuimos a nuestros respectivos trabajos, que no nos proporcionaban ningún tipo de satisfacción, y ni siquiera nos compensaban económicamente. Cuando Lucy llegó a casa aquella noche, se había restablecido la paz doméstica, y no volvimos a mencionar aquella espantosa pelea nunca más. Pero las cosas,

una vez dichas, quedan dichas..., y una corriente de frialdad silenciosa, pero perceptible, se asentó entre los dos. Por mucho que intentáramos comportarnos como si todo fuera bien, nuestro matrimonio había empezado a perder su centro de gravedad, su lastre.

Y cuando empiezas a perder lastre, inevitablemente estás perdido.

Sin embargo, ninguno de los dos deseaba enfrentarse a esa lúgubre realidad. De modo que nos mantuvimos ocupados. Escribí otro proyecto de guion inútil y el piloto de una serie de treinta minutos titulada *Te vendo*, dedicada a las complejas relaciones internas en una agencia de relaciones públicas de Chicago (mi ciudad natal). Los protagonistas eran un grupo de neuróticos inteligentes y susceptibles. Y, por supuesto, era sarcásticamente cómica. Hasta le gustó a Alison; era el primer guion mío que elogiaba en muchos años... aunque para su gusto fuera un poco «demasiado sarcásticamente cómico». De todos modos, lo pasó al jefe de proyectos de la FRT. Él, a su vez, lo pasó a un productor independiente llamado Brad Bruce, que empezaba a hacerse un nombre como generador de sit-coms ocurrentes y fuera de lo común para la televisión por cable. A Brad le gustó lo que leyó... y recibí aquella llamada de Alison.

Fue entonces cuando empezaron a cambiar las cosas.

Brad Bruce resultó ser una *rara avis*: un tipo que creía que la ironía era la única forma de enfrentarse a la vida en la ciudad de Los Ángeles. Como yo, rondaba los cuarenta; como yo era del Medio Oeste, de Milwaukee (pobre de él). Congeniamos inmediatamente. Mejor aún, establecimos un método de trabajo fluido. Yo respondía de forma positiva a sus observaciones. Nos compenetrábamos bien. Nos reíamos. Y a pesar de que él sabía que aquel era el primer guion que yo lograba vender, me trataba como si fuera un compañero veterano de las guerras televisivas. A cambio, yo trabajaba sin descanso para él. Porque sabía que tenía un aliado, un rabino... aunque, también sabía que, si el piloto no se hacía, su atención se desviaría hacia otra parte.

Pero Brad era un trabajador empecinado y el piloto se rodó. Es más, era todo lo que debía ser un piloto: estaba bien interpretado y dirigido, y tenía un estilo agudo y divertido. A la FRT le gustó. Una semana después, Alison me llamó:

—Siéntate —dijo.

—¿Buenas noticias?

—Las mejores. Acabo de hablar con Brad Bruce. Te llamará dentro de poco, pero yo quería ser la mensajera. Escucha: la FRT te encargará una serie inicial de ocho episodios de *Te vendo*. Brad quiere que escribas cuatro y seas el supervisor de todos los guiones de la serie.

Me quedé sin habla.

—¿Sigues ahí?

—Intento recoger mi mandíbula del suelo.

—Déjala ahí hasta que oigas las cifras que ofrecen. Setenta y cinco mil por episodio, que hacen un total de trescientos mil dólares por los guiones. Imagino que puedo conseguirte ciento cincuenta mil más por la supervisión de los demás episodios, por no hablar de la mención «Creado por...», por no hablar de un porcentaje de un cinco al diez por ciento sobre todo el programa. Felicidades, estás a punto de hacerte rico.

Aquella noche me despedí de Book Soup. Al final de la semana, habíamos dado una paga y señal para una casita encantadora de estilo español en Mid-Wiltshire. Cambiamos el viejo Volvo por un Jeep Cherokee nuevo. Yo hice un *leasing* de un Mazda Miata, prometiéndome un Porsche Boxter si se rodaba una segunda temporada de *Te vendo*. Lucy estaba encantada con nuestro cambio de posición. Por primera vez podíamos permitirnos comodidades materiales. Podíamos comprar muebles como es debido, electrodomésticos de calidad, objetos de diseño. Como estaba muy presionado por las fechas de entrega —solo tenía cinco meses para entregar mis cuatro episodios— Lucy se encargó de la decoración de la nueva casa. Además acababa de empezar a formar un nuevo batallón de televendedores, lo que significaba que, como yo, trabajaba doce horas al día. Dedicábamos el poco tiempo libre que teníamos a nuestra hija. No era un mal arreglo, porque mientras tienes los días completos, puedes seguir ignorando las grietas evidentes de un matrimonio estructuralmente dañado. Nos manteníamos ocupados. Hablábamos de lo maravilloso que era aquel golpe de suerte, y nos comportábamos como si todo volviera a marchar sobre ruedas... por mucho que, en el fondo, supiéramos que no era verdad en absoluto. Más revelador era que el equilibrio de poder conyugal había

cambiado, porque de repente me había convertido en el Gran Proveedor. Puedo asegurar que no me regodeé en ello, pero Lucy sí hacía algún comentario ocasional a nuestro cambio de papeles. Casi un año más tarde, después del éxito del primer episodio de *Te vendo*, Lucy me miró y dijo:

—Supongo que ahora me dejarás.

—¿Por qué tendría que dejarte? —pregunté.

—Porque puedes.

—Eso no va a suceder.

—Sí, me dejarás. Porque es lo que exige el guion del éxito.

Por supuesto que tenía razón. Pero no sucedió hasta seis meses después, cuando ya había cambiado el Miata por el Porsche que me había prometido si se hacía una segunda temporada de *Te vendo*. El programa no solo se había renovado sino que, de repente, me encontré siendo el objeto de una considerable atención pública, porque *Te vendo* se había convertido en el programa imprescindible de los enterados del momento. Las críticas eran fantásticas. The New York Times lo calificó de «posiblemente la disección más inteligente del mundo laboral estadounidense, con todo el esplendor de sus luchas intestinas, que jamás se haya emitido en la pequeña pantalla». Newsweek se refería a mí como «una parte de Arthur Miller, una parte de David Mamet, y dos partes de norteamericano a la última. En resumen, un gran talento cómico, original, que sabe que la oficina es el foro donde volvemos al patio de recreo, y donde se desencadena nuestra peor agresividad».

No podría haberlo descrito mejor... si bien la cita que me gustó especialmente procedió de un artículo en el The New York Observer, en la que el crítico en cuestión se extendía considerablemente acerca de cómo *Te vendo* «capta con un ojo diseccionador feroz esa necesidad innata estadounidense de ganar las discusiones y cerrar los tratos a cualquier precio. Para cualquiera que lamente lo anodino de nuestra era, esta es la prueba de que una inteligencia maliciosa puede triunfar todavía en la pequeña pantalla».

No hay que decir que me aprendí aquella crítica de memoria. Ni que también me complació que Esquire publicara un breve artículo de quinientas palabras sobre mí, en el que se me calificaba de «el Tom Wolfe

de la televisión por cable» en su sección de la revista Los hombres que nos gustan. Ni que acepté la entrevista de Los Ángeles Times: un artículo bastante largo (1200 palabras) en el que se detallaban mis largos años de purgatorio profesional, mi trabajo en Book Soup y mi súbito ascenso «a la pequeña y selecta liga de brillantes autores de Los Ángeles que no tocan el formato “de género”».

Le pedí a mi ayudante que recortara el artículo y lo mandara por mensajero a Alison. Le pegué un *post-it* donde escribí: «Pensando en ti genéricamente. Besos. David».

Una hora después, llegó un mensajero a mi oficina, con un sobre de la agencia de Alison. Dentro había una cajita de regalo envuelta, y una tarjeta: «Que te den... Besos, Alison».

Dentro de la caja había algo que yo llevaba años codiciando: una pluma Waterman Edson..., el Ferrari de los instrumentos de escritorio, con un precio a juego: 675 dólares. Pero Alison podía permitírselo, porque el contrato que consiguió por mi «participación creativa» en la segunda temporada de *Te vendo* ascendía a casi un millón de dólares... menos su quince por ciento, por supuesto.

Entrevistaron a Alison los de Los Ángeles Times. Como de costumbre, estuvo ingeniosa, y le dijo al entrevistador que no me había dejado como cliente durante los años de sequía porque «yo era de los que sabían cuándo no telefonear y, en esta ciudad, hay pocos escritores que posean esa habilidad». También dijo algo sorprendente y conmovedor: «Es la prueba viviente de la teoría de que el talento y la extrema perseverancia pueden triunfar a veces en esta ciudad. David siguió insistiendo mucho más allá del momento en que otros aspirantes a escritores habrían tirado la toalla. Por eso ahora se merece todo lo que tiene: el dinero, la oficina, la ayudante, el reconocimiento, el prestigio. Pero sobre todo ahora le devuelven las llamadas, y yo no dejo de recibir peticiones para entrevistarle. Porque ahora todos los que valen algo quieren trabajar con David Armitage».

Mientras yo estaba inmerso en la planificación de la segunda temporada de *Te vendo* tuve que rechazar la mayor parte de las reuniones que me proponían. Pero, a petición de Alison, fui a almorzar con una joven ejecutiva de la Fox Television llamada Sally Birmingham.

—Solo la he visto una vez —dijo Alison—, pero en el mundillo todos la conocen y dicen que llegará lejos. Y sé que, gracias a Rupert y a los chicos de la Fox, tiene un montón de recursos a su disposición. Y como cualquiera en esta ciudad con un mínimo de gusto, le chifla *Te vendo*, hasta el punto de que me dijo que estaba dispuesta a ofrecerte un cuarto de millón por el piloto de treinta minutos que tú quisieras.

Aquello me hizo pararme a pensar.

—¿Doscientos cincuenta por un piloto? —pregunté.

—Sí, y yo ya me ocuparía de que pagaran por anticipado.

—¿Sabe que no puedo pensar en ningún nuevo proyecto hasta que la nueva temporada esté en marcha?

—Lo sabe y me ha dicho que está dispuesta a esperar. Lo que quiere es contratarte ahora para el piloto, porque, las cosas claras, si contrata a David Armitage para un piloto incluso pueden subir sus acciones en el mercado. Piénsalo, si todo va bien, tendrás seis semanas libres entre la segunda y la tercera temporada de *Te Vendo*. ¿Cuánto tardarías en esbozar un piloto?

—Tres semanas como mucho.

—Y las otras tres, te vas a descansar a una playa... si es que eres capaz de estar sin hacer nada tanto tiempo... pensando que has ganado un cuarto de millón de dólares en veintiún días.

—De acuerdo, iré al almuerzo.

—Bien hecho. Porque lo bueno es que te caerá bien: es muy lista y muy guapa.

Alison tenía razón en todo: Sally Birmingham me cayó bien. Era lista y era guapa. Tan lista y tan guapa, en realidad, que a los veinte minutos de conocerla me tenía hechizado.

Su ayudante había llamado a la mía para fijar la fecha del almuerzo en The Ivy. Gracias al clásico atasco en la 10, llegué con unos minutos de retraso. Ella ya estaba sentada a una mesa muy buena. Se levantó para saludarme, y me cautivó al instante, aunque intenté por todos los medios no demostrarlo. Sally era alta, con los pómulos marcados, una piel impecable, el pelo castaño claro corto y una sonrisa maliciosa. Al principio, la clasifiqué como el producto deslumbrante y aristocrático de una buena familia y de la educación de la Costa Este que sin duda habría tenido su

propio caballo a los diez años. Pero al cabo de quince minutos de conversación, me di cuenta de que había logrado compensar sus orígenes de niña rica con una astuta mezcla de cultura auténtica e inteligencia práctica. Sí, había crecido en Bedford. Sí, había ido a Rosemary Hall y a Princeton. Pero además de ser una lectora voraz y, como yo, bastante cinéfila, también poseía una aguda comprensión de Hollywood y sus esplendorosos contrastes internos, y me explicó que lo pasaba en grande con aquel juego. Comprendí por qué los peces gordos de la Fox Television la valoraban tanto: era una chica con clase, pero hablaba su idioma. Y tenía una risa asombrosamente obscena.

—¿Quieres oír mi anécdota preferida de Los Ángeles? —preguntó.

—Por favor.

—Muy bien. El mes pasado fui a almorzar con Mia Morrison, jefa de asuntos corporativos de la Fox. Llama al camarero, y dice: «Cánteme sus aguas». El camarero, un profesional de verdad, no se inmuta ante la curiosa fraseología y se pone a enumerarlas: «Bien, tenemos Perrier, de Francia, y Ballygowen, de Irlanda, y San Pellegrino, de Italia...». De repente, Mia le interrumpe: «Oh, no, San Pellegrino, no. Tiene demasiado cuerpo».

—Creo que lo utilizaré.

—«Los poetas inmaduros imitan, los poetas maduros roban».

—¿Eliot?

—Veo que sí fuiste a Dartmouth —observó Sally.

—Me deja boquiabierto tu investigación de mis orígenes.

—Tanto como a mí tus conocimientos de Eliot.

—Bueno, ya habrás captado las referencias a los «Cuatro cuartetos» en mi programa.

—Creía que te iría más «Tierra baldía».

—No, tiene demasiado cuerpo.

Se rio, con su risa obscena.

No solo congeniamos al instante, sino que charlamos un poco de todo, incluido el matrimonio.

—Así que —dijo echando una mirada a mi alianza—, ¿estás casado o «estás casado»?

Su tono era ligero. Me reí.

—Lo primero —dije.

—¿Desde cuándo?

—Once años.

—Es estupendo. ¿Eres feliz?

Me encogí de hombros.

—No me extraña —dijo ella—. Sobre todo después de once años.

—¿Tú sales con alguien? —dije, intentando aparentar indiferencia.

—Hubo alguien... pero era una distracción sin importancia, nada especial. Lo terminamos de mutuo acuerdo hace cuatro meses. Desde entonces... vuelo en solitario.

—¿Nunca te has lanzado a la piscina conyugal?

—No... Pensé en hacer algo arquetípicamente desastroso, como casarme con mi novio de Princeton. Él quiso, pero le dije que los matrimonios de universidad suelen tener una duración de dos años a lo sumo. De hecho, la mayoría de relaciones se queman cuando la pasión se vuelve prosaica. Por eso no he durado con nadie más de tres años.

—Entonces no crees en esa tontería de que «el destino tiene a alguien reservado para mí».

Otra de sus risas obscenas. Pero luego dijo:

—La verdad es que sí. Pero por ahora no lo he encontrado.

De nuevo su tono fue risueño. De nuevo, intercambiamos una mirada insinuante.

Pero fue solo una mirada, y rápidamente volvimos a enfrascarnos en el remolino de la conversación. Me asombraba que no pudiéramos dejar de hablar, que nos entiéramos tan bien y que tuviéramos una forma de ver las cosas tan parecida. La sensación de sintonía era apabullante... y un poco aterradora. Porque, a menos que lo estuviera interpretando todo al revés, la atracción mutua era enorme.

Finalmente nos pusimos a hablar de trabajo. Me pidió que le hablara de mi propuesta de piloto. Bastó una sola frase:

—La atormentada vida profesional y personal de una consejera matrimonial de mediana edad.

Sally sonrió.

—No está mal.

Le devolví la sonrisa.

—Primera pregunta —dijo ella—. ¿Está divorciada?

—Por supuesto.

—¿Hijos problemáticos?

—Una adolescente que cree que mamá es idiota.

—Muy bonito. ¿Nuestra consejera matrimonial tiene un exmarido?

—Sí, y se largó con una profesora de yoga de veinticinco años.

—Evidentemente piensas ambientarla en Los Ángeles.

—Pensaba en San Diego.

—Bien pensado. El estilo de vida del sur de California sin la sobrecarga de Los Ángeles. ¿Sale con alguien la consejera matrimonial?

—Sin parar, y con resultados desastrosos.

—Y por su parte, los clientes...

—Harán sonreír, te lo garantizo.

—¿Título?

—Habla claro.

—Trato hecho —dijo.

Intenté no sonreír descaradamente.

—Ya sabes que no puedo ponerme a trabajar en ello hasta que la segunda temporada...

—Alison ya me lo advirtió, y no es ningún problema. Lo importante es que te tengo.

Me rozó brevemente el revés de la mano. Yo no la aparté.

—Estoy contento —dije.

Me miró a los ojos y preguntó:

—¿Cenamos mañana?

Quedamos en su casa, en West Hollywood. En cuanto crucé la puerta, nos arrancamos la ropa el uno al otro. Mucho más tarde, echado en su cama, bebiendo una copa de Pinot Noir poscoital, me preguntó:

—¿Eres un buen mentiroso?

—¿Te refieres a cosas como esta?

—Exactamente.

—Bueno, es solo la segunda vez que me pasa en los once años que he estado con Lucy.

—¿Cuándo fue la primera?

—Un lío de una noche, en el noventa y seis, con una actriz que había conocido una tarde en la librería. Lucy estaba en el este, en casa de sus padres, con Caitlin.

—¿Nada más? ¿Es tu única trasgresión extraconyugal?

Asentí con la cabeza.

—Por Dios..., sí que tienes conciencia.

—Es una debilidad, lo sé, sobre todo aquí.

—¿Vas a sentirte culpable ahora?

—No —dije sin vacilar.

—¿Y eso por qué?

—Porque las cosas entre Lucy y yo ahora son muy diferentes. Y también...

—¿Sí? —preguntó.

—Porque..., bueno, porque es contigo.

Me besó tiernamente en los labios.

—¿Es una confesión?

—Me temo que sí.

—Pues yo también tengo una. Diez minutos después de conocerte ayer, pensé: es él. Lo pensé ayer y lo pensaba hoy mientras contaba las horas que faltaban para las siete y tú llamabas a mi puerta. Y ahora...

Me acarició la mandíbula con el dedo índice de la mano derecha.

—... Ahora no pienso dejarte escapar.

La besé.

—¿Es una promesa? —pregunté.

—Palabra de exploradora. Pero ya sabes lo que eso significa..., al menos, a corto plazo.

—Sí, voy a tener que aprender a mentir.

De hecho ya había aprendido a mentir, cuando como coartada para pasar mi primera noche con Sally le había dicho a Lucy que pasaría la noche en Las Vegas para investigar sobre el terreno el escenario de un futuro episodio. A Sally no le importó cuando utilicé su teléfono a las once para llamar a casa y decirle a mi esposa que estaba estupendamente alojado en The Bellagio y la echaba muchísimo de menos. Cuando llegué a casa la

tarde siguiente, observé a Lucy atentamente por si veía alguna señal reveladora de sospecha o dudas. Incluso me pregunté si habría llamado a The Bellagio para comprobar si estaba inscrito en el hotel. Pero me recibió cariñosamente, y no soltó ninguna indirecta sobre dónde había estado la noche anterior. De hecho, no podría haber estado más cariñosa, y quiso que nos fuéramos a la cama temprano. Y sí, la cuerda de la culpabilidad sonó cuando se apretó contra mí y me dijo que me quería. Pero aquellos ecos fueron silenciados por una evidencia aún más clara: estaba locamente enamorado de Sally Birmingham.

Y ella lo estaba de mí. Me lo anunció unas dos semanas después de aquella primera cena en su piso. Me dijo que nunca había sentido nada igual por nadie. Su seguridad era abrumadora. Yo era el hombre con quien quería pasar el resto de su vida. Lo pasaríamos en grande. Tendríamos grandes carreras profesionales, hijos maravillosos. Y nunca caeríamos en el tedio vacío que caracterizaba a tantos matrimonios, porque ¿cómo podíamos ser algo menos que ardientes? Seríamos felices, porque estábamos destinados a serlo.

Sin duda, yo sabía que se estaba dejando llevar un poco por la pasión del momento. Aunque no me quejaba precisamente. Al fin y al cabo, era tan lista y tan hermosa... Y se había enamorado de mí. ¿Cómo podía no perder la cabeza yo también? Sobre todo cuando la pasión que sentíamos el uno por el otro era tan embriagadora, tan excitante... No podía más que dejarme atrapar por aquella teatralidad. Como tampoco podía creer en mi suerte en ascenso: primero el piloto, después la serie, la fama y la prosperidad. Y, ahora, una declaración de amor de una mujer extraordinaria y triunfadora. Aquello no era simplemente éxito: aquello era un auténtico triunfo personal.

Sin embargo había un problema: seguía estando casado.

Y me preocupaba profundamente el efecto que cualquier futuro desarreglo doméstico pudiera tener en Caitlin. Sally lo comprendió perfectamente.

—No te pido que te marches ahora mismo. Debes hacerlo solo cuando estés a punto y cuando creas que Caitlin lo está. Esperaré. Porque vale la pena esperarte.

«Cuando estés a punto». No «si»: un explícito «cuando». Pero la convicción de Sally no me molestaba, ni pensé que las cosas fueran demasiado deprisa, después de solo dos semanas. Porque estaba de acuerdo con ella sobre nuestro futuro juntos, aunque interiormente me carcomiera el dolor y el daño que iba a infligir a mi esposa y a mi hija.

En honor de Sally, debo reconocer que no me agobió para que me fuera de casa. O, al menos, durante los ocho primeros meses, durante los cuales terminé mi trabajo en la segunda temporada de la serie, y me convertí en un refinado experto en disimular mi relación extraconyugal. Cuando la fecha de entrega de los tres episodios que estaba escribiendo se volvió apremiante, me instalé dos semanas en el Four Seasons Hotel de Santa Bárbara, con el pretexto de que necesitaba enclaustrarme para concentrarme en el trabajo.

Y trabajé, aunque Sally pasó una de las semanas conmigo, por no hablar de los dos fines de semana. Cuando el programa se trasladó a Chicago una semana para rodar exteriores, decidí quedarme unos días más para visitar a mis antiguos amigos aunque, en realidad, aquel fin de semana Sally y yo apenas salimos de la *suite* del The Park Hyatt. Haciendo malabarismos con nuestros respectivos calendarios, por no mencionar el alquiler de una habitación en el hotel Westwood Marquis, cerca de las oficinas de la Fox Television, lográbamos almorzar juntos dos veces a la semana y pasar al menos una noche en su piso.

Como descubrí, el engaño es una auténtica forma de arte. Más aún, es un ejercicio compulsivo: una vez que se empieza a adornar la verdad, se crea una ficción en la cual hay que vivir. A diferencia de la ficción, es imposible invalidar ese mecanismo en cuanto se pone en marcha. La mentira engendra mentira, y el adorno se expande, hasta el punto de que a menudo te encuentras pensando: ¿podría ser que la mentira fuera verdad en realidad? Porque ya no eres capaz de discernir la borrosa frontera entre realidad e invento.

Sin embargo, a menudo me maravillaba de lo bueno que era disimulando e inventando excusas. Es verdad que se podría objetar que, como escritor profesional, me limitaba a practicar mi oficio. Sin embargo, en el pasado, siempre me había considerado un mentiroso lamentable, hasta

el punto de que, unos días después de mi única aventura extraconyugal anterior, en el noventa y seis, Lucy me había mirado y había dicho:

—Te has acostado con otra, lo sé.

Por supuesto, me quedé lívido. Por supuesto, lo negué con vehemencia. Por supuesto, ella no creyó una sola palabra.

—Anda, dime que estoy alucinando —dijo—. Pero puedo leer en tu interior, David. Eres transparente como un cristal.

—No te miento.

—Oh, por favor...

—Lucy...

Pero salió de la habitación y no volvió a hablar del tema nunca más. Una semana después, mi intensa culpabilidad, y mi miedo igual de acentuado a ser descubierto, se habían disipado, acallados por mi juramento interior de no volver a ser infiel.

Mantuve la promesa durante los siguientes seis años, hasta que conocí a Sally Birmingham. Pero después de aquella noche en su piso, apenas sentí culpabilidad, ni angustia, quizá porque mi matrimonio había empezado a regirse por la ley de mínimos. O tal vez porque, desde el principio de mi relación con Sally, supe que nunca había sentido tanta pasión por nadie.

Aquella certeza me convirtió en un experto del subterfugio; de hecho, Lucy no me cuestionó ni una sola vez mis idas y venidas las noches que «trabajaba hasta tarde». Tampoco me lanzó ninguna mirada de reproche para darme a entender que estaba enterada de mis embrollos. Por el contrario, no podría haber estado más cariñosa y más solícita. Sin duda, la mejora de circunstancias materiales había aumentado su afecto por mí. O, al menos, esa era mi interpretación. Sin embargo, en cuanto entregué los borradores finales de mis episodios y me puse a revisar los cuatro guiones que se habían escrito para la nueva temporada, Sally empezó a hablar con más insistencia de «regularizar» nuestra situación y empezar a vivir juntos.

—Esta situación de clandestinidad tiene que acabar —dijo—. Te quiero para mí sola, si todavía me quieres.

—Por supuesto que te quiero. Ya lo sabes.

Pero también deseaba aplazar el día de poner las cartas sobre la mesa, el momento en que me sentaría con Lucy y le rompería el corazón. Así que lo

fui dejando. Y seguí diciendo:

—Esperemos un mes más.

Una noche, volví a casa sobre la medianoche, después de una larga cena de trabajo con Brad Bruce. Cuando entré, Lucy estaba sentada en el salón, con mi maleta junto al sillón.

—Deja que te pregunte algo —dijo—. Es una pregunta que quiero hacerte desde hace siete meses: ¿es una gritona, o es una de esas vírgenes de hielo que, a pesar de los aires de gata maula, no soportan que nadie las toque?

De nuevo me quedé lívido. De nuevo, intenté que no se me notara.

—¿Te has vuelto loca? —exclamé.

—No, solo estoy muy bien informada.

—De verdad que no sé de qué me hablas.

—¿Quieres decir que de verdad no sabes cómo se llama la mujer que te has estado tirando los últimos siete... o son ocho meses?

—Lucy, no hay nadie.

—Entonces, ¿Sally Birmingham no es nadie?

Me senté.

—Veo que eso te ha dado que pensar —siguió ella con tranquilidad.

Finalmente pregunté:

—¿Cómo sabes cómo se llama?

—Hice que alguien lo investigara.

—¿Que hiciste qué?

—Contraté a un detective privado.

—¿Me espiaste?

—No pretendas escandalizarte, cretino. Era evidente que te acostabas con otra...

¿Cómo lo había sabido, si yo había sido tan cuidadoso y circunspecto?

—... Y cuando me quedó claro por tus constantes ausencias que era algo más que un pequeño flirteo que el señor del universo televisivo se concedía para halagar el ego, decidí descubrir quién era tu enamorada. Así que contraté a un detective, un perdiguero...

—¿No te salió muy caro?

—Tres mil ochocientos dólares, que estoy decidida a recuperar, de una forma u otra, en el acuerdo de divorcio.

Me oí decir:

—Lucy, no quiero el divorcio.

Su voz siguió siendo firme y extrañamente calma.

—Me da lo mismo lo que quieras tú, David. Yo me divorcio de ti. Este matrimonio se acabó.

De repente sentí un miedo cerval, a pesar de que ella estuviera haciéndome el trabajo sucio y desencadenando el principio del fin. Estaba consiguiendo exactamente lo que quería... y me daba un miedo espantoso.

—Si me lo hubieras echado en cara al principio...

Se puso tensa.

—¿Qué? —dijo, demostrando su ira—. ¿Y hubiera intentado recordarte que teníamos una historia de once años juntos, y una hija que los dos adoramos y que, a pesar de toda la miseria de los últimos diez años, lo habíamos conseguido y ahora vivíamos bien por fin, y...?

Se calló, a punto de llorar. Intenté tocarla pero se apartó inmediatamente.

—No volverás a tocarme jamás —dijo.

Silencio. Entonces ella añadió:

—Cuando descubrí el nombre de tu amiguita, «la otra mujer», ¿sabes qué fue lo primero que pensé?: «David está subiendo rápidamente. La jefa de producción de la Fox Television. *Magna cum laude* en Princeton. Y es preciosa». El detective fue muy concienzudo. Incluso me trajo fotos de la señorita Birmingham. Es muy fotogénica, ¿verdad?

—Podríamos haber hablado de esto...

—No, no había nada de qué hablar. Tú has decidido jugarte el matrimonio, tu familia, y yo no tenía ninguna intención de hacer el papel de pobre infeliz en una canción *country* cualquiera, suplicando al esposo infiel que vuelva a casa.

—Entonces, ¿por qué no has dicho nada en todo este tiempo?

—Porque tenía la esperanza de que recuperaras el sentido común, de que se acabara por sí solo, de que te dieras cuenta de lo que estabas a punto de perder...

Volvió a fallarle la voz, e hizo un esfuerzo desesperado por controlar su emoción. Esta vez no intenté acercarme.

—Hasta te di una fecha límite —dijo—. Seis meses. Que, como una tonta, amplié a siete, y después a ocho. Pero hace una semana me di cuenta de que habías decidido dejarme.

—No había tomado esa decisión —mentí.

—Chorradas. Lo llevabas escrito en la cara, con luces de neón. Así que decidí tomar esa decisión por ti. Vete. Ahora.

Se levantó y yo la imité.

—Lucy, por favor. Intentemos...

—¿Qué? ¿Hacer como si los últimos ocho meses no hubiesen existido?

—¿Y Caitlin?

—Vaya, vaya, por fin piensas en el asuntillo de tu hija...

—Quiero hablar con ella.

—Bien, puedes volver mañana.

Quería insistir en mi derecho de pasar la noche en el sofá, e intentar discutir la situación con calma a la luz del día. Pero sabía que no me escucharía. En fin, aquello era lo que yo quería. ¿O no?

Recogí la maleta y dije:

—Lo siento.

—No acepto disculpas de un mierda —dijo Lucy, y corrió escalera arriba.

Estuve diez minutos sentado en el coche, inmóvil, dando vueltas a lo que haría a continuación. De repente, me encontré corriendo hacia la puerta de la casa, golpeándola con los puños, gritando el nombre de mi esposa. Después de un momento, oí su voz al otro lado de la puerta.

—Vete, David.

—Dame una oportunidad de...

—¿De qué? ¿De decirme más mentiras?

—He cometido un terrible error...

—Lástima. Deberías haberlo pensado hace siete meses.

—Solo estoy pidiendo una oportunidad de...

—No hay nada más que decir.

—Lucy...

—Hemos terminado.

Saqué mis llaves de la casa. Pero en cuanto intenté meter la primera en la cerradura, oí que Lucy pasaba el cerrojo por dentro.

—Ni se te ocurra volver, David. Hemos terminado. Vete. Ahora mismo.

Debí pasar los cinco minutos siguientes golpeando la puerta, implorándole, repitiéndole que había cometido el mayor error de mi vida, suplicándole que me permitiera volver. Pero sabía que ya no me escuchaba; que las cosas habían empezado a precipitarse por un abismo. Una parte de mí estaba totalmente aterrorizada por aquella convicción: mi familia destruida por mi vanidad, mi éxito recién estrenado. No obstante, otra parte de mí comprendía por qué había optado por aquel camino destructivo. Como sabía también lo que sucedería si de repente la puerta se abría y Lucy me permitía entrar: volvería a una vida anodina. Y recordé algo que un escritor amigo mío me había dicho después de dejar a su esposa por otra mujer: «Por supuesto el matrimonio tenía algunos problemas, pero ninguno que fuera tan insoportable. Por supuesto era un poco tedioso, pero eso también forma parte del curso natural de doce años de convivencia. Fundamentalmente, no había nada tan malo entre nosotros. ¿Así que por qué lo hice? Porque una vocecita en mi cabeza no dejaba de hacerme una pregunta fundamental: “Es esto todo lo que va a ofrecerte la vida”».

Ese recuerdo fue desbancado por una voz que gritaba dentro de mi cabeza: «No puedo hacerlo». Saqué el teléfono móvil y marqué el número de casa a la desesperada. Cuando Lucy respondió, dije:

—Cariño, haré lo que sea...

—¿Lo que sea?

—Sí, lo que me pidas.

—Pues jódete y muérete.

Colgó. Miré la casa. Todas las luces de la planta baja estaban apagadas. Respiré hondo para calmarme, después crucé el punto de no retorno y llamé a Sally. Le expliqué que finalmente había hecho lo que me había pedido: había informado a Lucy de que habíamos terminado. Aunque ella me hizo todas las preguntas delicadas sobre cómo se lo había tomado Lucy («No muy bien», dije), y cómo me sentía yo («Me alegro de haberlo hecho»), parecía sinceramente encantada. De hecho, tan triunfante que, por un

momento, pensé que se lo tomaba como una especie de victoria: la fusión y adquisición definitiva. Pero la impresión pasó cuando me dijo cuánto me amaba, que sabía lo difícil que había sido para mí, y que estaría a mi lado. De todos modos, aunque aquellas palabras me tranquilizaran, seguía sintiendo un vacío y una desorientación insoportables. Era de esperar en aquellas circunstancias, pero me angustiaba.

—Ven a casa, querido —dijo.

—No tengo adonde ir si no.

Al día siguiente, tras una tensa conversación telefónica con Lucy, acordamos que yo recogería a Caitlin en la escuela.

—¿Se lo has dicho? —pregunté.

—Por supuesto que se lo he dicho.

—¿Y?

—Has destruido su sentimiento de seguridad, David.

—Oye —protesté—, no soy yo el que pone fin al matrimonio. Fue decisión tuya. Como dije anoche, si me dieras la oportunidad de demostrarte...

—Ni hablar —dijo ella, y colgó.

Caitlin no me permitió que le diera un beso cuando me vio esperándola delante del colegio. No me dejó darle la mano. No quiso hablar conmigo cuando subimos al coche. Propuse un paseo por el frente marítimo de Santa Mónica. Propuse una cena temprana en Johnny Rockets, en Beverly Hills (su restaurante favorito). O una vuelta por FAO Schwartz, en el Beverly Centre. Mientras iba enumerando la lista de opciones, me di cuenta de algo: estaba hablando ya como un padre divorciado.

—Quiero ir a casa con mamá.

—Caitlin, no sabes cuánto lo siento...

—Quiero ir a casa con mamá.

—Sé que es una cosa horrible. Sé que debes pensar que soy...

—Quiero ir a casa con mamá.

Me pasé los cinco minutos siguientes intentando que me escuchara. Pero no hubo manera. Siguió repitiendo la misma frase una y otra vez: «Quiero ir a casa con mamá».

De modo que, al final, no tuve más remedio que hacer lo que me pedía.

Cuando llegamos a la puerta de casa, corrió a los brazos de Lucy.

—Gracias por lavarle el cerebro —dije.

—Si quieres hablar conmigo, hazlo a través de un abogado.

Y entró en la casa.

En realidad acabé hablando con Lucy a través de dos abogados de la firma Sheldon y Strunkel, que Brad Bruce me había recomendado encarecidamente (los había utilizado en sus dos divorcios anteriores, y los mantenía a la espera por si el matrimonio número tres hacía aguas). A su vez, ellos hablaban con la abogada de Lucy, una tal Melissa Levin, a quien mis abogados describían como un exponente de la escuela jurídica «destripemos a ese hijo de puta». Desde el principio, no se limitó a querer desposeerme de todos mis bienes; también quiso asegurarse de que salía del divorcio renqueando y permanentemente entablillado. Al fin, tras muchas y costosas negociaciones, mis chicos lograron poner freno a su política de tierra quemada, pero los daños fueron igualmente formidables. Mi mujer se quedó con la casa (mi parte de la propiedad incluida). También recibió la friolera de once mil dólares al mes de pensión y mantenimiento para Caitlin. Dado mi reciente éxito, podía permitírmelo, y por supuesto deseaba que Caitlin tuviera todo lo que deseara. Pero me abrumaba la idea de que, a partir de entonces, los primeros doscientos mil dólares de mis ingresos brutos ya estuvieran gastados. Tampoco me complacía la cláusula que había incluido Levin, la empaladora: el derecho de que Lucy se mudara con Caitlin a otra ciudad, siempre que su trabajo lo exigiera. Cuatro meses después de concluir nuestro rápido divorcio, ella ejerció ese derecho, después de encontrar un empleo como jefa de recursos humanos de una empresa informática en Marin County. De repente, mi hija (con quien por fin había logrado restablecer nuestra vieja relación, gracias en parte, a la habilidad de Sally para conquistarla como madrastra) ya no vivía a cuatro pasos de mí. De repente ya no podía tomarme una tarde libre y recogerla en la escuela para ir a Malibú, o a la gran pista de patinaje sobre hielo de Westwood. De repente, mi hija estaba a una hora de vuelo, y cuando la serie se empezó a rodar, me fue imposible verla más de una vez al mes. Y eso me preocupaba, hasta el punto de que, en las frecuentes noches en que no lograba dormir, paseaba por el gran *loft* de West Hollywood que Sally y yo

habíamos alquilado, por cuatro mil quinientos dólares al mes, y me preguntaba —quizá por cuadraséptima quinta vez— por qué había destruido mi familia. Sin duda sabía la razón: porque mi matrimonio con Lucy se había estancado y se había vuelto rutinario, y porque me había dejado arrastrar por el deslumbrante estilo y brillo de la señorita Birmingham. Pero en aquellos momentos de íntima desesperación a las cuatro de la madrugada, no podía evitar castigarme por hacer lo que era previsible a mi mediana edad y preguntarme: «¿He cometido un terrible error?».

Pero a la mañana siguiente había un guion que terminar, una reunión a la que acudir, un contrato que firmar, una inauguración a la que asistir con Sally; en resumen, el empuje irrefrenable del éxito. Era un ímpetu que me permitía escapar de vez en cuando del persistente sentimiento de culpa; la silenciosa incertidumbre, omnipresente, sobre mi nueva existencia.

Naturalmente, la noticia de mi cambio de situación doméstica se difundió por el tamtan de Hollywood pocos minutos después de mi abandono del techo conyugal. Todos decían lo que se consideraba pertinente (a la cara, al menos) sobre la dificultad de poner fin a un matrimonio. El hecho de haber «huido» (por utilizar esa expresión canalla) con una de las ejecutivas de televisión mas prestigiosas de la ciudad no me perjudico mucho. Había «prosperado», y como me había dicho Brad Bruce: «Todos sabían que eras un tipo listo, David. Ahora todos piensan que eres un tipo muy listo».

Sin embargo, la reacción de mi agente fue cáustica, como era de esperar. Alison conocía a Lucy y la apreciaba, y tras el éxito de la primera temporada de episodios de *Te vendo*, me había recomendado que evitara las tentaciones extraconyugales. De modo que cuando le di la noticia de que estaba a punto de empezar una nueva vida con Sally, hizo una mueca, y luego se quedó callada. Por fin dijo:

—Supongo que debería felicitarte por esperar más de un año antes de hacer algo así. De todos modos, supongo que era inevitable. Porque es lo que sucede siempre aquí cuando alguien logra triunfar.

—Estoy enamorado, Alison.

—Mi enhorabuena. El amor es algo maravilloso.

—Sabía que reaccionarías así.

—Cariño, ¿no sabías que en el mundo hay solo diez guiones? ¿Y que ahora tú estás actuando en uno de ellos? Pero al menos, el tuyo, ha tenido un giro distinto.

—¿Cuál?

—En tu caso, el guionista es el que jode al productor. En mi hastiada experiencia, siempre es al revés. De modo que, bravo, estás desafiando las leyes de gravedad de Hollywood.

—Pero Alison, fuiste tú la que nos juntó.

—No me lo recuerdes. Pero no te preocupes, no te pediré el quince por ciento de vuestras futuras ganancias.

Lo que sí dijo Alison fue que, ahora que Sally y yo éramos pareja, sería mejor que olvidáramos el piloto de la Fox, que yo no había escrito todavía.

—No nos engañemos, parecería un regalo de boda para ti, y no quiero imaginar lo que cualquier advenedizo podría escribir en el Daily Variety.

—Sally y yo ya lo hemos discutido. Hemos decidido que sería mejor olvidar lo del piloto para la Fox.

—¡Qué deliciosas conversaciones de cama debéis de tener!

—Fue durante el desayuno.

—¿Antes o después de hacer cuentas?

—¿Por qué te soporto?

—Porque, «como amiga», soy realmente una amiga. Y también porque te guardo las espaldas. Hasta el punto de que el consejo que acabo de darte me costará casi cuarenta mil dólares en comisiones.

—Eres una altruista, Ali.

—No, solo soy idiota. Pero tu hermana mayor del quince por ciento tiene un último consejo que darte: sé discreto los próximos meses. Ya te van demasiado bien las cosas.

Seguí su consejo. Aunque a Sally y a mí en seguida nos clasificaron como el prototipo de pareja afortunada, no hacíamos ostentaciones. Éramos ejemplares perfectos del Nuevo Hollywood: la clase de personas cultas, con títulos de universidades de prestigio, que por causalidad triunfaban en el turbulento mundo de la televisión. Aunque el dinero no nos faltaba, huíamos de la ostentación. Nuestro *loft* era de diseño minimalista; mi Porsche Boxter y el Range Rover de Sally se consideraban vehículos

simbólicos y bien elegidos: la clase de coches elegantes de gama alta conducidos por personas elegantes de gama alta, que evidentemente habían alcanzado un nivel significativo de éxito profesional, pero también habían resistido las tentaciones de los nuevos ricos en las que suelen caer los que empiezan a «ser alguien». Sí, nos invitaban a las fiestas importantes, a los estrenos importantes, pero no nos dejábamos avasallar por las lisonjas de la fama o la necesidad de mantener un alto perfil público. De todos modos, estábamos demasiado ocupados los dos para añorar el frenesí social. Como todas las ciudades industriales, Los Ángeles es mayoritariamente una ciudad que se acuesta temprano. Así que, con Sally enfrascada en la planificación de una nueva programación para la temporada de otoño, y yo con la segunda temporada de *Te vendo* en plena producción, apenas teníamos tiempo para hacer vida social, por no hablar de tiempo para nosotros. Descubrí que Sally vivía la vida como si fuera un horario perpetuamente planificado: hasta el punto de que, aunque nunca lo verbalizara así, yo sabía que ella había reservado tácitamente tres «ventanas para hacer el amor» a la semana. Incluso esos raros momentos en que le entraban ganas de improvisado de tener relaciones empezaron a parecerme curiosamente premeditados, casi como si hubiera calculado que, las pocas mañanas que no tenía un desayuno con alguien, podíamos encontrar los diez minutos más o menos exigidos para alcanzar un orgasmo cada uno, antes de que empezara su jornada laboral.

A pesar de todo no me quejaba. Porque, exceptuando las frecuentes punzadas de remordimiento por Lucy y Caitlin, todo iba de maravilla. Tenía éxito. Ganaba mucho dinero. Había conseguido el respeto de los colegas. Había conquistado el amor de una mujer extraordinaria. Y, por supuesto, estaba a punto de presentar al público estadounidense la segunda temporada de episodios de la aclamada serie que llevaba mi nombre como creador.

—Todo el mundo debería tener tus problemas —dijo Bobby Barra una de las raras noches que salí (bueno, era viernes), después de tomarme un martini de más y confiarle que todavía me martirizaba la culpabilidad por haber echado a perder mi matrimonio.

A Bobby Barra le encantaba que le utilizara de padre confesor, porque eso significaba que éramos íntimos. Y a Bobby Barra le encantaba la idea

de ser íntimo mío, porque yo era famoso, un personaje; uno de los pocos triunfadores de verdad en una ciudad de ansiadas aspiraciones y fracasos dominantes.

—Plantéatelo así, chico. Tu matrimonio pertenece a ese segmento de tu vida en que nada funcionaba. Por lo tanto, era lógico que tuvieras que desprenderte de él cuando cruzaste la calle a la acera de los afortunados.

—Supongo que tienes razón —dije, no muy convencido.

—Claro que tengo razón. Una nueva vida significa que todo debe ser nuevo.

Incluidos amigos nuevos, como Bobby Barra.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Bobby Barra era rico. Rico de verdad. Pero no «asquerosamente» rico.

—¿Qué entiendes por «asquerosamente» rico? —le pregunté un día.

—¿Te refieres a la actitud o a las cifras? —precisó él.

—La actitud puedo imaginármela. Dime las cifras.

—Cien millones.

—¿Tanto?

—No es tanto.

—A mí me parece suficiente.

—¿Cuántos millones tiene un millardo, chico?

—La verdad es que no lo sé.

—Mil.

—¿Mil millones son un millardo?

—Has calculado bien.

—Entonces un billón es ser «asquerosamente» rico.

—No solo «asquerosamente» rico sino asquerosamente rico tú y diez generaciones de tu familia.

—Eso es ser muy rico. Pero si solo tienes cien millones...

—Puedes comportarte como un asqueroso, pero debes elegir a tu público más cuidadosamente.

—Tú ya debes de ser «asquerosamente» rico, Bobby.

—Aspirante a serlo.

—No está mal, ¿no?

—Pero sigue sin ser «asquerosamente» rico. Te lo explicaré: si te relacionas con los peces verdaderamente gordos —Bill Gates, Paul Allen, Phil Fleck— cien millones son cosa de niños. Un décimo de millardo. ¿Qué es eso para unos tipos que tienen treinta, cuarenta y cincuenta mil millones?

—¿Calderilla?

—Acertaste. Calderilla. Negocios de baratillo.

Me permití una sonrisa.

—Como pordiosero, solo gané un millón el año pasado...

—Sí, pero ya llegarás. Sobre todo si me dejas que te eche una mano.

—Soy todo oídos.

Bobby Barra tenía muchos consejos cuando se trataba de la bolsa porque eso era lo que hacía para ganarse la vida. Jugar a bolsa. Y lo hacía tan bien, que a los treinta y cinco años ya era aspirante a «asquerosamente rico».

Lo que hacía más espectacular su reciente riqueza era que venía de la nada. Bobby se refería a sí mismo como «El dago de Detroit», utilizando el apodo despreciativo con el que se llamaba a los inmigrantes. Era hijo de un electricista de la fábrica Ford de Dearborn que había abandonado la ciudad de los coches en cuanto aprobó el examen de conducir. Antes de eso, a una edad en que los niños pensaban en la mala suerte de tener acné, Bobby pensaba en las altas finanzas.

—Déjame adivinar lo que leías a los trece —comentó Bobby Barra cuando empezábamos a ser amigos—. A John Updike.

—No me agobies —dije—. No he llevado un Shetland marrón en mi vida. Prueba con Tom Wolfe...

—Eso encaja.

—¿Y tú qué? ¿Qué leías tú a los trece?

—Lee Iaccocca... y te prohíbo que te rías.

—¿Quién se ha reído?

—No solo Iaccocca, sino Tom Peters y Adam Smith, John Maynard Keynes y Donald Trump...

—No está mal como cultura transversal, Bobby. ¿Crees que Trump ha leído a Keynes?

—Sí, seguramente cuando Ivana todavía le calentaba la cama. Pero mira, él sabe cómo montar un casino. Y es asquerosamente rico de verdad. Que es lo que decidí ser en cuanto leí su libro.

—Entonces ¿por qué no te metiste en el negocio inmobiliario?

—Porque tienes que hacer de mafioso: eso del primo Sal que tiene un tío Joey que tiene un sobrino Tony que puede poner en su sitio al judío que

es dueño de la parcela vacía que quieres comprar... ¿Entiendes cómo funciona?

—Suenas muy selecto.

—Los de buena familia juegan a lo mismo, solo que lo hacen con trajes de Brooks Brothers y másters en economía y comprando todas las acciones de una sociedad. El caso es que no me apetecía hacerlo y también sabía que en Wall Street no les gustarían ni mi acento ni mis orígenes obreros. Así que decidí que Los Ángeles sería un lugar mucho más adecuado para un chico como yo. Porque, no nos engañemos, esta es la capital mundial del dinero que manda y la tontería que habla. Más aún: aquí, a nadie le importa si hablas como el hijo mutante de John Gotti. Cuanto mayor tienes la cuenta, mayor tienes la herramienta.

—Como observó en una ocasión John Maynard Keynes.

En honor de Bobby diré que se pagó la Universidad de California trabajando tres noches a la semana como ayudante para todo de Michael Milken, en los últimos días memorables de reinado financiero. Después de la universidad, le contrató un personaje dudoso llamado Eddie Edelstein, que tenía su propia empresa de consultores en Century City y finalmente acabó en prisión por fraude.

—Eddie fue mi mentor, el mejor consultor financiero al oeste del continente. El tipo tenía un olfato de pit bull para las inversiones. Y cuando se trataba de sacar margen..., créeme, era un artista de los pies a la cabeza. Por supuesto, el muy idiota tuvo que estropearlo todo embolsándose cien millones después de darle un soplo a un consultor surafricano, una especie de nazi afrikáner, sobre una OPI de fundiciones y refinerías. Resultó que el nazi era en realidad un empleado de incógnito de la Comisión Federal de Acciones. De incógnito, no te jode. Le dije a Eddie que alegara engaño, pero no sirvió de nada. De tres a cinco, y a pesar de que era una de esas cárceles donde uno puede llevarse la raqueta de tenis, le mató. Cáncer de próstata, a los cincuenta y tres. ¿Te pasas el hilo dental, Dave?

—¿Perdona? —dije, bastante aturdido por el súbito giro de la conversación.

—En el lecho de muerte, Eddie me dio dos consejos: no fiarse nunca de alguien que te diga que es un afrikáner y parezca educado en Nueva Jersey,

y pasarse siempre el hilo dental ¡para evitar el cáncer de próstata!

—No entiendo nada.

—Si no te pasas el hilo dental, la placa y la porquería te baja por la garganta y se acaba instalando en tu próstata. Es lo que le pasó al pobre Eddie, el mejor corredor de bolsa, el mejor tipo que..., pero no se pasaba el hilo dental.

Empecé a pasarme el hilo dental más en serio después de aquella conversación con Bobby. Y también empecé a preguntarme a menudo por qué me gustaba tanto estar con él.

Sabía la respuesta a esa pregunta: a) porque, como corredor, empezaba a hacerme ganar bastante dinero, y b) porque siempre era divertido.

Bobby había entrado en mi vida durante la primera temporada de *Te vendo*. Cuando ya habían emitido el tercer capítulo, me escribió a la FRT con su papel de cartas oficial, diciéndome que mi programa era lo mejorcito que había visto en años, y ofreciéndome sus servicios como agente de bolsa. «No soy el típico liante que lo promete todo. No prometo hacerle rico en un abrir y cerrar de ojos. Pero sí soy el mejor corredor de la ciudad y, con el tiempo, ganaré un montón de dinero para usted. Además soy escrupulosamente honesto y, si no me cree, llámeme...».

La carta incluía una lista de personajes de Hollywood de serie A y B que supuestamente eran clientes de Roberto Barra.

Leí la carta por encima. Sin embargo, antes de archivarla, me hizo sonreír. Porque de las dos docenas de cartas aduladoras que había recibido desde que la serie había triunfado en la pequeña pantalla —cartas de vendedores de coches, agentes inmobiliarios, contables, entrenadores personales y los habituales imbéciles New Age que «querían conectar conmigo», todos felicitándome por mi reciente éxito y ofreciendo sus servicios— la de Bobby era la más descarada, la más carente de modestia. Su frase final era ridícula:

«No solo soy bueno en lo que hago: soy brillante. Si quiere ver cómo su dinero hace dinero, debe llamarme. Si no lo hace, se arrepentirá el resto de su vida».

Al día siguiente de recibirla, me llegó una copia de la misma carta, con un *post-it* pegado:

«Imagino que, como todas las personas inteligentes, habrá tirado la carta que recibió ayer, y se la vuelvo a mandar. Vamos a hacer dinero, Dave».

La cara dura del hombre me hizo gracia, aunque la llamada diaria a mi oficina que empezó a hacerme a continuación se me hizo pesada (por orden mía, Jennifer, mi ayudante, le aseguraba que siempre estaba reunido cuando llamaba). Tampoco me impresionó cuando me mandó una caja de vino Au Bon Climat (las mejores viñas de Napa) al final de la primera temporada de la serie. Hice lo correcto: le mandé una breve nota de agradecimiento. Una semana después, llegó una caja de Dom Perignon, con una tarjeta:

«Podrá beberlo como si fuera 7-Up si me permite hacerle ganar dinero».

Brad Bruce estaba en mi oficina cuando llegó la caja de Dom.

—¿Quién es la admiradora? ¿Tiene teléfono?

—La verdad es que es un admirador.

—Olvídalo.

—No, no es eso. El hombre quiere llevarme al huerto financiero. Es corredor. Un corredor muy persistente.

—¿Se llama?

—Bobby Barra.

—Ah, él.

Me quedé de piedra.

—¿Lo conoces?

—Claro. Ted Lipton es cliente suyo —dijo, mencionando al vicepresidente de la FRT—. Y también...

Soltó una retahíla de nombres, muchos de ellos incluidos en la primera carta que me había mandado Bobby.

—¿Así que es un tío legal? —pregunté.

—Mucho, por lo que he oído. Y por lo visto sabe cómo presentarse. Ya me gustaría que mi corredor me mandara Dom Perignon.

Aquella tarde llamé a Ted Lipton. Después de hablar un poco de trabajo, le pedí su opinión de Roberto Barra.

—El año pasado me consiguió un veintisiete por ciento de beneficios. Sí, confío en ese cabrón.

Entonces no tenía corredor porque, con la precipitación y la locura de los acontecimientos desde que me habían encargado la primera temporada de la serie, no había tenido tiempo de pensar en nimiedades como la forma de invertir mi recién ganado dinero. Por eso le pedí a mi ayudante que averiguara todo lo que pudiera sobre Roberto Barra. Al cabo de cuarenta y ocho horas, volvió con la información: nacido en Detroit, graduado en la University of Southern California, veterano de las escuelas de Michael Milkin y el difunto Eddie Edelstein, establecido por su cuenta a la tierna edad de veintitrés años, ascenso vertiginoso, clientela satisfecha, sin antecedentes penales, ninguna relación con gente poco recomendable y certificado de calidad de la Comisión Federal.

—De acuerdo —dije después de leer su informe—. Queda con él para almorzar.

Bobby Barra resultó ser de los que hay que mirar hacia abajo: apenas medía un metro sesenta, tenía el pelo negro y rizado y vestía un impecable traje negro de corte italiano (sorpresa, sorpresa). Me llevó al Orso. Hablaba deprisa y era divertido. Me sorprendió con su cultura, tanto en cuanto a cine como a literatura. Me halagó, y después bromeó sobre sus halagos. Dijo: «No voy a venirme con el rollo típico de Los Ángeles de que te hablo como un amigo», y cinco frases después soltó un «hablándote como un amigo» en la conversación. También dijo: «No eres un simple guionista de televisión, eres un guionista de televisión de verdad, y en tu caso, no es un oxímoron». Era una compañía estupenda, un conversador de primera clase cuya erudición mezclada con aires de chico duro («Si necesitas partirle las piernas a alguien —dijo en voz baja—, conozco a dos mexicanos que lo harían por trescientos pavos más la gasolina»). Escuchando sus rollos, no podía evitar pensar que era como uno de esos gamberros de Chicago sobre los que Bellow escribía con tanta gracia. Era hábil, era listo, y solo una pizca peligroso. No paraba de soltar nombres, pero también se reía de sí mismo por ser «un impenitente parásito de las estrellas». Pero yo entendía por qué aquellos personajes de serie A y B deseaban hacer negocios con él. Porque desprendía competencia. Y porque en su campo, el no va más del autobombo, era el mejor vendiéndose a sí mismo.

—Lo único que te hace falta saber es esto: tengo una obsesión básica, hacer dinero para mis clientes. Es mi absoluta razón de existir. Porque lo del dinero es cuestión de elección. El dinero es la capacidad de hacer esa cosa tan cara de ver: poner en práctica el propio criterio. Afrontar la esencia fortuita del destino con la convicción de que, al menos, tienes el arsenal necesario para contrarrestar las interminables vicisitudes de la vida. Porque el dinero, el dinero de verdad, te permite tomar decisiones sin el imperativo del miedo. Poder decirle al mundo: que te jodan.

—¿No era ese el argumento de Adam Smith en La riqueza de las naciones?

—¿Te gusta Adam Smith? —preguntó.

—Solo he leído la cubierta.

—Olvídate de Maquiavelo y de El éxito es una elección. La riqueza de las naciones de Smith es el hito de los manifiestos capitalistas.

Entonces, tomó un poco de aire y empezó a hablar con una voz que podría describirse como estentórea de Detroit:

—«De todos los sistemas, pues, ya sean elegidos o impuestos, el obvio y simple sistema de la libertad natural se asienta solo y por su cuenta. Todos los hombres, siempre que no vulneren las leyes de la justicia, quedan a su libre albedrío para defender su propio interés a su manera, y para poner su trabajo y su capital en competición con los de cualquier hombre o grupos de hombres... Tal defensa, por cierto, es mucho más importante que la opulencia».

Se calló, dio un sorbo del vaso de San Pellegrino, y dijo:

—Sé que no soy precisamente Ralph Fiennes, pero...

—Eh —dije—. Estoy impresionado. Sobre todo porque lo has dicho enterito sin teleapuntador.

—Esa es la cosa, chico: vivimos en la era de mayor «libertad natural» jamás conocida por el hombre. Pero lo que decía Smith es condenadamente cierto: antes de empezar a gastar a espuestas, asegúrate de que tienes dinero para guardarte las espaldas. Y aquí es donde entro yo. Financieramente hablando, no solo voy a guardarte las espaldas, sino que voy a conseguirte un patrimonio de dimensiones importantes. Lo que significa que, juegues con las cartas que juegues en el futuro, seguirás estando en una posición de

fuerza. Porque, no nos engañemos, siempre que tengas una posición de fuerza, nadie te va a utilizar como felpudo.

—¿Qué me propones exactamente?

—No voy a proponerte nada. Lo que voy a hacer es enseñarte cómo obtengo resultados. Mira, así es como me gusta hacerlo: si estás dispuesto a confiarme una suma de dinero simbólica para empezar, pongamos cincuenta mil, prometo doblártela en seis meses. Y no pienso decir cosas como «si te lo doblo» o «si el mercado sigue subiendo». Tú extiendes un cheque a mi empresa por cincuenta mil, yo te mando el papeleo necesario; seis meses después recibes un cheque de cien mil como mínimo...

—Y si no lo logras...

Me interrumpió.

—Yo no fallo.

Silencio.

—Permite que te pregunte algo: ¿por qué te has esforzado tanto en pillarme como cliente?

—Porque en esta ciudad eres el hombre de moda, por eso. A mí me gusta trabajar con personas inteligentes. Igual que me gusta relacionarme con los que están en la serie A. Voy a dar nombres otra vez: ¿has oído hablar de Philip Fleck?

—¿El multimillonario eremita? El director de cine frustrado. ¿Quién no ha oído hablar de Phil Fleck? Es infame.

—La verdad es que un hombre corriente, como cualquiera. Un hombre con veinte mil millones de dólares...

—Eso sí es ser asquerosamente rico, ¿verdad, Bobby?

—Phil está en el Olimpo de los asquerosamente ricos, y es un buen amigo mío.

—Qué bonito.

—Es un gran admirador tuyo, por cierto.

—¿Me tomas el pelo?

—«El mejor guionista de la tele», me dijo la semana pasada.

No sabía si tragármelo o no. De modo que dije:

—Dale las gracias de mi parte.

—Creas que me estoy tirando un farol otra vez, ¿verdad?

—Si dices que eres amigo de Phil Fleck, te creo.

—¿Me crees hasta el punto de extenderme un cheque de cincuenta mil dólares?

—Por supuesto —dije, un poco inseguro.

—Pues hazlo.

—¿Ahora?

—Sí. Saca la chequera del bolsillo de tu americana...

—¿Cómo sabes que llevo la chequera encima?

—Según mi experiencia, en cuanto alguien empieza a ganar dinero en serio, sobre todo después de años de vacas flacas, empieza a llevar la chequera encima. Porque de repente podría comprarse un montón de cosas que antes no podía. Y extender un cheque tiene mucha más clase que sacar un pedazo de plástico de color platino...

Sin querer toqué el bolsillo interior de la americana.

—Culpable confeso —dije.

—Pues extiende el cheque.

Saqué la chequera y la pluma. Puse ambas cosas en la mesa y las miré, lleno de dudas. Bobby golpeó la chequera con impaciencia con el dedo índice.

—Venga, Dave —dijo—. Es hora de actuar. Sí, lo sé: son cincuenta mil dólares. Todavía no estás acostumbrado a pensar con tantos ceros. Pero créeme: este es uno de esos momentos críticos que contribuyen a definir el futuro. Y también sé lo que estás pensando: «¿Puedo confiar en él?». Bueno, no voy a venderme más. Pero te haré una pregunta sencilla: ¿tienes suficiente valor para ser rico?

Cogí la pluma, abrí la chequera y extendí el cheque.

—Así se hace —dijo Bobby.

Pocos días después, llegó la documentación oficial de mi inversión con Roberto Barra y asociados. Pasaron dos meses antes de que volviera a saber nada de él: una llamada del tipo «¿cómo va todo?», en la que me dijo que el mercado no paraba de subir y «todo iba bien». Me prometió llamarme al cabo de dos meses. Y lo hizo, casi exactamente el mismo día que me había prometido. Otra conversación rápida y amable, en la que parecía un poco frenético, pero optimista. Dos meses después, llegó un sobre de Fedex al

despacho. Dentro había un cheque del banco pagadero a mi nombre, por la suma de 122 344,82 dólares. Llevaba una nota adjunta:

«Nos fue un poco mejor del cien por cien. A celebrarlo».

Debía admirar el estilo de Bobby. Después de engatusarme con éxito, había desaparecido completamente hasta que había obtenido resultados. Aturdido por aquellas ganancias asombrosas, reinvertí inmediatamente toda la suma con Bobby; más adelante le añadí doscientos cincuenta mil más fruto del contrato para la segunda temporada de la serie. También empezamos a vernos de vez en cuando. Bobby no estaba casado («soy un mal prisionero», me dijo), pero siempre llevaba del brazo alguna conquista: normalmente una modelo o una aspirante a actriz. Inevitablemente era rubia y dulce y del tipo princesa tonta. Yo solía tomarle el pelo diciéndole que se ajustaba al arquetipo del «nuevo rico».

—Oye, en su día yo no era más que un italiano bajito de la ciudad de los coches. Ahora soy un italiano bajito de la ciudad de los coches con dinero. Así que por supuesto que utilizaré ese hecho para impresionar a las animadoras que solían mirarme como si fuera un mono grasiento.

Después de un par de salidas con Bobby y su conquista del día (parecía gustarle el estilo de pueblerina estupenda del Medio Oeste, con nombre de pila de novela rosa tipo Madison o January), le hice saber amablemente que no me interesaba ligar. Desde entonces restringimos nuestras salidas mensuales de hombres a una cena a deux, durante las cuales yo me acomodaba y dejaba que Bobby me regalara con sus inagotables historias sobre cualquier cosa. Sally no lograba comprender por qué me gustaba. Aunque le parecía bien cómo invertía mi dinero, su único encuentro con Bobby fue poco menos que un desastre social. Como Bobby me había apoyado mucho durante mi ruptura con Lucy, una vez se pasó un poco el polvo de la batalla estaba deseoso de conocer a Sally... sobre todo porque estaba al corriente de la posición de ella en la Fox Television. Tres meses más o menos después de que fuéramos pareja oficial, me propuso cenar en La Petite Porte de West Hollywood. Desde el momento en que nos sentamos, me di cuenta de que Sally lo había clasificado como un arribista. Él intentó encandilarla con su labia habitual, adulándola con cosas como: «Todos los que son alguien saben quién es Sally Birmingham». Intentó

hacer gala de sus conocimientos literarios, preguntándole cuál era su novela preferida de Don DeLillo («Ninguna», contestó ella. «La vida es demasiado corta para perder el tiempo con su prosopopeya literaria»). Incluso jugó la carta del «me relaciono con personas de serie A», mencionando que Johnny Depp le había llamado el día anterior desde su casa de París para hablarle de unas acciones. De nuevo, Sally lo puso en su lugar:

—¿De verdad que Depp sabe poner una conferencia? Estoy impresionada.

Fue un espectáculo enervante ver a Sally deshinchar plácidamente los frenéticos intentos de Bobby de caerle simpático. Pero lo más curioso de aquel trabajo de demolición fue la forma en que Sally mantuvo su aristocrática sonrisa sibilina. Ni una sola vez le dijo: «Eres un engreído». No levantó la voz ni una sola vez. Pero al final de la velada, lo había reducido a la estatura de Toulouse Lautrec, dando a entender, a su modo suave, que le consideraba un medio pelo, un pequeño burgués, y que no merecía perder el tiempo con él.

Cuando regresábamos a casa aquella noche, se volvió hacia mí en el asiento del conductor, me acarició la nuca y dijo:

—Cariño, sabes que te quiero mucho, pero no vuelvas a hacerme pasar por esto.

Un largo silencio. Después le pregunté:

—¿Tan mal lo has pasado?

—Ya sabes a qué me refiero. Puede que sea un corredor excepcional, pero socialmente es un idiota.

—Yo le encuentro divertido.

—Y entiendo por qué, especialmente si algún día tienes que escribir algo para Scorsese. Pero es un coleccionista de personas, David, y tú eres su objet d'art del mes. No voy a decirte lo que debes hacer; si yo fuera tú dejaría que gestionara mis inversiones y nada más. Es un rufián de tres al cuarto: la clase de liante que por la mañana se rocía con after-shave de Armani, pero sigue apestando a Brut.

Naturalmente pensé que Sally estaba siendo demasiado cruel, demasiado esnob. Pero no dije nada. Como no le dije nada a Bobby, un par

de días después de la cena, cuando me llamó a mi oficina para anunciarme que pensaba obtener unos beneficios del 29 % ese año.

—¡Veintinueve por ciento! —exclamé, asombrado—. Eso parece totalmente ilegal.

—Pues es absolutamente legal.

—Bromeaba —dije, sintiéndolo a la defensiva—. Estoy encantado. Y agradecido. La próxima vez, invito yo.

—¿Habrá próxima vez? Para Sally soy un impresentable, ¿no?

—No, que yo sepa —mentí.

—Mientes, pero te agradezco el detalle. Créeme, me doy cuenta cuando le caigo bien a alguien, y también cuando me clasifican como chusma.

—La química entre vosotros no funcionó, no le des más vueltas.

—Estás siendo educado. Pero vaya, mientras tú no compartas su opinión...

—¿Por qué habría de hacerlo? Especialmente cuando me estás consiguiendo un veintinueve por ciento.

Se rio.

—Eso es lo que importa en el fondo, ¿verdad?

—¿Tú me lo preguntas?

Bobby fue lo bastante sensato para no volver a sacar el tema de la cena desastrosa, aunque siempre que hablaba conmigo me preguntaba por Sally. Y una vez al mes, salíamos a cenar. Porque, en definitiva, el 29 % es el 29 %. Pero también porque me caía bien. Y porque veía que, detrás de la parafernalia de vendedor y las fanfarronadas, solo era un hombre más con ilusiones, que intentaba dejar su propia huella en un mundo profundamente indiferente. Como el resto de nosotros, llenaba el tiempo con sus propias ambiciones y preocupaciones hiperaceleradas, en un intento de creer que, de alguna forma, lo que todos hacemos durante ese espasmo momentáneo llamado vida vale para algo.

En todo caso, yo estaba tan ocupado con la segunda temporada de la serie que, exceptuando nuestra cena mensual, no tenía más contacto con Bobby. Cuando se empezó a producir la segunda temporada de *Te vendo*, ya había llegado a la conclusión de que mi vida era un infinito estudio de tiempos y métodos: catorce horas de trabajo al día, siete días a la semana.

La única variación de ese horario era el fin de semana al mes que pasaba en Sausalito con Caitlin. Dedicaba las pocas horas libres que tenía al día enteramente a Sally. Ella no se quejaba de la falta de calidad de nuestra vida en común, y de hecho creía que todo lo que estuviera por debajo de una jornada laboral de diecisiete horas era ser perezoso.

Uno de los aspectos más curiosos de estar tan ocupado es que el tiempo realmente transcurre rápido como una bala. Habían pasado otros seis meses. La segunda temporada estaba terminada. La primera reacción de la FRT fue entusiasta. Alison ya había recibido llamadas de Brad Bruce y Ted Lipton acerca de una tercera temporada, y todavía faltaban dos meses para emitir la segunda. La vida era caótica, pero buena. Mi carrera iba viento en popa. Mi pasión por Sally no había disminuido, y ella parecía seguir extasiada conmigo. Mi dinero producía más dinero. Y a pesar de que Lucy todavía se mostraba fría cuando yo iba a Sausalito, al menos Caitlin parecía encantada de ver a su padre, e incluso había empezado a pasar un fin de semana al mes con nosotros en Los Ángeles.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó Alison un día almorzando—. Pareces feliz.

—Lo soy.

—¿Debo avisar a los medios?

—¿Qué tiene de malo ser feliz?

—Nada. Es solo que... tú nunca habías sido feliz, Dave.

Tenía razón. Pero hasta hacía poco tiempo nunca había tenido lo que quería.

—Bueno —dije—, quizá podría empezar a ser feliz ahora.

—Eso sí que sería un cambio. Y ya puestos: tómate unos días de vacaciones. El éxito te ha desmejorado mucho.

Como siempre, tenía razón. Salvo un fin de semana con Sally en Marina del Rey, no había conocido eso llamado «vacaciones» en más de catorce meses. Sí, estaba cansado y me moría por unos días de reposo. Hasta el punto de que cuando Bobby me llamó a mediados de marzo y me dijo:

—¿Te apetece ir al Caribe este fin de semana? Puedes traerte a Sally.

Acepté sin pensarlo.

—Bien —dijo Bobby—. Porque Phil Fleck quiere conocerte.

Capítulo 3

Un par de cosas sobre Philip Fleck. Había nacido en Milwaukee, hacía cuarenta y cuatro años. Su padre tenía una pequeña empresa de papel de embalaje. Cuando murió fulminado por un infarto en 1979, su familia instó a Philip, que estaba terminando los estudios de la escuela de cinematografía de la Universidad de Nueva York, a volver a casa para encargarse de los negocios. A pesar de su resistencia a asumir la responsabilidad, especialmente porque estaba decidido a ser director de cine, accedió a los deseos de su madre y se hizo cargo de la dirección de la empresa. Al cabo de diez años, había convertido aquella empresa local en una de las mayores productoras de embalaje al por mayor de Estados Unidos. Entonces entró en bolsa y ganó sus primeros mil millones de dólares. Después de eso, empezó a tener escarceos con el capital de riesgo, y a finales de los ochenta decidió respaldar un oscuro caballo denominado «Internet». Elegía sus inversiones sabiamente, porque en 1997 tenía un capital de más de veinte mil millones de dólares. En 1998 cumplió cuarenta años. Y fue también el año en que decidió de repente desaparecer de la vida pública.

Renunció a la presidencia de la empresa familiar de embalaje. Dejó de versele en público. Contrató a una empresa importante de seguridad para asegurarse de que nadie invadía su intimidad. Rechazaba todas las peticiones de entrevistas o apariciones públicas, y se escondió detrás del gran aparato que gestionaba su imperio empresarial. Se desvaneció tan completamente que muchos creían que había muerto, se había vuelto loco o era J. D. Salinger.

Tres años después, Philip Fleck reapareció en público. Mejor dicho: su nombre reapareció de repente, con regularidad, cuando La última oportunidad, su primera película, llegó a las pantallas. Él mismo había escrito el guion y dirigido la película (y también la había financiado con un

presupuesto de veinte millones de dólares), y en la entrevista que concedió a Esquire antes del estreno de la película, la calificó de «la culminación de diez años de planificación y reflexión». La película era un cuento apocalíptico ambientado en una isla de la costa de Maine, sobre dos parejas que se enfrentaban a una crisis de proporciones metafísicas cuando un accidente nuclear arrasaba casi toda Nueva Inglaterra. Se encuentran atrapados en la isla, donde esperan que el viento se lleve las toxinas mortales. Durante ese tiempo se pelean, discuten y charlan, empiezan a debatir sobre el auténtico significado de la existencia terrenal... y, con mucha imaginación, sobre sus muertes inminentes.

La película recibió algunas de las peores críticas imaginables. Se acusó a Fleck de ser pomposo y risible; un hombre rico sin talento que había tirado una montaña de dinero en una de las películas más pretenciosas y absurdas jamás rodadas.

Tras esa semejante acogida por parte de la crítica, Philip Fleck volvió a esfumarse; solo se veía con unos pocos miembros del denominado círculo íntimo de amigos. Pero su nombre volvió a aparecer en las noticias cuando se filtró que finalmente se había casado... con la mujer que había sido la editora del guion de *La última oportunidad* (por cierto: cuando Brad Bruce vio la noticia de la boda en la sección de Sociedad del Times, en la oficina de la productora, se volvió hacia mí y dijo: «Puede que se haya casado con ella porque es la única persona que no se rio de su puto guion»).

Pero aunque los críticos hubiesen mellado el orgullo de Philip Fleck, no podían hacer nada contra su cuenta bancaria. En la clasificación Forbes del último año de los cien estadounidenses más ricos, él era el octavo, con un valor neto actual de 24 400 millones de dólares. Poseía casas en Manhattan, Malibú, París, San Francisco y Sidney, por no hablar de su propia isla privada cerca de Antigua. Tenía su propio *jet* 767 privado. Era un coleccionista de arte ávido, con predilección por los pintores norteamericanos del siglo xx, concretamente, abstractos de los sesenta como Motherwell, Philip Guston y Rothko. Por muchas obras de beneficencia que hiciera, era más conocido por su obsesión por el cine, hasta el punto de que había subvencionado generosamente organizaciones como el American Film Institute, la Cinemathèque Française y el

departamento cinematográfico de la Universidad de Nueva York. Más precisamente, era un auténtico cinéfilo: en su entrevista en Esquire había afirmado haber visto más de diez mil películas. En alguna ocasión se le había visto asistir a cines de la orilla izquierda parisina como el Accatone y el Action Christine, aunque, por lo que se sabía de él, era difícil distinguirlo en una multitud, porque se trataba de un hombre de aspecto muy corriente: «... alguien que, a pesar del vestuario de diseño de lujo, sigue pareciendo un don nadie del Medio Oeste un poco grueso» (según el perfil más bien quisquilloso de Esquire). «Sin embargo, es su carácter taciturno lo que realmente le define. Uno no sabe si sufre de timidez terminal o de una especie de arrogancia misantrópica que procede de su estratosférica riqueza. Porque él no tiene auténtica necesidad de relacionarse con el resto del mundo. Conoces a Philip Fleck, echas un vistazo a sus dominios, a su inmenso poder financiero, en toda su infinita magnificencia, y después le miras a él cuidadosamente, y piensas: a veces los dioses sonríen a los cretinos».

Después de que Bobby me propusiera pasar el fin de semana en el refugio caribeño de Fleck, pedí a mi ayudante que buscara la entrevista de Esquire. En cuanto terminé de leerla, llamé a Bobby a su oficina y le pregunté:

—¿El periodista de Esquire sigue con vida?

—Apenas..., aunque imagino que la oficina del Bangor Daily News no puede compararse con el embriagador mundo de las revistas de Hearst.

—Si me hubieran hecho esas críticas, me habría hecho piloto kamikaze.

—Ya, pero si tuvieras veinte mil millones en el banco...

—Entendido. Desde luego, seguro que después de toda la mierda que le lanzaron con La última oportunidad, no le quedan ganas de volver a ponerse a dirigir.

—Si hay algo que sé de Phil es esto: puede que sea el señor silencioso, el señor meditabundo, pero no es de los que abandonan, nunca se rinde. Es implacable. Si quiere algo, lo obtiene. Y ahora mismo te quiere a ti.

Sí, aquella era la razón subyacente, el subtexto, de mi invitación al refugio caribeño de Fleck. Se lo sonsaqué a Bobby en su primera llamada, cuando me había invitado a conocer al gran recluso.

—La cosa está así, chico —dijo Bobby—. Él pasará una semana en ese sitio cerca de Antigua. Se llama Saffron Island, y te lo aseguro, es un paraíso de lujo.

—Déjame adivinar —dije—. Se ha construido su propio Taco Bell en la isla...

—Oye, ¿a qué viene el sarcasmo?

—Es que me gusta tomarte el pelo con tu amigo megarrico.

—Oye, Phil es original de verdad, un inadaptado. Y aunque ahora guarde su intimidad como si fuera un campo de pruebas nucleares, para sus amigos es un tipo normal. Sobre todo si le caes bien.

Y, según Bobby, él le caía bien.

—Porque soy un tipo simpático.

—Sin ofender —dije—, pero sigo sin comprender cómo te introdujiste en su círculo íntimo. A mí ese tipo hace que el difunto señor Kubrick me parezca una persona accesible.

Entonces me contó que «había hecho migas» con Fleck hacía tres años durante la preproducción de su película. Aunque Fleck asumía todos los gastos, quería montar el asunto de modo que se transformara en una enorme evasión fiscal. Uno de los productores asociados había sido cliente de Bobby, y como sabía que era un genio de las finanzas (palabras textuales de Bobby), propuso que Fleck hablara con él. De modo que convocaron a Bobby a chez Fleck en San Francisco. «Una modesta mansión en Russian Hill». Se midieron con la mirada y charlaron. Bobby trazó un plan según el cual, si Fleck hacía toda la película en Irlanda, al año siguiente podría deducir de la declaración de renta todo el presupuesto de veinte millones de dólares, sin que Hacienda pudiera abrir la boca.

Así que La última oportunidad se rodó en una isla dejada de la mano de Dios de la costa del condado de Clare, y los interiores, en un estudio de Dublin. A pesar de que fue un desastre para todos los implicados, al menos Bobby Barra obtuvo un buen premio: su amistad con Philip Fleck.

—Te lo creas o no, hablamos el mismo idioma. Y sé que respeta mi opinión en asuntos financieros.

¿Lo suficiente para permitirte jugar con su dinero?, quería preguntar yo, pero me mordí la lengua. Porque estaba bastante seguro de que un hombre

con los megarrecursos de Philip Fleck probablemente tenía a doce Bobby Barra en nómina. Lo que no lograba comprender era qué veía en un charlatán como Barra un individuo esquivo como Fleck. A menos que, como yo, lo encontrara divertido y le considerara un material en potencia.

—¿Cómo es su nueva esposa? —pregunté a Bobby.

—¿Martha? Muy de Nueva Inglaterra. Muy intelectual. Bastante guapa, si te gusta el tipo Emily Dickinson.

—¿Conoces a Emily Dickinson?

—No salimos nunca juntos, pero...

Tenía que reconocerlo: Bobby era rápido.

—Te diré algo, entre nosotros —dijo—. A nadie le sorprendió que Phil la eligiera. Antes de ella, iba de flor en flor a lo grande, aunque siempre parecía incómodo con la modelo de turno que, aparte de los indispensables requisitos de maciza, tenía problemas al deletrear su propio nombre. A pesar de todo su dinero, nunca ha sido precisamente un imán para las mujeres.

—Pues me alegro de que encontrara a alguien —dije, pensando que, a pesar de sus credenciales de bella de Amherst, aquella tal Martha tenía que ser una cazafortunas.

—En fin, el objetivo de esta invitación es simple —dijo Bobby—. Como ya te he dicho, a Phil le encanta *Te vendo*, y sencillamente quiere conocerte, y pensó que te gustaría pasar un par de días con tu chica bajo las palmeras de Saffron Island.

—¿Sally también puede venir?

—Te lo acabo de decir.

—Y es solo una ocasión para saludarme, nada más.

—Ni más ni menos —dijo Bobby, con una leve nota de duda en la voz—. Por supuesto, es posible que Phil quiera hablarte de trabajo.

—No me importa.

—Y si no te importara leer uno de sus guiones antes de ir...

—Sabía que era una cazada.

—No es una cazada, Dave. Solo te pide una «lectura de cortesía» de la nueva película que está escribiendo.

—Mira, no soy un revisor de guiones...

—Tonterías. Eso es precisamente lo que haces en todos los episodios de *Te vendo* que no has escrito tú.

—Sí, pero la diferencia es que se trata de mi serie. Lo siento si te parezco pedante, pero no administro primeros auxilios al trabajo de otros.

—Eres un pedante, pero la cuestión es: nadie te pide que juegues a médicos. Como te he dicho, es una lectura de cortesía, nada más. Seamos claros, el autor en cuestión es el señor Philip Fleck. Y está deseoso de que vuelas en su avión privado a su isla privada, donde tendrás una *suite* privada con tu propia piscina privada, y donde también tendrás tu mayordomo privado y la clase de servicio de seis estrellas que no encontrarás en ninguna otra parte, y a cambio de esa semana de lujo absolutamente sibarítico, solo te pide que leas su guion, que debo decir que solo tiene ciento cuatro páginas, porque lo tengo delante de mí, y después de leerlo, sencillamente te sientas con él un rato bajo las palmeras de Saffron Island, y tomando una piña colada, charlas una horita con el octavo hombre más rico de Estados Unidos sobre su guion...

Hizo una pausa para respirar. Y también buscando el efecto dramático.

—Veamos, señor Armitage: ¿es mucho pedir?

—De acuerdo —concedí—. Mándamelo por mensajero.

El guion llegó dos horas después, y para entonces Jennifer había localizado el perfil de Esquire en Internet, y yo estaba verdaderamente intrigado. Había algo irresistible en el personaje paradójico que era Philip Fleck. Tanto dinero y tan poca capacidad creativa. Y, si el periodista de Esquire estaba en lo cierto, una necesidad tan desesperada de demostrar al mundo que era un hombre dotado de auténtico genio creativo. «El dinero no es nada sin reconocimiento», le había dicho al periodista. Pero y si resulta que, con todos tus miles de millones, no tienes un gramo de talento, ¿entonces qué? Creo que una parte insidiosa de mí pensaba que sería divertido pasar unos días observando esa suprema ironía.

Incluso Sally estaba intrigada con la idea de pasar una semana en las cercanías de tan desmesurada riqueza.

—¿Estás completamente seguro de que esto no es una artimaña montada por Bobby Barra? —preguntó.

—Por mucho que fanfarronee, dudo que Bobby tenga su propio 767, y menos aún una isla en el Caribe. Además, recibí un ejemplar del guion de Fleck, y Jennifer lo comprobó en la Asociación de Autores. Está registrado a nombre de Fleck, o sea que todo parece perfectamente legal.

—¿Qué tal?

—No lo sé. Lo recibí poco antes de salir.

—Bueno, si vamos a marcharnos el viernes, tendrás que encontrar tiempo para anotar alguna observación seria: al fin y al cabo tendrás que ganarte nuestro alojamiento.

—¿Entonces, vienes?

—¿Una semana gratis en una isla idílica de Phil Fleck? Ya lo creo. Además me servirá de tema en las cenas de muchos meses.

—¿Y si todo resulta ser muy vulgar?

—Seguirá siendo una buena anécdota para contar por ahí.

Aquella noche, cuando el insomnio me obligó a levantarme de la cama a las dos de la madrugada, me senté en el salón y abrí el guion de Fleck. Se llamaba Diversión y juegos. La escena de apertura decía:

Interior tienda porno, noche

Buddy Miles, cincuenta y cinco años, cara curtida, un cigarrillo permanentemente colgando de un extremo de la boca, está sentado detrás de la caja de una tienda porno especialmente cutre. A pesar de los carteles de mujeres desnudas y las cubiertas chillonas del surtido de revistas que decoran el lugar donde está sentado, en seguida notamos que lee un ejemplar del Ulises de Joyce. El movimiento de apertura de la Sinfonía n.º 1 de Mahler suena en el radiocasete junto a la caja registradora. Levanta una taza de café, da un sorbo, hace una mueca, entonces busca bajo el mostrador y saca una botella de *bourbon* Hiram Walker. La destapa, se echa un poco en el café, tapa la botella y vuelve a probar el café. Bien. Pero cuando levanta la mirada de la taza, ve que hay un hombre de pie frente a la caja. Lleva una parka gruesa. Se tapa la cara con un pasamontañas. Inmediatamente Buddy

nota que el individuo enmascarado le apunta con una pistola. Un momento después, el encapuchado habla.

LEON: ¿Es Mahler eso que escuchas?

BUDDY (desconcertado por la pistola): Estoy impresionado. Diez billetes a que no adivinas qué sinfonía.

LEON: De acuerdo. La sinfonía número uno.

BUDDY: Doble o nada a que no adivinas el director.

LEON: Triple o nada.

BUDDY: Eso es pasarse.

LEON: Sí, pero soy yo el que tiene la pistola.

BUDDY: No te lo discutiré. De acuerdo, triple o nada. ¿Quién lleva la batuta?

Leon calla un instante, escucha la música con atención.

LEON: Bernstein.

BUDDY: Ni hablar. Georg Solti y la Chicago Symphony.

LEON: No me toques los cojones.

BUDDY: Compruébalo tú mismo.

Leon, sin dejar de apuntar a Buddy con la pistola, abre la tapa del radiocasete, saca la cinta y mira la etiqueta con disgusto; después lo tira.

LEON: Mierda, nunca distingo el sonido de la Chicago.

BUDDY: Sí, se tarda un poco en distinguirlo. Sobre todo con tanto metal. Oye, ¿vamos a hacer lo que sea que quieras hacer?

LEON: Me has leído el pensamiento. (Se acerca más a Buddy). Adelante, abre la caja y alégrame el día.

BUDDY: No hay problema.

Buddy abre la caja. Leon se inclina, utiliza la mano libre para coger el dinero. Mientras lo hace, Buddy le cierra el cajón pillándole la mano y simultáneamente saca una escopeta de cañones recortados de debajo del mostrador. Antes de que Leon reaccione, tiene una escopeta apuntándole la cabeza y la mano atrapada en la caja. Gime de dolor.

BUDDY: ¿No crees que deberías tirar el arma?

Leon hace lo que le ordenan. Buddy suelta el cajón de la caja, pero sigue apuntando a la cabeza de Leon con la escopeta mientras se inclina y le arranca el pasamontañas. Leon resulta ser un afroamericano, también de cincuenta y tantos años. Buddy mira a Leon con los ojos muy abiertos.

BUDDY: ¿Leon? ¿Leon Wachtell?

Ahora es Leon quien abre los ojos de par en par. De repente también él le reconoce.

LEON: ¿Buddy Miles?

Buddy baja el arma.

BUDDY: Sargento Buddy Miles para ti, gilipollas.

LEON: No puedo creerlo.

BUDDY: No puedo creer que no me reconocieras.

LEON: Eh, ha pasado mucho tiempo desde Vietnam.

FIN DE SECUENCIA

Interrumpí la lectura, dejé el guion. Me levanté inmediatamente y fui hacia el gran armario de la entrada de nuestro *loft*. Después de buscar en varias cajas, encontré lo que buscaba: una caja de zapatos repleta con mis viejos guiones de los años de vacas flacas. Abrí la caja. Busqué entre la pila de guiones fallidos, pilotos de televisión nunca producidos y obras de teatro sin estrenar. Finalmente, desenterré Nosotros, los veteranos, uno de los primeros guiones que había escrito después de que Alison me aceptara como cliente. Volví al sofá, abrí el guion y leí la primera página.

Interior tienda porno, noche

Buddy Miles, cincuenta y cinco años, cara curtida, un cigarrillo permanentemente colgando de un extremo de la boca, está sentado detrás de la caja de una tienda porno especialmente cutre. A pesar de los carteles de mujeres desnudas y las cubiertas chillonas del surtido de revistas que decoran el lugar donde está sentado, en seguida notamos que lee un ejemplar del Ulises de Joyce. El movimiento de apertura de la Sinfonía n.º 1 de Mahler suena en el radiocasete

junto a la caja registradora. Levanta una taza de café, da un sorbo, hace una mueca, entonces busca bajo el mostrador y saca una botella de *bourbon* Hiram Walker. La destapa, se echa un poco en el café, tapa la botella y vuelve a probar el café. Bien. Pero cuando levanta la mirada de la taza, ve que hay un hombre de pie frente a la caja. Lleva una parka gruesa. Se tapa la cara con un pasamontañas. Inmediatamente Buddy nota que el individuo enmascarado le apunta con una pistola. Un momento después, el encapuchado habla.

LEON: ¿Es Mahler eso que escuchas?

BUDDY (desconcertado por la pistola): Estoy impresionado. Diez billetes a que no adivinas qué sinfonía.

Y la escena proseguía exactamente como estaba escrita en el guion de Philip Fleck. Cogí el guion de Fleck. Lo coloqué sobre una rodilla, mientras abría mi propio guion en la otra. Los comparé página por página. Fleck había copiado de arriba abajo mi guion original, escrito ocho años antes del que él lo registrara en la Asociación de Autores el mes anterior. Aquello no era un simple plagio. De hecho, dado que los dos guiones estaban escritos con el mismo tipo de letra, estaba bastante seguro de que simplemente había hecho que algún subalterno tecleara una nueva página de título (con su nombre en ella) antes de registrarlo en la asociación.

No podía creerlo. Lo que Fleck había hecho no era solo un ultraje: era un escándalo, hasta el punto de que, con el apoyo de la Asociación de Autores Americanos, yo podía desenmascararlo públicamente como un pirata literario, un ladrón. Con seguridad, alguien tan consciente de su intimidad como Fleck se habría dado cuenta de que a la prensa le encantaría destriparlo por una acusación de plagio. Y con seguridad sabía, al mandarme su guion, que eso desencadenaría mi ira. Entonces, ¿a qué estúpido juego jugaba ese cabrón?

Miré el reloj. Las dos cuarenta y uno. Recordé algo que Bobby me había dicho en una ocasión: «Estoy disponible veinticuatro horas al día siete días a la semana, si me necesitas». También sabía que sobrevivía durmiendo cuatro horas al día, y pocas veces se acostaba antes de las tres. Descolgué el

teléfono. Le llamé al móvil. Me contestó al tercer timbre. De fondo se oía música tecno a todo volumen y el sonido de un motor acelerando. Bobby parecía exaltado: o había sorbido algo por la nariz o se había tomado algo de la escuela Ritalin de farmacología.

—Dave, todavía estás levantado —dijo.

—Una observación brillante, Bobby.

—¿Distingo un tono de disgusto en tu voz?

—Observación brillante número dos. ¿Es un buen momento?

—Si te dijera que voy a ciento cincuenta por la diez con una muñeca hawaiana llamada Heather Fong a mi lado, ¿me creerías?

—No.

—Y harías bien. Vuelvo a casa después de una larga reunión sobre el Nasdaq con una pareja de venezolanos muy despiertos...

—Y yo me he quedado leyendo. ¿Qué cojones cree que hace Fleck copiando mi guion?

—Ah, ya te has dado cuenta.

—Oh, sí, me he dado cuenta, y el señor Fleck tiene un problema. Para empezar, puedo pedirle a Alison que presente una demanda...

—Eh, sé que son casi las tres, pero intenta encontrarle la gracia, ¿vale? Fleck te está haciendo un cumplido, tonto. Un gran cumplido. Quiere producir tu guion, chico. Será su próximo proyecto. Y te lo pagará a lo grande.

—¿Y también piensa hacer pasar mi guion como suyo?

—Dave, ese hombre tiene veintitrés millones. Hablando claro, no es un necio. Y sabe perfectamente que tu guion es tuyo. Lo único que ha hecho es decirte, a su manera tortuosa, que le ha gustado de verdad...

—Y de paso me ha gastado una broma muy rara. ¿No habría sido más fácil que me hubiera llamado y me hubiera dicho que le gustaba mucho mi guion... o que hubiese hecho lo habitual: que su gente hablara con Alison?

—¿Qué quieres que te diga? Phil siempre deja a todo el mundo intrigado. Pero si yo fuera tú, estaría contento. Especialmente sabiendo que ahora Alison puede sacarle una cantidad enorme de dinero por el guion.

—Tendré que pensarlo. Cuidadosamente.

—Oh, tonterías. Escucha, tómate una píldora de sentido del humor y duerme un poco. Mañana todo esto te parecerá muy divertido.

Colgué. De repente estaba agotado. Tan agotado que no quería pensar más en el juego al que estaba jugando Philip Fleck. Pero antes de meterme en la cama, deje los dos guiones en la encimera de la cocina. Los dos estaban abiertos por la página uno. Junto a ellos deje una nota para Sally: «Cariño, dime qué piensas de este curioso caso de duplicación. Besos».

A continuación me arrastré hasta la cama, me tapé y me dormí.

Cuando me desperté cinco horas después, me encontré a Sally sentada en un extremo de la cama, ofreciéndome un capuchino. Murmuré las habituales incoherencias matutinas de agradecimiento. Ella sonrió. Noté que ya estaba duchada y vestida. Después también noté que tenía los dos guiones debajo del brazo.

—Bueno, ¿quieres saber lo que pienso de esto? —preguntó.

Tomé un poco de café y asentí.

—Bien, si he de serte sincera, me parece demasiado «de género». Quentin Tarantino cruzado con una de esas películas cutres de atracos de los setenta.

—Muchas gracias.

—Oye, tú me has pedido mi opinión, y yo te la doy. Es una obra de juventud, ¿no? No nos engañemos, la escena de apertura es muy rebuscada. No sé, puede que para ti las referencias a Mahler sean divertidas, pero el público de multicine no se enterará de nada.

Di otro sorbo de café y dije:

—¡Puf!

—Eh, no digo que sea malo. Por el contrario, tiene todas las características de excelencia que han hecho de *Te vendo* un exitazo. La cuestión es que has recorrido mucho camino desde entonces.

—Cierto —acepté, sintiéndome herido.

—Ah, venga, no esperarás que elogie algo que no es bueno, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Pero eso no sería sincero.

—¿Qué tendrá que ver la sinceridad con nada de esto? Yo solo te preguntaba qué pensabas del intento de plagio de Fleck.

—¿Plagio? Cualquiera que te oiga... Eres como todos los guionistas que he conocido. Sin sentido del humor cuando se trata de su obra. ¿Y si te ha gastado una bromita para ver cómo reaccionas al «hurto» de tu guion? ¿No lo comprendes? ¿No ves lo que pretende decirte?

—Por supuesto que sí: quiere ser coautor de mi guion.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, eso es. Ese es el precio que tendrás que pagar si le permites rodar tu guion. Deberías darle una oportunidad.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué: porque esas son las reglas del juego. Y también porque, para ser sinceros, no es la mejor película jamás escrita... Entonces, ¿por qué no darle una oportunidad?

No dije nada. Me limité a sorber el café y poner cara de estar reconsiderándolo. Sally se acercó y me besó en la cabeza.

—No te pongas de morros —dijo—. Pero no voy a mentirte, es un producto enmohecido. Y si el octavo hombre más rico del país quiere comprártelo, coge su dinero... aunque eso signifique que él acabe apareciendo como coautor en los créditos. Créeme, Alison va a estar de acuerdo conmigo en esto.

Sally, maldita sea, tenía razón. Cuando llamé a Alison más tarde y le conté la pequeña trampa de Fleck, me dijo:

—La verdad, tienes que reconocérselo, es una forma perversamente original de llamar tu atención.

—Y de decirme que espera ser coautor.

—Vaya cosa. Esto es Hollywood. Hasta los aparcacoches creen tener derecho a salir en los créditos como coautores. Mira, los dos sabemos que no es tu mejor obra.

No dije nada.

—Oh, vaya, un silencio herido —dijo Alison—, ¿el autor está un poco susceptible esta mañana?

—Sí. Un poco.

—La FRT te ha echado a perder, David. Ahora piensas que eres la personificación de la creatividad. Pero recuerda que si este guion se hace, hablamos de la gran pantalla. Y la gran pantalla representa grandes

compromisos. A menos, claro, que Fleck decida convertir tu película en una porquería de arte y ensayo...

—Es una película de atracadores, Ahson.

—Uf, en manos de Fleck, podría ser una candidata al género del terror existencial. ¿Has llegado a ver La última oportunidad?

—Todavía no.

—Alquílala y pártete de risa. Probablemente la película más hilarante, sin quererlo, jamás rodada.

Eso hice; aquella misma tarde alquilé la película en el Blockbuster del barrio y la vi a solas antes de que Sally volviera a casa. Metí la cinta en el vídeo, abrí una cerveza, me acomodé y me predispuse a pasar un buen rato.

No tuve que esperar mucho. La primera escena de La última oportunidad es un primer plano de un personaje llamado Prudence, una chica ágil y esbelta que lleva puesta una larga capa suelta. Después de un momento, la cámara retrocede y vemos que está de pie en un promontorio rocoso de una isla yerma, mirando hacia una nube en forma de seta situada sobre el continente lejano. Mientras sus ojos se abren ante la intensidad de ese holocausto nuclear, oímos (fuera de campo) que dice:

«El mundo se acababa... y yo lo estaba viendo».

Menudo comienzo. Unos minutos después, nos presentaban a Helene, la compañera de Prudence en la isla, otra chica esbelta (aunque esta con gafas de concha) que está casada con un artista loco llamado Herman que pinta enormes lienzos abstractos, que representan escenas apocalípticas de catástrofes urbanas.

«Vine aquí para huir de los vínculos materiales de la sociedad —le dice a Helene—, pero ahora la sociedad ha desaparecido. Finalmente se ha cumplido nuestro sueño».

«Sí, mi amor —dice Helene—. Es verdad. Se ha cumplido nuestro sueño. Pero hay un problema: vamos a morir».

El cuarto miembro de este alegre cuarteto es un sueco llamado Helgor, que vive como un eremita a lo Walden Pond/Thoreau en una cabaña de un extremo de la isla. A Helene le gusta Helgor, que ha jurado renunciar al sexo, por no hablar de la electricidad, el sonido amplificado electrónicamente, las cisternas y todo lo que no haya crecido en suelo

orgánico. Pero, después de enterarse de que el mundo se está acabando, decide abandonar la abstinencia sexual y se deja seducir por Helene. Mientras resbalan por el suelo de piedra de su cabaña, él le dice: «Quiero saciarme de tu cuerpo, quiero beber tu fuerza vital».

Por supuesto, resulta que Herman el loco se beneficia a Prudence, y que ella está encinta. En un momento de gran reflexión, le confía: «Siento que una vida se expande dentro de mí, mientras la muerte lo envuelve todo».

Helene se entera del adulterio de Herman con Prudence y Helgor confiesa que se está tirando a Helene, y los dos chicos se dan de puñetazos, seguidos de media hora de silencios inquietantes, seguidos de una reconciliación y un debate tortuoso sobre la esencia de la existencia, rodada en un gran patio de piedra, con los personajes moviéndose de unos cuadrados blancos a unos negros como (¡por Dios!) figuras en un tablero de ajedrez. Mientras se libra una conflagración postatómica en el continente, y las nubes tóxicas nucleares empiezan a descender sobre la isla, el cuarteto decide enfrentarse a su destino.

«No deberíamos morir de asfixia —plantea Herman el loco—. Deberíamos lanzarnos a las llamas».

Dicho eso, se suben a un bote y se dirigen hacia el infierno con (sorpresa, sorpresa) las notas del Viaje por el Rin de Sigfrid escoltándolos en su personal Gotterdammerung.

Negro final. Créditos.

Cuando se acabó la película, me quedé un rato sentado en el sillón, estupefacto. Después llamé a mi agente, y me lancé a una diatriba sobre lo inherentemente malísima que era la obra. Al final, Alison me contestó:

—Sí, es cosa fina, ¿eh?

—Es imposible que yo trabaje con ese tipo. Voy a anular el viaje.

—Espera un momento —me detuvo ella—. No hay motivo para no conocer a Fleck. Al fin y al cabo, te ha invitado a gandulear al sol, ¿no? Más precisamente, ¿por qué no le vendes Nosotros, los veteranos o Distracción y juegos o como quiera llamarla? Si no soportas lo que hace con ella, puedes hacer que retiren tu nombre de los créditos. Por mi parte, sé que puedo sacarle un montón de dinero. En este caso, será un contrato con una cantidad al contado, Dave. Un millón redondo. Y te prometo que te lo

pagará. Porque aunque los dos sepamos que registrar el guion a su nombre fue una forma de engatusarte, no querrá que se haga público. No hará falta ni que se lo pidamos, pagará lo que sea para que no se sepa.

—Tienes una penosa opinión de la naturaleza humana.

—Soy agente.

Después de hablar con Alison, llamé a Sally. Su ayudante me hizo esperar casi tres minutos, después volvió y con una voz tensa me dijo que «había surgido algo» y que Sally me llamaría al cabo de diez minutos.

Tardó casi una hora en llamarme. En cuanto oí su voz, supe que había sucedido algo grave.

—Acaba de darle un infarto a Bill Levy —dijo, con voz temblorosa.

—¡Dios mío! —exclamé. Levy era su jefe, y el hombre que había introducido a Sally en la Fox Television y la había ayudado a sobrevivir en la jungla laberíntica de la política interna. Era su figura paterna corporativa, y uno de los pocos profesionales en quien podía confiar—. ¿Está muy mal? —pregunté.

—Bastante. Se ha desplomado durante una reunión de planificación. Por suerte en el edificio había una enfermera de la empresa que le ha practicado reanimación cardiopulmonar antes de que llegara la ambulancia.

—¿Dónde está ahora?

—En la Clínica Universitaria, en cuidados intensivos. Oye, con lo que ha pasado, esto es un caos. Llegaré tarde a casa.

—De acuerdo, de acuerdo —dije—. Si puedo ayudarte en algo...

Pero ella solo dijo:

—Tengo que irme. —Y colgó.

No volvió a casa hasta medianoche, agotada y enervada. La rodeé con mis brazos. Ella se deshizo suavemente de mi abrazo y se dejó caer en el sofá.

—Sobrevivirá. Por los pelos —dijo—. Pero sigue en coma, y les preocupa que haya lesiones cerebrales.

—Lo siento muchísimo —dije, ofreciéndole algo fuerte. Pero solo quería Perrier.

—Lo que hace aún más jodida la situación —se lamentó— es que de momento han puesto a Stu Barker al mando de la división de Bill.

Eso sí eran malas noticias, porque Stu Barker era un gilipollas y un trepa que había estado persiguiendo el puesto de Levy durante el año anterior. Tampoco tenía una gran opinión de Sally, pues la consideraba una secuaz de Levy.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Lo que hay que hacer en una situación así: reagrupar las fuerzas de que dispongo y procurar que ese cabrón de Barker no destruya todo lo que he construido en la Fox. Y me temo que eso significa que la semana chez Fleck está definitivamente fuera de mi alcance.

—Ya me lo imaginaba. Llamaré a Bobby y le diré que no podemos ir.

—Pero tú deberías ir.

—¿Contigo envuelta en una situación tan difícil? Ni hablar.

—Escucha, la semana que viene tendré que trabajar las veinticuatro horas. Con Barker al mando de la división, la única forma de mantener el tipo es estar en la oficina quince horas al día.

—Entiendo. Pero al menos estaré esperándote en casa por la noche, con té, comprensión y un martini.

Ella alargó una mano y me apretó la mía.

—Eres un encanto. Pero no quiero que te pierdas ese viaje.

—Sally...

—Escúchame. En momentos así estoy mucho mejor sola. No tendré que pensar en nada más, y puedo dedicar toda mi energía a conservar mi trabajo. Más aún, no puedes perder esta oportunidad. Porque, en el peor de los casos, te reirás un rato... y encima a todo lujo. En el mejor, te producirán un guion que habías olvidado, y el cheque será impresionante. Teniendo en cuenta que a Stu Barker no le gustaría nada tanto como echarme de la empresa, el dinero no nos irá mal, ¿no crees?

Sabía que lo que decía Sally eran tonterías. No solo era una de las ejecutivas de televisión más codiciadas de la ciudad, sino que su reciente contrato con la Fox contenía una cláusula blindada que le garantizaba nada menos que quinientos mil dólares en caso de que la echaran antes de terminar su temporada como responsable de Comedia. Pero por mucho que intenté convencerla para que me dejara quedarme, se mantuvo firme.

—Por favor, no te lo tomes a mal —dijo.

—No me lo tomo a mal —dije, esforzándome por darle a entender que comprendía sus razones para quererme lejos de casa—. Si quieres que vaya al planeta Fleck, iré.

—Gracias —dijo ella, besándome suavemente los labios—. Oye, me sabe mal, pero había programado una conferencia con Lois y Peter a última hora —dijo, refiriéndose a dos de sus más estrechos colaboradores en la Fox.

—No te preocupes —dije, levantándome del sofá—. Te esperaré en el dormitorio.

—No tardaré mucho —dijo, descolgando el teléfono.

Pero cuando me dormí dos horas después, todavía no se había acostado.

Al día siguiente me desperté a las siete. Ella ya se había marchado. Me había dejado una nota sobre la almohada: «Voy a una reunión estratégica con mi equipo. Te llamaré más tarde».

Y había garabateado una «S» al pie. Sin un «besos», solo su inicial.

Una hora después más o menos, Bobby Barra llamó para acordar a qué hora vendría uno de los chóferes de Fleck a recogernos al día siguiente para llevarnos al aeropuerto de Burbank.

—Phil se llevó el 767 cuando se fue a la isla el domingo —dijo—. Lo siento, tendrás que conformarte con el Gulfstream.

—Sobreviviré. Pero me temo que voy a ir solo.

Y entonces le expliqué lo de Sally y la crisis profesional que se le había planteado en la Fox.

—Por mí está bien —dijo Bobby—. Sin ánimo de ofender, pero teniendo en cuenta que no soy su persona favorita, no voy a ponerme a llorar precisamente sobre mi piña colada si tiene que quedarse.

Entonces me dijo que el chófer pasaría a buscarme a la mañana siguiente a las ocho.

—Fiesta, chico, fiesta —dijo antes de colgar.

Preparé una maleta pequeña. A continuación fui a la oficina de producción de *Te vendo* y visioné el montaje inicial del primero y el segundo episodios. Sally no me llamó una sola vez. Cuando llegué a casa aquella noche, no había ningún mensaje suyo en el contestador. Pasé la velada releendo *Nosotros, los veteranos*. Tomé algunos apuntes sobre

distintas formas de mejorar la estructura, el ritmo narrativo, y adaptarlo un poco más a los tiempos actuales. Sally tenía razón en cuanto a su prolijidad. Con un rotulador rojo, empecé a corregir algunos de los diálogos demasiado largos. En pantalla, cuanto menos digas mejor. Si tienes que explicar algo con mucho detalle, es que no estás haciendo bien tu trabajo. Economía, simplicidad, que las imágenes hablen, porque el medio para el que escribes es la pantalla. Y cuando tienes imágenes, ¿quién necesita muchas palabras?

A las once de la noche, me había leído la mitad del guion. Sally todavía no había llamado. Pensé en llamarla al móvil, pero no me atreví, porque podía interpretarlo como algo pegajoso, necesitado o paternalista por mi parte (tipo «¿por qué no has vuelto a casa todavía?»). Así que me acosté.

Cuando sonó el despertador a las siete de la mañana, encontré otra nota en la almohada a mi lado: «Esto es una locura. Anoche llegué a la una, y ahora tengo un desayuno a las seis y media con algunos abogados de la Fox. Llámame a las ocho al móvil. Ah..., y ponte moreno por mí».

Esta vez había escrito «Te quiero, S.» al final de la nota. Eso me animó. Pero cuando la llamé una hora después (como me había pedido), estuvo muy brusca:

—No es un buen momento —dijo—. ¿Te llevas el móvil?

—Por supuesto.

—Entonces, ya te llamaré.

Y colgó. Me esforcé por no desanimarme por su brusquedad. Después de todo, Sally era una jugadora, y así era cómo se comportaban los jugadores cuando la cosa se ponía fea.

Unos minutos después, llamaron al timbre y encontré un chófer con librea esperando junto a un reluciente Lincoln Town Car flamante.

—¿Cómo está, señor?

—Dispuesto a disfrutar del sol —dije.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Bobby y yo éramos los únicos pasajeros del Gulf stream. Sin embargo, la tripulación se componía de cuatro personas: dos pilotos y dos azafatas. Las azafatas eran rubias, de veintipocos años las dos, y con aspecto de haber sido *majorette*. Se llamaban Cheryl y Nancy, y las dos trabajaban en exclusiva para «Air Fleck», como Bobby se refería a la flota de aviones de nuestro anfitrión. Antes de despegar, Bobby ya se le estaba insinuando a Cheryl, diciendo cosas como:

—¿Crees que me darían un masaje durante el vuelo?

—Por supuesto —dijo Cheryl—. Precisamente estoy estudiando osteopatía a tiempo parcial.

Bobby le dedicó una sonrisa maliciosa:

—¿Y si te dijera que querría un masaje muy localizado?

La sonrisa de Cheryl se tensó, y evitó la respuesta volviéndose para preguntarme:

—¿Desea una bebida antes del despegue, señor?

—Buena idea. ¿Tiene agua mineral?

—Perrier, Badoit, Ballygowan, Poland Spring, San Pellegrino...

—No soporto la San Pellegrino —dijo Bobby—. Tiene demasiado cuerpo.

La sonrisa de Cheryl se tensó aún más.

—San Pellegrino para mí —dije.

—Vamos —dijo Bobby—, tenemos que brindar por este viaje con unas burbujas francesas; piensa que en Air Fleck solo sirven Cristal..., ¿verdad, guapa?

—Sí, señor —dijo Cheryl—. Cristal es el champán de a bordo.

—Entonces dos copas de Cristal —dijo Bobby—. Y que sean grandes, por favor.

—Sí, señor —dijo ella—. Le pediré a Nancy que les tome nota de lo que desean para desayunar antes de despegar.

—Estupendo —dijo Bobby. En cuanto Cheryl desapareció en la bodega, Bobby se volvió para decirme—: Buen culo, si te va el estilo «animadora respondona».

—No hay duda de que tienes clase, Bobby.

—Solo estaba flirteando.

—¿Llamas flirtear a pedir una paja?

—No se lo he pedido directamente. He sido sutil.

—Eres tan sutil como un accidente de coche. ¿Y quién pide Cristal en copa grande? Esto no es un Burger King, por favor, norma número uno del buen invitado, Bobby: no intentes acostarte con el servicio.

—Eh, señor quisquilloso, el invitado eres tú.

—¿Y tú qué se supone que eres?

—Un habitual.

Cheryl se presentó con dos copas de champán. Para acompañarlo traía triangulitos de tostada, moteados con huevos negros de pescado.

—¿Beluga? —preguntó Bobby.

—Beluga iraní, señor —dijo Cheryl.

A continuación habló el piloto a través del interfono, pidiendo que nos abrocháramos el cinturón para el despegue. Estábamos sentados en butacones de piel, gruesos y mullidos, clavados al suelo, pero completamente giratorios. Según Bobby, aquel era el Gulfstream «pequeño», con solo ocho asientos en la cabina delantera, una cama doble, un estudio y un sofá que adornaba la cabina trasera. El avión volaría aquella mañana únicamente para nosotros. No iba a ser yo quien se quejara. Saboreé el Cristal. El avión se paró completamente, luego aumentó la potencia y se lanzó sobre la pista. A los pocos segundos estábamos en el aire y el San Fernando Valley se fue alejando de nosotros.

—¿Qué va a ser? —preguntó Bobby—. ¿Una película o dos? ¿Unas manos de póquer? ¿Un Chateaubriand para almorzar? Puede que tengan langosta...

—Tengo que trabajar un poco —dije.

—Eres divertidísimo.

—Quiero que este guion haya mejorado bastante antes de que lo vea nuestro anfitrión. ¿Crees que tendrá secretario en la isla?

—Phil tiene todo un departamento administrativo allí. Si quieres que te copien el guion, te lo copiarán.

Nancy apareció para apuntar lo que queríamos desayunar. Bobby preguntó:

—¿Podría hacerme una tortilla de clara de huevo, esponjosa, con cebolletas y una pizca de gruyer?

—Por supuesto —dijo Nancy, un poco desorientada. Pero me dedicó una sonrisa—: ¿Y para usted, señor?

—Solo zumo de pomelo, tostadas y café, por favor.

—¿Desde cuándo te has vuelto mormón? —preguntó Bobby.

—Los mormones no toman café —dije, y me fui a trabajar a la cabina trasera.

Saqué el guion de Nosotros, los veteranos, y mi rotulador rojo. Me instalé en la mesa. En la cabina delantera, oí a Bobby pidiendo un Watchman Sony y la lista de películas pornográficas del avión («¿No tendrás por casualidad Rin Tin Tin entra por fin, guapa?», oí que preguntaba. «Claro que si solo tienes Bambi...»). Suspiré profundamente y empecé a estar de acuerdo con la conclusión crítica de Sally sobre Bobby: podía ser un imbécil redomado. Decidí abstraerme de su interminable corriente de necedades con el trabajo.

Leí la mitad del guion, complacido con los cambios que había hecho. Lo que más me sorprendió del borrador original de 1993 fue que necesitara explicarlo todo con palabras, paladas y paladas de palabras. Había diálogos inteligentes, pero ¡por el amor de Dios!, ¡qué necesidad de demostrar mi virtuosismo, mis posibilidades! En el fondo, aquella solo era una película de atracos, pero había intentado disimularlo adornando la acción con bromitas pretenciosas, que (en ese momento me daba cuenta) eran un fin en sí mismo. Era un guion que rebosaba autocomplacencia. Siguiendo con el trabajo que había hecho hasta entonces, lo limé, eliminando grandes fragmentos de diálogo demasiado explicativos y puntos de la trama innecesarios, y lo convertí en algo más robusto, más audaz, más sardónico... y definitivamente más ingenioso.

Trabajé sin parar durante casi cinco horas. Mis únicas interrupciones fueron la llegada del desayuno y la voz de Bobby que pedía alguna estupidez con voz afectada imitando a Hugh Hefner^[5] («Sé que puede ser demasiado, guapa..., pero ¿podrías prepararme un daiquiri de plátano?»), o ladraba órdenes por teléfono a algún subalterno de la central de Barra en Los Ángeles. Cheryl apareció de vez en cuando en la cabina trasera para servirme más café y preguntarme si necesitaba algo.

—¿Cree que podría amordazar a mi amigo?

Ella sonrió.

—Será un placer.

En la cabina delantera, oí que Bobby gritaba al teléfono:

—Escúchame, cretino, si no resuelves nuestro problemilla en seguida, no solo me voy a tirar a tu hermana, me voy a tirar a tu madre también.

La sonrisa de Cheryl se volvió de nuevo forzada.

—No es realmente mi amigo, ¿sabe? Es mi agente de bolsa.

—Estoy segura de que gana mucho dinero para usted, señor. ¿Quiere que le traiga algo más?

—Solo me gustaría utilizar el teléfono cuando él haya terminado.

—No es necesario que espere, señor. Tenemos dos líneas.

Descolgó el teléfono de la mesa, marcó un código y me lo pasó.

—Solo tiene que marcar el prefijo y el número, y tendrá comunicación.

Le di las gracias y mientras ella salía de la cabina, marqué el número del móvil de Sally. Después de dos timbres, me salió el buzón de voz. Intenté disimular mi decepción dejando un mensaje muy animado:

—Hola. Soy yo a diez mil metros de altura. Creo que deberíamos comprarnos un Gulfstream para Navidad. Es la única forma de viajar, aunque si puede ser sin Bobby Barra, mejor, porque está intentando ganar un Oscar a Mejor Actor como Macho Asqueroso. Bueno..., te llamaba para saber cómo iba todo en el fuerte Fox, y también para decirte que ojalá estuvieras aquí conmigo ahora mismo. Te quiero, cariño..., y cuando salgas de las trincheras corporativas un minuto, llámame al móvil. Hasta pronto, vida...

Colgué, sintiendo el vacío que deja siempre hablar con un contestador. Después volví al trabajo.

Cinco horas después, cuando empezábamos a descender sobre Antigua, ya había terminado la revisión del guion. Eché un vistazo a los cambios, complacido en general con la nueva estructura narrativa, más compacta, los diálogos más ágiles... aunque también sabía que, en cuanto leyera la versión corregida, inmediatamente querría hacer más cambios. Y si Philip Fleck realmente decidía rodarla, sin duda me pediría que escribiera un borrador completamente nuevo, que nos llevaría a un segundo borrador, una corrección, un tercer borrador, otra corrección, la aparición de un revisor, su borrador, su corrección, después un tercer guionista que daría un empujón a la acción, después un cuarto guionista para suavizar algunos puntos de la trama, y entonces Fleck decidiría de repente cambiar la acción de Chicago a Nicaragua, y convertir todo el asunto en un musical sobre la Revolución sandinista, repleto de guerrilleros cantantes...

Como todos los que escriben para la gran pantalla, se esperaba de mí que me adaptara a ese proceso de desmembramiento. Porque aquello no era el mundo libre de la televisión por cable, donde uno podía jugar a ser autor y no tenía que bajarse demasiado los pantalones. Era el cine, donde el director se consideraba Dios y el guionista estaba relegado al estatus de pieza de recambio: una mercancía totalmente prescindible, que podía sustituirse por una docena de otras manos a sueldo. Los guionistas de Hollywood eran como los conejos: podías cargarte a centenares de ellos y aparecían muchos más, desesperados por trabajar, por tener su oportunidad, por triunfar. Al menos, en mi caso, tendría el consuelo de embolsarme un buen cheque.

—Ha vuelto la puta Greta Garbo —dijo Bobby cuando entré en la cabina delantera—: Recuérdame que no vuelva a viajar contigo.

—Eh, el trabajo es el trabajo y Fleck tendrá un nuevo borrador del guion para leer. Además, me ha parecido que estabas bastante ocupado. ¿Estabas amenazando a uno de tus socios?

—Solo era un tipo que me jodió un pequeño negocio.

—Recuérdame que no me ponga nunca en tu contra.

—Eh, que yo a los clientes nunca se la juego, en ningún sentido. —Me dedicó una de sus sonrisas—. A menos, claro, que el cliente me la juegue a mí. Pero ¿por qué habría de hacerlo?

Le devolví la sonrisa.

—Ya, ¿por qué? —Corroboré.

El capitán habló por el interfono para pedirnos que nos abrocháramos los cinturones para el aterrizaje. Miré por la ventana y vi una gran extensión de azul que delimitaba el panorama. Entonces nos inclinamos bruscamente, y el mar dio paso a una ciudad de barracas, docenas de diminutos cubículos mugrientos, que parecían una tirada de dados trucados. Al cabo de un rato, también se desvanecieron, y descendimos rápidamente entre las palmeras, mientras la pista de asfalto nos venía al encuentro, el sol incandescente e implacable.

Rodamos hasta detenernos a mucha distancia del edificio principal de la terminal. Mientras Cheryl abría la puerta y apretaba el botón electrónico que hacía bajar la escalera, nos asaltó una ola de intenso calor tropical. Vi que nos esperaban dos hombres: uno rubio y muy bronceado, vestido con uniforme de piloto, y un policía de Antigua, que llevaba un tampón y un timbre en la mano. En cuanto desembarcamos, el piloto dijo:

—Señor Barra, señor Armitage..., bienvenidos a Antigua. Soy Spencer Bishop, y les llevaré a Saffron Island esta tarde. Pero antes necesitamos los pasaportes para la policía de Antigua. ¿Quieren enseñárselos a este señor, por favor?

Le entregamos los pasaportes al policía de inmigración, que ni siquiera se molestó en mirar las fotografías ni en comprobar si los documentos respectivos eran válidos. Se limitó a poner un timbre con el visado de entrada en la primera página en blanco que encontró; después nos los devolvió. El piloto dio las gracias al policía y le alargó la mano. Mientras el policía la estrechaba, noté que el piloto le pasaba un billete estadounidense. Después el piloto me tocó el hombro y señaló un pequeño helicóptero, aparcado a cien metros del avión.

—Suban a bordo —dijo.

A los pocos minutos, estábamos en nuestros asientos con los cinturones abrochados, hablando por los auriculares, mientras las hélices sonaban con estruendo, el piloto aceleraba, el aeropuerto desaparecía y empezaba el azul otra vez. Miré por la ventana hacia el horizonte aguamarina, deslumbrado por la pureza de su color, por su falta de confines. El helicóptero siguió a

través de ese vacío escénico hasta que, de repente, de la nada, surgió un retazo de verde que interrumpió aquella saturación interminable de azul. Al acercarnos, el fragmento se definió visualmente —una isla de unos ochocientos metros de diámetro, salpicada de gruesas palmeras, con casitas de una planta, hechas de troncos, en medio. Pude entrever un puerto grande, donde había algunas barcas amarradas. También había un banco de arena cerca del puerto. Y de repente, debajo de nosotros, vimos un círculo de asfalto, con una gran X en el centro. El piloto maniobró un momento para situarse encima de ella y aterrizó con un ligero pero perceptible tumbó.

Allí también nos esperaban dos funcionarios, un hombre y una mujer, los dos cerca de la treintena, los dos rubios y muy bronceados, y vestidos con el mismo uniforme tropical: pantalones cortos de color caqui, Nikes y calcetines blancos y un polo azul con las palabras Saffron Island discretamente bordadas en cursiva. Parecían monitores de niños exploradores de clase alta. Estaban de pie junto a un Land Rover Discovery azul oscuro, nuevo. Al sonreír, mostraron una dentadura perfecta.

—Bienvenido a Saffron Island, señor Armitage —dijo el hombre.

—Y bienvenido de nuevo, señor Barra —dijo la mujer.

—Bienvenidos vosotros también —dijo Bobby—. ¿Te llamabas Megan, verdad?

—Tiene buena memoria.

—Siempre me acuerdo de las mujeres hermosas.

Levanté los ojos al cielo, pero no dije nada.

—Me llamo Gary —dijo el hombre—. Y como ya ha dicho el señor Barra, ella es Megan.

—Pero puede llamarme Meg.

—Estaremos a su disposición durante su estancia. Todo lo que deseen, todo lo que necesiten, pídannoslo a nosotros.

—¿A quién le toca quién? —preguntó Bobby.

—Bien —dijo Gary—, como Meg se encargó de usted la última vez, señor Barra, pensamos que la dejaríamos ocuparse del señor Armitage durante su visita.

Miré a Megan y a Gary. Sus sonrisas impertérritas no delataban nada. Bobby apretó los labios. Parecía desilusionado.

—Como queráis —dijo.

—Bien, subamos sus maletas —dijo Gary, moviéndose con rapidez.

—¿Cuántas maletas ha traído, señor Armitage? —preguntó Megan.

—Solo una, y llámeme David, por favor.

Mientras los dos monitores cargaban nuestras maletas, Bobby y yo subimos al Land Rover, que ya tenía el motor en marcha, y el aire acondicionado en funcionamiento.

—Déjame adivinar —dije—, le tiraste los tejos a Meg en tu última visita.

Bobby se encogió de hombros.

—Va con el pene, ¿no?

—Parece muy musculosa. ¿Te hizo una llave cuando intentaste tocarle el culo?

—No llegamos a tanto, y preferiría dejarlo.

—Pero, Bobby, me encanta oírte hablar de tus proezas románticas. Son tan conmovedoras.

—Vale, si quieres un consejo, no lo intentes. Porque tienes razón, tiene bíceps de boxeadora.

—¿Por qué habría de intentarlo, cuando tengo a Sally esperándome en casa?

—Vaya, ya ha hablado el señor Monógamo Virtuoso. El señor Gran Marido y Padre.

—Vete a la mierda —dije.

—Era broma.

—Ya.

—Qué susceptible.

—¿Fuiste a clases para convertirte en un idiota, o te sale del alma?

—Perdona si he tocado un punto sensible.

—No estoy sensible por...

—¿Haber dejado a tu mujer y a tu hija? —preguntó con una sonrisa.

—Eres un mierda.

—La fiscalía se retira.

Meg abrió la puerta del pasajero.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Estamos teniendo nuestra primera pelea —apuntó Bobby.

Gary subió al asiento del conductor y metió una marcha. El coche arrancó con suavidad y tomamos una carretera que se abría frente a nosotros, mientras la cúpula de los árboles se cerraba rápidamente sobre nuestras cabezas. Después de un minuto, me volví y miré detrás de mí. La pequeña pista se había esfumado. Por delante solo había selva.

—¿Sabes lo que pensé cuando vine por primera vez? —preguntó Bobby, sin dirigirse a nadie en particular—. Este lugar se parece a Jonestown^[6].

—Creo que los alojamientos son un poco mejores —comentó Gary.

—Sí, pero el elenco de mujeres en Jonestown era insuperable. Te lo juro, si algún día dejo lo de las finanzas, fundo una secta.

—Recuérdame que no me apunte —dije.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy?

—Tú y tus continuas necesidades...

—Señores —dijo Gary—, el señor Fleck está encantado de tenerles aquí, y desea que los dos tengan una estupenda estancia en la isla. Por desgracia, él ha tenido que ausentarse por unos días...

—¿Qué? —dije.

—El señor Fleck se marchó ayer por unos días.

—¿Nos toma el pelo? —exclamó Bobby.

—No, señor Barra, no bromeo.

—Pero sabía que veníamos —dijo Bobby.

—Por supuesto, y lamenta haber tenido que irse tan de repente...

—¿Le ha surgido un gran negocio? —preguntó Bobby.

—No exactamente —dijo Gary con una risita—. Pero ya sabe cuánto le gusta pescar. Cuando se enteró de que el pez espada estaba llegando a la costa de St Vincent...

—¿St Vincent? —interrumpió Bobby—. Pero eso está a dos días de navegación de aquí.

—Exactamente treinta y seis horas.

—Estupendo —dijo Bobby—. Por lo tanto, si llega esta noche y pesca mañana, no volverá hasta dentro de tres días.

—Me temo que es así —corroboró Gary—. Pero el señor Fleck desea que se acomoden y disfruten de todo lo que Saffron Island puede ofrecerles.

—Pero vinimos, a petición suya, para verle —insistió Bobby.

—Y le verán —aseguró Gary—, dentro de un par de días.

Bobby me dio un codazo.

—¿Qué coño piensas de esto?

Lo que tenía ganas de decirle era: «Tú eres el que no paras de decirme lo amigos que sois...». Pero no tenía ganas de seguir con las pullas verbales con Bobby y me limité a decir:

—Bueno, si yo tuviera que elegir entre un guionista y un pez espada, sin duda elegiría al pez espada.

—Sí, pero los peces no tienen que preocuparse por su cartera de clientes y el actual estado ruinoso del Nasdaq.

—Señor Barra, ya sabe que nuestro Centro de Servicios de Negocios puede conectarle con cualquier mercado que desee. Y podemos abrir una línea reservada para usted las veinticuatro horas, siete días a la semana, si lo desea. Por lo tanto, no debería preocuparse.

—Y la previsión del tiempo para la próxima semana es perfecta —intervino Meg—. Ni rastro de lluvia, brisas ligeras del sur, y la temperatura debería mantenerse estable en los treinta grados.

—Así podrá vigilar la bolsa y broncearse —concluyó Gary.

—¿Estás enfadado? —preguntó Bobby.

Por supuesto que lo estaba. Pero de nuevo decidí poner buena cara y mantener la calma. De modo que me encogí de hombros y dije:

—Un poco de sol no me irá mal.

El Land Rover siguió dando tumbos sobre la pista entre la selva hasta que llegó a un claro. Aparcamos junto a un cobertizo abierto, donde había aparcados tres Land Rovers más y una gran furgoneta blanca. Estaba a punto de preguntar para qué se necesitaban cuatro Land Rovers y una furgoneta en una isla tan diminuta pero, de nuevo, me callé. En lugar de hablar, miré a Meg mientras nos guiaba por un caminito pavimentado con pequeños guijarros. A los diez metros, llegamos a un puentecito que atravesaba un gran estanque ornamental. Miré hacia abajo y vi que había una amplia variedad de peces tropicales. Después levanté la cabeza y

sofoqué una exclamación. Porque frente a mí vi la enorme e imponente chez Fleck.

Vista desde el cielo parecía una gran estructura de troncos. De cerca, se revelaba como un excéntrico ensayo de arquitectura moderna, con un bajo despliegue de ventanales enormes y madera lacada. En cada extremo de esa mansión tropical había dos torres tipo catedral, enmarcadas por todos los lados por cuatro imponentes paneles de vidrio. Entre las dos estructuras en ala había una serie más pequeña de torres en forma de V, cada una con una gran ventana panorámica. Atravesamos una pasarela de madera hacia el lado opuesto de la casa. Al doblar la esquina, reprimí otra exclamación de asombro: justo frente a la casa había una gran piscina natural de roca. Más allá, empezaba el azul, pues la casa tenía una vista privilegiada y sin obstáculos del mar Caribe.

—Dios Santo, ¡qué vista! —exclamé.

—Sí —dijo Bobby—. Esto sí es «asqueroso».

Sonó su móvil. Respondió y, después de murmurar un saludo, se sumergió inmediatamente en el trabajo.

—¿Y qué margen tenemos? Sí, pero en esta época el año pasado cotizaban a veintinueve, y eso era antes de que el nuevo buscador tuviese una sacudida en Osaka... Por supuesto que vigilo a los de Netscape..., ¿crees que te voy a meter en un timo? ¿Te acuerdas del sobresalto de la bolsa del noventa y siete, el 14 de febrero, en seguida después de aquella chorrada de la Lewinsky, que hubo una pequeña corrección durante setenta y dos horas? Pero las consecuencias a largo plazo...

Escuchaba, fascinado por el dominio de Bobby de los hechos y las cifras, y de la comunicación fluida que mantenía con sus clientes (en comparación con la ferocidad con la que destripaba a los subalternos). Noté que Gary y Meg también estaban pendientes del consumado vendedor. Me pregunté si estarían pensando lo mismo que yo: ¿cómo podía ser que un virtuoso de la bolsa tan desenvuelto como él se transformara en un payaso grosero frente a la autoridad del dinero? ¿Y por qué insistía en comportarse como un neandertal con las mujeres? Pero, claro, el dinero y el sexo nos vuelven idiotas a todos. Puede que Bobby hubiera decidido que no le

importaba que el mundo viera cuan indefenso estaba en su estupidez, cuando se trataba de aquellos focos de obsesión.

Apagó el móvil bruscamente, estiró los brazos y dijo:

—No tengáis nunca dermatólogos como clientes: para ellos cualquier mínimo movimiento del mercado es un melanoma. En fin, chicos... —dijo, dando un codazo a Gary—, ya has oído que le he prometido a ese imbécil una respuesta en diez...

Gary cogió el *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón y habló:

—Julie, voy a traer al señor Barra. Desea el índice Nasdaq completo en pantalla para cuando lleguemos..., que será dentro de tres minutos. ¿Está claro?

Llegó una voz entrecortada por el *walkie-talkie*:

—Lo tendrá.

—Guíame —dijo Bobby a Gary, y después se volvió hacia mí para añadir—: Nos veremos más tarde, si todavía te dignas a hablar con alguien tan indigno como yo.

En cuanto se fueron, Meg dijo:

—¿Quiere que le enseñe su habitación?

—Por mí de acuerdo.

Entramos en la casa. El vestíbulo principal era un pasillo largo y amplio, con paredes blancas y suelos de madera clara. En cuanto entramos, me encontré frente a una de las obras claves del arte abstracto estadounidense del siglo xx: un lienzo arrebatador de ecuaciones matemáticas situadas en medio de una superficie gris de brillantes texturas.

—¿Conoce la pintura? —pregunté a Meg.

—No, el arte no es lo mío. ¿Es famosa?

—Mucho. Se titula Campo universal y es de Mark Tobey. Lo pintó justo después de la guerra, en el momento álgido de la paranoia sobre la bomba atómica, y por eso parece una enigmática fórmula física. Es asombroso, un hito de la pintura, como un Pollock a pequeña escala, pero con mucho más control estilístico.

—Si usted lo dice.

—Lo siento, me he entusiasmado.

—Eh, me ha impresionado. Si le gusta el arte, debería visitar la que llamamos Sala Grande.

—¿Tenemos tiempo ahora?

—Esto es Saffron Island, tiene todo el tiempo que quiera.

Giramos a la izquierda y caminamos por un pasillo, pasando junto a una colección de fotografías clásicas de Diane Arbus enmarcadas. La Sala Grande era precisamente eso: una de las dos alas catedralicias de la casa, con un techo de doce metros completamente revestido de vidrio, y una enorme palmera interior plantada en el suelo. Como todo lo que había visto hasta entonces, la sala grande era una demostración de buen gusto caro. Había un gran piano Steinway. Había largos sofás y sillones cómodos, en tonos discretamente claros. Había un acuario inmenso, empotrado en una pared blanca de piedra. La iluminación era cuidadosamente sutil. Y lo mejor de todo, había mucho arte en las paredes. Más aún: había muchas obras de arte importantes en las paredes..., la clase de obras que normalmente se espera encontrar en el MOMA, en el Whitney, en el Getty o en el Art Institute of Chicago. Me paseé por la sala como el visitante de un museo, abrumado por lo que veía: Hopper, Ben Shahn, dos Philip Guston, Man Ray, Thomas Hart Baker, Claus Oldenberg, George L. K. Morris y una serie de fotografías de paisajes de los años treinta de Edward Steichen, realizadas para Vanity Fair.

Y así sucesivamente. Debía de haber al menos cuarenta obras colgadas en las paredes de la Sala Grande. No podía ni imaginar la cantidad de dinero que se habría gastado para crear tal colección.

—¿Son todos del señor Fleck? —pregunté a Meg.

—Sí. Son buenos, ¿verdad? —contestó Meg.

—No sabe cuánto —dije—. Lo que tiene aquí es increíble.

Salió una voz de la nada:

—Debería ver lo que tiene expuesto en las otras cinco casas.

Levanté la cabeza y vi un hombrecillo robusto, de cuarenta y tantos años y aproximadamente metro sesenta y cinco, con el pelo largo hasta los hombros recogido en una cola grasienta. Llevaba unos vaqueros cortados a la altura de la rodilla, sandalias Birkenstock y una camiseta tirante sobre la

barriga prominente, con la cara de Jean-Luc Godard y el lema: «El cine es la verdad a 24 fotogramas por segundo».

—Usted debe de ser David Armitage —dijo.

—El mismo.

—Chuck Karlson —dijo él, acercándose con la mano extendida.

La estreché y estaba húmeda.

—Soy un gran admirador suyo.

—Me alegro de saberlo.

—Sí, en mi opinión, *Te vendo* es lo mejor de la televisión. Phil también lo cree.

—¿Es amigo suyo?

—En realidad trabajo para él. Soy su hombre del cine.

—¿Y qué hace un «hombre del cine»?

—Principalmente mantener su archivo.

—¿Tiene un archivo de películas?

—Y que lo diga. Unas siete mil películas en celuloide y otras quince mil entre vídeos y DVD. Después de la del American Film Institute, es la mejor filmoteca del país.

—Por no hablar del Caribe.

Chuck sonrió.

—En Saffron solo tiene unas dos mil películas.

—Supongo que sin multicines en la ciudad...

—Claro, y como Blockbuster no manda precisamente películas de Pasolini aquí...

—¿Le gusta Pasolini?

—Para mí es Dios.

—¿Y para el señor Fleck?

—Dios Padre. En fin, tenemos sus doce películas, de modo que, si le apetece, la sala de proyección es suya.

—Gracias —respondí, pensando que El evangelio según san Mateo (la única película de Pasolini que había visto) era lo último que me apetecía ver en una isla del Caribe.

—Por cierto, sé que Phil tiene muchas ganas de trabajar con usted en el guion.

—Me alegro.

—Si me permite decirlo, es un gran guion.

—¿Cuál? ¿El suyo o el mío?

Otra de sus sonrisas sardónicas.

—Los dos son igual de válidos.

«Eso sí es diplomático por tu parte —pensé—, teniendo en cuenta que son iguales».

—Oiga, hablando del guion —dije—, he trabajado un poco en él estos días y me gustaría que me lo pasaran a limpio.

—Por supuesto. Le diré a Joan, de secretaría, que pase a buscarlo por su habitación dentro de un rato. Nos veremos en el cine, Dave.

Meg me acompañó a mi habitación. Por el camino, le pregunté de dónde era. Me dijo que era de Florida, y que formaba parte de la «tripulación de Saffron Island» desde hacía dos años. Antes trabajaba en un crucero de Nassau, pero le gustaba mucho más su empleo actual. Además era más fácil, porque, en general, los miembros de la tripulación eran las únicas personas que había en la isla.

—¿Eso significa que el señor Fleck no se hospeda muy a menudo la isla? —pregunté.

—Solo tres o cuatro veces al año.

—¿Y el resto del tiempo?

—Está vacía..., aunque, de vez en cuando, le presta la isla a algún amigo. Pero eso son cuatro semanas como mucho. Si no, tenemos la isla para nosotros.

—Cuando dice «tenemos», se refiere...

—A catorce personas fijas de personal.

—¡Dios santo! —exclamé, pensando que las facturas anuales de mantenimiento serían..., sobre todo teniendo en cuenta que la isla solo se utilizaba dos meses al año.

—Bueno, el señor Fleck lo puede pagar —dijo ella.

Mi habitación estaba en una de las torres más pequeñas en forma de V que delimitaban la sección central de la casa. «Pequeño» podría ser una forma modesta de describir aquel espacio tipo *loft*. Paredes blancas de piedra, suelos de madera, ventanas del suelo al techo, que daban

directamente al agua. Una cama monumental, una gran zona de estar y dos sofás enormes. Un bar surtidísimo, con todos los productos de primera clase: desde champán Cristal hasta un malta Macallan de treinta años. Un cuarto de baño con una bañera empotrada en el suelo, una sauna, y una de esas duchas con cabina de plexiglás que disparaban agua hacia cinco puntos diferentes del cuerpo. Encima del dormitorio, subiendo por una escalera de metal de caracol, había una zona completa de oficina, con una gran mesa, un fax, una impresora, tres líneas telefónicas y una conexión de hiperfibra óptica que, según me aseguró Meg, me daría acceso a Internet en una fracción de segundo.

Evidentemente, había paneles de control por todas partes: para ajustar la luz electrónicamente, para bajar las persianas que oscurecían los ventanales y para controlar el sistema de aire acondicionado por zonas, que permitía no sé cómo que la oficina estuviera cinco grados más fresca que el dormitorio.

Pero, sin duda, el golpe maestro de los artilugios eran los tres ordenadores de pantalla plana, convenientemente situados sobre la mesa, en una mesita de la sala y junto a la cama. Todas las pantallas eran completamente interactivas. Las tocabas con un dedo y se encendían, informándote de que eran tu centro privado de audio y vídeo. Toqué la pantalla y después el icono titulado «Videobiblioteca». Delante de mí se desplegaron las letras del alfabeto. Toqué la A, y apareció una lista de treinta películas en pantalla: todo, de Alphaville de Godard hasta El amor a los veinte años de Truffaut. Toqué Alphaville. De repente, se encendió la pantalla plana de televisión Panasonic último modelo, colgada en una pared. En un segundo, el extraño clásico futurista de Godard llenó la pantalla. Toqué el icono «Atrás» en la pantalla. Reapareció el alfabeto. Toqué la C. De una larga lista seleccioné Ciudadano Kane. A los pocos segundos, Alphaville se había esfumado y me encontré mirando la escena inicial del clásico de Welles: los altos y aislados muros y verjas, tras los cuales se oculta la inmensa mansión de un Kubla Khan de los tiempos modernos.

Pero Charles Foster Kane nunca tuvo un juguete como ese sistema de películas a la carta.

Llamaron a la puerta. Cuando respondí «Adelante», entró Meg.

—¿Le parece bien que deshaga su maleta ahora? —preguntó.

—Gracias, pero puedo hacerlo yo mismo.

—Forma parte del servicio —dijo ella, levantando mi maleta—. Soy su mayordoma.

Me dedicó una ligerísima sonrisa, con apenas un rastro de ironía, tras una fachada de indiferencia totalmente profesional.

—Veo que ha entendido cómo funciona el sistema de vídeo. Es ingenioso, ¿eh?

—No está mal.

—Debería ver el audio. Hay unos diez mil discos almacenados en el sistema.

—¿Bromea?

—Véalo usted mismo.

Toqué de nuevo la pantalla, seleccioné «Música», y me apareció inmediatamente una lista de géneros. Por probar, elegí «Clásica», y para ponerlo un poco difícil, elegí la S y después (con no poca sorpresa) encontré veinte entradas con Schönberg. Toqué A survivor from Warsaw. La pantalla de televisión se apagó y, de todos los rincones de la habitación, la severa obra maestra atonal de Schoenberg (un grito de dolor de alguien que había escapado de la matanza nazi en el gueto de Varsovia) sonó en fragorosa erupción de pequeños pero potentes grupos de altavoces Bose, colgados por toda la habitación.

Meg parpadeó cuando el golpe auditivo la alcanzó de lleno. Sin embargo, enseguida me dedicó otra de sus ínfimas sonrisas y gritó para hacerse oír sobre el estrépito de doce tonos:

—Te dan ganas de bailar.

Apreté el botón de «off».

—Tampoco es mi favorita —dije—. Es que no podía creer que tuviera a Schönberg en el repertorio.

—El señor Fleck lo tiene todo —dijo ella, desapareciendo en el vestidor contiguo con mi maleta.

Subí a la oficina. Abrí la cartera donde guardaba el portátil, y lo enchufé directamente a la conexión de Internet con el cable provisto. Tal como había prometido Meg, el sistema de fibra óptica era un poco más rápido que un

suspiro. En una fracción de segundo, estaba conectado y leyendo mi correo. Entre los mensajes de Brad Bruce y de Alison estaba el que esperaba: «Cariño: esto es una locura. Es como el Reichstag en 1929. Pero aguanto el tipo. Te echo de menos. S».

El mensaje de Sally me sugirió varios pensamientos inmediatos. El primero fue: en fin, al menos ha dado señales de vida. El segundo fue: al menos ha dicho que me echaba de menos. Y el tercero fue: ¿por qué no ha dicho «te quiero» o «muchos besos» o algo incluso más pretencioso, como «bisous^[7]»?

Después, mi parte racional se impuso, e intenté recordarme a mí mismo que ella estaba inmersa en un Sturm and Drang versión Los Ángeles. Y que en Hollywood, una crisis profesional de aquella envergadura se convertía para todos los afectados en algo parecido al sitio de Stalingrado.

En otras palabras, me obligué a no angustiarme injustificadamente por sus sentimientos hacia, mí. Estaba preocupada.

Volvieron a llamar a la puerta. Entró una mujer de treinta y tantos años, con el pelo negro corto y muy bronceada. También iba vestida con el uniforme Saffron Island de camiseta y pantalones cortos. Como Meg, también parecía una de esas mujeres de piernas largas y expresión fresca que con seguridad habían pertenecido a una hermandad de alguna buena universidad, y sin duda habían salido con un defensa llamado Bud.

—Hola, señor Armitage —dijo—. Soy Joan, la secretaria. ¿Está bien instalado?

—Muy bien.

—Me han dicho que tenía un manuscrito para pasar a limpio.

—Exacto —dije; saqué el guion de la funda del ordenador y bajé al salón—. Lo siento pero no tengo el disco original.

—No se preocupe. Podemos volver a picarlo.

—¿No será mucho trabajo?

Ella se encogió de hombros.

—No he tenido mucho que hacer últimamente. Me irá bien trabajar un poco.

—También tendrás que descifrar mis jeroglíficos —dije, yendo a la tercera página y señalando mis múltiples correcciones y añadidos.

—Los he visto peores. En fin, se quedará unos días, ¿verdad?

—Eso me han dicho.

—Pues, si no le importa, le llamaré si no entiendo algo.

Mientras ella se iba, Meg salió del vestidor con unos pantalones en la mano.

—Han salido un poco arrugados de la maleta, así que los mandaré a la lavandería para que les den un planchazo. ¿Le apetece una buena cena o prefiere algo ligero?

Miré el reloj. Eran casi las nueve, aunque mi cerebro seguía cuatro horas retrasado según el horario de Los Ángeles.

—Algo muy ligero, si no es molestia.

—Señor Armitage...

—David, por favor.

—Al señor Fleck le gusta que llamemos por el apellido a los invitados. Señor Armitage, debe saber que en Saffron Island, estamos a su disposición para todo lo que desee. Si lo que quiere son una docena de ostras y una botella de...

—Gewurtztraminer, pero solo una copa.

—Le diré al sommelier que traiga una botella. Si no se la termina, no pasa nada.

—¿Tienen un sommelier?

—Todas las islas deberían tener uno. —Otra de sus sonrisitas—. Vuelvo en seguida con las ostras.

Y se marchó.

Unos minutos después, telefoneó el sommelier. Se llamaba Claude. Tal como esperaba, tenía un fuerte acento francés. Dijo que estaba encantado con mi elección de vino de Gewurtztraminer, y que tenía unas dos docenas de botellas en la bodega. Le pedí que me propusiera una. Empezó un elaborado repaso de sus preferencias y me informó de que su favorito era un Gisselbrecht de 1986:

—Un vino de Alsacia excepcional. Con un equilibrio perfecto de fruta y acidez.

—Solo me apetece una copa —dije.

—Le mandaré la botella de todas formas.

En cuanto colgué, entré en la red y encontré una página de vinos añejos. En la casilla de búsqueda tecleé: Gisselbrecht Gewurtztraminer 1986, y apreté la tecla de enviar. Poco después, apareció una fotografía del vino en cuestión en la pantalla de mi portátil, junto con una descripción detallada, que me informaba de que entre los premier cru Gewurtztraminer, ese era el no va más.

Y podía pedir una botella por solo 275 dólares, porque tenía un descuento especial.

Me recosté en el asiento, meneando la cabeza aturdido. Iban a mandarme una botella de vino de 275 dólares a la habitación, y yo lo único que quería era una copa de vino. Como empezaba a comprender, la vida en el refugio caribeño de Fleck se vivía de acuerdo con la norma del «dinero no es un problema».

Volví a inclinarme hacia la pantalla y tecleé rápidamente un mensaje para Sally:

Cariño:

Saludos desde la tierra de Oz de los nuevos ricos. Este lugar es al mismo tiempo maravilloso y absurdo. Es la versión de alquiler caro de «Cómo viven los ricos y famosos», la clase de sitio donde un Rothko o un Hopper auténticos se consideran simple decoración. Tengo que reconocerlo: el tipo tiene buen gusto, pero después de media hora aquí, ya estoy pensando: hay algo muy retorcido en tener todo lo que se desea. Evidentemente, para que tengamos claro quién manda, Fleck no está aquí en este momento. Está jugando a Hemingway y se ha ido a pescar un buen pez blanco en alguna parte de las islas Leeward, y nos ha dejado aquí pasando el rato. No sé si sentirme ofendido o sencillamente pensar que es otro homenaje de los suyos. Por ahora, he decidido escoger la segunda opción y hacer cosas constructivas y frenéticas, como broncearme y dormir. Ojalá pudiera ponerme al día de sueño en una cama contigo.

Puedes localizarme en el 0704.555.8660. Por favor, llámame en cuanto tengas un hueco en tu carrera de cuádrigas. Conociéndote, estoy seguro de que habrás encontrado una estrategia para superar esta pequeña crisis. Eres la más lista, después de todo.

Te quiero. Y, para utilizar el más prosaico de los clichés, ojalá estuvieras aquí.

David

Busqué errores en el mensaje, coloqué el cursor sobre el icono de «Enviar» y pulsé dos veces. A continuación cogí el teléfono y llamé a mi hija a Sausalito. Se puso mi exesposa, que estuvo tan simpática como siempre.

—Ah, eres tú —dijo en tono inexpresivo.

—Exacto, soy yo. ¿Y tú cómo estás?

—¿Qué más da?

—Lucy, no te culpo por seguir enfadada conmigo, pero estas cosas tienen un límite.

—No. Y no me gusta perder el tiempo con imbéciles.

—Vale, vale, como quieras. Se acabó la conversación. ¿Puedo hablar con mi hija, por favor?

—No, no puedes.

—¿Por qué no?

—Porque es miércoles, y si fueras un padre responsable, te acordarías de que los miércoles tu hija va a clase de *ballet*.

—Soy un padre responsable.

—No pienso ni comentarlo.

—Me parece bien. Te daré el número del sitio donde estoy en el Caribe...

—Vaya, vaya, qué bien tratas a esa furcia de Princeton.

Apreté el receptor con fuerza.

—No me molestaré en responder a ese censurable comentario. Pero si te interesa saberlo...

—No especialmente.

—Entonces apunta el número y dile a Caitlin que me llame.

—¿Por qué tiene que llamarte si vas a verla pasado mañana?

Mi nivel de angustia, ya bastante alto, gracias a la cordial y cálida conversación, subió un par de puntos.

—¿Qué dices? —exclamé—. No me toca verla hasta dentro de dos semanas.

—Oh, no me digas que te has olvidado...

—¿Olvidado qué?

—Olvidado que, «como habíamos acordado», te quedarías con Caitlin este fin de semana porque yo tengo que ir a un congreso.

Oh, mierda. Mierda. Mierda. Tenía razón. Aquello no me resultaría fácil.

—Espera un momento... ¿Cuándo hablamos de eso? ¿Hace seis u ocho semanas?

—No me vengas con el rollo de la amnesia.

—Pero es la verdad.

—Tonterías.

—¿Qué puedo decir, excepto un gran mea maxime culpa?

—No se acepta. En fin, un trato es un trato, de modo que tienes que estar aquí en treinta y seis horas.

—Lo siento, pero no es posible.

—David, vas a volver, como quedamos.

—Ojalá pudiera, pero...

—No me jodas esta vez...

—Estoy a ocho mil kilómetros de ti. Tengo trabajo. No puedo marcharme.

—Si no vienes...

—Seguro que tu hermana puede venir de Portland. O puedes contratar a una canguro para el fin de semana. Por supuesto, me encargaré de la factura.

—Eres el cerdo más egoísta de la historia.

—Tienes derecho a tener tu opinión, Lucy. Voy a darte mi teléfono...

—No queremos tu teléfono. Porque dudo que Caitlin quiera hablar contigo.

—Deja que ella lo decida.

—Destruiste su sensación de seguridad el día que te marchaste. Y te lo prometo, acabará odiándote por eso.

No dije nada, el teléfono me temblaba en la mano. Finalmente, Lucy volvió a hablar.

—Me las pagarás por esto.

Y colgó.

Dejé el teléfono y escondí la cabeza entre las manos. Tenía una sensación abrumadora de culpabilidad. Y pensé: «Tiene razón. He provocado la ruina de mi familia. He destruido su seguridad. Y tendré que vivir con esa culpa el resto de mi vida».

De todos modos no estaba dispuesto a cruzar el continente solo para que Lucy pudiera asistir a un congreso durante un día y medio. Es verdad que lo había olvidado por completo. Pero, por Dios, hacía casi dos meses que me lo había comentado. Nunca había faltado a ninguno de los fines de semana estipulados con Caitlin. Al contrario, ella había pedido pasar más tiempo conmigo y con Sally en Los Ángeles. Por mucho que me hubiera dicho aquello de que «dudo que quiera hablar contigo». El sentimiento de ultraje de Lucy no tenía límites. Por lo que a ella respectaba, yo era el señor ofensor y por mucho que yo hubiera actuado con egoísmo al poner fin a mi matrimonio, ella no reconocería nunca sus debilidades estructurales, que habían contribuido a empujar nuestro matrimonio al barranco (o al menos eso es lo que me dijo el terapeuta que estuve viendo durante el divorcio).

Otra llamada a la puerta. Grité: «Adelante» y entró Meg, empujando un elegante carrito de acero inoxidable. Bajé la escalera. Mi docena de ostras iba acompañada de tres diferentes clases de salsas, un cesto de pan moreno y una pequeña ensalada verde. La botella de Gewurtztraminer estaba dentro de un refrigerador de plástico transparente.

—Aquí lo tiene —dijo—. ¿Le parece que se lo sirva en la terraza? Podrá disfrutar del final del atardecer.

—Me parece estupendo.

Abrió las puertas de cristal de la sala y me encontré admirando el espectáculo de un sol anaranjado que se derretía y se deslizaba poco a poco en las aguas oscuras del mar del Caribe.

Me dejé caer en un sillón de la terraza y, observando aquel panorama celestial, me esforcé por poner freno al torbellino de emociones que me había provocado la conversación vitriólica con Lucy. Debía de desprender estrés por todos los poros porque, en cuanto terminó de preparar la mesa, Meg observó:

—Por su aspecto diría que le conviene una copa.

—No sabe cuánta razón tiene.

Mientras descorchaba el vino, pregunté:

—¿Qué ha estado haciendo el señor Barra?

—No ha soltado el teléfono ni un segundo. Y ha estado todo el rato gritando.

—Por favor, dígame que me he acostado temprano —dije, pensando que no podría soportar otra dosis de Bobby ese día.

—Lo haré.

Me sirvió un poco de vino en una copa aflautada.

—Que aproveche —dijo alegremente.

Levanté la copa y cumplí todo el ritual: hice girar el vino, lo olí a conciencia, y después dejé caer una gotita sobre la lengua. Inmediatamente sentí algo parecido a una descarga eléctrica de alto voltaje: el vino no era solo sublime, era un néctar, o algo que se acercaba a la perfección líquida; también sabía a gloria.

—Es estupendo —dije, pensando: «Faltaría más, a 275 dólares la botella».

—Me alegro —dijo Meg, llenándome la copa—. ¿Necesita algo más?

—Nada, gracias por todo.

—Es parte del servicio. Si necesita algo, utilice el teléfono.

—Me mima demasiado.

—Es de lo que se trata.

Levanté la copa, mirando los últimos estertores del sol poniente. Respiré hondo y capté aquel aroma mixto de frangipani y eucalipto que es la fragancia de la vida en el trópico. Bebí el vino absurdamente caro y absurdamente maravilloso. Y dije:

—La verdad, creo que podría llegar a acostumbrarme a esto.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Dormí como un tronco. De un tirón, sin los habituales temores nocturnos o sueños de culpa. Me desperté con aquella curiosa euforia que acompaña a nueve horas de descanso comatoso. Incorporándome un poco, pensé que desde que, como se suele decir, «había triunfado», y los consecuentes cataclismos, mis nervios estaban tensos como cuerdas de violín. Se supone que el éxito debe simplificarte la vida. En cambio, te la complica más, porque necesitamos las complicaciones, las intrigas, las nuevas competiciones para lograr mayores éxitos. Una vez logramos lo que siempre hemos querido, de repente descubrimos una nueva necesidad, una nueva sensación de que nos falta algo. Así que nos esforzamos en busca de esa nueva meta, ese nuevo cambio de vida, con la esperanza de que, esta vez, la sensación de plenitud sea total, aunque signifique echar por tierra todo aquello que hemos construido durante años.

Sin embargo, cuando has alcanzado la nueva cima, o cuando te despiertas una mañana y descubres que otra persona está compartiendo tu cama, tu vida, te preguntas: ¿puedes seguir con todo eso? ¿Puede escapársete de las manos? O, aún peor, ¿podrías cansarte de todo y descubrir que lo que tenías antes es lo que realmente querías? Porque, ahora que lo has perdido, se ha convertido en el nuevo objetivo ilusorio; aquello inalcanzable que no pararemos hasta conseguir. Y entonces...

Basta.

Me esforcé por salir de aquel ensueño melancólico, recordándome de nuevo que, según el conocido estudioso de Hollywood, Marco Aurelio, el cambio es el encanto de la naturaleza. Muchos conocidos míos (sobre todo guionistas) venderían a su madre por estar en mi lugar. Sobre todo porque podía apretar un botón para subir una persiana, detrás de la cual me esperaba el azul intenso de una mañana caribeña. O porque podía descolgar

el teléfono y hacer que me mandaran lo que quisiera a la habitación. O porque la persona que contestó al teléfono me ofreció también una copa de Cristal con el desayuno. O, mejor aún, porque descubrí que Bobby Barra se había marchado a toda prisa.

Recibí esa información cuando finalmente me obligué a levantarme de la cama y entrar en el baño, y vi que me habían pasado un sobre por debajo de la puerta. Lo abrí y encontré la siguiente nota:

Atontado:

Quería llamarte anoche, pero Meg me dijo que te habías metido en la cama con el osito, un vaso de leche caliente y un platito de galletas. En fin, ayer, cinco minutos después de llegar, mientras intentaba aplacar a aquel cliente tan nervioso, me llegó la noticia de Wall Street de que el presidente de una nueva empresa de Internet, que la semana próxima salía a bolsa, había sido acusado por la policía de todo, desde malversación, a estafa, fraude y sodomizar a su perro. Bueno, la cosa es que mis socios y yo tenemos invertidos unos 30 millones en esa OPI, lo que significa que tengo que largarme en seguida a Nueva York a jugar a los bomberos antes de que el negocio se convierta en humo.

Tendrás que prescindir de mi compañía un par de días. Sé que en cuanto hayas leído estas líneas se te romperá el corazón, te sentirás destrozado y empezarás a descorchar botellas de champán. Me parece que ayer no sintonizamos. Por supuesto fue todo culpa tuya. Por supuesto espero que sigamos siendo amigos.

Disfruta de la isla. Serías idiota si no lo hicieras. Intentaré volver dentro de un par de días, y para entonces Herr Host debería estar de vuelta con todos los pececitos que haya atrapado.

Descansa. Tu cara da pena, un par de días al sol deberían darle un aspecto menos lamentable. Hasta pronto,

Bobby

No pude evitar sonreír. Y tampoco pude evitar pensar que Bobby era un lameculos cuando se trataba de tratar a los amigos que estaban a punto de darle la patada para siempre.

Llegó el desayuno, acompañado de una botella de Cristal de 1991. De nuevo, le dije a Meg que solo tomaría una copa.

—Beba tanto o tan poco como le apetezca —dijo, colocando los platos en la terraza.

Acabé bebiendo dos copas y comiendo un plato de frutas tropicales que había pedido; probé el surtido de dulces exóticos y bebí café. Escuché las Piezas líricas para piano de Grieg mientras comía, y descubrí que había un discreto amplificador en una pared de la terraza. El sol ardía. El mercurio parecía haber alcanzado los treinta y cinco grados. Y, excepto revisar el correo electrónico, no tenía nada programado para el día, aparte de tomar el sol. Me arrepentí de mi decisión de conectarme a la red. Porque los comunicados matutinos del ciberespacio eran de todo menos alegres. Primero leí la siguiente y desagradable misiva de Sally.

David:

Me quedé estupefacta y más que un poco ofendida por tu descripción de mi actual problema con la Fox como una pequeña crisis. Estoy batallando por mi vida profesional en este momento, y lo que más necesito es apoyo. En cambio, estuviste condescendiente y tu respuesta me decepcionó muchísimo. Sobre todo porque necesito saber que cuento con tu confianza y tu amor.

Esta mañana tengo que ir a Nueva York. No intentes llamarme porque estaré volando. Pero mándame un correo. Quiero creer que esto ha sido solo una frase desafortunada por tu parte.

Sally

Leí dos veces el mensaje, asombrado por su totalmente errónea interpretación de mis palabras. Abrí la carpeta de los mensajes archivados y releí con atención el correo que le había enviado la noche anterior, intentando entender cómo diablos podía haber ofendido a Sally. Al fin y al cabo, lo único que había escrito era:

Por favor, llámame en cuanto tengas un hueco en tu carrera de cuádrigas. Conociéndote, estoy seguro de que habrás encontrado una estrategia para superar esta pequeña crisis. Eres la más lista, después de todo.

Te quiero. Y, para utilizar el más prosaico de los clichés, ojalá estuvieras aquí.

Ahí ya lo veía, Sally no soportaba la idea de que yo pudiera considerar «pequeña» su regia batalla, aunque lo que yo intentaba expresar era que, viéndola con perspectiva, aquella situación acabaría pareciendo una nimiedad. Sin embargo, por mucho que considerara que su respuesta era absolutamente exagerada, también sabía que Sally era una mujer que quería que la tomaran siempre en serio. Y, en consecuencia, su mirada se habría fijado inmediatamente en la palabra «pequeña» como una afrenta, por no mencionar mi intento de redimensionar la gravedad de la situación.

¡Dios mío, qué susceptibilidad! Pero yo llevaba todas las de perder, y lo sabía. Hasta entonces, Sally y yo habíamos tenido algo muy raro: una relación sin malentendidos. Por nada del mundo quería que aquel fuera el primero. Así que, sabiendo que no reaccionaría bien si le decía «Has malinterpretado mis intenciones» (porque aquello la haría pensar seguramente que estaba cuestionando su capacidad para la comunicación epistolar), decidí que era mejor cargar con las culpas. Si había algo que casi catorce años de matrimonio me habían enseñado, era esto: si quieres suavizar el ambiente después de un desacuerdo, es mejor admitir siempre que te has equivocado... aunque creas que tenías razón.

Apreté el botón de «Responder» y escribí:

Amor mío:

Lo último que desearía es ofenderte. Lo último que pienso es que lo que tú haces carezca de importancia. Mi intención era decir que eres tan buena en todo lo que te propones que esta crisis —por muy grande que pueda parecer— en el futuro se considerará pequeña, porque tú lograrás salir airoso de ella. Mi error fue no expresar claramente este sentimiento. Las palabras, para variar, me fallaron, y me doy cuenta de que te he ofendido. Me siento fatal.

Sabes que creo que eres maravillosa. Sabes que cuentas con todo mi amor y apoyo en todo lo que haces. Estoy desolado de que mi desafortunada expresión haya provocado este equívoco. Por favor, perdóname.

Te quiero.

David

De acuerdo, me había pasado con las adulaciones. Pero sabía que, por muy profesional que fuera, Sally tenía un ego muy permeable, que necesitaba ser animado constantemente. Más exactamente, una gran parte de mí sabía que, en aquel momento de nuestra relación, la estabilidad lo era todo. En consecuencia, en aquella circunstancia era mejor tragar un poco... aunque no creyera ni la mitad de lo que había escrito. También me había alarmado un poco su hipersensibilidad, y su necesidad de indignarse por una palabra mal aplicada. Sin embargo, repetí mi mantra de los últimos días: «Está pasando un mal momento. Probablemente me malinterpretaría si le preguntara la hora. Pero se tranquilizará cuando la situación se calme».

O al menos eso era lo que esperaba.

Una vez enviado el mensaje enjabonado, me enfrenté al siguiente problema: un correo de Lucy, que se inspiraba directamente en la escuela de comunicación «Que te den, sigue carta de humillación»:

David:

Te encantará saber que Caitlin lloró desconsoladamente ayer cuando le comuniqué que no vendrías esta semana. Felicidades. Has vuelto a romperle el corazón.

Para hablar de cosas prácticas (que es de lo único de lo que quiero volver a hablar contigo): he convencido a Marge para que venga de Portland en avión para cuidar de Caitlin las dos noches que estaré fuera. Sin embargo, en el último momento, solo encontró billete en Business Class, y además tuvo que llevar a Dido y a Aeneas a la residencia para el fin de semana. El coste total, incluido el billete, es de 803,45 dólares. Espero recibir un cheque tuyo inmediatamente.

Creo que tu comportamiento en esta ocasión confirma todo lo que he advertido en ti desde que te liaste con esa divinidad inconstante llamada éxito: estás completamente motivado por el egoísmo. Y lo que te dije anoche por teléfono sigue en pie: te lo haré pagar.

Lucy

Descolgué inmediatamente el teléfono y marqué unos números. Miré el reloj: las once y catorce en el Caribe, las siete y catorce en California. Con un poco de suerte, Caitlin no se habría ido todavía a la escuela.

Tuve suerte. Mejor aún, respondió mi hija en persona. Y parecía encantada de hablar conmigo.

—¡Papá! —exclamó feliz.

—Hola, pequeña. ¿Va todo bien?

—Haré de ángel en la función de Semana Santa de la escuela.

—Tú ya eres un ángel.

—No soy un ángel. Soy Caitlin Armitage.

Me reí.

—Perdóname por no poder ir este fin de semana.

—Este fin de semana la tía Marge vendrá a quedarse conmigo. Pero sus gatos tendrán que ir a un hotel de gatos.

—¿No estás enfadada conmigo?

—¿Vendrás la semana que viene?

—Seguro, Caitlin. Te lo prometo.

—¿Y podré quedarme en el hotel contigo?

—Pues claro. Haremos todo lo que tú quieras.

—¿Me traerás un regalo?

—Te lo prometo. Ahora me gustaría hablar con mamá.

—De acuerdo... pero solo si no os peleáis.

Respiré hondo.

—Intentaremos no discutir, cariño.

—Te echo de menos, papá.

—Yo también a ti.

Una pausa. Entonces oí que le pasaba el teléfono a alguien. Hubo otro largo silencio, hasta que Lucy lo rompió.

—A ver, ¿de qué quieres hablar? —preguntó.

—Ya he visto lo desconsolada que estaba, Lucy. En serio, está hecha polvo.

—No tengo nada que decirte...

—Por mí, estupendo. Yo tampoco tengo ganas de hablar contigo. Pero que sepas esto: no intentes volver a mentirme sobre el estado emocional de Caitlin. Te lo advierto, si intentas ponerla en mi contra...

La línea se cortó cuando Lucy colgó de golpe. Un intercambio de puntos de vista adulto y maduro. Pero, al menos, me sentía reivindicado, y

enormemente aliviado de que Caitlin no pareciera afectada por mi incapacidad de organizarme para verla aquel fin de semana. El tema de la tía Marge y su tarifa de fin de semana de 803 dólares era otro asunto. Marge era una obesa colgada New Age, «facilitadora de canalización» (no me lo estoy inventando), que vivía sola con sus amados gatos, sus prismas y sus discos de cánticos nepalíes en su ashram de una habitación. En su favor hay que decir que tenía buen corazón. Y quería mucho a su única sobrina, lo que me hacía feliz. Pero ochocientos dólares para transportar su talla cincuenta a San Francisco..., por no hablar de pagar por el alojamiento de cinco estrellas de sus preciosos amigos felinos (¿a quién se le ocurre poner Dido y Aeneas a sus gatos?). En fin, sabía que, me gustara o no, tendría que soltar la pasta, como sabía también que Swami Marge probablemente se embolsaría la mitad de los ochocientos dólares. Pero no se los regatearía, sobre todo después de ganar la discusión con Lucy. Solo oír a Caitlin decirme que me echaba de menos había borrado toda la angustia acumulada de la mañana, y me había puesto de nuevo de buen humor. Además, tenía toda una isla caribeña a mi disposición.

Descolgué el teléfono. Pregunté si tenían algún periódico. Me informaron de que The New York Times acababa de llegar en el helicóptero.

—Mándemelo, por favor.

Toqué la pantalla de audio-vídeo. Fui hasta la biblioteca musical. Elegí un disco del gran pianista de *jazz* francés enano, Michel Petruccianni. Llegó el periódico. Meg desplegó una tumbona para mí en la terraza. Se metió en el cuarto de baño y al rato salió con seis marcas diferentes de cremas para el sol, que abarcaban todos los factores de protección posibles. Me rellenó la copa de champán. Me pidió que llamara cuando quisiera almorzar.

Leí el periódico. Escuché las brillantes improvisaciones de Petruccianni en Hojas de otoño y De un humor sentimental. Me bronceé al sol. Una hora después, decidí que era hora de bañarse. Cogí el teléfono y me respondió Gary.

—Hola, señor Armitage. ¿Se divierte en el paraíso?

—No está mal. Quería saber si había algún lugar concreto para bañarse en esta isla. ¿Al lado de la piscina, o dónde?

—Tenemos una playita muy buena. Pero si le apetece bucear...

Veinte minutos después, estaba a bordo del Truffaut (sí, como el famoso director francés): un yate de doce metros con una tripulación de cinco hombres. Navegamos aproximadamente media hora hasta llegar a un arrecife de coral, cerca de un archipiélago de islas diminutas. Dos tripulantes me ayudaron a ponerme el traje de neopreno, después me equiparon con aletas, gafas y tubo. Otro miembro de la tripulación también iba vestido con el equipo de buceo.

—Dennis le acompañará por el arrecife —me dijo Gary.

—Gracias, pero no es necesario —dije.

—Es que el señor Fleck insiste mucho en que los invitados no se bañen solos. Ya sabe, forma parte del servicio.

No paraba de oír aquella expresión en Saffron Island. «Forma parte del servicio». Tener un guía para bañarme en los arrecifes de coral formaba parte del servicio. Tener a una tripulación entera cuidándome en un yate también formaba parte del servicio. Como la langosta que me sirvieron (solo para mí) a bordo del yate, acompañada de un Chablis premier cru a la temperatura perfecta. Cuando volvimos a tierra por la tarde y pregunté si tenían un ejemplar de The New Yorker de aquella semana, mandaron un helicóptero a Antigua para comprármelo (a pesar de que intenté por todos los medios convencerles de que no valía la pena tomarse tantas molestias «¡y gastos!» por una miserable revista). Pero entonces también me dijeron que «formaba parte del servicio».

Volví a mi habitación. Laurence, el chef de la isla, me llamó y me preguntó qué me apetecía cenar. Cuando le pedí que me sugiriera algo, simplemente dijo:

—Cualquier cosa que le apetezca.

—Cualquier cosa.

—Más o menos.

—Sugírame algo.

—Bien, mi especialidad es la cocina del Pacífico. Y como evidentemente tenemos acceso a toda clase de pescado fresco...

—Lo dejo en sus manos.

Minutos después, llamó Joan, de secretaría. Ya había pasado la mitad del manuscrito, y tenía unas diez dudas respecto a mi espeluznante caligrafía. Las repasamos todas. Entonces me dijo que tenía que tener el manuscrito listo al día siguiente a mediodía, porque esperaban la llegada del señor Fleck a última hora de la tarde, y seguro que querría leer el guion inmediatamente en cuanto supiera que yo lo había revisado.

—Pero ¿no pasará la noche tecleando? —pregunté.

—Forma parte del servicio —dijo, y añadió que, con mi permiso, haría que me trajeran una copia del guion revisado con el desayuno.

Si podía echarle un vistazo, ella tendría tiempo de introducir las correcciones durante la mañana.

Me estiré en la cama. Alargué un brazo y toqué la pantalla del audio-vídeo. Elegí una grabación histórica de Emil Giles tocando Bagatelas de Beethoven de la biblioteca musical. Me adormecí con el sonido de aquella música compleja pero apaciguadora. Cuando me desperté, había pasado una hora... y alguien había pasado una nota por debajo de mi puerta. Me levanté para recogerla.

Apreciado señor Armitage:

No queríamos molestarle, pero delante de la puerta encontrará el ejemplar de The New Yorker que pidió, así como el catálogo de la filmoteca de la isla. Pensamos que tal vez le apetezca que le proyecten una película esta noche. En ese caso, llámeme a la extensión 16. Y, cuando le parezca, llame a Jacques, el sommelier. Quiere hablar con usted del vino que desea para esta noche. Puede informarle a él de a qué hora desea cenar. La cocina tiene un horario totalmente flexible. Basta que se lo haga saber.

De nuevo, es un placer tenerle con nosotros. Y, como le dije anoche, me encantaría verle en el cine...

Con mis mejores deseos

Chuck

Abrí la puerta, recogí el catálogo de películas y el The New Yorker que habían ido a comprar en avión para mí. Volví a echarme en la cama, preguntándome cómo sabrían que estaba echando una siesta y no debían molestarme. ¿Había micrófonos en la habitación? ¿Había una cámara oculta? ¿O me estaba volviendo paranoico? Al fin y al cabo, puede que

simplemente dedujeran que, tras un día agotador de trabajo al sol, necesitaba una siestecilla. Tal vez estaba reaccionando exageradamente a toda la atención que me estaban dedicando, por no hablar de que me sentía en una extraña tierra fantástica donde todo lo que pedía se me servía con prontitud.

De repente me acordé de una vieja anécdota literaria: Hemingway y Fitzgerald en un café de París, observando a un puñado de ostentosos a su alrededor. «Sabes, Ernest —dijo Fitzgerald en tono solemne—, los ricos son realmente diferentes de ti y de mí». A lo que Hemingway replicó bruscamente: «Sí, tienen más dinero».

Pero en ese momento me daba cuenta de que lo que el dinero compraba para ellos era en realidad poder liberarse de los prosaicos asuntos de la vida cotidiana. Cuando eras tan «asquerosamente» rico como Philip Fleck, todas tus necesidades domésticas estaban resueltas. No tenías que preocuparte por hacerte la cama, recoger las toallas húmedas del suelo, cambiar las sábanas, hacer la colada. No tenías que hacer la compra, o acercarte al quiosco a comprar el periódico, o conducir cinco manzanas para recoger la ropa de la tintorería. Ni siquiera tenías que pensar en pagar las facturas, porque, evidentemente, tenías un departamento entero de servicios financieros para gestionar tu dinero y extender tus cheques. Si querías viajar... el problema era decidir si cogías uno de los Gulfstreams o el 767. Había limusinas para recogerte cuando aterrizabas..., por no hablar de helicópteros, lanchas y (sin duda) un todoterreno HumVee propio, por si te encontrabas en zona de guerra. Había cines privados en cada una de tus residencias. No tenías que acercarte a ningún horrible multicine o a algún hotel de mala muerte, a menos, claro, que te apeteciera vivir una noche a lo pobre.

Aquel era el significado último de tener tanto dinero: te comprabas un cordón sanitario, dentro del cual estabas a salvo de todas las tediosas banalidades con las que tenía que lidiar el resto del mundo. Por supuesto, también te daba poder; pero en última instancia, el privilegio residía en la distancia a la que te colocaba de la forma de vivir de los demás. Veinte mil millones de dólares. No lograba asimilar aquella cifra, además de la estadística (citada naturalmente por Bobby) de que el interés semanal de Fleck por su fortuna ascendía a alrededor de dos millones de dólares...

netos. Sin tocar un solo penique de su fortuna, tenía unos ingresos netos de unos cien millones de dólares al año para gastos. ¡Qué absurdo! Dos millones de dólares a la semana para gastos. ¿Se acordaba Fleck de lo que era (como yo me acordaba, sin duda, de aquellos años en tierra de nadie) sufrir para pagar el alquiler? ¿O tener que hacer malabarismos para pagar la factura del teléfono? ¿O tirar con un coche de diez años al que no le entraba la cuarta, porque no podías permitirte un cambio de transmisión?

O, simplemente, ¿tener toda clase de ilusiones, a pesar de que todos tus deseos terrenales estuvieran satisfechos? Y no podía evitar preguntarme cómo alteraba esa clase de ambición material la propia visión personal del mundo. ¿Te concentrabas en las cosas más cerebrales de la vida, y aspirabas a pensamientos y gestas más altos? Quizá te convertías en un rey filósofo moderno o en un príncipe Medici. O, exagerando un poco, ¿te convertías en un papa Borgia?

Sabía en lo que me había convertido yo en apenas un día chez Fleck: en un mimado. Pero debo admitir que me gustaba. Mi complejo latente de superioridad empezaba a sacar la cabeza, y gradualmente iba aceptando la idea de que tenía a todo el personal de la isla dispuesto a complacer cualquier petición por mi parte. En el barco, Gary me había dicho que, si me apetecía pasar el día en Antigua, podían llevarme en helicóptero. O, del mismo modo, si me apetecía ir más lejos, el Gulf stream se estaba llenando de polvo en el aeropuerto de Antigua, y estaba a mi disposición si lo necesitaba.

—Es muy amable —dije—. Pero creo que me quedaré por aquí ganduleando.

Y gandulear es precisamente lo que hice. Aquella noche, después de la sorpresa del chef (una bullabesa exquisita al estilo Pacífico, acompañada por un Au Bon Climat Chardonnay, igual de asombroso), me senté solo en el cine y vi un programa doble de dos películas clásicas de Fritz Lang: Más allá de la duda y Los sobornados. En lugar de palomitas, Meg se presentó con una bandeja de chocolates belgas y un Bas Armagnac de 1985. Chuck entró en la sala de proyección y mantuvimos una larga e interesante conversación sobre las aventuras de Fritz Lang en Hollywood. Estaba tan enterado de todo lo relacionado con el celuloide que le pedí que me

acompañara con una copa de Armagnac y me hablara un poco de sí mismo. Me dijo que había conocido a Philip Fleck cuando los dos estudiaban en la Universidad de Nueva York a principios de los setenta.

—Fue mucho mucho antes de que Phil fuera ni de lejos rico. Yo sabía que su padre era propietario de una empresa de embalaje en Wisconsin, pero básicamente era un estudiante más que quería dirigir, que vivía en un apartamento destartado de la calle 11 con la Primera y que, como yo, pasaba casi todo el tiempo libre en el Bleeker Street Cinema o en el Thalia o el New Yorker, o cualquiera de los locales de reposición de Manhattan que desaparecieron hace tiempo. Fue así como nos hicimos amigos, nos encontrábamos siempre en esos pequeños cines, y nos dimos cuenta de que a ninguno de los dos le importaba ver cuatro películas al día.

»En fin, Phil estaba decidido a hacer cine de autor, mientras que mi ilusión era sencillamente tener mi propio cine, y quizá publicar algún artículo en alguna revista europea de cine de vanguardia, como Sight and Sound o Cahiers du Cinema. Entonces, durante el segundo año en la universidad, el padre de Phil murió, y él tuvo que volver a Milwaukee para dirigir los negocios de la familia. Perdimos completamente el contacto, aunque yo estaba al tanto de lo que hacía Phil, porque cuando amasó sus primeros mil millones sacando la empresa de embalaje a bolsa, salió en todos los periódicos. Y, después, cuando hizo una de esas inversiones típicas suyas que le convirtieron en Philip Fleck, no podía creérmelo. Mi antiguo compañero cinéfilo era multimillonario.

»De repente, un día, sin más ni más, en el noventa y dos, recibí una llamada de Phil en persona. Me había localizado en Austin, donde yo trabajaba como ayudante de archivista cinematográfico, en la Universidad de Texas. No era un mal trabajo, aunque solo ganara veintisiete mil al año. Cuando me llamó no me lo podía creer. “¿Cómo me has encontrado?”, le pregunté. “Tengo gente que hace eso por mí”, contestó. Y fue directamente al grano: quería crear su propia filmoteca..., la mayor filmoteca privada de Estados Unidos..., y quería que la dirigiera yo. Incluso antes de que me dijera lo que me pagaría, acepté. ¿Qué voy a decir? Era la oportunidad de mi vida, crear un gran archivo... y para uno de mis mejores amigos.

—¿Y ahora tiene que ir a donde va él?

—Usted lo ha dicho. El archivo principal se encuentra en un gran local cerca de su casa de San Francisco, pero tiene divisiones en todas sus casas. Yo dirijo un equipo de cinco personas que gestionan el archivo principal, pero también viajo con él dondequiera que vaya, para que me tenga a mano siempre que me necesite. Phil se toma el cine muy en serio.

No tenía ninguna duda. Porque hay que ser un fanático del cine para emplear a un archivista a tiempo completo y llevártelo a todas partes, por si acaso una noche te entran unas ganas incontrolables de ver una de las primeras películas de Antonioni, o sencillamente charlar de la teoría del montaje de Eisenstem mientras contemplas la puesta del sol sobre las palmeras de Saffron Island.

—Parece un trabajo estupendo —dije.

—El mejor —dijo Chuck.

Otra noche de sueño ininterrumpido, indicio seguro de que, después de un solo día allí, empezaba a relajarme. No había puesto la alarma ni había pedido que me despertaran. Me desperté cuando me desperté, que de nuevo fue casi a las once, y descubrí que me habían pasado otro mensaje por debajo de la puerta.

Apreciado señor Armitage:

Espero que haya dormido muy bien. Solo quería que supiera que hemos tenido noticias del señor Fleck esta mañana. Le manda saludos y lamenta comunicarle que se retrasará tres días más. Sin embargo, estará con seguridad de vuelta el lunes por la mañana, y espera que usted siga disfrutando de la isla hasta entonces. También me ha dado instrucciones para que nos pongamos a su disposición si desea hacer algo, ir a alguna parte u organizar alguna clase de actividad.

En otras palabras, señor Armitage, no dude en llamarme en cualquier momento: estamos a su servicio.

Esperamos que hoy sea para usted otro magnífico día en el paraíso.

Saludos cordiales,

Gary

De modo que los peces espada estaban picando y Philip Fleck había decidido que yo seguía sin ser tan importante como un puñado de peces. Por alguna extraña razón, me daba igual. Si quería hacerme esperar,

esperaría. Especialmente porque el alojamiento no estaba mal. Como el servicio.

Pero antes de resolver exigencias tan apremiantes como decidir qué pediría para desayunar, me armé de valor para abrir mi correo. Los comunicados de aquella mañana no me amargaron la vida. Por el contrario, tenía un mensaje le Sally de tono muy conciliador.

Querido:

Perdóname, perdóname. En el fragor de la batalla, olvide quiénes eran mis auténticos aliados: hasta el punto de que estaba irascible con todos. Gracias por tu maravilloso correo. Más gracias aún por ser tan comprensivo.

Estoy en Nueva York, instalada en The Pierre..., que no es precisamente el peor de los alojamientos imaginables. Stu Barker tenía que ir a Nueva York para conocer a uno de los peces gordos de la dirección general de la Fox y me pidió que fuera con él, para hablar de nuestro programa de otoño. En fin, volamos en clase turista (astutamente, Stu no quería aparecer como un arribista cualquiera, insistiendo en viajar en un avión de la empresa, recién ocupado el puesto de Levy). Durante el vuelo a Nueva York, estuvo realmente encantador; un cambio de actitud radical. Me dijo que le apetecía mucho trabajar conmigo, que me necesitaba en su equipo y quería que dejáramos atrás nuestros años de rivalidad. «Mis diferencias eran con Levy, no contigo», me dijo.

En fin, tenemos la gran reunión con la Fox dentro de dos horas. Por supuesto, estoy nerviosa, porque (hablando claro) es importante que me luzca, tanto ante los jefazos como ante mi superior. Ojalá estuvieras aquí para abrazarme (y lo otro también... pero no me pondré ordinaria en el ciberespacio). Intentaré llamarte más tarde, pero tengo la sensación de que volveremos a California en cuanto termine la reunión. Espero que te broncees por los dos. La isla de Fleck parece alucinante.

Te quiero,

Sally

En fin, aquello era una mejora. Evidentemente, que Stu Barker se hubiera vuelto tan colega había levantado el ánimo a Sally, pero no hay

nada como una disculpa de la mujer que amas para empezar el día con buen pie.

Pero todavía tenían que llegar noticias mejores, porque mientras estaba conectado, empezó a parpadear la señal de «Mensajes nuevos» en la pantalla. La pulsé y encontré el siguiente mensaje de Alison:

¡Eh, superestrella!

Espero que estés bien moreno y tumbado en una hamaca ahora mismo, porque tengo buenas noticias para ti:

Te han nominado para un Emmy.

Que Dios nos ayude a todos los que tendremos que aguantar tu ego hiperhinchado (es broma).

Estoy encantada por ti, David. Y también lo estoy por mí, porque sé que puedo subir tus honorarios para la próxima temporada en un 25 %. Y si haces cuentas...

Citando al rey Lear, bien hecho, chico. ¿Puedo ser tu acompañante en los premios... o a Sally le parecería mal?

Besos,

Alison

Al final de la jornada, estaba ebrio de felicidad por todas las felicitaciones que había recibido. Brad Bruce me llamó a la isla, y me dijo lo encantado que estaba el equipo de *Te vendo* conmigo... a pesar de que seguían molestos con los de los Emmy porque yo era el único nominado del programa. El jefe del departamento de comedia de la FRT, Ned Sinclair, también me llamó. Lo mismo hicieron dos de los actores. Y recibí correos de felicitación de una docena de amigos y colaboradores de nuestro sector.

Lo mejor de todo fue que Sally salió de su reunión en Nueva York para llamarme.

—Estábamos en plena reunión y un ayudante de uno de los peces gordos de la Fox ha entrado con una lista de las nominaciones a los Emmy. Por supuesto, se le han echado encima en seguida para ver cuántas nominaciones recibía la cadena. Entonces, uno de ellos me ha mirado y ha dicho: «¿David Armitage no es su novio?». Y me lo ha dicho. Estuve a punto de ponerme a gritar. Estoy orgullosísima de ti. Además, por qué no decirlo, me has hecho quedar muy bien delante de los peces gordos.

—¿Cómo va por ahí?

—Ahora no puedo hablar, pero, en general, vamos ganando.

«¿Vamos?». ¿Sally y el encantador Stu Barker? ¿El tipo que ella describía como el Heinrich Himmler de la comedia en televisión?

—Parece que vosotros dos os estáis entendiendo —comenté.

—Todavía no me fío del todo —dijo ella en un susurro—. Pero, de todos modos, es mejor tenerle de mi lado que apuntándome con sus dardos. Bueno, no quiero aburrirte con la política de oficina...

—Tú nunca me aburres, cariño.

—Y tú eres el hombre más dulce y más listo del mundo.

—Me voy a volver un engreído.

—Te lo mereces. Y, si no te importa, esta tarde haré algunas llamadas, a ver si Prada se ocupa de vestirnos esa noche.

Claro, ¿por qué no? Si a Sally la hacía feliz, que convenciera a los italianos para que le prestaran un trapo para la noche, aunque yo sabía que ella ya tenía tres vestidos de noche espectaculares en su armario. Pero esa no era la cuestión. Lo importante era que cuando todos la vieran en los premios fabulosamente vestida, pudiera dejar caer el revelador detalle de que Prada nos había pedido que vistiéramos su firma para la ocasión. El hecho de que hubiera sido Sally la que se lo hubiera pedido nunca se sabría.

—Oye —dije—, Mein Host sigue pescando a lo grande en las islas adyacentes, y no piensa volver hasta el lunes. Pero como me han dado carta blanca en la isla, podría mandarte el Gulfstream a Nueva York para recogerte y traerte aquí.

—Oh, Dios, me encantaría, mi amor, pero debo volver a Los Ángeles con Stu. Es esencial que mantenga el vínculo con él. Y quiere que nos pongamos a hacer planes en serio en la oficina, el domingo.

—Claro —dije, intentando no parecer desilusionado.

—Por favor, que no te parezca mal. De no haber sido por esta crisis en el trabajo, sabes que estaría allí contigo.

—Lo comprendo.

—Bien —dijo, dando por cerrado aquel posible foco de discusión—. En fin, solo quería decirte que es una noticia fantástica, y que te quiero, y que

no tengo más remedio que volver a la reunión. Te llamaré mañana cuando llegue a casa.

Y antes de que pudiera despedirme, me colgó. Mis cinco minutos con Sally se habían acabado.

Por supuesto, inmediatamente pensé que aquel era un pensamiento poco caritativo. Por supuesto recordé que Sally había encontrado el momento para llamarme. Así que...

Basta de buscar problemas. Sally estaba forjando una alianza con su nuevo Uber-Führer, el señor Barker. Estaba contentísima con mi premio. Y me había dicho que me quería.

¿De acuerdo? ¿Convencido?

Sí. Más o menos. Pero, claro, deseaba que lo dejara todo y viniera corriendo a verme y me dijera una y otra vez que yo era lo mejor que le había sucedido jamás. Aunque no era que yo albergara ninguna duda al respecto.

Mi inseguridad se esfumó inmediatamente tras una velada perfecta, atendida por el personal de la isla, regada con un Morgón del 75 absurdamente bueno, en la que vi otro programa doble: El gran carnaval, de Billy Wilder, y Atraco perfecto, de Kubrick, y que coronó con un pastel (diseñado personalmente por el chef pastelero de la isla) en forma de premio Emmy.

—¿Cómo demonios se ha enterado de lo de mi nominación? —pregunté a Gary, cuando me trajo el pastel a la sala de proyecciones, acompañado de otros seis empleados.

—Las noticias vuelan.

Aquel era un mundo en el que todos lo sabían todo de ti, donde todas las peticiones se concedían, donde ningún detalle se consideraba demasiado pequeño o insignificante. Todas las responsabilidades de las menudencias del día a día eran resueltas por otros. Te liberaban de las pesadas banalidades de la vida, recibías exactamente lo que querías, cuando lo querías. Mientras tanto, te convertías en el equivalente ambulante de una retina desprendida: ciega a las realidades exteriores.

No es que me importara ser un turista en un reino tan enrarecido. Au contraire, me regocijaba en su lujo absurdo, a sabiendas de que, un día o

dos después de la vuelta de su dueño, se me expulsaría amablemente de sus aislados confines y se me mandaría de vuelta al mundo del vin ordinaire (aunque no hubiera nada especialmente ordinario en el tenso sector en el que yo me ganaba la vida).

A pesar de que me había jurado no trabajar mientras estuviera en la isla, cuando Joan, de secretaría, me trajo el manuscrito pasado a limpio, no pude evitar echarme en una tumbona de la terraza con un bolígrafo rojo en la mano. La nueva versión tenía ocho páginas menos. Un ritmo más vivo y estimulante. El diálogo era más mordaz y menos pretencioso. Los puntos de la trama se sucedían con facilidad. Pero, después de una segunda lectura, noté que gran parte del tercer acto me parecía poco logrado: la escena posterior al atraco y la forma en que todos los implicados se volvían unos contra otros me parecía un poco forzada. Así que, durante el fin de semana, redacté de nuevo las últimas treinta y una páginas, pensando en una serie de giros inesperados e inventando un final que (en mi menos que humilde opinión) era diabólicamente inteligente, en tanto que le daba la vuelta a todas las expectativas del público. Los buenos acababan siendo los malos. Y los que antes eran malos tenían calados a los buenos desde el principio. Seguía siendo una película de género... pero respetaba la inteligencia del público. Y, más concretamente, era muy ingeniosa.

De nuevo, me dejé absorber por la vorágine del trabajo. A pesar de que el tiempo siguió siendo condenadamente espléndido, me encerré en mi habitación veintiuna horas al día, y terminé la revisión a las seis de la tarde del domingo. Joan, de secretaría, se presentó poco después y recogió las cuarenta páginas del manuscrito sobre las que había redactado de nuevo el tercer acto. A continuación lo celebré con una copa de Cristal. También en este caso abrieron una botella para mí, aunque yo solo quería una copa, y había dejado claro que me conformaba con una marca normal de champán francés.

—Pero es que en la isla solo tenemos Cristal —dijo Meg.

Después me pasé una hora en la bañera, cené un cangrejo exquisito y me tomé media botella de Chablis de 1974 premier cru. Entonces, hacia las diez, se presentó Joan con las páginas pasadas a ordenador.

—Las tendré corregidas antes de medianoche.

—Gracias, señor.

Entregué las páginas a la hora prometida. Y me metí en la cama. Dormí hasta tarde, hasta muy tarde, de hecho, porque me desperté a las once. El nuevo manuscrito llegó con el desayuno, junto con una nota:

Hemos tenido noticias del señor Fleck. Ha recibido su guion y piensa leerlo en cuanto le sea posible. Desgraciadamente, le han vuelto a retrasar, pero estará de vuelta el miércoles por la mañana, y está deseando encontrarse con usted

Mi primera reacción a la nota fue muy simple: «Que te den. No pienso quedarme esperando a que te dignes honrarme con tu presencia». Pero cuando llamé a Sally a su móvil en Los Ángeles (acababa de desayunar con Stu Barker) y le dije que Fleck estaba jugando conmigo y retrasando su vuelta, dijo:

—¿Qué esperabas? El tipo puede hacer lo que le dé la gana. De modo que va a hacer lo que le dé la gana. Qué se le va a hacer, chico, tú solo eres el escritor.

—Ah, muchas gracias.

—Vamos, ya sabes cómo funciona la cadena alimentaria. El tipo puede ser un aficionado, pero sigue teniendo el dinero. Y eso le convierte en el rey del mambo.

—Mientras que yo soy un siervo en este escenario.

—No conozco a muchos peones que reciban tratamiento de seis estrellas. Pero, vaya, si estás harto de él, monta una escena, exige que el Gulfstream te lleve a Los Ángeles, pero no esperes verme en las próximas tres noches, porque tengo que hacer una visita a nuestras filiales de San Francisco, Portland y Seattle.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Stu decidió que debíamos hacer una gira de inspección por nuestro mercado del Pacífico.

—Parece que tú y Stu os lleváis de maravilla.

—Creo que me lo he ganado, si eso es lo que quieres decir.

No era lo que quería decir, pero tampoco quería insistir en el tema, a riesgo de parecer presa del proverbial monstruo de los ojos verdes. Pero Sally sabía perfectamente a qué me refería.

—¿Detecto un indicio de celos en tu voz? —preguntó.

—Ni hablar.

—Sabes por qué tengo que hacerle la rosca, ¿verdad?

—Claro, claro.

—¿Sabes que tengo que contener a los bárbaros para que no nos invadan?

—No quería decir...

—... Y también sabes que estoy locamente enamorada de ti, y no se me pasaría por la cabeza...

—De acuerdo, de acuerdo... Me disculpo.

—Disculpas aceptadas —dijo ella animadamente—. Tengo que volver a la reunión. Ya hablaremos.

Y colgó.

Idiota, idiota, idiota. ¿Por qué te comportas siempre como si padecieras el síndrome de Tourette^[8]? «Parece que tú y Stu os lleváis de maravilla». Menudo comentario. Ahora tendría que pensar en un poco de jabón extra para tenerla contenta.

Cogí el teléfono. Llamé a Meg y le pedí que mandara un ramo de flores a Los Ángeles. Me dijo que no habría ningún problema. Tampoco necesitaba darle mi número de tarjeta de crédito:

—Nos encargaremos de todo encantados.

¿Tenía alguna preferencia para el ramo? Solo quería algo elegante. ¿Y el mensaje de la tarjeta? Necesitaba algo reconciliador y adulador, pero no demasiado deferencial, de modo que me decidí por: «Eres lo mejor que me ha sucedido. Te quiero».

Meg me aseguró que le entregarían las flores a Sally en su despacho al cabo de una hora. Tal como me había dicho, noventa minutos después llegó un correo de la señorita Birmingham: «A eso lo llamo yo disculparse con clase. Yo también te quiero. Pero intenta animarte un poco. Sally».

Intenté seguir al pie de la letra su consejo. Llamé a Gary y organizamos un día de navegación alrededor de un pequeño archipiélago cercano. El yate de doce metros de Fleck estaba a punto para el viaje. Cargaron el equipo de buceo a bordo por si me apetecía bañarme. Y el ayudante del chef vino con nosotros para preparar una exquisita bullabesa para almorzar. También

colgaron una hamaca entre los mástiles, donde dormité durante una hora. Cuando me despertaron para preguntarme si quería un capuchino (que acepté en seguida) me entregaron también un papel con un mensaje de correo de Chuck, el hombre del cine:

¡Hola, señor Armitage!:

Espero que no haya planeado nada para esta noche, porque he hablado con el señor Fleck y desea que proyecte una película especialmente para usted.

¿Podría decirme a qué hora le conviene? Tendré a punto las palomitas.

Cuando le comenté al camarero del yate que quería hablar con Chuck personalmente, me trajo el teléfono de a bordo.

—¿De qué película se trata? —pregunté.

—Lo siento, señor Armitage, pero es una sorpresa.

—Ah, venga, ¿a qué viene el suspense?

—Ordenes del señor Fleck. Pero le aseguro que pasará una noche memorable en el cine.

Así que me presenté en la sala de proyección a las nueve. Me acomodé en una de las grandes butacas de piel, sosteniendo una hermosa fuente llena de palomitas sobre las rodillas. Apagaron las luces y la pantalla se iluminó. Se oyó como banda sonora una suntuosa grabación de los años cuarenta de *These Foolish Things*, y la pantalla se llenó con un título en italiano, que me anunciaba que estaba a punto de ver *Salo* o *los 120 días de Sodoma* de Pier Paolo Pasolini.

Por supuesto había oído hablar de la última e infame película de Pasolini: una relectura de posguerra de la difamada novela del marqués de Sade. Pero, como tantos individuos moderadamente cuerdos, no la había visto. Tras sus primeras proyecciones de mediados de los setenta, la película fue prohibida en casi todos los estados, incluido Nueva York. Y cuando te prohíben en Nueva York, es evidente que has hecho algo demasiado fuerte.

A los veinte minutos, comprendí por qué las autoridades neoyorquinas habían tenido algunos dilemas morales acerca de la película. Ambientada en la república fascista de Saló (creada por Mussolini durante su última época, al final de la guerra) la película trataba de cuatro aristócratas italianos (de

comportamiento más bien sórdido) que decidían casarse unos con las hijas de los otros. Esta era la menor de las transgresiones morales instigadas por el cuarteto, porque en seguida estaban rastreando las zonas rurales del norte de Italia en busca de chicos y chicas adolescentes núbiles, que eran capturados para ellos por militares fascistas. Sus víctimas eran transportadas a una magnífica mansión donde sus captores anunciaban que a partir de ese momento vivían en un reino por encima de la ley, un lugar en el que se les obligaría a participar en una orgía cada noche, y donde cualquiera que fuera sorprendido realizando un acto religioso sería ejecutado.

Los aristócratas empezaban así a divertirse: sodomizaban a los chicos y escenificaban un matrimonio entre una chica virgen y un adolescente, obligando a la pareja a consumar la «boda» frente a ellos. Pero justo cuando el chico estaba a punto de penetrar a la novia, los aristócratas se precipitaban a desflorar a los dos jóvenes ellos mismos.

Después empeoraba. Durante una «orgía», el aristócrata jefe defecaba en el suelo, e insistía para que la joven novia de la escena anterior comiera sus heces. Pensando que todos debían unirse a la fiesta, obligaban a los cautivos a defecar en orinales y después servían un banquete de excrementos en fina porcelana. Cuando ya empezaba a pensar que aquello podía degenerar más, torturaban y aniquilaban a sus víctimas en el patio de la mansión, arrancando globos oculares, estrangulando a una joven, quemando los pechos de otra con una vela, cortando lenguas. Y mientras de fondo resonaban de nuevo las notas de *These Foolish Things*, dos militares fascistas bailaban un lento.

Pantalla negra. Créditos. Necesitaba un Valium, o un *whisky*, o morfina, o cualquier cosa fuerte y narcótica para hacer desaparecer de mi mente las abrumadoras imágenes de las últimas dos horas.

Al encenderse la luz, me di cuenta de que estaba en estado de *shock*. Salo no era simplemente una locura..., estaba más allá. Lo que me angustiaba más era que no se trataba de una película *snuff* barata, hecha por un par de pringados por cinco mil dólares en un almacén de San Fernando Valley. Pasolini era un director excepcionalmente sofisticado y ultraserio. Aquello era una exploración ultraseria del totalitarismo, llevada a los

últimos extremos del gusto. Había sido testigo de los peores excesos imaginables del comportamiento humano, sentado en una lujosa sala de proyecciones de una isla privada del Caribe. Y no podía evitar preguntarme: «¿Qué coño pretendía decirme Philip Fleck?».

Antes de que pudiera perderme en especulaciones al respecto, oí una voz detrás de mí.

—Estoy segura de que le iría bien una copa después de esto.

Me volví y vi a una mujer de unos treinta y pocos años, atractiva, al estilo severo de Nueva Inglaterra, con gafas de montura de concha y pelo largo castaño recogido en un moño.

—Creo que necesito veinte *whiskies* —dije—. Ha sido...

—¿Horrendo? ¿Abrumador? ¿Repugnante? ¿Abominable? ¿O simplemente las obscenidades de toda la vida?

—Todo junto.

—Lo siento. Pero me temo que esta es la idea de mi marido de una broma.

Me puse inmediatamente de pie, con la mano extendida.

—Disculpe que no la haya reconocido. Soy...

—Sé quién es, David —dijo ella, estrechando mi mano con una sonrisa—. Soy Martha Fleck.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

—Y bien, ¿qué se siente al tener talento?

—¿Perdone? —pregunté, cogido por sorpresa.

Martha Fleck me sonrió y dijo:

—Solo es una pregunta.

—Una pregunta muy directa.

—¿De verdad? Pensaba que era una pregunta simpática.

—No soy una persona con un talento especial.

—Si usted lo dice —aceptó ella con una sonrisa.

—Es que es verdad.

—Bueno, la modestia es una cualidad admirable. Pero por mi limitada experiencia profesional, lo poco que sé de los escritores es que normalmente son una mezcla de inseguridad y arrogancia y que la arrogancia suele llevar las de ganar.

—¿Me está diciendo que soy arrogante?

—Ni mucho menos —dijo ella con una sonrisa apaciguadora—. Sin embargo, cualquiera que se enfrente cada mañana a una pantalla en blanco necesita una enorme seguridad en su propia importancia. ¿Una copa? Estoy segura de que la necesita después de ver Saló.

—Bueno, ha sido como salvarse de un accidente de coche.

—Mi marido la considera una obra maestra absoluta. Pero, claro, él hizo La última oportunidad. Imagino que la habrá visto.

—Ah, sí. Muy interesante.

—Qué diplomático.

—Está bien ser diplomático.

—Pero hace la conversación menos animada.

No contesté.

—Venga, David. Es hora de jugar a decir la verdad. ¿Qué le pareció sinceramente la película de Philip?

—No es..., bueno..., lo mejor que he visto.

—Puede hacerlo mejor.

Busqué alguna señal en su rostro. Pero lo único que vi fue una sonrisa divertida.

—De acuerdo, si quiere la verdad, pensé que era una tontería pretenciosa.

—Bravo. Ahora vamos a ocuparnos de su copa.

Se agachó y apretó un botoncito, a un lado de su butaca. Estábamos sentados en la Sala Grande de la casa, donde nos habíamos trasladado a petición suya después del encuentro en la sala de proyecciones. Ella estaba sentada bajo un Rothko tardío, dos grandes cuadrados negros que se fundían, compensados por un gajo de naranja colocado en el centro; un indicio de amanecer prometido entre la oscuridad.

—¿Le gusta Rothko? —me preguntó.

—Por supuesto.

—A Philip también. Por eso tiene ocho cuadros de él.

—Eso son muchos Rothkos.

—Y mucho dinero, unos setenta y cuatro millones por el total.

—Es una cifra que da miedo.

—No, es calderilla.

De nuevo otra de sus pequeñas pausas, en las que observaba cómo la observaba yo, intentando calibrar mi reacción a sus provocaciones. Sin embargo, su tono era siempre ligero y tranquilo. Para mi gran sorpresa, empezaba a parecerme realmente atractiva.

Llegó Gary.

—Nos alegramos de que haya vuelto, señora Fleck. ¿Cómo estaba Nueva York?

—Tan presuntuosa como siempre. —Se volvió hacia mí—. ¿Le apetece algo fuerte, David?

—Bueno...

—Lo tomaré como un sí. ¿Cuántas marcas de vodka tenemos, Gary?

—Treinta y seis, señora Fleck.

—Treinta y seis vodkas. ¿A que es gracioso, David?

—Son muchos vodkas.

Se volvió a hablar con el empleado.

—A ver Gary, cuenta: ¿cuál es el más excelente de los excelentes vodkas que tenemos?

—Tenemos un Stoli Gold de 1953 filtrado tres veces.

—Déjame adivinar, era de la reserva de Stalin.

—No podría jurarlo, señora Fleck. Pero dicen que es extraordinario.

—Entonces sírvenoslo, con un poco de beluga para acompañar.

Gary hizo una pequeña reverencia y se marchó.

—¿No estaba en el barco con su marido, señora Fleck?

—Me llamo Martha... y nunca he sentido una gran afinidad por Hemingway, ni he visto la necesidad de pasar varios días en alta mar persiguiendo una ballena blanca o cualquier pez grande que Philip persiga.

—¿Entonces fue a Nueva York en viaje de negocios?

—Estoy impresionada de verdad con su diplomacia, David. Porque cuando tu marido tiene veinte mil millones de dólares, la mayoría de la gente no espera que tengas trabajo de ninguna clase. Pero sí, estuve en Nueva York para reunirme con la junta de una pequeña fundación que dirijo para ayudar a dramaturgos indigentes.

—No sabía que existiera esa especie.

—Touché —dijo ella—. Según mi experiencia, la mayoría de dramaturgos no es que tengan mucha suerte, a menos que tengan un golpe de suerte y tengan suerte. Como le pasó a usted.

—Sí, pero sigue siendo suerte.

—Empieza a preocuparme de verdad su modestia, David —dijo tocándome ligeramente la mano.

—Usted era editora de guiones, ¿verdad? —pregunté, apartando la mano.

—Ah, veo que está bien informado. Sí, fui lo que se conoce en el mundo del teatro regional como dramaturga, que es una forma germánica pretenciosa de decir que revisaba guiones y trabajaba con los autores y de vez en cuando encontraba una obra interesante que valía la pena producir en el montón de basura que nos presentaban.

—¿Y así conoció a...?

—¿Al señor Fleck? Sí, así es como tropecé con mi destino conyugal. En aquella ciudad de luces parpadeantes y romanticismo sin fin llamada Milwaukee, Wisconsin. ¿Ha estado en Milwaukee, David?

—Lo siento, pero no.

—Es una ciudad preciosa. La Venecia del Medio Oeste.

Me eché a reír y pregunté:

—Entonces ¿qué hacía usted allí?

—Tienen un teatro de repertorio casi decente, y necesitaban un editor de guiones. Yo necesitaba trabajo, y me ofrecieron uno. No pagaban mal, veintiocho mil al año. Más de lo que ganaba antes. Pero es que el Milwaukee Rep estaba muy subvencionado, gracias al nuevo rico local, el señor Fleck, que considera una cruzada personal convertir su ciudad natal en su propia Venecia. Una nueva galería de arte. Un nuevo centro de comunicaciones en la universidad con, naturalmente, su propia filmoteca. Justo lo que Milwaukee estaba deseando. Y, por supuesto, un teatro nuevo a estrenar para la compañía profesional local. Creo que Philip se gastó doscientos cincuenta millones de dólares en los tres proyectos.

—Muy benevolente por su parte.

—Y muy astuto. Especialmente porque logró deducirlo todo de los impuestos.

Volvió Gary, empujando un elegante carrito de acero en el que había un pequeño cuenco de caviar (artísticamente rodeado de hielo picado), una bandeja de panecillos redondos de cebada, la botella de vodka (también rodeada de hielo picado), y dos refinados vasitos. Gary apartó la botella del hielo y se la presentó formalmente a Martha. Ella echó un vistazo a la etiqueta. Parecía venerable y estaba escrita en cirílico.

—¿Sabe ruso? —me preguntó. Cuando yo negué con la cabeza, añadió—: Yo tampoco. Pero estoy segura de que 1953 fue un buen año para el Stoli. Adelante, Gary, sírvelo.

Él obedeció, y nos ofreció a cada uno un vasito lleno hasta arriba de vodka. Martha levantó el suyo y brindó con el mío. Nos tragamos el vodka helado y muy suave. Sentí un cosquilleo placentero cuando me heló el

interior de la garganta y viajó directamente al cerebro. Martha tuvo una reacción similar, porque soltó un suspiro y dijo:

—Funciona.

Gary volvió a llenarnos los vasos y a continuación nos ofreció un panecillo untado con caviar. Probé el mío y Martha me preguntó:

—¿Merece su aprobación?

—Pues... sabe a caviar.

Ella se tragó su vodka. Yo la imité y volví a estremecerme. Entonces Martha se volvió a Gary y dijo que ya nos serviríamos nosotros mismos. Cuando él se retiró, Martha me sirvió otro vodka y dijo:

—Sabe, antes de conocer a Philip, no sabía nada de nada de marcas de lujo, ni si había diferencia entre ellas..., no sé..., un bolso de Samsonite o de Louis Vuitton. Todo eso no me parecía importante.

—¿Y ahora?

—Ahora poseo toda clase de crípticos conocimientos mercantiles. Por ejemplo conozco el precio del caviar iraní, a ciento sesenta dólares los treinta gramos. Como sé que el vaso que tiene en la mano es un Baccarat y que la butaca donde está sentado es un diseño original de Eames, que Philip compró por cuatro mil doscientos dólares.

—Mientras que antes de saber todas esas cosas...

—Ganaba mil ochocientos dólares al mes, vivía en un piso de una habitación, y conducía un Volkswagen escarabajo de doce años. Para mí la ropa de diseño era Benetton.

—¿Le molestaba no tener dinero?

—Nunca se me pasó por la cabeza. Estaba en el sector del voluntariado, de modo que me vestía de cualquier manera y pensaba en consonancia, y no me preocupaba lo más mínimo. ¿Pero me equivoco si creo que usted odiaba estar sin un céntimo?

—Tener dinero es más fácil.

—Eso es cierto. Pero cuando trabajaba en Book Soup, no envidiaba a los escritores de éxito que veía curiosear por la tienda, con sus contratos de siete cifras y sus Porsches en el aparcamiento, y sus relojes Tag Heuer, y...

—¿Cómo sabe lo de Book Soup? —pregunté, interrumpiéndola.

—He leído su expediente.

—¿Mi expediente? ¿Tienen un expediente sobre mí?

—No exactamente. Más bien un *dossier*, que recopilaron los empleados de Philip cuando aceptó venir a vernos.

—¿Y qué contiene exactamente el expediente?

—Recortes, una biografía puesta al día, y una lista de todo lo que ha escrito y alguna otra noticia suelta encontrada por los colaboradores de Philip...

—¿Como qué?

—Oh, bueno, cosas indispensables como lo que le gusta beber, la clase de películas que ve, el estado de su cuenta bancaria, su cartera de inversiones, el nombre de su consejero...

—No voy a un consejero —repliqué un poco irritado.

—Pero antes sí. Después de dejar a Lucy e irse con Sally, estuvo seis meses hablando con el doctor..., ¿cómo se llamaba? Tarbuck, creo. Un tal Donald Tarbuck que ejerce justo en la Victory Avenue, en West Los Ángeles. Lo siento..., ¿estoy hablando demasiado?

De repente me sentí muy incómodo.

—¿Quién le ha contado todo eso? —pregunté.

—No me lo ha contado nadie, lo he leído.

—Pero alguien debió de contárselo a sus empleados. ¿Quién fue?

—Sinceramente no tengo ni idea.

—Seguro que fue el cabrón de Barra.

—Es evidente que le he molestado, lo que no era en absoluto mi intención. Pero permítame que le asegure que Bobby no es ningún espía, y que usted no ha ido a parar a la antigua Alemania Oriental. Simplemente mi marido es una persona muy concienzuda que quiere tener toda clase de información sobre las personas que desea contratar.

—No he solicitado ningún empleo.

—De acuerdo. Pero sepa que Philip estaba muy interesado en trabajar con usted, y por lo tanto pensó que debía averiguar algunos detalles básicos..., como hace todo el mundo hoy día. Final de la historia. ¿De acuerdo?

—No soy un paranoico.

—Por supuesto que no —dijo ella, sirviendo más vodka—. Bébase esto.

Brindamos de nuevo y bebimos. Aquella vez el vodka bajó con suavidad, un indicio de que mi garganta y mi cerebro empezaban a insensibilizarse.

—¿Más contento? —preguntó amablemente.

—El vodka es bueno.

—¿Se considera un hombre feliz, David?

—¿Qué?

—Solo me preguntaba si, en el fondo, duda de su éxito, sé pregunta si se lo merece.

Me reí.

—¿Siempre juega a hacer de agente provocadora?

—Solo con las personas que me gustan. Pero tengo razón, ¿a que sí? Porque me da la sensación de que no cree en sus logros, e íntimamente lamenta haber dejado a su esposa y a su hija.

Un largo silencio, durante el cual cogí la botella de vodka y llené los dos vasitos.

—Creo que hago demasiadas preguntas —dijo ella finalmente.

Levanté mi vaso y me tragué el vodka.

—Pero ¿me permitirá que le haga otra pregunta? —insistió.

—¿Cuál es?

—Dígame lo que piensa realmente de la película de Philip.

—Pero si ya se lo he dicho...

—No, lo que me ha dicho ha sido que «es una porquería pretenciosa». Lo que no ha explicado es por qué cree que es una porquería pretenciosa.

—¿De verdad quiere saberlo? —pregunté.

Ella inclinó la cabeza y asintió. Le dije exactamente por qué era la peor película que había visto, analizándola escena por escena, y explicando por qué los personajes eran fundamentalmente absurdos, por qué los diálogos daban un nuevo significado a la palabra «artificioso», y por qué todo el argumento rayaba en lo grotesco. El vodka debió de desencadenar algún resorte de descortesía en mi cerebro, porque hablé sin parar durante diez minutos, deteniéndome solo para aceptar tres vasitos más de vodka de manos de Martha. Cuando finalmente terminé, se hizo un silencio largo y pesado.

—Bien..., usted me ha pedido mi opinión —dije, con la voz un poco pastosa.

—Y usted sin duda me la ha dado.

—Lo siento.

—¿Por qué disculparse? Especialmente cuando todo lo que ha dicho es cierto. De hecho, lo que me ha dicho es exactamente lo que le dije a Philip antes de que se produjera la película.

—Pero yo creía que usted había trabajado con él en el guion...

—Es verdad, y créame, en comparación con el guion original que leí, el definitivo había mejorado enormemente, que no es decir mucho, porque la película en sí era un desastre.

—¿No pudo influir en él?

—¿Desde cuándo un revisor de guiones de poca monta ha tenido nunca influencia en un director? Me refiero a que, si el noventa y nueve coma cinco por ciento de los escritores de Hollywood son tratados como peones, el revisor de guiones es considerado prácticamente infrahumano, el primate más bajo de la cadena alimentaria.

—¿Incluso por el hombre que se ha enamorado de usted?

—Oh, eso no sucedió hasta después de la película.

Entonces me explicó que Fleck se había presentado un día en el teatro que había hecho construir en Milwaukee para conocer al personal..., su personal para ser más concretos, ya que con su aportación anual se pagaban todos los sueldos. En fin, durante el curso de aquella regia visita, el director artístico del teatro lo había arrastrado al cubículo que tenía Martha como despacho para un rápido saludo. Cuando los presentaron y Fleck se enteró de que ella era la revisora de guiones, mencionó que acababa de escribir el guion de una película, y que le sería muy útil un consejo profesional sobre sus puntos fuertes y débiles.

—Por supuesto, le dije inmediatamente que me sentiría muy honrada de leerlo, ¿qué iba a decir? Era nuestro santo patrón, nuestro Gran Hombre. Para mis adentros, pensé: «Dios santo, un guion pretencioso escrito por el típico nuevo rico». Pero tampoco pensé que realmente llegara a enviármelo, porque con todo el dinero que tenía, podía contratar como revisor a Robert Towne o a William Goldman. Entonces, a la mañana siguiente, patapam, el

guion aterrizó en mi mesa. Tenía un *post-it* pegado en la primera página: «Le agradecería mucho que me diera su opinión sincera sobre esto mañana por la mañana». Estaba firmado: «P. F.».

Así que Martha no tuvo más remedio que pasarse el resto del día leyendo el maldito guion, y después toda la noche en un estado de hiperansiedad, porque se había dado cuenta de que el guion de Fleck era, sin ninguna duda, una porquería. También sabía que, si escribía exactamente lo que pensaba, podía irse despidiendo de su empleo.

—Estuve levantada hasta las cinco, intentando redactar un informe que de algún modo transmitiera el mensaje de que era un guion inservible, pero al mismo tiempo fuera lo más neutral posible. La verdad era que no fui capaz de encontrar una sola cosa buena que decir. Finalmente, con el amanecer, rompí mi cuarto intento de redactar un informe imparcial, y pensé: «Voy a tratarle como a cualquier otro mal aspirante a escritor, y le diré exactamente qué es lo que ha hecho mal».

Se sentó y escribió un informe letal, lo mandó por mensajero al teatro y se metió en la cama, pensando que al despertar tendría que empezar a buscar otro empleo.

En cambio, a las cinco de la tarde sonó el teléfono de su piso. Era uno de los empleados de Fleck, que la informaba de que el señor Fleck en persona deseaba verla, y que el Gulfstream la llevaría chez Fleck, en San Francisco, aquella noche. Ah..., y el teatro ya estaba informado de que no podría ir durante unos días.

—Hasta ese día yo solo había viajado en autobús, o sea que la limusina hasta el aeropuerto y el vuelo con el Gulfstream fueron algo fuera de lo normal. Como lo fue la casa de Philip en Pacific Heights, con cinco criados y la sala de proyecciones en el sótano. Por supuesto, durante el vuelo a San Francisco, no dejaba de preguntarme para qué querría verme, y si me estaba mandando al oeste como una especie de demostración de poder: «La he hecho venir en mi avión privado para darme el gusto de despedirla cara a cara».

»Sin embargo, cuando llegamos a su casa, no pudo mostrarse más encantador y, dado el carácter taciturno de Philip, eso es decir mucho. Con mi informe en la mano, dijo: “Veo que no es una lameculos”. A

continuación me pidió que me quedara siete días para trabajar con él y mejorar el guion. Y me preguntó incluso cuanto querría cobrar. Le dije que ya cobraba un sueldo del teatro en Milwaukee, de modo que no esperaba nada más de él... excepto trabajo. “Para mí, usted es un escritor más, y un escritor con un guion que necesita un repaso a fondo. Si usted está dispuesto a escuchar, yo estoy dispuesta a ayudar”.

»Nos pasamos los siguientes siete días diseccionando el guion y redactándolo de nuevo. Philip lo dejó todo para trabajar conmigo, y tengo que decir que me escuchó. También parecía responder a mis críticas, porque al terminar la semana, habíamos logrado eliminar la mayor parte de las paparruchas y hacer más coherente la estructura general, incluso que los personajes parecieran semicreíbles. Le dije que seguía pensando que el conjunto seguía siendo demasiado pomposo. Pero no había duda de que era un guion mejor que el anterior.

»Y tampoco había duda de que había algo entre nosotros. Philip puede ser exageradamente introvertido, pero cuando llega a conocerte, también es divertido. Y me gusta su sentido del humor. Para ser alguien que había construido un imperio multimillonario, sabía mucho de cine y de literatura, y estaba decidido a aportar montones de dinero a la cultura. En fin, la última noche que estuvimos juntos, nos regalamos con una maratón alcohólica...

—¿De vodka? —pregunté.

—Por supuesto —dijo ella, arqueando las cejas juguetonamente—. Mi veneno preferido.

La miré a los ojos.

—¿Puedo adivinar lo que pasó después?

—Sí, lo inevitable. Pero cuando me desperté a la mañana siguiente, Philip se había ido... aunque me había dejado una nota muy romántica en la almohada: «Te llamaré». Al menos no la firmó P. F.

»Volví a Milwaukee, y no volví a saber de él. Seis meses después, leí no sé dónde que La última oportunidad se había rodado en Irlanda. Ocho meses después, la estrenaron en el único cine de arte y ensayo de Milwaukee y, naturalmente, fui a verla. No podía creer lo que había hecho el señor Fleck. No solo había eliminado completamente el ochenta por

ciento de los cambios que habíamos hecho, sino que había recuperado la mitad de los diálogos malos que yo había logrado eliminar. Evidentemente, no era la única que creía que se había equivocado, porque los periódicos estaban llenos de críticas nefastas de *La última oportunidad*, decían que era la película más cara y más mala de la historia, y que Philip acababa de cortar con una supermodelo con la que salía el último año, lo que explicaba con claridad por qué no había oído hablar del caballero después de aquella primera noche.

»En fin, me disgusté mucho, tanto por la forma como había destruido el trabajo que habíamos hecho, como porque no me había vuelto a llamar, y me senté y le escribí una carta muy cruel, en la que dejaba claro mi descontento con su tratamiento tanto profesional como personal respecto a mí. Después de mandar la carta, realmente no esperaba que me contestara. Pero, una semana después, se presentó una noche en mi casa. Y las primeras palabras que dijo fueron: “Me equivoqué en todo. Sobre todo contigo”.

—¿Y después?

—Nos casamos al cabo de seis meses.

—Qué romántico —dije.

Otra de sus sonrisitas mientras servía los últimos restos de la botella.

—De modo que la moraleja de la historia es... —pregunté— ¿que no es responsable de la lamentable película de su esposo?

—Touché, otra vez.

Bebí otro vaso. Esa vez no sentí ni un cosquilleo en la garganta. Ya no sentía nada de nada.

—Le contaré un pequeño secreto. La razón por la cual mi marido le tiene aquí esperando es que no soporta tener a nadie con talento alrededor.

—Creo que cualquier persona que haya hecho tanto dinero como él merece ser considerado como alguien con talento.

—Es posible, pero el talento que él anhela, el don que sueña tener, es el que tiene usted. Yo también lo admiro muchísimo. ¿Por qué cree que he volado hasta aquí esta noche? Era la oportunidad de conocerle. Creo que *Te vendo* es un hito de la televisión.

—Me halaga.

—Es un placer.

Me miró directamente a los ojos y volvió a sonreír. Miré mi reloj.

—Es muy tarde —dijo ella—, no quiero entretenerle más. Si quiere le diré a Gary que le traiga leche caliente y galletas. Y seguro que tenemos un osito por aquí por si necesita compañía.

Arqueó otra vez las cejas ligeramente, más divertida que coqueta. O quizá más coqueta que divertida. O quizá solo estaba arqueando las cejas porque sí. Demonios, no tenía ni idea porque estaba completamente borracho.

—Creo que tengo que meterme en la cama —dije—. Gracias por todo ese vodka.

—Forma parte del servicio —dijo ella—. Que descanse.

Me despedí y me dirigí a mi habitación dando tumbos.

No recuerdo muy bien cómo llegué. Tampoco recuerdo haberme desmayado completamente vestido sobre la cama. Pero sí recuerdo haberme despertado con un sobresalto hacia las cuatro, haber llegado al baño por los pelos y haber vomitado sin parar durante cinco minutos; luego me quité toda la ropa y me metí en la ducha, y finalmente volví a la cama, todavía chorreando, y me tapé, recordando fragmentos de la tortuosa conversación con Martha Fleck. Pero me adormecí de nuevo y no me desperté hasta alrededor de mediodía, pensando que mi cerebro sufría una fisión casi nuclear, e intentando encontrar algún sentido a todo lo que había sucedido la noche anterior: desde verme forzado a ver Salo en toda su triunfal obscenidad, hasta aquella conversación excepcional alimentada por el alcohol con Martha.

Mientras me esforzaba por rearmar el rompecabezas de la noche anterior, también tomé una decisión: iba a marcharme de la isla aquel mismo día. Hacía demasiado que esperaba, y por ninguna razón concreta, y no quería seguir más tiempo dando cancha a un ricachón. Descolgué el teléfono y llamé a Gary; le pregunté si sería posible que me llevaran a Antigua aquella tarde, con una conexión después a Los Ángeles. Me dijo que me llamaría en seguida. Cinco minutos después sonó el teléfono. Era Martha.

—¿Alguna vez ha probado una vitamina llamada Berocca?

—Hola, Martha.

—Buenos días, David. Le noto un poco indispuesto.

—Me pregunto por qué. En cambio usted parece maravillosamente despierta.

—Eso es debido a las maravillosas propiedades restauradoras de la Berocca. Es un complejo vitamínico soluble, con una dosis de caballo de vitaminas B y C, y es la única cura para la resaca que conozco. La fabrican en Australia, donde lo saben todo de las resacas.

—Por favor, mándeme dos en seguida.

—Están en camino. Pero no se las aplaste con una tarjeta de crédito y las inspire por la nariz con un billete de cincuenta.

—Yo no hago esas cosas —dije, a la defensiva.

—Era una broma, David. Anímese, por favor.

—Perdone... Y, por cierto, lo pasé muy bien anoche.

—Entonces ¿por qué quiere dejarnos esta tarde?

—Veo que las noticias vuelan.

—Espero que su decisión no la haya determinado algo que dije.

—De ninguna manera. Creo que tiene más que ver con el hecho de que hace una semana que su marido me tiene esperando. Y yo tengo una vida que continuar y una hija a la que ver en San Francisco este viernes.

—Eso es fácil de arreglar. Diré que tengan el Gulfstream preparado para llevarle allí directamente el viernes por la mañana. Con el cambio de horario a su favor, estará allí a media tarde, sin problemas.

—Pero eso significa quedarme aquí dos días más.

—Comprendo que esté molesto con mi marido. Como le dije anoche, está jugando con usted, igual que juega con todos. Y me siento muy mal por eso, porque fui yo la que le propuse a Philip que trabajara con usted. Como le dije anoche, soy una gran admiradora suya. Además de *Te vendo* he leído todas sus obras de teatro anteriores.

—¿En serio? —pregunté, intentando no parecer halagado, sin conseguirlo.

—Sí. Le pedí a una de mis ayudantes en la fundación que me buscara todos sus guiones.

Eso debió de costarle, pensé yo, teniendo en cuenta que no se había publicado ninguno. Pero si algo había aprendido de los Fleck era que si querían algo, lo tenían.

—... Y me gustaría hablar con usted de la revisión del guion que ha hecho de la película para Philip.

Que, sin duda, Joan, de secretaría, le había facilitado.

—¿Ya lo ha leído?

—Es lo primero que he hecho hoy.

—¿Y su marido?

—No sabría decirle —dijo—. Hace días que no hablamos.

Estuve a punto de soltar un comentario grosero del tipo: «¿Y por qué no hablan?», pero me lo pensé mejor y dije:

—¿De verdad vino de Nueva York para conocerme?

—No sucede a menudo que tengamos un escritor que admiro en la isla.

—¿Le gusta de verdad la nueva versión del guion?

Se echó a reír con sorna.

—Eso es lo que me encanta de los escritores, cuando se trata de su trabajo, son unos sufridores. Pero sí..., creo que ha hecho un trabajo estupendo.

—Gracias.

—Créame, si no fuera así, se lo diría.

—No tengo ninguna duda.

—Y si se queda, le prometo no obligarle a beber vodka otra vez, a menos que usted desee que le obligue, claro.

—No hay ninguna posibilidad.

—Seremos mormones todo el día. De hecho, si quiere puedo llamarle Anciano David.

Esa vez me tocó reírme a mí.

—De acuerdo, de acuerdo. Me quedaré un día más. Pero dígle a su marido que si no está aquí mañana, me voy.

—Hecho —dijo ella.

La Berocca llegó pocos minutos después, y para mi gran sorpresa, alivió mi malestar por la resaca. También contribuyó a mi bienestar la tarde que pasé con Martha. Teniendo en cuenta la cantidad de Stoli que había bebido

la noche anterior, Martha parecía condenadamente despierta, casi radiante. Dispuso un almuerzo ligero en la terraza principal de la casa. El sol estaba en su mayor esplendor, pero una ligera brisa atenuaba el calor. Comimos langosta fría, bebimos Virgin Marys y hablamos por los codos. Martha había dejado el tono de flirteo que había caracterizado la noche anterior y, en cambio, demostró ser una estupenda compañía: divertida (eso ya lo sabía), seriamente erudita, y capaz de hablar de una docena de temas diferentes (obras de teatro de británicos radicales de los setenta; las mejores salas de cine de pequeño formato de París; el declive de las charcuterías judías decentes en Nueva York) con gran intensidad y entusiasmo. Mejor aún, sabía de lo que hablaba cuando se trataba del mundo del teatro, y tenía montones de ideas ingeniosas e inteligentes sobre la nueva versión de Nosotros, los veteranos. Para mi sorpresa, era verdad que se había leído la obra completa de David Armitage, incluidas dos obras de teatro olvidadas de principios de los noventa de las que unas ignotas compañías alternativas habían hecho excepcionalmente una lectura, y que estaban acumulando polvo en sus archivos desde entonces.

—¡Joder, hace años que no he leído esas obras! —exclamé.

—Después de que Philip me dijera que quería trabajar contigo, pensé que sería prudente ver lo que habías hecho antes de ser famoso.

—¿Y es así cómo lograste encontrar Nosotros, los veteranos?

—Sí, soy la culpable de que llegara a manos de Philip.

—¿Y también fue idea tuya poner el nombre de tu marido en mi guion? Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Tuve que explicarle el pequeño número de su marido con mi guion... y cómo había llegado (vía Bobby) con su nombre como autor.

Ella soltó un suspiro con los dientes apretados.

—Lo siento mucho, David —dijo.

—No tienes por qué. No es precisamente culpa tuya. Y el hecho es que a pesar de todo acepté su oferta de venir..., lo que demuestra lo tonto que soy.

—Todos se dejan embaucar por el dinero de Philip. A él le permite poner en práctica los juegos que le encantan. Por eso me siento tan mal.

Porque cuando me llamó para preguntarme por ti, debería haber adivinado que era inevitable que también jugara contigo.

—¿Te llamó para hablarte de mí? ¿Es que no estáis casados?

—De hecho, estamos un poco separados.

—Ah, bueno.

—No es oficial, ni nada de eso. Y sin duda es algo que ninguno de los dos quiere hacer público. Pero, durante el último año, hemos estado viviendo básicamente separados.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fue decisión mía. No es que Philip me suplicara precisamente que lo reconsiderara, o me persiguiera a todos los confines de la tierra. De todos modos, tampoco es su estilo. De entrada no creo que tenga ningún estilo.

—¿Crees que es algo permanente?

—No lo sé. Hablamos de vez en cuando, una vez a la semana. Si me necesita para una aparición en público, una gala de beneficencia o una cena importante de negocios, o la invitación anual a la Casa Blanca, me pongo un traje adecuado y la sonrisa congelada adecuada, y le permito que me lleve del brazo, y hacemos de pareja feliz. Por supuesto, vivo en todas sus casas y utilizo sus aviones, pero solo cuando él no los necesita. El que tenga tantas casas y tantos aviones hace que nos resulte más fácil evitarnos.

—¿Tan mal estáis?

Ella calló un momento y miró cómo jugaban el sol y el agua sobre la superficie reluciente del mar Caribe.

—Desde el principio supe que Philip era un poco raro. Pero también me enamoré de su rareza. Y de su intelecto. Y de la vulnerabilidad que oculta tras su fachada de rico taciturno. Los primeros dos años nos fue bien. Hasta que un día, empezó a encerrarse en sí mismo. No podía entenderlo. Ni él quiso explicármelo. El matrimonio era como un coche nuevo y reluciente que, un día, sencillamente no se pone en marcha. Y aunque lo intentes todo para volver a ponerlo en marcha, empiezas a preocuparte: ¿es un caso desesperado, sin solución? Y lo que lo hace aún más preocupante es que te das cuenta de que, a pesar de todo, sigues queriendo al idiota con el que te casaste.

Se calló y volvió a mirar el mar.

—Claro que, con este panorama delante, debes de pensar: «Ojalá todo el mundo tuviera tus problemas».

—Un mal matrimonio es un mal matrimonio.

—¿Era muy malo el tuyo? —preguntó.

Esa vez fui yo el que evitó el contacto ocular.

—¿Quieres la respuesta simple o la sincera? —pregunté.

—Como quieras.

Dudé un momento, y después dije:

—No, visto en perspectiva, no era tan malo. Nos habíamos distanciado un poco, y creo que había un cierto resentimiento acumulado entre los dos porque ella había tenido que cargar con la economía familiar durante muchos años. Mi éxito tampoco simplificó las cosas entre los dos. En lugar de eso, ensanchó la brecha...

—Y entonces conociste a la deslumbrante señorita Birmingham.

—Tus investigadores han sido muy concienzudos.

—¿Estás enamorado de ella?

—Por supuesto.

—¿Es la respuesta simple o la sincera?

—Digamos que es muy diferente de mi matrimonio. Somos una «pareja con poder», con todo lo que eso representa.

—Esa me parece una respuesta muy sincera.

Miré mi reloj. Eran casi las cuatro. La tarde había pasado en un suspiro. Miré a Martha. La luz de la tarde había cambiado de tal manera que su cara estaba iluminada por un brillo que tenía la tonalidad del *whisky* de malta. La miré con atención y de repente pensé: es muy hermosa. Y tan lista. Y tan condenadamente ingeniosa. Y, a diferencia de Sally, tan modesta. Más aún, los dos estábamos totalmente en sintonía con la sensibilidad del otro. Nuestra relación era tan inmediata, tan absoluta, tan...

Pero entonces otra idea me vino a la cabeza: «Ni se te ocurra».

—David —dijo ella, interrumpiendo mi ensueño—. Un penique por tus pensamientos.

—¿Perdona?

—En qué piensas, David. Parecías estar en otra parte.

—No. Estaba aquí, sin duda.

Ella sonrió y dijo:

—Me alegro de saberlo.

Y entonces me di cuenta de que... ¿qué? ¿Que me había visto mirándola, que había algo «no expresado» entre nosotros? ¿Los inicios de un coup de foudre que podía ser fatal? «Ya está bien de tonterías —me susurró la voz de la razón al oído—. ¿Y qué si hay atracción? Ya sabes lo que sucedería si hicieras algo al respecto. Una catástrofe cósmica, seguida del invierno nuclear más largo imaginable».

Esta vez fue ella la que miró el reloj.

—Por Dios, ¿has visto la hora que es? —exclamó.

—Espero no haberte entretenido —dije.

—En absoluto. El tiempo vuela cuando la conversación vuela.

—Totalmente de acuerdo.

—¿Es eso una insinuación para que rompamos nuestro voto de sobriedad y pidamos algo francés y espumoso?

—Todavía no.

—¿Más tarde, quizá?

Me oí responder:

—Si no tienes nada que hacer más tarde...

—Mi agenda social no está precisamente llena en este lugar.

—La mía tampoco.

—O sea que si te propusiera algo..., una pequeña excursión, tal vez, ¿aceptarías?

«No lo hagas», susurró la voz de la razón a mi oído. Pero evidentemente dije:

—Me encantaría.

Una hora después, mientras el sol descendía en picado hacia la noche, me encontré sentado con Martha en la cubierta del Cabin Cruiser, bebiendo una copa de Cristal y avanzando a todo vapor hacia el horizonte. Antes de embarcar me dijo que cogiera una muda y un jersey.

—¿Adónde vamos exactamente? —había preguntado.

—Ya lo verás —contestó.

Una hora y media después, avistamos una isla diminuta: montañosa, exuberante de verde y rodeada de palmeras. En la distancia, distinguí un muelle, una playa, y detrás de ella un trío de construcciones simples, en un estilo seudoisla de Pascua, con techos de paja.

—¡Menudo refugio! —exclamé—. ¿De quién es?

—Mío —dijo Martha.

—No me digas.

—Es verdad. Fue mi regalo de boda de Philip. Quería comprarme un pedrusco enorme, absurdo, a lo Liz Taylor. Pero le dije que yo no era de las que van con zafiros Star of India. Y entonces me dijo: «¿Qué te parece una isla?». Y yo pensé que era bastante original.

Después de atracar, Martha me guio a tierra. La playa no era grande, pero era perfectamente blanca y arenosa. Fuimos andando al pequeño complejo de cabañas. La estructura principal era circular, con un salón cómodo (de madera blanqueada y telas claras), y un gran porche, con tumbonas y una gran mesa de comedor. Una cocina completamente equipada ocupaba la parte de atrás de la cabaña. A cada lado de esa estructura central había dos cabañas de estilo polinesio, cada una con una cama enorme, elegantes sillones de bambú, más telas claras y un baño de madera blanqueada. Casa y jardín en el trópico.

—Vaya regalo de boda —dije—. Imagino que tuviste algo que ver con la decoración del lugar.

—Sí, Philip trajo a un arquitecto y a un constructor de Antigua, y se puede decir que me dio carta blanca. Y yo, evidentemente, les dije que quería una copia de cinco estrellas de Jonestown.

—¿Eso significa que vas a iniciar tu propio culto?

—Creo que hay una cláusula en mi contrato prenupcial que me prohíbe expresamente fundar mi propia religión.

—¿Tienes un acuerdo prematrimonial?

—Cuando te casas con un tipo que tiene veinte mil millones de dólares, sus abogados insisten en que firmes un contrato prematrimonial, que, en nuestro caso, era más largo que la Biblia Gutenberg. Pero yo contraté a un abogado especialmente atajador para negociar mi parte del contrato, de

modo que si todo se va a pique, tengo las espaldas bien cubiertas.
¿Preparado para dar un paseo por la isla?

—¿No está anocheciendo?

—Precisamente —dijo ella, cogiéndome de la mano.

Al salir de la cabaña, cogió una linterna que había junto a la puerta.

Entonces me guio por un estrecho sendero que empezaba detrás del edificio principal y subía colina arriba, a través de una espesa vegetación selvática de palmeras y plantas trepadoras laberínticas. El sol apenas arrojaba un tenue resplandor, pero la banda sonora nocturna tropical de insectos y aves autóctonas estaba en pleno apogeo: como una caja armónica de siseos y chirridos fantasmales que hizo emerger todos mis miedos infantiles urbanos sobre la llamada de la selva.

—¿Estás segura de que es prudente? —insistí.

—A esta hora de la noche, las pitones todavía no han salido. Así que...

—Muy graciosa —dije.

—Estás a salvo conmigo.

Subimos y subimos, y la flora y la fauna se fue haciendo tan densa que el sendero parecía un corredor a través de un túnel exuberante de verdor y cada vez más oscuro. Pero entonces, de repente, llegamos a lo alto de la colina que habíamos estado ascendiendo. El follaje se convirtió en un claro que ofrecía un panorama fantástico del mar en su enormidad aguamarina. Martha había estudiado a la perfección el momento de nuestra llegada, porque frente a nosotros teníamos el disco incandescente del sol, perfectamente recortado contra el cielo que empezaba a oscurecer.

—¡Dios mío! —exclamé.

—¿Te parece bien? —preguntó Martha.

—Es todo un espectáculo.

Nos quedamos en silencio mientras el disco se iba fundiendo poco a poco en el mar. Durante un minuto el agua se volvió de metal. Incluso desde la colina, se podía sentir su resplandor luminoso final. Martha se volvió hacia mí, sonrió, me tomó una mano y la apretó. Entonces, en un instante, desapareció también el último reflejo, dorado como la miel, y el mundo quedó a oscuras.

—La señal para volver —dijo Martha, encendiendo la linterna.

Descendimos lentamente la colina. Siguió cogiéndome de la mano hasta que llegamos al complejo. Entonces, justo antes de que entráramos, me soltó y fue a hablar con el chef. Yo me acomodé en el porche, contemplando la playa inmersa en la oscuridad, con su rompiente metronómica y el susurro suave de las palmeras. Al cabo de pocos minutos, Martha volvió acompañada de Gary, que llevaba una bandeja con una coctelera plateada y dos copas de martini heladas.

—Y yo que creía que esta noche iba a practicar la abstinencia —bromeé.

—No rechazaste precisamente las dos copas de champán a bordo.

—Sí, pero los martinis están a un nivel diferente al champán. Es como comparar un misil Scud con una ametralladora.

—Nadie te obliga a beber. Pero yo he pensado que no te desagradaría un martini con un toque de ginebra Bombay y una aceituna.

—¿Eso también lo investigaron tus empleados?

—No, esa fue una intuición pura y dura.

—Está bien, has acertado, pero prometo que solo beberé uno.

Ín útil decir que Martha no tuvo que retorcerme el brazo para que me tomara el segundo martini. Tampoco tuvo que sobornarme para que compartiera con ella una botella de exquisito Pouilly-Fume acompañada de cangrejos a la parrilla. Cuando íbamos por la mitad de una botella de Muscat de Australia que parecía néctar, los dos estábamos de un humor espléndido, y nos contábamos anécdotas tontas sobre nuestras respectivas aventuras en los mundillos del cine y el teatro. Hablamos de nuestra infancia en Chicago y en las afueras de Filadelfia, y los intentos fallidos de Martha de ser directora de teatro después de licenciarse en Carnegie-Mellon, y mis quince años de rechazos profesionales interminables, y las varias confusiones románticas que habían caracterizado nuestros veinte años. Cuando empezamos a intercambiar malas experiencias de citas, ya íbamos por la segunda media botella de Muscat. Era tarde y Martha había dicho a Gary y al resto de los empleados que se fueran a dormir. Se retiraron a sus habitaciones, detrás de la cocina, y ella dijo:

—Venga, demos un paseo.

—Creo, que tal como estoy, lo que daré serán tumbos.

—Pues vamos a dar tumbos.

Cogió la segunda botella de Muscat y dos copas y me guio colina abajo, hacia la playa. Se sentó en la arena y dijo:

—Te había prometido que no tendrías que dar muchos tumbos.

Me senté con ella en la arena, mirando el firmamento. Era una noche excepcionalmente clara, y el cosmos parecía incluso más vasto de lo normal, como si quisiera recordarnos lo insignificante que era cuanto dijéramos o sintiéramos. Martha llenó las copas con el vino dorado y viscoso y dijo:

—Déjame adivinar lo que piensas mientras miras hacia arriba. Es todo trivial y carente de significado, y dentro de cincuenta años estaré muerto...

—Con suerte.

—De acuerdo, cuarenta años. Diez años menos de esfuerzos inútiles, porque en el año 2041 ¿qué importancia tendrá lo que hagamos ahora? A menos, claro, que uno de nosotros empiece una guerra, o escriba la serie definitiva del nuevo milenio.

—¿Cómo has sabido que esa era mi mayor ambición?

—Porque me di cuenta en cuanto te vi... —Se calló y me tocó la cara con la mano, sonriendo, y después pensó mejor lo que estaba a punto de decir.

—¿Sí? —pregunté.

—Desde el momento que te vi —dijo en tono ligero—, supe que se te había metido en la cabeza ser el Tolstoi de las series de televisión.

—¿Siempre dices tantas tonterías?

—Sí. Es la única manera de mantener todos esos pensamientos de irrelevancia cósmica a distancia. Y por eso mismo quiero que ahora me cuentes la peor primera cita que hayas tenido.

—Eso son cosas serias, existenciales.

—Ya lo creo. Venga, confiesa. Y si me haces reír, te llenaré de nuevo la copa.

—Justo lo que no necesito —dije.

Pero acepté el desafío y empecé a contarle una noche en Nueva York de 1989, en la que la mujer en cuestión (una aspirante a coreógrafa, que fumaba como una carretera y no paraba de explicarme, con detalles

gráficos, la bulimia que había aquejado su vida los últimos diez años) se volvió hacia mí al final de la noche y dijo: «¡Ni se te ocurra pensar que me acostaré contigo esta noche!». A lo que yo contesté: «¿Acaso he hecho algo que te hiciera creer que quería acostarme contigo esta noche?». En ese punto, ella se echó a llorar y dijo: «No es la respuesta que esperaba». En fin, cuando logré tranquilizarla, la metí en un taxi, me fui al bar del barrio y me tomé dos Wild Turkeys largos y juré no salir nunca más con una coreógrafa. Cuando llegué a mi mísero piso de la Avenida C, tenía un mensaje suyo: «Quería disculparme por mi comportamiento de esta noche. Soy increíblemente neurótica con los hombres, y espero de verdad que volvamos a vernos».

Martha se echó a reír.

—¿Fueron esas sus palabras exactas? —preguntó.

—Me temo que sí.

—Una chica de las que me gustan a mí. ¿Volviste a llamarla?

—Puede que sea tonto, pero no soy estúpido.

—Ah, pues piensa en lo que te has perdido.

—De hecho, si hubiera empezado a salir con esa loca, podría no haber conocido a Lucy. Nos conocimos tres semanas después.

—¿Fue un amor a primera vista?

—Del todo.

—¿Fue ella el primer gran amor de tu vida?

—Sí, sin duda.

—¿Y ahora?

—Ahora el gran amor de mi vida es mi hija, Caitlin. Y Sally, por supuesto.

—Sí. Por supuesto.

—¿Y Philip?

—Philip nunca ha sido el gran amor de mi vida.

—De acuerdo, pero ¿antes de él?

—Antes de él hubo alguien llamado Michael Webster.

—¿Y era él?

—El único y verdadero. Nos conocimos en Carnegie antes de licenciarnos. Era actor. Cuando lo vi por primera vez, pensé: es él. Por

suerte, el sentimiento fue mutuo. Tan mutuo que desde el segundo año fuimos inseparables. Después de la universidad, intentamos salir adelante en Nueva York durante siete años, pero era una lucha continua. Por fin le dieron un empleo de temporada en el Guthrie, un golpe de suerte fantástico, más afortunado incluso porque yo también conseguí un puesto en su departamento de edición. En fin, a los dos nos gustó Minneapolis; el director del Guthrie apreciaba mucho a Michael y le renovó el contrato para otra temporada. Un director de *casting* de Los Ángeles le quería para un papel en una película. Empezamos a hablar de formar una familia, en resumen, las cosas empezaban a encaminarse. Y entonces, una noche que nevaba mucho, Michael decidió acercarse un momento al Seven Eleven del barrio para comprar cerveza. Al volver a casa, su coche patinó en una placa de hielo y terminó estrellándose contra un árbol a sesenta kilómetros por hora, y el muy idiota había olvidado abrocharse el cinturón..., algo que yo siempre le recriminaba. Salió disparado por el parabrisas y se dio de cabeza en el árbol.

Alargó la mano hacia la botella de Muscat.

—¿Un poco más?

Asentí y ella rellenó las copas.

—Es una historia terrible —dije.

—Sí, lo es. Y lo fue más aún por culpa de las cuatro semanas que pasó conectado a un respirador, a pesar de que se había confirmado la muerte cerebral. Sus padres habían muerto hacía tiempo, su hermano estaba destinado en Alemania, en el ejército, de modo que la decisión era mía. Evidentemente, yo no soportaba la idea de dejarle morir. Estaba tan fuera de mí por la pena, que me engañaba creyendo que se produciría una resurrección milagrosa, y el gran amor de mi vida me sería devuelto.

»Finalmente, una enfermera enérgica, una mujer endurecida que en la sala de cuidados intensivos había visto de todo, insistió para que fuéramos a algún bar a tomar algo. En aquel momento, yo pasaba veinticuatro horas al día junto a la cama de Michael, y llevaba una semana sin dormir. En fin, aquella mujer me llevó al bar más cercano, insistió en que me tomara un par de *whiskies* a palo seco, y después me dijo sin ambages: “Tu chico no va a

despertarse. No habrá ningún milagro médico. Está muerto, Martha. Y para que no te vuelvas loca, debes aceptar ese horrible hecho y desenchufarle”.

»Después me sirvió otro *whisky* y me llevó a casa. A pesar de que estaba destrozada, por fin logré dormir unas doce horas. Cuando me desperté al día siguiente, llamé al hospital y le dije al médico responsable que estaba dispuesta a firmar los documentos necesarios para desconectar a Michael del respirador artificial.

»Una semana después, en un momento en que no veía nada claro, rellené una solicitud para el empleo de editora de guiones que ofrecían en el Milwaukee Rep. No sé cómo logré deslumbrarles en la entrevista y, sin que yo fuera muy consciente de ello, me ofrecieron el empleo y me encontré camino de Wisconsin.

Vació su copa.

—Se supone que cuando estás trastornada por la aflicción la gente se va a París, a Venecia o a Tánger. ¿Qué hice yo? Me fui a Milwaukee.

Se calló y miró fijamente el agua oscura.

—¿Conociste a Philip poco después?

—No, como un año después. Pero durante la semana que pasamos juntos trabajando en el guion, llegué a hablarle de Michael. Philip era el primer hombre con el que me acostaba desde la muerte de Michael, por eso fue más horrible la forma en que pasó de mí después. Ya le había clasificado como un arrogante, sobre todo cuando vi lo que había hecho con nuestro guion, hasta que se presentó en mi puerta aquella noche, con mi airada carta en la mano, suplicando perdón.

—¿Le perdonaste en seguida?

—Ni hablar. Hice que me persiguiera. Y me persiguió, con extrema diligencia y, tengo que reconocerlo, con gran estilo. Para mi sorpresa, me di cuenta de que me estaba enamorando de él. Quizá porque era un personaje tan solitario, y porque me di cuenta de que yo le gustaba por lo que era, por cómo pensaba y cómo veía el mundo. Y también me necesitaba. Esa fue la mayor de las sorpresas, que ese hombre, con todo su dinero y su capacidad para conseguir todo lo que quería, me dijera que sabía que yo era lo mejor que podía pasarle.

—¿Así que te conquistó?

—Sí, al final sí, de la forma que Philip lo conquista todo, por pura cabezonería.

Volvió a vaciar su copa.

—El problema es que, en cuanto consigue algo, pierde el interés —añadió.

—Qué tonto —me oí decir—. ¿Cómo podría perder nadie interés en ti?
Me sostuvo la mirada y después me acarició el pelo. Y recitó:

Dura el dominio hasta que lo tienes.
Del mismo modo la posesión.
Pero estas, que se dan pasando.
Son tuyas para siempre.

—Si adivinas el autor, te doy un beso —añadió.

—Emily Dickinson —dije.

—¡Bravo! —exclamó.

Me rodeó el cuello con los brazos y acercándose a mí me besó suavemente en los labios. Y yo dije:

—Me toca a mí. Las mismas condiciones.

Confirmando a todos los estudiosos
en la justa opinión
que la elocuencia es cuando el corazón
no tiene ya un hilo de voz.

—Esa sí es difícil —dijo, volviendo a rodearme los brazos—. Emily Dickinson.

—Estoy impresionado.

Nos besamos otra vez. Un beso un poco más largo.

—Otra vez yo —dijo, sin dejar de rodearme con los brazos—. ¿Estás preparado?

—Listo.

—Escucha con atención —dijo—. Esta es complicada.

Cuan amable es esta prisión

cuan dulces estos tristes barrotes
no un tirano sino el rey de las plumas
inventó este reposo.
Si esta es mi suerte
si no hay otro reino
una prisión no es más que un amigo
una celda, una casa.

—Qué mala idea tienes —protesté.

—Venga, prueba.

—¿Y si me equivoco? ¿Entonces qué?

Ella se acercó un poco más.

—Estoy segura de que puedes adivinarlo.

—¿Podría ser... Emily Dickinson?

—¡Acertaste! —exclamó, y me tiró sobre la arena.

Empezamos a besarnos profunda, apasionadamente. Sin embargo, después de unos momentos desenfrenados, la voz de la razón empezó a enviarme al oído una alarma antiaérea. Cuando intenté deshacerme de su abrazo, Martha me apretó de nuevo contra la arena y susurró:

—No pienses, solo...

—No puedo —susurré.

—Sí puedes.

—No.

—Será solo esta noche.

—No lo será, y lo sabes. Estas cosas siempre tienen repercusiones.

Sobre todo...

—¿Qué?

—Sobre todo porque tú sabes y yo sé que no será solo esta noche.

—¿Tú también lo sientes así?

—¿Así cómo?

—Así...

Le aparté los brazos suavemente y me incorporé.

—Lo que me siento es... borracho.

—No lo entiendes —dijo con dulzura—. Mira todo esto: tú, yo, esta isla, este mar, este cielo, esta noche. No una noche, David. Esta noche. Esta única e irrepetible noche...

—Lo sé, lo sé. Pero...

Le puse una mano en el hombro. Ella la tomó y la apretó.

—Maldito seas por ser tan sensato —dijo.

—Ojalá...

Se inclinó y me besó ligeramente en los labios.

—Calla, por favor. Voy a dar un paseo —dijo, poniéndose de pie.

—¿Puedo ir contigo?

—Creo que pasearé sola, si no te importa.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Estarás bien?

—Es mi isla —dijo—. No me pasará nada.

—Gracias por esta noche —dije.

Ella me dedicó una triste sonrisa y dijo:

—No, gracias a ti.

Se volvió y se fue playa abajo. Pensé seguirla, cogerla entre mis brazos y besarla; me sentía preso de pensamientos confusos sobre el amor, sobre lo imprevisible que es, y sobre no quererme complicar más la vida, pero, Dios mío, ¡cómo deseaba besarla!

En cambio hice lo más racional y me obligué a subir la colina. Una vez en mi cabaña, me senté en el borde de la cama y tapándome la cara con las manos, pensé: «Qué semana más rara». Eso fue lo único que pensé, porque mis capacidades cognitivas estaban insensibilizadas por el hecho que sufría el equivalente alcohólico a un *shock* tóxico. De haber sido capaz de analizar correctamente lo que acababa de suceder, por no hablar de la idea enormemente inquietante de que, quizá, solo quizá, me estaba enamorando de ella, habría empezado a sentirme desquiciado.

Por suerte no tuve ocasión de abandonarme al lujo del sentido de culpabilidad, porque, por segunda noche consecutiva, me dormí completamente vestido sobre la cama. Solo que esa vez, mi agotamiento era tan absoluto que no me desperté hasta la mañana siguiente. Hasta las seis y

media para ser exactos, cuando alguien llamó con suavidad a la puerta. Murmuré algo en una lengua vagamente parecida al inglés, se abrió la puerta y entró Gary, empujando un carrito con una cafetera y un gran vaso de agua. Noté que, aunque seguía llevando la ropa de la noche anterior, alguien me había tapado con una manta. Me pregunté quién habría entrado a hacer de buen samaritano.

—Buenos días, señor Armitage —dijo Gary—. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—No muy bien.

—Entonces necesitará esto —dijo, y dejó caer dos pastillas de Berocca en el agua.

Cuando estuvieron del todo disueltas, me acercó el vaso. Lo cogí con una mano muy poco segura de sí misma. Bebí el contenido de un trago. Mientras me pasaba por la garganta, imágenes sueltas de los trajines de la noche pasada empezaron a cruzar aquella parcela vacía más conocida como el interior de mi cabeza. Al recordar nuestro abrazo en la playa, tuve que resistir la tentación de estremecerme. No lo logré... aunque Gary hizo como si no lo hubiera notado, y me dijo:

—Estoy seguro de que una taza de café bien cargado le sentará de maravilla.

Asentí con la cabeza. Me sirvió el café, lo probé y casi me ahogo con el primer sorbo. Pero el segundo sorbo pasó más fácilmente, y cuando iba por el tercero, las Berocca ya empezaban a disipar un poco la niebla de mi cerebro.

—¿Lo pasó bien anoche, señor? —preguntó Gary.

Le miré fijamente a la cara, preguntándome si aquel obsequioso cabrón intentaba decirme algo..., si estaba en el porche con unos prismáticos, mirando cómo imitábamos a un par de adolescentes salidos en la playa. Pero su cara no expresaba nada. Tampoco la mía.

—Sí, muy bien —dije.

—Siento haberle despertado tan temprano, pero, tal como pidió, el Gulfstream le llevará a San Francisco esta mañana. ¿Le parece bien que repasemos un momento los preparativos del viaje?

—Adelante, pero tal vez tenga que repetírmelos un par de veces.

Me dedicó una sonrisita y dijo:

—La señora Fleck ha dicho que usted tenía que estar en San Francisco a las cuatro de la tarde para recoger a su hija en la escuela.

—Sí, exactamente. ¿Cómo está la señora Fleck esta mañana?

—De camino a Nueva York en este momento.

Creí que no lo había oído bien.

—¿Que está qué?

—De camino a Nueva York, señor.

—¿Pero... cómo...?

—De la forma como siempre suele ir a Nueva York, señor. Con uno de nuestros aviones. Salió de la isla anoche, poco después de que usted se acostara.

—¿En serio?

—Sí, señor.

—Ah.

—Pero le ha dejado una nota —dijo, enseñándome un sobrecito blanco con mi nombre escrito.

Resistí la tentación de abrirlo, y sencillamente dejé el sobre a un lado, encima de la almohada.

—También me pidió que me ocupara de los preparativos para su vuelo a California. Esto es lo que hemos organizado: le llevaremos de vuelta a Saffron hacia las nueve, con el helicóptero a Antigua a las diez y media y saldremos en el Gulfstream hacia San Francisco a las once y cuarto. Los pilotos me han informado de que es un vuelo de siete horas cuarenta minutos, pero con el cambio horario, ganamos cuatro horas, de modo que llegará sobre las tres y diez. Hemos dispuesto que una limusina vaya a recogerle al aeropuerto y permanezca a su disposición todo el fin de semana. Y también hemos reservado, como cortesía, una *suite* para usted y su hija en el Mandarin Oriental.

—Eso es muy generoso por su parte.

—Debe agradecérselo a la señora Fleck: lo ha decidido todo ella.

—Lo haré.

—Una última cosa, durante los noventa minutos que estará en Saffron, el señor Fleck desearía saludarle.

—¿Qué? —pregunté, sintiendo las manos frías y húmedas de repente.

—El señor Fleck le recibirá a las nueve.

—¿Ha vuelto a la isla?

—Sí, señor, de hecho llegó anoche a última hora.

Estupendo, pensé. Realmente estupendo.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Mientras el barco navegaba veloz hacia Saffron Island, mi grado de ansiedad aumentaba. Sin duda tenía algo que ver con que finalmente iba a conocer al hombre que me había tenido siete días esperando. Pero probablemente también tenía algo que ver con el hecho de que Mein Host llegara a su casa y se encontrara con que su esposa y su invitado habían pasado la noche en la isla privada de ella. Además estaba el pequeño asunto de mi ebrio besuqueo en la playa, con Martha. El hecho de que ella hubiera decidido volver a Saffron a última hora de la noche habría atenuado las sospechas de que hubiéramos pasado la noche juntos (algo que habría sido corroborado por Gary y los demás empleados). Pero también me preocupaba que alguno de los empleados nos hubiera visto besándonos en la arena, y hubiera informado, como era su deber, a Fleck de que su esposa y el invitado habían reinterpretado la famosa escena de Burt Lancaster y Deborah Kerr entre las olas en De aquí a la eternidad, una escena que Fleck, con lo cinéfilo que era, conocería a la perfección.

¡Basta!

Me agarré a la barandilla que rodeaba la cubierta del Cabin Cruiser y me obligué a calmarme. También me recordé que las resacas siempre me hacían sentir vulnerable y con tendencia a las fantasías paranoides. Como me recordé, en el gran y extenso catálogo de estupideces sexuales, besarse con alguien en la playa (en plena borrachera) se contaba como una falta menor. Sobre todo teniendo en cuenta que había demostrado un cierto grado de autocontrol y no había permitido que traspasáramos el punto de no retorno. Qué coño, había topado con la tentación y me había resistido. De modo que podía darme una palmadita en la espalda y dejar de autoflagelarme. Y ya puestos, dejar de retrasar lo inevitable y abrir la carta de Martha.

Eso fue lo que hice. Era una tarjeta, escrita con una letra pulcra y apretada. En la primera cara decía:

Puedo mirar el dolor
Lagos enteros
Estoy acostumbrada
Pero el mínimo impulso de alegría
Me desequilibra los pies
Y vacilo, ebria
No me detienen las piedras
Fue el nuevo alcohol
¡Eso fue todo!

—Volví la nota y leí: «Creo que conoces al autor, David. Sí, tienes razón: el momento justo, por desgracia, lo es todo. Cuídate. Martha».

Mi primera reacción fue: «En fin, podría haber sido mucho peor». Mi segunda reacción fue: «Es maravillosa». Y mi tercera reacción fue: «Olvídalo todo».

Cuando el barco atracó en Saffron Island, me recibió Meg. Me informó de que había hecho mis maletas y lo tenía todo preparado para subir al helicóptero. Pero si yo quería pasar por mi habitación antes de marcharme...

—Estoy seguro de que no ha olvidado nada —dije.

—Entonces el señor Fleck le espera en la sala grande.

La seguí por la pasarela hasta la casa y por el pasillo hasta la sala estilo catedral. Antes de adentrarme en la sala, respiré hondo. Pero al entrar, vi que no había nadie.

—El señor Fleck habrá salido un momento. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Solo Perrier, por favor.

Meg salió y yo me instalé en el mismo sillón Eames que Martha me había dicho que costaba cuatro mil trescientos dólares. Tras un par de minutos, me levanté y me puse a pasear por la sala, mirando el reloj de vez en cuando, poniéndome nervioso y diciéndome a mí mismo que no tenía por qué estar nervioso, porque, al fin y al cabo, aquel hombre era solo un hombre. Por mucho que fuera un hombre podrido de dinero, nada de lo que

dijera, hiciera o pensara de mí podría tener ningún impacto sobre mi carrera. Es más, él me había buscado a mí. Yo era el creador. Él era el comprador. Si quería lo que yo vendía, estupendo; y si no, a otra cosa.

Pasaron dos minutos, después tres y después cinco. Entonces volvió Meg con una bandeja. Pero en lugar de mi Perrier, llevaba un vaso alto de zumo de tomate, adornado con una rama de apio.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es un Bloody Mary, señor.

—Pero si yo he pedido una Perrier.

—Sí, pero el señor Fleck ha pensado que le sentaría bien un Bloody Mary primero.

—¿Qué?

De repente, oí una voz que venía de arriba: concretamente de la terraza situada sobre la sala.

—Pensé que le haría falta un Bloody Mary —dijo la voz en un tono bajo y ligeramente vacilante.

Poco después, oí unos pasos en la escalera de caracol que conducía a la terraza. Philip Fleck bajó los escalones despacio, dedicándome una vaga sonrisa. Por supuesto, yo conocía su cara por haberla visto en muchas fotografías de prensa, pero lo que me sorprendió de entrada fue su baja estatura. No debía de medir más de metro sesenta y cinco, tenía el pelo castaño salpicado de gris y una cara infantil que revelaba todas las señales de un consumo excesivo de carbohidratos. No estaba exactamente gordo, pero sí entrado en carnes. Llevaba una ropa informalmente elegante: una camisa azul descolorida abrochada de arriba abajo, por fuera de los pantalones, que eran de algodón y muy lavados, y zapatillas de deporte Converse blancas. A pesar de que supuestamente había pasado una semana pescando en un barco, bajo el ardiente sol del Caribe, estaba exageradamente pálido, y pensé que quizá fuera uno de esos obsesionados con el cáncer de piel que ven melanomas agazapados debajo del más mínimo oscurecimiento de sus pigmentos.

Me alargó una mano, que estreché, y su apretón fue blando, sin fuerza: el apretón de alguien a quien le da lo mismo la impresión que da.

—Usted debe de ser David —dijo.

—Yo mismo.

—Entonces, por lo que he oído, un Bloody Mary es lo que necesita.

—¿Ah sí? ¿Y qué es lo que ha oído exactamente?

—Mi esposa me ha dicho que los dos empujaron el codo anoche.

—Miró en mi dirección, pero no directamente a mí, como si fuera un poco miope y no pudiera enfocar los objetos a una cierta distancia—. ¿Es correcto?

Elegí las palabras con cuidado.

—Fue una noche un poco... remojada —dije.

—Un poco remojada —dijo él, con una voz todavía suave, pero levemente insinuante—. Qué forma más bonita de decirlo. Pero teniendo en cuenta la «humedad» de anoche...

Hizo un gesto hacia Meg y la bebida de la bandeja. Una parte de mí deseaba rechazarla, pero la otra parte me decía que le siguiera el juego, sobre todo porque realmente necesitaba una cura urgente para la resaca.

Así que cogí el Bloody Mary de la bandeja, lo levanté en dirección a Fleck, y me lo tragué de un tirón. Después volví a dejarlo en la bandeja y sonreí directamente a Mein Host.

—Por lo visto tenía sed —dijo—. ¿Otro, tal vez?

—No, gracias. Uno basta.

Fleck hizo un gesto hacia Meg para que se retirara. A mí me indicó que me sentara en el sillón Eames. Él se situó frente a mí, en el sofá, pero de forma que no tenía que mirarme, sino que podía hablar en diagonal, hacia la pared más próxima.

—Bien —empezó suavemente—, una pregunta para usted.

—Dispare —dije.

—¿Cree que mi esposa es alcohólica?

Cuidado, chico..., alerta.

—No sabría decirle.

—Pero ha pasado dos noches bebiendo con ella.

—Sí, eso es verdad.

—Y ella bebió mucho en las dos ocasiones.

—Como yo.

—¿Entonces usted también es alcohólico?

—Señor Fleck...

—Puedes llamarme Philip. Deberías saber que Martha te puso por las nubes. La verdad es que ella también estaba en las nubes cuando lo hizo. Pero eso forma parte del encanto de Martha, ¿no te parece?

No dije nada. Porque no sabía qué demonios decir.

Y Fleck se conformó dejando que nos sumiéramos en un incómodo silencio, que duró casi un minuto, antes de decidirse a romperlo.

—¿Cómo fue la pesca? —pregunté.

—¿La pesca? No estaba pescando.

—¿No estaba pescando?

—No.

—Pero me dijeron...

—Te informaron mal.

—Ah. Pues si no estaba pescando...

—Estaba en otra parte. En Sao Paulo para ser exactos.

—¿Negocios?

—Nadie va nunca a Sao Paulo por placer.

—Es verdad.

La conversación volvió a decaer. De nuevo, Fleck miró fijamente en diagonal hacia la pared. ¿A qué diablos jugaba? Por fin, tras un interminable minuto de silencio, Habló.

—Bien, querías verme —dijo.

—¿Yo?

—Eso me han dicho.

—Pero...

—¿Sí?

—Pero si me invitó usted.

—¿Ah, sí?

—Sin ninguna duda.

—Ah, ya.

—Creía que quería verme.

—¿Para qué?

—El guion.

—¿Qué guion?

—El guion que escribí.
—¿Escribes guiones?
—¿Se está haciendo el gracioso?
—¿Parece que intente hacerme el gracioso?
—No, parece que esté jugando a algo conmigo.
—¿Y a qué estoy jugando?
—Sabe por qué estoy aquí.
—Repítemelo.
—Déjelo —dije, poniéndome de pie.
—¿Disculpa?
—He dicho que lo deje...
—¿Por qué lo has dicho?
—Porque me está tomando el pelo.
—¿Estás enfadado?
—No, me voy y basta.
—¿He hecho algo mal?
—No pienso entrar en eso.
—Porque si he hecho algo mal...
—Esta conversación ha terminado. Adiós.
Y me dirigí a la puerta. Pero la voz de Fleck me detuvo.
—David...
—¿Qué? —dije, volviéndome.

Fleck me miraba directamente, con una gran sonrisa maliciosa en la cara, y una copia de mi guion en la mano derecha.

—Te pillé —dijo. Y como yo no dibujé inmediatamente una gran sonrisa de cien vatios queriendo decir «¡Eh, menuda broma!», dijo—: Espero que no estés demasiado enfadado conmigo.

—Después de esperarle durante una semana, señor Fleck...

Me interrumpió.

—Tienes razón, tienes razón, y te pido disculpas. Pero hombre, ¿qué es una bromita a lo Harold Printer entre colegas?

—¿Somos colegas?

—Lo espero con fervor. Porque personalmente deseo producir ese guion.

—¿Ah, sí? —dije, intentando parecer indiferente.

—Creo que lo que has hecho en la nueva versión del guion es notable, es como una película de ladrones reconstruida y con un substrato político realmente riguroso. Has tocado el malestar inherente del consumismo sin freno, el sentido de tedio que se ha convertido en el fundamento de la vida estadounidense actual.

Aquello era nuevo para mí, pero si había algo que había aprendido del mundo del cine era esto: cuando un director empezaba a contarte entusiasmado de qué iba tu película, era mejor asentir con la cabeza con una expresión de sabio consenso, aunque creyeras que no decía más que chorradas.

—Por supuesto —dije—, antes que nada es una película de género...

—Precisamente —dijo Fleck, indicándome que volviera a sentarme en el sillón Eames—. Pero subvierte el género, la forma como Jean-Pierre Melville redefinió la leyenda existencial del asesino a sueldo en *Le Samourai*.

¿La leyenda existencial del asesino a sueldo? Por favor...

—En esencia, de todos modos —intervine—, se trata de un par de tíos que intentan robar un banco en Chicago.

—Y yo sé cómo filmar ese atraco.

Durante la siguiente media hora, me describió, encuadre por encuadre, cómo rodaría el atraco (utilizando una telecámara al hombro y una película granulada «para dar una auténtica impresión de cine de guerrilla»). Después me habló de sus ideas para el reparto.

—Solo quiero actores desconocidos. Y para los protagonistas, estoy pensando en esos dos actores increíbles que vi el año pasado en la *Berliner Ensemble*...

—¿Cómo andan de inglés? —pregunté.

—Eso se puede solucionar —dijo.

Evidentemente, yo podría haber mencionado el pequeño problema de credibilidad de meter a dos actores con un fuerte acento alemán en la piel de un par de curtidos veteranos del Vietnam, pero me mordí la lengua. Al fin y al cabo, durante aquel épico monólogo, mencionó que estaba pensando en un presupuesto de cuarenta millones de dólares para la película, una cifra

absurda para una supuesta obra de cine de guerrilla, pero quién era yo para cuestionar de qué forma quería tirar su dinero. Especialmente cuando recordé lo que me había dicho Alison antes de ir a la isla: «Sé que puedo sacarle un montón de dinero. En este caso, será un contrato con una cantidad al contado, Dave. Un millón redondo. Y te prometo que lo pagará. Porque aunque los dos sepamos que registrar tu guion a su nombre fue una forma de engatusarte, no querrá que se haga público. No hará falta ni que se lo pidamos, pagará lo que sea para que no se sepa».

Sin duda habría podido recordarle el numerito de poner su nombre en la primera página de mi película, pero ¿para qué frenar aquella ola de entusiasmo? Especialmente porque, para ser sincero, empezaba a sucumbir un poco a su fervor, a su forma de hacerme sentir como si no hubiese escrito una tontería, sino un documento fundamental de nuestra época para la humanidad. Martha tenía razón, cuando Fleck quería algo lo perseguía con un completo fervor. Pero también recordé lo que ella había dicho sobre cómo perdía el interés una vez obtenía lo que deseaba. Y también estaba un poco perplejo por el modo en que había intentado incomodarme al principio de la conversación, aunque, en honor a la verdad, a media disertación se detuvo para excusarse por su comportamiento.

—Me temo que es una mala costumbre que tengo —dijo—. Cuando conozco a alguien, la primera vez me gusta descolocarle un poco, para ver cómo reacciona.

—¿He pasado la prueba?

—Con sobresaliente. Al principio me has seguido el juego para ver adonde quería ir a parar. Pero cuando te has dado cuenta de que estaba bromeando, has decidido no aguantarlo. Entonces he visto que podía trabajar contigo. Martha me ha dicho que tenías clase, y ella conoce a los autores. Gracias de nuevo por pasar tanto tiempo con ella estos dos últimos días. Es una gran admiradora tuya, y sé que ha disfrutado mucho de la posibilidad de hablar contigo largo y tendido.

Por no hablar de jugar a los besos y las adivinanzas de poemas de Emily Dickinson. Pero la expresión de la cara de Fleck no delataba de ningún modo que estuviera al corriente de ciertos hechos. En cualquier caso, pensé, están separados de hecho. Probablemente él tiene amantes en cada puerto.

¿Qué importancia tenía si descubría que me había estado besando con su mujer? Le gustaba mi guion. Si imponía sus ideas grotescas, me retiraría de los títulos de crédito... después de ingresar el cheque. Sin embargo, antes de que siguiéramos hablando del tema de su esposa, decidí cambiar de tema.

—Quería darle las gracias por haberme hecho conocer Saló de Pasolini —dije—. Puede que sea la peor película para una primera cita de todos los tiempos, pero sigue siendo una película brutal, de las que no se te van de la cabeza fácilmente.

—Para mí es, sin duda, la mejor película desde la guerra. ¿No estás de acuerdo?

—Esa es una gran afirmación...

—Te explicaré por qué merece ese título. Porque trata de la principal cuestión del siglo: la necesidad de ejercitar un control absoluto sobre los demás.

—No pensaba que fuera una obsesión solo del siglo xx.

—Cierto, pero en el último siglo, hemos dado un gran paso adelante respecto al control humano, hemos aprovechado las oportunidades ofrecidas por la tecnología para ejercer sobre los demás un dominio total. Los campos de concentración alemanes, por ejemplo, fueron el primer ejemplo supremo de muerte tecnológica, porque crearon un aparato extremadamente eficaz para el exterminio. La bomba atómica supuso también un triunfo del control humano, no solo por su capacidad para la destrucción masiva desenfrenada, sino también como instrumento político. Las cosas como son, todos nos tragamos el aparato secreto para la seguridad del Estado durante la guerra fría gracias a la amenaza de la bomba, y eso permitió a los gobiernos de ambos bandos de la división ideológica el medio perfecto para mantener controlado al hoi polloi, además de darles la razón de ser para montar una vasta red de información secreta para reprimir la disidencia. Ahora, por supuesto, tenemos la capacidad de información necesaria para un mayor control de los individuos. Tal como las sociedades occidentales utilizan el consumismo, y el ciclo interminable de las adquisiciones, como instrumento para mantener a las masas preocupadas, sometidas.

—¿Pero eso qué tiene que ver con Saló?

—Es muy sencillo: lo que nos ha mostrado Pasolini era el fascismo en su forma pretecnológica más pura: la convicción de tener el derecho, el privilegio, de ejercer un control absoluto sobre otros seres humanos, hasta el punto de negar completamente su dignidad y sus derechos más esenciales, despojarlos de toda individualidad y tratarlos como objetos funcionales, que se descartan cuando ya no sirven. Ahora los aristócratas dementes de la película han sido sustituidos por poderes mayores: gobiernos, corporaciones o bancos de datos. Pero vivimos todavía en un mundo donde el impulso de dominar al prójimo sigue siendo una de las principales motivaciones humanas. Todos queremos imponer nuestra visión del mundo a los demás, ¿no?

—Supongo que sí, pero ¿qué relación tiene esta... tesis con mi... nuestra película?

Él me miró y sonrió como alguien que está a punto de impartir una lección fantástica y enormemente original, y ha estado esperando el momento ideal para soltarla.

—Digamos..., y es solo una sugerencia, pero me gustaría que te la tomaras muy en serio. Digamos que nuestros dos veteranos del Vietnam logran realizar un primer atraco a un banco, pero entonces cometen el error de volverse un poco ambiciosos, y deciden ir tras los tesoros de un millonario ultrarreservado.

«Mira por dónde», pensé, pero Fleck no me dedicó ninguna sonrisa de complicidad. Siguió hablando.

—En fin —siguió Fleck—, digamos que el tal millonario vive en una fortaleza, en una colina del norte de California, con una de las mayores colecciones de arte privadas del país, que nuestros hombres han decidido saquear. Pero cuando finalmente penetran en la ciudadela del millonario, son inmediatamente hechos prisioneros por un batallón de guardias armados. Y descubren que ha organizado una sociedad libertina para sí mismo y un puñado de sus secuaces, con sus propios esclavos sexuales, tanto hombres como mujeres. Y en cuanto son capturados nuestros dos hombres son esclavizados. Inmediatamente empiezan a tramar una forma de liberarse, junto a todos los demás, de aquel régimen draconiano.

Se calló y me sonrió.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Alerta roja. Que no te vea hacer una mueca.

—Me suena un poco a La jungla de cristal mezclada con el Marqués de Sade. Solo una pregunta: ¿nuestros dos héroes salen de allí con vida?

—¿Es importante?

—Por supuesto, si pretende que esta sea una película más o menos comercial. Teniendo en cuenta que piensa gastarse cuarenta millones de dólares, debe apuntar al público del multicine. Lo que significa que la gente tiene que tener algo donde agarrarse, y eso, a su vez, representa que al menos uno de los veteranos salga con vida después de hacer limpieza de malos.

—¿Y qué le pasa a su amigo? —preguntó, con una voz repentinamente tensa.

—Le deja morir heroicamente, preferiblemente a manos del millonario decadente. Eso, naturalmente, confiere al personaje estilo Bruce Willis un ulterior motivo personal de resentimiento contra su captor. Al final de la película, y después de hacer desaparecer a todos sus secuaces, Willis y el millonario se encuentran finalmente cara a cara. Naturalmente, Willis tiene que salir de las ruinas de la mansión con alguna chica del brazo, si puede ser, una de las esclavas sexuales a las que ha emancipado. Títulos de crédito. Y ya tiene un fin de semana de estreno garantizado de veinte millones de dólares.

Largo silencio. Philip Fleck apretó los labios.

—No me gusta —dijo—. No me gusta nada.

—Personalmente, a mí tampoco. Pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata entonces?

—Sencillamente de que si quiere convertir esta película de atracos en una de «dos tíos son capturados por un rico mentecato», y al mismo tiempo quiere hacer dinero, tendrá que ajustarse a ciertas normas fundamentales de Hollywood.

—Pero esa no es la película que escribiste —dijo, con un indicio de irritación en la voz.

—¡Dígamelo a mí! —exclamé—. Como sabe, la película que escribí y modifiqué es una comedia irónica, divertida y ligeramente peligrosa, al

estilo Robert Altman; la clase de cosa que podría ser el vehículo perfecto para Elliot Gould y Donald Sutherland como veteranos del Vietnam. Lo que usted propone...

—Lo que yo propongo también es irónico y peligroso —insistió—. No quiero hacer una porquería de género. Quiero reinterpretar a Saló en un contexto estadounidense del siglo XXI.

Peligro mortal.

—¿Cuando dice reinterpretar...? —pregunté.

—Quiero decir... atraer al público para que crea que está viendo una película de atracos convencional, y entonces..., patapam, lanzarlos en el mayor corazón de las tinieblas imaginable.

Observé con atención a Mein Host. No, no hablaba con ironía, ni con segundas, ni aquello era humor negro. El tipo hablaba totalmente en serio.

—Defina qué significa «corazón de las tinieblas» —pedí.

Él se encogió de hombros.

—Has visto Saló —dijo—. Lo que buscaría sería la misma crueldad extrema, empujar hasta el límite los confines del gusto y el aguante del público.

—¿Como, por ejemplo, la famosa escena del banquete de excrementos?

—Como es natural, no imitaríamos a Pasolini abiertamente.

—Por supuesto que no...

—Pero creo que sí debería haber cierta clase de horrible degradación relacionada con la materia fecal. Porque no hay nada más primario que la mierda, ¿no?

—En eso estaríamos de acuerdo —dije, estudiando otra vez con atención su cara.

No podía evitar esperar que, de repente, gritara «¡Te pillé!» otra vez, y me hiciera pasar un mal rato por haberme tomado el pelo por segunda vez. Pero estaba totalmente serio. De modo que dije:

—Pero sí sabe que si, pongamos por caso, muestra a un tío haciendo caca en el suelo, no solo no obtendrá el visto bueno de la censura. Podría ser que ni siquiera la exhibieran.

—Oh..., sí, la exhibirán —dijo.

Tenía razón, porque podía pagar para conseguir lo que quisiera. Como podía tirar cuarenta millones de dólares en otro proyecto estúpidamente vanidoso. El tipo podía hacer lo que le diera la gana, su dinero le aislaba de las preocupaciones habituales del común de los mortales para extraer un beneficio de una película, por no hablar de pretender que tuviera éxito.

—Sin embargo, sabe que la clase de película que propone solo podrá verse en París o quizás en alguna sala de arte y ensayo de Helsinki, donde los índices de suicidio son elevados...

Fleck se puso tenso de nuevo.

—¿Es una broma, no?

—Sí, es una broma. Lo que quiero decir es...

—Ya sé lo que quieres decir. Y soy consciente de que lo que propongo es radical. Pero si alguien como yo, dados los recursos de que dispongo, no se arriesga, ¿cómo progresará el arte? Seamos francos, siempre ha sido la élite acomodada la que ha financiado la vanguardia. Yo me limito a financiarme a mí mismo. Y si el resto del mundo decide repudiar lo que he hecho, ¡qué se le va a hacer! Mientras no lo ignoren...

—¿Como su primera película, por ejemplo? —me oí decir.

Fleck volvió a ponerse tenso, y me echó una mirada que le hizo parecer a la vez herido y temible. ¡Vaya por Dios! Acababa de meter la pata. De modo que me apresuré a decir:

—No es que mereciera ser tratado así. Dudo que lo que propone ahora pueda ser ignorado. La Coalición Cristiana puede quemar efigies suyas, pero seguro que atraerá la atención, y a lo grande.

Fleck volvía a sonreír y yo me sentí aliviado. Entonces apretó un botón de la mesa y Meg llegó a los pocos segundos. Fleck pidió una botella de champán.

—Creo que debemos brindar por nuestra colaboración, David —dijo.

—¿Vamos a colaborar en esto?

—Es lo que me gustaría. ¿Tú estás interesado en seguir trabajando en el proyecto, no?

—Depende.

—¿De qué?

—Lo normal: nuestros horarios, mis otras obligaciones profesionales, los términos del contrato que tus abogados pacten con mi agente. Y por supuesto está el asunto del dinero.

—El dinero no será un problema.

—El dinero siempre lo es en la industria del cine.

—No lo es para mí. Di tu precio.

—¿Perdón?

—Que digas tu precio. Dime lo que quieres para escribir de nuevo el guion.

—Eso es algo de lo que no suelo hablar. Tendrá que tratar con mi agente.

—Voy a decirlo otra vez, David: di tu precio.

Respiré hondo, nervioso.

—¿Está hablando de escribir un nuevo guion incluyendo las modificaciones que usted especifique?

—Dos borradores y una corrección —dijo.

—Entonces me pide un compromiso de tiempo sustancial.

—Estoy seguro de que cobrarás de acuerdo con ello.

—¿Y estamos hablando de su escenario «Salo en el valle de Napa»?

Una ligera sonrisa.

—Supongo que podría llamarse así —dijo—. El precio, por favor.

Sin pestañear, dije:

—Un millón cuatrocientos mil dólares.

Se miró las uñas y dijo:

—Hecho.

Pestañeé.

—¿Está seguro?

—Trato hecho. ¿Nos ponemos manos a la obra?

—Normalmente no empiezo a trabajar hasta que tengo un contrato firmado. Y tengo que hablar con mi agente.

—¿De qué hay que hablar? Has dicho un precio. Lo he aceptado. Manos a la obra.

—A los agentes normalmente no les gusta que sus clientes se pongan a trabajar sin un contrato.

Llegó el champán. Él no hizo caso, cogió un cuaderno que había en la mesita y lo empujó hacia mí.

—Escribe el nombre y el teléfono de tu agente. Le diré a uno de mis abogados que se ponga en contacto con ella en cuanto llegue a la oficina; imagino que está en Los Ángeles.

—Sí —dije, escribiendo el nombre de Alison y su teléfono—. Pero si no le importa, la llamaré yo antes de que su abogado hable con ella.

—Adelante —dijo.

Me disculpé y fui a mi habitación. Miré la hora. Eran las once y eso significaba que eran las seis en California. De todos modos me imaginé que a Alison no le importaría que la despertaran para negociar un trato de un millón cuatrocientos mil dólares.

Sin embargo, cuando marqué el número de su casa, me salió el contestador, informando a todos los interesados de que Alison estaba en México de vacaciones hasta el final de la semana siguiente. Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea. Sin duda, podría localizarla al otro lado de la frontera, pero primero tendría que hablar con su ayudante, Trish. Ella no llegaría a la oficina hasta las nueve, la una en el Caribe. De modo que respiré hondo y llamé a Lucy a Sausalito y me preparé para un bombardeo de invectivas cuando le dijera que necesitaba quedarme unos días más. Como esperaba, su respuesta no fue mesurada.

—Debes haberte vuelto completamente loco —dijo, en cuanto le di la noticia.

—¿Puedo explicártelo?

—No, no puedes.

—Potencialmente, es un asunto muy lucrativo...

—Me da lo mismo.

—Si quisieras escucharme...

—Ya lo estropeaste la semana pasada. Le prometiste a Caitlin que estarías aquí este fin de semana. Y estarás aquí.

—Solo te pido uno o dos días más.

—Unos días más significa que no estarás aquí este fin de semana.

—¿Qué te parece si me la quedo los dos o tres próximos fines de semana?

—Ni hablar.

—Por favor, Lucy, sé razonable.

—¿Quieres que sea razonable? Esto es razonable: vete a la mierda.

—Esa sí es una respuesta madura.

—Igual que abandonar a tu esposa y a tu hija...

—Lo único que te pido es que me escuches.

—David, escucha. Estoy segura de que tienes una excusa perfectamente legítima para anular este fin de semana. Pero me da lo mismo si Spielberg te ha convocado a una reunión privada. Te habías comprometido con tu hija. Vas a cumplir ese compromiso.

—¿Y qué pasa si no me presento?

—Entonces llamaré a mi abogada y le diré que se presente al juez más comprensivo y cercano y consiga una orden impidiéndote ver a tu hija.

Largo silencio. El teléfono me temblaba en la mano.

—Es una amenaza terrible.

—Me da lo mismo.

—Mi hija necesita a su padre.

—Exactamente, por eso mismo espero que estés aquí esta tarde.

—No puedo creer que me amenaces con impedirme ver a Caitlin.

—Bienvenido al mundo de la causa-efecto, David. Seguiste la llamada de tu pene, por no hablar de tu ego, y destrozaste tu bonita familia. El resultado es que ahora te odio. Lo que, a su vez, significa que no me importa si te ocasiono algún daño profesional insistiendo en que vengas este fin de semana. Tampoco me importa si eso nos lleva a una desagradable batalla legal, porque tú acabarás pagando la factura. Pero que sepas esto, David: si no estás aquí esta tarde, voy a sacar el armamento táctico nuclear. Y no volverás a ver a tu hija durante mucho tiempo.

Después de eso, colgó.

Me quedé un buen rato sentado en la cama, furioso con Lucy por su intransigencia vengativa, pero también furioso conmigo mismo por haber creado aquel caos emocional. Era evidente que Lucy estaba fuera de sí. Era evidente que actuaba irracionalmente. Pero por mucho que me indignara su necesidad de castigarme, no podía evitar pensar: «Recoges lo que has sembrado». Estaba pagando el precio.

Así que me levanté y volví a la Sala Grande, donde Philip Fleck me miró y preguntó:

—¿Podemos empezar ya?

—Mi agente está fuera de la ciudad...

—Pero sin duda podremos localizarla. Y, si no, puedo hacer que transfieran la mitad del millón cuatrocientos mil a tu cuenta esta tarde.

—Eso es increíblemente generoso, y le honra, pero no es realmente el problema. La cuestión es que tengo una pequeña crisis familiar en California.

—¿Es cuestión de vida o muerte? —preguntó.

—No, pero si no me presento, mi exesposa va a descuartizarme legalmente.

—¡Que le den! —exclamó.

—No es tan fácil.

—Sí lo es. Al fin y al cabo con un millón cuatrocientos mil se pueden pagar muy buenos abogados.

—Pero hay una niña por medio.

—Lo superará.

«Puede que sí. Pero puede que yo no sea capaz de soportar la culpabilidad».

—Mi propuesta es la siguiente —dije—: deje que vaya a San Francisco ahora y estaré de vuelta a primera hora de la mañana del lunes.

Fleck volvió a contemplarse las uñas.

—No estaré —dijo.

—Entonces puedo ir donde usted me diga.

—La semana que viene es imposible.

—¿Y la otra semana? —dije, e inmediatamente me arrepentí de haberlo dicho.

Porque había vulnerado la norma número uno de los guionistas de cine: me había demostrado demasiado dispuesto, lo cual significaba que parecía que necesitaba el trabajo. O, aún peor, que necesitaba mucho el dinero. Que era cierto, pero en Hollywood (y especialmente con un tipo tan imprevisible como Fleck), siempre tenías que comportarte como si pudieras vivir sin cerrar tratos de un millón de dólares. Gran parte del juego consistía en

mantener una actitud de dominio personal absoluto, y no admitir jamás dudas o (el peor de los horrores) necesitar a alguien. En este caso, yo no necesitaba escribir aquel guion y, de hecho, tenía serias dudas acerca de su legitimidad creativa. Pero ¿cómo iba a resistirme a aquellos absurdos honorarios, sobre todo cuando estaba seguro de que Alice podía redactar un contrato de forma que no tuviera problemas para retirar mi nombre de los créditos, y en consecuencia podía negar conocimiento de las modificaciones y deformaciones obsesivo-fecales de Fleck con mi obra original?

La cuestión era que Fleck ahora se daba cuenta de que me había puesto en un delicioso dilema: quédate el fin de semana y empieza a trabajar con un contrato de un millón cuatrocientos mil dólares, o vete y...

—Me temo que este es el único fin de semana que tengo libre —dijo con firmeza—. Y si he de ser sincero, estoy bastante desilusionado con tu actitud, David. Al fin y al cabo viniste aquí para hablar conmigo, ¿no?

Adopté un tono de voz tranquilo y razonable.

—Philip, dejemos las cosas claras. Me hizo venir aquí para hablar del guion. Me ha hecho esperar siete días, toda una semana, durante la cual podríamos haber trabajado muchísimo en el texto. En cambio...

—¿Has estado esperando siete días?

Oh, no, otra vez en la zona ignota.

—Lo he mencionado al principio de la conversación —dije.

—Entonces, ¿por qué no me lo ha dicho nadie?

—No tengo ni idea, Philip. Pero a mí me hicieron creer que sabía perfectamente que le estaba esperando aquí.

—Lo siento —dijo, de repente distante y vago otra vez—. No tenía ni idea.

Menudo mentiroso. Su habilidad para desconectar de repente y fingir que sufría amnesia o un raro despiste era increíble, hasta el punto de que parecía no darse ni cuenta de mi presencia. Era como si bruscamente te borrara del medio cuando decías o hacías algo que no encajaba en sus planes, en su visión del mundo. En cuanto eso sucedía, apretaba el botón mental de «Borrar», y te mandaba a la carpeta «Tierra de nadie».

—Bueno... —dijo, mirando el reloj—. ¿Hemos terminado?

—Usted decide.

Se puso de pie.

—Hemos terminado. ¿Necesitas decirme algo más?

«Sí, que eres un supremo gilipollas».

—Creo que el próximo paso le toca darlo a usted —dije—. El nombre y el teléfono de mi agente están en el cuaderno. Estaré encantado de modificar el guion según lo que hemos hablado. Como no voy a empezar a trabajar en la próxima temporada de *Te vendo* hasta dentro de dos meses, este sería un buen momento para ponerme a trabajar en lo suyo. Pero repito que usted decide.

—Bien, bien —dijo, mirando por encima de mi hombro a uno de sus funcionarios que sostenía un móvil en una mano, y le hacía señas silenciosas de que debía responder aquella llamada—. Gracias por venir. Espero que te haya sido útil.

—Oh, no sabe cuánto —dije, con una punta de sarcasmo evidente en mi voz—. Me ha sido muy útil.

Me miró perplejo.

—¿Estás siendo sarcástico?

—De ninguna manera —protesté, con más sarcasmo si cabe.

—¿Sabes qué problema tienes, David?

—Ilumíneme.

—No sabes aceptar una broma.

Y esbozó otra de sus sonrisas «¡Te pillé!».

—¿Quiere decir que sí quiere trabajar conmigo? —pregunté.

—Por supuesto. Y si tengo que esperar un mes, esperaré.

—Ya le he dicho que puedo ir donde usted quiera.

—Entonces dejaremos que mis abogados hablen con tu agente, y cuando todo el asunto del contrato esté resuelto, quedaremos un fin de semana en alguna parte, y los dos trabajaremos en el guion. ¿Te parece bien?

—Sí, muy bien —dije, sin saber ya qué pensar.

—Bien, si tú estás contento, yo también —dijo estrechándome la mano—. Me alegro de que trabajemos juntos. Creo que vamos a hacer algo fuera de serie, algo que no olvidarán fácilmente.

—Estoy seguro.

Me dio una palmadita en el hombro.

—Que tengas un buen vuelo, amigo mío. —Y a continuación pronunció esas tres palabras que ningún autor se cree—: Estaremos en contacto.

Y se marchó.

Meg, que estaba de pie en un rincón de la sala, se acercó y dijo:

—El helicóptero está preparado, señor. ¿Necesita algo más antes de marcharse?

—Absolutamente nada —dije, y le di las gracias por haberme atendido.

—Espero que su estancia aquí le haya sido útil, señor —dijo con la más ligera de las sonrisas.

El helicóptero me llevó a Antigua. El Gulfstream me llevó a San Francisco. Aterrizamos según el horario previsto poco después de las tres. Como me habían prometido, nos esperaba una limusina, que me llevó a casa de Lucy en Sausalito. Caitlin salió corriendo a recibirme y se lanzó a mi cuello. Su madre salió de la casa, mirándome furiosa, mirando furiosa la limusina.

—¿Intentas impresionarnos? —preguntó, pasándome la bolsa de Caitlin.

—Lucy, ¿alguna vez he logrado impresionarte? —pregunté.

Caitlin nos miró ansiosamente, implorando con la mirada que no empezáramos una de nuestras peleas verbales, que se producían inevitablemente cada vez que hablábamos. De modo que la hice entrar rápidamente en la limusina, informé a Lucy de que estaríamos de vuelta el domingo a las seis, y le dije al chófer que nos llevara al Mandarin.

—¿Por qué tienes este coche tan grande? —preguntó Caitlin mientras cruzábamos el puente, de vuelta a San Francisco.

—Alguien a quien le gusta como escribo me lo ha dejado para el fin de semana.

—¿Podrás quedártelo?

—No, pero podemos disfrutarlo este fin de semana.

A Caitlin le pareció estupenda la *suite* del ático del Mandarin Oriental. A mí también, porque estaba en el piso cincuenta y ocho y tenía vistas a la bahía, los dos puentes, el perfil reluciente de la ciudad y el panorama completo de una ciudad de aspecto tan melodramático. Con la nariz pegada al amplio ventanal de la *suite*, Caitlin me preguntó:

—¿Podemos pasar aquí todos los fines de semana que vengas a verme?

—Me temo que es un regalo solo para este fin de semana.

—¿Del mismo hombre rico?

—Exactamente.

—Pero si le sigues gustando... —añadió ella esperanzada.

Me eché a reír.

—Las cosas no funcionan así —dije, con ganas de añadir: «Y menos en la industria del cine».

Caitlin me dijo que no quería salir aquella noche, que estaba encantada de estar en aquella habitación con vistas. Así que pedimos la cena en la habitación y mientras esperábamos que llegara, sonó el teléfono y oí una voz que llevaba una semana sin oír.

—¿Cómo va todo, chico? —preguntó Bobby Barra.

—Qué sorpresa tan agradable —dije—. ¿Sigues en Nueva York?

—Sí, sigo intentando salvar aquella puta OPI desde la retaguardia. Pero es como querer poner una tirita en una vena de la yugular seccionada.

—Qué bonita imagen, Bobby. ¿Puedo adivinar cómo has sabido que estaría aquí?

—Sí, me lo ha dicho Philip. Oye, he hablado con él en persona y me ha dicho que le caes bien.

—No me digas.

—Eh, ¿a qué viene ese tono sarcástico?

—Me ha tenido una semana esperando, Bobby. Una semana. Después se ha presentado una hora antes de que me marchara, y al principio ha hecho como si no me conociera, y luego ha hecho como si quisiera trabajar conmigo, y después ha hecho como si yo fuera el hombre invisible cuando le he dicho que tenía que volver para ver a mi hija. Y al final, se ha puesto en plan colega otra vez, y ha dicho que estaba deseando colaborar profesionalmente conmigo. En otras palabras, ha jugado conmigo y no me ha hecho ninguna gracia.

—Oye, no sé qué decirte. Entre nosotros, es un tipo raro. Como que a veces creo que viene de otro planeta... Pero también tiene veinte mil millones de dólares, y me ha dicho que está deseando hacer esa película contigo.

—Sus ideas creativas no valen una mierda, ¿sabes? —dije interrumpiéndole—. De hecho, está obsesionado con la mierda.

—¿Y qué? Al fin y al cabo la mierda tiene su integridad..., sobre todo cuando viene con una etiqueta de siete cifras en el precio. Olvídate de los malos modales del tipo, disfruta del Mandarin, diviértete con tu hija, y dile a tu agente que esperas una llamada de los abogados de Fleck la semana que viene.

Sin embargo, cuando le conté la historia a Sally, en cuanto volví a Los Ángeles el domingo por la noche, dijo que, en su opinión, había poquísimas posibilidades de que Fleck volviera a llamarme.

—Ha jugado contigo, como si fueras el juguete de la semana. Pero al menos te has bronceado. ¿Conociste a alguien en la isla?

Decidí que era mejor no mencionar mi velada con la señora Fleck, de modo que dije que no, y entonces dirigí la conversación al tema al que Sally estaba deseando volver: su triunfal gestión de la crisis Stu Barker y cómo había convertido a su antiguo adversario en su gran aliado y protector en solo una semana. Hasta el punto de que, en realidad, le había dado carta blanca con la programación de otoño, y estaba diciendo por las alturas de la Fox que ella era la persona clave en aquel momento.

Ah, y en algún instante de aquel heroico relato de su última conquista profesional, mencionó que me había echado de menos y que me amaba locamente. La besé y le dije las mismas cosas. Después fuimos a la cama y logramos un orgasmo simultáneo en los habituales diez minutos programados, y justo antes de quedarnos dormidos. Sally me dijo lo feliz que era, y más ahora que los dos estábamos ascendiendo.

—Todo el mundo tiene su momento —dijo—. Este es el nuestro.

Y en cierto modo tenía razón. Porque para mi inmensa sorpresa, el abogado de Fleck llamó a Alison una semana después para discutir los términos y condiciones del contrato. Fue todo muy claro y directo. No se discutió el millón cuatrocientos mil dólares de estipendio por mis servicios. No se discutió la cláusula que me permitía retirar mi nombre de los créditos porque, como me informó Alison:

—Las cosas como son, un contrato de un millón cuatrocientos mil le haría caer la baba a cualquiera, a mí especialmente. Pero si piensa seguir

con sus fantasías sobre excrementos, no hay duda que no queremos ver tu nombre relacionado con esa estupidez, por eso he insistido en esa cláusula de «toma el dinero y corre».

—¿Crees que estoy loco por meterme en esto? —pregunté.

—Por lo que me has contado, el tipo se ha escapado de algún manicomio. Pero mientras no lo olvides, y mientras tengamos un contrato blindado que te proteja, el precio está bien. Sin embargo, es mejor que no dediques más de dos meses a este trabajo, porque no tengo ninguna duda de que tendrás otras ofertas profesionales.

Alison tenía razón, por supuesto. Cuando la segunda temporada de *Te vendo* llegó a la pequeña pantalla un mes después, fue un éxito inmediato.

«Si los dos primeros episodios demuestran algo —escribieron en The New York Times—, es que David Armitage no era una flor de un día. Sus guiones espléndidamente estructurados y corrosivamente mordaces de estos dos programas de la nueva temporada demuestran que es uno de los grandes autores cómicos de nuestro tiempo, con una vena absurda que logra captar la inherente complejidad social del lugar de trabajo estadounidense contemporáneo».

Muy agradecido. Las críticas, junto con el boca-oreja y un considerable número de admiradores de la primera temporada, garantizaban unas audiencias espectaculares. Tan espectaculares que, tras el tercer episodio, la FRT dio el visto bueno a la tercera temporada y Alison negocio un contrato de producción y creación por un millón cuatrocientos mil dólares. Más o menos en la misma época, la Warner Brothers me ofreció un millón enterito para escribir la película que me diera la gana. Naturalmente, acepté.

Le mencioné este acuerdo con la Warner a Bobby Barra durante una llamada, poco después del estreno de la temporada de *Te vendo*. Me felicitó y me preguntó si quería ser uno de los pocos privilegiados que podrían invertir en una OPI muy segura para un motor de búsqueda asiático que con toda garantía sería un número uno en China y el Sureste Asiático.

—Es algo como Yahoo con ojos sesgados —me dijo.

—Siempre tan políticamente correcto, Bobby.

—Oye, estamos hablando del mercado virgen más grande del mundo. Y es la oportunidad de entrar en él a lo grande. Pero tengo que saberlo en

seguida..., ¿te interesa?

—Por ahora nunca me has aconsejado mal.

—Buen chico.

En realidad me sentía bastante buen chico porque todo me salía bien. Y estaba increíblemente ocupado. Además de un diluvio de peticiones de entrevistas por el estreno de *Te vendo*, ya había empezado a trabajar en mi película para la Warner Brothers: un cuento irónico típico sobre un abogado que toca fondo, lo pierde todo, y acaba siendo un hábil ladrón de casas. Lo titulé *Romper y entrar*, y en un torbellino de tempestad creativa, saqué el primer borrador en apenas un mes. Después de leerlo, el jefe de producción de la Warner me llamó y dijo:

—Voy a buscar un director para la película lo más pronto posible.

—Me parece estupendo.

Y además estaba el asuntillo de los premios Emmy, a los que asistí con Sally y Caitlin, a quien todos encontraron absolutamente encantadora. Cuando llegaron al premio para el mejor guion de comedia de televisión, y abrieron el sobre y pronunciaron mi nombre, mis dos chicas me besaron y subí al escenario y acepté el premio con un pequeño discurso en que daba las gracias «a todas las personas con más talento que yo que confirieron a mis borradores una excepcional vida televisiva», además de reconocer el hecho de que la única forma de ganar un premio como ese era tener suerte pura y dura.

Por eso, cuando veo en perspectiva la extraordinaria experiencia profesional que ha sido *Te vendo*, sé que pensaré en este como en uno de esos raros e incomparables momentos de la vida profesional en que todos los planetas estaban alineados, las divinidades de la buena suerte sonreían, me enteré de que Providence no era solo una ciudad de Rhode Island o, hablando claro, sencillamente tuve suerte.

Fue la culminación de dos años extraordinarios. Aquella noche, al meterme en la cama con Sally, con el cerebro todavía burbujeante por el exceso de champán, me encontré pensando: lo has conseguido, has llegado, toda tu vida habías soñado con esto, y ya lo tienes.

Felicidades: este es tu momento.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Los problemas empezaron con una llamada telefónica. Una llamada a primera hora de la mañana, a las seis cuarenta y ocho para ser exactos (según el reloj digital de la mesita) el miércoles después de los premios Emmy. Sally ya se había ido a uno de sus desayunos habituales de confabulación con Stu Barker, y yo estaba profundamente dormido cuando el teléfono me despertó de golpe. Me incorporé sobresaltado, con una idea incrustada en mi nublado cerebro: una llamada a esas horas nunca es para dar buenas noticias.

La llamada era de mi productor, Brad Bruce. Como cualquier productor, Brad siempre parecía tenso. Pero en cuanto empezó a hablar, me di cuenta de que no estaba simplemente nervioso: pasaba algo muy grave.

—Perdona que te llame a estas horas —dijo Brad—, pero tenemos un problema.

Me senté en la cama.

—¿Qué problema, Brad?

—¿Te suena un periodicucho sensacionalista llamado *Hollywood Legit*? —preguntó, mencionando un periódico alternativo que había aparecido en escena hacía un año, en competencia con *Los Angeles Reader*, que se jactaba de realizar reportajes de investigación y de criticar la habitual prosopopeya de Hollywood.

—¿Ha salido la serie en *The Legit*? —pregunté.

—Eres tú el que has salido, David.

—¿Yo? Si solo soy guionista.

—Un guionista muy famoso, lo que te hace vulnerable a toda clase de acusaciones.

—¿Me han acusado de algo?

—Me temo que sí.

—¿De qué exactamente?

Oí que Brad tragaba saliva, y después, expulsaba aire al pronunciar una sola palabra:

—Plagio.

Mi corazón se saltó tres latidos.

—¿Qué?

—Te acusan de plagio, David.

—Es una locura.

—Me alegro de oírlo.

—Yo no plagio, Brad.

—Estoy seguro de que no.

—Entonces si no plagio, ¿por qué me acusan de plagiar?

—Porque ese periodista de mierda, Theo MacAnna, escribió algo en su columna semanal, que va a salir a la calle mañana por la mañana.

Conocía la columna de Theo MacAnna: se titulaba «Trapos sucios» y sin duda sacaba muchos a relucir. Semana sí, semana también, aquel hombre destapaba toda clase de desagradables escándalos del mundo del espectáculo. Era de las columnas que yo siempre leía con cierto interés morboso, porque a todos nos gustan los cotilleos, hasta que nosotros somos el objetivo.

—¿No saldré yo en esa columna? —pregunté.

—En la misma. ¿Quieres que te lea el fragmento? Es bastante largo.

No prometía nada bueno.

—Adelante —dije.

—De acuerdo, allá voy: «Las felicitaciones se acumulan para el creador de *Te vendo*, David Armitage. Después de recibir la semana pasada un Emmy como escritor de comedia, ahora está acumulando una sensacional colección de críticas de la nueva temporada que, hay que reconocerlo, es aún mejor que la primera...».

Le interrumpí.

—«Hay que reconocerlo», qué observación más mezquina.

—Me temo que se pone peor. «Indiscutiblemente, David Armitage debe ser considerado uno de los grandes descubrimientos de los últimos años, y no solo por su comicidad irónica y sarcástica, sino también por el brillante

repertorio de observaciones ingeniosas pronunciadas, una semana tras otra, por sus hiperansiosos personajes. Sin embargo, por mucho que nadie quiera discutir la originalidad del talento cómico del señor Armitage, hace unos días un informador de largas orejas ha proporcionado a esta columna la intrigante noticia de que un diálogo completo de un episodio del ganador del premio Emmy, David Armitage, se ha sacado casi palabra por palabra de una comedia clásica del periodismo, Primera plana...».

Interrumpí a Brad de nuevo.

—Eso es una estupidez —dije—, hace mil años que no veo Primera plana...

Entonces me interrumpió Brad a mí.

—¿Pero la has visto?

—Claro, las dos, la película de Billy Wilder y la versión de Howard Hawkes con Cary Grant y Rosalind Russell. Y también actué en una producción de la universidad en Dartmouth.

—Ah, qué maravilla...

—Todo eso fue hace casi veinte años.

—Pues evidentemente te acuerdas de algo. Porque el fragmento que supuestamente utilizaste...

—Brad, no he utilizado nada.

—Escúchame. Esto es lo que escribe MacAnna: «El intercambio de frases ingeniosas en cuestión puede localizarse en el episodio de *Te vendo* gracias al cual Armitage ha ganado el Emmy, en el que JOEY, el chico de los recados de la ficticia agencia de relaciones públicas de Armitage, choca contra un furgón de la policía mientras lleva a una clienta importante a una grabación del *Oprah Show*. A continuación entra vacilante en la oficina, para informar a JEROME, el fundador de la agencia, de que su diva está en el hospital, quejándose de brutalidad policial. En el guion de Armitage, este es el diálogo:

»JEROME: ¿Que has chocado con un furgón de la policía?

»JOEY: ¿Qué puedo decir, jefe? Ha sido un accidente.

»JEROME: ¿Hay algún policía herido?

»JOEY: No me he quedado para averiguarlo. Pero ya sabes lo que pasa cuando le das a un furgón de la policía. Salen todos rodando como limones.

»Comparen ahora este brillante diálogo con el siguiente fragmento de Primera plana, en el que Louis, el guardaespaldas del intrigante editor, WALTER BURNS, se precipita en la sala de prensa para advertir a su jefe de que, mientras paseaba por la ciudad a la futura suegra de la mejor reportera, Hildy Johnson, ha chocado con una furgoneta de la policía de Chicago:

»WALTER: ¿Que has chocado con un furgón de la policía?

»LOUIE: ¿Qué puedo decir, jefe? Ha sido un accidente.

»WALTER: ¿Hay algún policía herido?

»LOUIE: No me he quedado para averiguarlo. Pero ya sabes lo que pasa cuando le das a un furgón de la policía. Salen todos rodando como limones».

—Dios Santo —susurré—. Nunca he...

—Espera a oír el párrafo final de MacAnna. «Indiscutiblemente, esta reproducción literal de Armitage es uno de los ejemplos involuntarios más claros de lo que los franceses llaman “homenaje”, más conocido en lenguaje llano como copiar. Este será sin duda el único caso de plagio en la obra de Armitage. Sin embargo, está absolutamente claro, que en esta ocasión, este autor de extraordinario talento e ingenio ha confirmado un famoso aforismo de T. S. Eliot: “Los poetas inmaduros imitan, los poetas maduros roban”».

Un largo silencio. De repente me sentía como si acabara de caer por el agujero de un ascensor.

—No sé qué decir, Brad.

—No hay mucho que decir. Por decirlo directamente, te ha pillado con las manos en la masa...

—Eh, no tan deprisa. ¿Estás diciendo que utilicé deliberadamente el diálogo de Primera plana?

—No estoy diciendo nada. Solo veo los hechos. Y los hechos son estos: el diálogo que ha citado de tu guion y el de esa película son esencialmente el mismo.

—Vale, vale, puede que el diálogo sea el mismo. Pero no es como si me hubiera puesto a escribir con el guion de Primera plana delante y hubiera copiado...

—David, créeme, no te estoy acusando de nada. Pero el hecho es que te han pillado con el arma humeante en la mano.

—Todo esto es banal.

—No, este es un asunto muy serio.

—A ver, ¿de qué se trata? Un diálogo de un guion que tiene setenta años y que de algún modo acaba, por osmosis, en mi guion. No se trata de un caso intencionado de plagio literario. Se trata de un uso involuntario de un diálogo ya utilizado, nada más. ¿Quién no se apropia de bromas? Es la esencia del juego.

—Es cierto, pero hay una diferencia entre utilizar el gag de alguien y que aparezcan cuatro líneas de diálogo de una obra famosa en tu guion.

Un largo silencio. Me estallaba la cabeza, y de golpe me di cuenta de que estaba metido en un buen lío.

—Brad, tienes que saber que ha sido completamente involuntario por mi parte...

—Y tú, David, tienes que saber que, como tu productor, tengo que ponerme de tu parte en esto. Por supuesto, sé que no harías algo tan tonto y autodestructivo como plagiar. Por supuesto, entiendo que un par de diálogos de otro puedan aparecer involuntariamente en tu trabajo. Y, por supuesto, sé que todos los autores son, en algún momento, culpables de esa pequeña falta. El problema es que te han pillado.

—Pero no es justo..., sobre todo considerando lo insignificante de la falta.

—Todos de acuerdo. Pero el hecho persiste: el cabronazo de MacAnna te ha vendido. Mañana por la mañana, lo sabrá todo el mundo en esta ciudad. De hecho, ya se ha corrido el rumor, y por eso te llamo a una hora tan intempestiva.

—Cuando dices que «ya se ha corrido el rumor»...

—Digo que tengo noticias aún peores. Ya conoces a Tracy Weiss...

—dijo, refiriéndose a la jefa de relaciones públicas de la FRT.

—Claro que conozco a Tracy.

—Anoche, a las nueve y media, la llamó un periodista de Variety, Craig Clarke, que quería un comentario oficial de la FRT. Por suerte Tracy conoce bastante bien a Clarke y, de hecho, tuvieron una historia mientras él estaba

temporalmente separado de su esposa, pero eso no lo sabes por mí. En fin, ella le convenció de que no publicara nada hasta hoy, con la condición de que tendría una declaración exclusiva de la FRT y tuya.

—Maravilloso.

—Escucha, estamos en modo control de daños. Así que todo lo que puedas hacer para calmar la tormenta...

—Entendido, entendido.

—Cuando Tracy me llamó anoche...

—Si te enteraste anoche, ¿por qué has esperado a llamar hasta hoy? —protesté.

—Porque Tracy y yo sabíamos que, si te lo decíamos anoche, no serías capaz de dormir. Y decidimos que, teniendo en cuenta lo que te caerá encima hoy, necesitabas una buena noche de descanso.

Sobre todo porque probablemente sería la última noche de descanso que tendría en mucho tiempo.

—¿Qué me espera hoy, Brad?

—Tienes que estar en la oficina a las ocho, no más tarde. Tracy y yo estaremos. Y también Bob Robison...

—¿Bob lo sabe? —pregunté, bastante nervioso.

—Bob es el jefe de series. Por supuesto que lo sabe. Y aunque no me guste decírtelo, mañana a la hora de almorzar, esto será noticia en las dos costas. Lo que espera Tracy es que podamos redactar un comunicado en el que admitas que fue una utilización involuntaria; que lamentas el error, y que solo eres culpable de repetir una buena broma. En fin, cuando hayamos redactado el comunicado, tienes una entrevista de diez minutos con el periodista de Variety...

—¿Tengo que hablar con él cara a cara?

—Si quieres ganarte su comprensión, no hay otro modo. Y Tracy cuenta con que, si te concede el beneficio de la duda, podamos sacar nuestra versión de la historia simultáneamente con la mierda de columna de MacAnna, y con suerte cauterizar este asunto rápidamente.

—¿Y si el tipo de Variety no se traga mi versión, qué?

Una vez más oí a mi productor respirar honda, profundamente.

—No adelantemos hechos.

Un largo silencio. Levanté la mirada un momento y me vi en el espejo que había frente a la cama. Parecía un ciervo que acabara de quedar expuesto ante los faros de un camión: aterrorizado, y sin embargo extrañamente inmóvil... e incapaz de creer que un destino tan absurdo estuviera a punto de abatirse sobre él.

—David, ¿sigues ahí? —preguntó Brad.

—Sí —dije bajito—. Es que no me lo puedo creer, Brad. Estoy hecho polvo.

—Oye, ya sé que es un desastre...

—¿Un desastre? Es una locura. Sobre todo porque es mucho ruido por nada.

—Exactamente. ¡Y eso es lo que vamos a decir! Por eso sé que lo superaremos. Pero David, hay algo que debo preguntarte...

Sabía lo que iba a decir.

—No —dije—. Nunca, nunca he plagiado nada intencionadamente. Y no, que yo sepa, no hay otros párrafos o citas involuntarias del trabajo de otros en ninguno de mis guiones de *Te vendo*.

—Es exactamente lo que quería oír. Ahora mueve el culo y ven rápidamente. Va a ser un día muy largo.

En el coche, durante el trayecto a la oficina, llamé a Alison a casa. Como yo, estaba medio dormida cuando descolgó el teléfono. Pero cuando terminé de explicarle por qué la llamaba estaba totalmente despejada.

—Es la cosa más rastrera que he oído en mi vida —dijo Alison cuando le resumí la columna de MacAnna—, y te aseguro que me he topado con cosas bastante viscosas.

—Lo mires como lo mires, es un desastre.

—Es una tontería disfrazada de escándalo. Malditos periodistas. Tienen todos la moral de una rata. Son capaces de acabar con cualquier cosa que se mueva.

—¿Qué voy a hacer?

—Pase lo que pase, sobrevivirás.

—Eso me tranquiliza mucho.

—Quiero decir que no te dejes llevar por el pánico. Y menos cuando estés al volante de esa máquina germana tuya. Llega a la oficina sano y

salvo. Nos veremos allí. Y créeme: no permitiré que te crucifiquen, David. Ni siquiera les permitiré que te azoten. Tú aguanta.

Mientras me abría camino entre el tráfico, mi estado de ánimo osciló de un extremo al otro. En los escasos veinte minutos que me llevó recorrer la calle 10, pasé por todos los estados psicológicos de la aflicción: negación, ira, más negación, más ira, seguidas de aún más negación y aún más ira. Por alguna extraña razón, no alcancé esa meseta iluminadora llamada «aceptación», seguramente porque estaba demasiado furioso y trastornado para empezar a aceptar nada. Sin embargo, algo bueno sí pasó durante el camino hacia la FRT: mi vacilante estado de ánimo finalmente cambió del temor a la beligerancia. De acuerdo, podía ser que mi subconsciente me hubiera jugado una mala pasada, pero no había hecho nada incorrecto deliberadamente. Es más, aquel rastrero de MacAnna estaba tomando un par de líneas de diálogo sin importancia para transformarlas en un delito con el que quemarme en la hoguera. En mi opinión, la única forma de combatir un comportamiento periodístico tan perverso era salir de la esquina a puñetazos.

—Esto es exactamente lo que no vamos a hacer —dijo Tracy Weiss, cuando le propuse mi enfoque beligerante al inicio de la reunión.

Nos reunimos en el despacho de Brad, sentados a la «mesa de ideas» (como la llamaba él) circular donde normalmente discutíamos los nuevos temas para la serie. Sin embargo, aquella mañana, Brad, Tracy y Bob Robison me recibieron con palabras de apoyo y caras tensas que delataban su miedo, y que dejaban claro también que, en última instancia, aquella no sería una situación comunal del tipo «la culpa es de todos». Por el contrario, desde el momento en que me senté frente a los tres a la mesa, me di cuenta de que, a pesar de que aquello era, corporativamente hablando, su problema, yo era el acusado. Y si había un castigo, me tocaría a mí cumplirlo.

—El hecho es, David —dijo Tracy—, que por mucho que MacAnna sea en el mejor de los casos una escoria vengativa, te tiene pillado por los cojones. Lo que significa que, nos guste o no, tenemos que ir con cuidado con todo esto.

Alison, sentada a mi lado, encendió un cigarrillo y dijo:

—Pero lo que está haciendo MacAnna es como intentar condenar a David por no cruzar la calle por la zona peatonal.

—No te enrolles, Alison —dijo Bob Robison—. Tiene pruebas. Y eso es lo que se necesita para condenar a alguien, te lo dice un exmiembro del Colegio de Abogados de California. Los motivos no cuentan una mierda si te pillan con las manos en la masa.

—Pero esto es diferente —dije—. El supuesto plagio fue subliminal...

—Vaya puta excusa —dijo Bob Robison—. No querías hacerlo, pero lo hiciste.

—Es una buena puta excusa —intervino Alison—, porque en la mitad de los casos los autores no saben de dónde procede su inspiración.

—Por desgracia, Theo MacAnna ha desvelado esa incógnita en el caso de David —objetó Robison.

—No lo hice aposta —protesté.

—Mis condolencias —dijo Robison—, y lo digo en serio. Ya sabes cuánto te aprecio. Pero el hecho es el mismo: ha sucedido. Has plagiado. Puede que no quisieras plagiar, pero lo has hecho. Decir lo contrario ahora sería como lo del hombre a quien su esposa pilla en la cama con otra mujer, y él salta de la cama, desnudo, gritando: «¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!».

—¿Ella le cree? —preguntó Brad con una sonrisita.

—¿Tú qué crees? —dijo Robison; después se volvió hacia mí—: ¿Entiendes lo que quiero decir, David?

Asentí.

—Os repito a Alison y a ti que quiero que sepáis que te apoyamos en todo. Que no te abandonaremos —dijo Brad.

—Es muy conmovedor, Brad —dijo Alison secamente—, y espero no tener que recordarte esta promesa.

—Vamos a presentar batalla —dijo Tracy—, pero de una forma que no parezca ni agresiva ni defensiva. La idea es cerrar cualquier discusión o investigación ulterior emitiendo un comunicado en el cual David admita culpabilidad accidental...

—Buena frase —dijo Robison.

—... Pero en el que no nos arrodillamos. El tono va a ser muy importante. Como lo es el tono que tú mantengas en la entrevista con Craig

Clark.

—¿Crees que será comprensivo? —preguntó Brad.

—En primer lugar y sobre todo, es un periodista del mundo del espectáculo. Y un artículo como este..., en fin, espero que tenga bastante conocimiento de la industria, especialmente de los autores, para comprender cómo ha podido suceder algo así involuntariamente. Por otro lado, no es una rata maliciosa como MacAnna. Le daremos la entrevista en exclusiva con David, y le encanta el programa. Confiemos en que decida que el artículo merece ser tratado como algo marginal y nada más.

Pasamos la hora siguiente elaborando (cómo odio ese verbo) la declaración oficial de la FRT, en la que la empresa reconocía que inadvertidamente yo había incluido en mi texto algunas líneas de *Primera plana*, que lamentaba enormemente aquel «error involuntario» (palabras de Tracy, no mías), y me había sentido consternado cuando me lo habían señalado. Había una cita de Bob Robison declarando que aceptaba mi explicación de la «inclusión» y que la cadena me daba todo su apoyo, hasta el punto de que, como se había informado en la prensa el mes anterior, acababan de firmar un contrato conmigo para la próxima temporada de *Te vendo* (fue Alison la que insistió en que incluyeran esa línea en el comunicado, para recordar a todo el mundo que no solo estaban de mi parte, sino que seguirían «manteniendo la relación»).

Finalmente, había una declaración mía, en la que aparecía muy contrito, pero también sinceramente estupefacto por cómo podía haber sucedido: «Los escritores son como esponjas: lo absorben todo, después lo reciclan, a veces sin ni siquiera darse cuenta. Sin duda ha sido este el caso de las cuatro líneas de diálogo de *Primera plana* que han acabado incluidas en un episodio de la temporada pasada de *Te vendo*. Lo reconozco: *Primera plana* es una de mis obras preferidas e incluso la representé en la universidad.

Sin embargo fue en 1980, y no la he visto ni leído desde entonces. ¿Cómo, entonces, han acabado un puñado de líneas incomparables de Ben Hecht y Charles MacArthur en mi guion? Sinceramente, no lo sé. Eso no excusa esta inclusión accidental (palabras de Tracy otra vez), que me ha hecho sentir muy avergonzado, como se sentiría cualquier escritor. Nunca he utilizado intencionadamente las palabras de otro autor. Es un error

aislado, y lo único que puedo alegar es confusión mental, más conocida como sacar una broma del desordenado almacén de mi cerebro, sin recordar dónde la había oído la primera vez».

Discutimos la declaración confesional a fondo. Bob Robison deseaba que fuera un *mea culpa* y basta (es católico al fin y al cabo). Alison quería que mantuviera una actitud de disculpa, pero que al mismo tiempo fuera desafiante, insistiendo en que se trataba de una nadería; ¿o acaso las bromas de unos no acaban siempre en el material de otros? Pero fue Tracy la que me animó a equilibrar la contrición con el ingenio, y a mostrarme al mismo tiempo apesadumbrado e irónico con el asunto.

—Este es también el tono que debes mostrar con Craig Clark —dijo Tracy cuando terminamos de redactar mi declaración.

Apenado, avergonzado, pero con «irónica complicidad», sea lo que sea eso.

Craig Clark resultó ser una persona bastante agradable para ser periodista. Aunque ninguno de los que estábamos allí dejó entrever que conocía la historia que había tenido con Tracy, todos observamos con interés cómo le trataba ella. Y cuando el imbécil de Bob comentó algo así como «¿No acabas de ser padre otra vez hace poco?» (después tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su incomodidad), Craig evitó mirar a Tracy mientras contestaba que efectivamente, él y su esposa (con la que evidentemente se había reconciliado) estaban encantados con su hija de cuatro meses, Mathilda. La sonrisa congelada de relaciones públicas de la pobre Tracy era tan tensa que parecía a punto de resquebrajarse. Lo sentí sinceramente por ella.

Aun así, se comportó de forma totalmente profesional. Después de hacer salir a los demás del despacho de Bob, se sentó discretamente en un rincón mientras Craig me atormentaba a preguntas. Tenía cuarenta y pocos años: era bajo y fornido, y demasiado nervioso en su comportamiento, pero absolutamente profesional y bastante comprensivo, para mi alivio.

—Permita que le diga de entrada que soy un gran admirador de *Te vendo*.

—Gracias —dije.

—En serio, creo que es un gran salto adelante en la comedia televisiva, totalmente original. Por eso, bien..., esta acusación debe de ser muy dura para usted. Para empezar, me gustaría preguntarle: ¿cree que en una u otra ocasión la mayor parte de los autores ha tomado prestado involuntariamente algo de otro autor?

¡Dios bendito! El hombre estaba de mi parte. No deseaba descuartizarme, o hundir mi carrera. Es verdad que me hizo un par de preguntas peliagudas: sobre si un préstamo accidental era una falta venial (a lo que respondí «No, no lo es», con la esperanza de que el enfoque «no pretendo disculparme» le impresionara) y si merecía una severa censura por parte del colegio profesional («Probablemente», contesté, manteniendo la línea «cumpliré mi castigo como un hombre»). Pero también le hice reír, diciendo que gracias a Dios que si había tomado prestado sin querer de alguien hubiera sido de Primera plana y no de El Crucero del Amor. También le dije que, como penitencia, escribiría el guion de la siguiente película de Jackie Chan. En resumen, creo que logré el tono de «de acuerdo, lo siento, pero esto no es un delito federal», que me había pedido Tracy. Una vez terminados los veinte minutos (Tracy le permitió pasarse de tiempo, porque Clark parecía estar disfrutando), me estrechó la mano y dijo:

—Espero que esto sea solo un pequeño contratiempo en su carrera.

—Gracias —dije—, le agradezco la seriedad de su entrevista.

—Ha sido un gran entrevistado.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un cuaderno de notas; escribí los teléfonos de mi casa y del móvil en una página, la arranqué y se la di.

—Si necesita preguntarme algo más, llámeme a cualquiera de estos dos números. Y cuando se hayan calmado las cosas, quizá podríamos tomar una cerveza.

—Sería estupendo —dijo, guardándose el papel—. Sobre todo porque..., bueno, he escrito un par de guiones para la televisión...

—Ya hablaremos.

Me estrechó la mano otra vez.

—Nos veremos —dijo.

Tracy le abrió la puerta y dijo:

—Te acompañaré al coche. —Él asintió y salieron. Al cerrar la puerta Tracy me dijo, en voz baja—: Lo has hecho muy bien. Mejor que bien. Creo que le caes simpático.

—Recemos por ello. Parece una buena persona.

La expresión de Tracy se tensó.

—No, no lo es —dijo, y se fue.

En cuanto se marchó, Alison entró en el despacho.

—Tracy me ha dado el visto bueno con el pulgar levantado. ¿Estás contento de como ha ido?

Me encogí de hombros.

—Ahora mismo, me siento atontado.

—Vas a sentirte aún más atontado. Mientras te esperaba en tu despacho, Jennifer ha recibido una llamada de Sally. Ha dicho que era urgente.

Oh, estupendo. Se ha enterado, antes de que yo pudiera decírselo personalmente.

Fui a mi despacho y llamé a Sally. Su secretaria me la pasó inmediatamente. Las primeras palabras de Sally fueron:

—Estoy estupefacta.

—Cariño, puedo...

—... Y lo que me ha dolido más ha sido enterarme por otros.

—Es que yo me he enterado poco antes de las siete.

—Deberías haberme llamado inmediatamente.

—Sabía que estabas desayunando con Stu...

—Habría contestado a tu llamada.

—El caso es que tenía que venir rápidamente al despacho, y he estado reunido desde entonces, por no hablar de una entrevista con un periodista de Variety.

—¿Variety ya lo sabe? —dijo, en tono angustiado.

—Sí, pero Tracy Weiss, la jefa de relaciones públicas...

—Sé perfectamente quién es Tracy Weiss.

—Lo siento, lo siento, en fin, el periodista de Variety llamó a Tracy anoche y ella decidió...

—De modo que ella lo sabía anoche.

—Sí, pero yo no, me lo dijeron esta mañana. Y para hacer pública nuestra versión, ella decidió ofrecer una exclusiva a ese periodista...

—¿Saldrá en el Daily Variety de mañana?

—Sin duda.

—¿Y la FRT ha hecho un comunicado?

—Sí, con una declaración contrita personal mía.

—¿Les pedirás que me la manden por fax?

—Claro, cariño. Pero, por favor, no te pongas fría y profesional conmigo. Ahora te necesito.

—Si me necesitabas, deberías haberme llamado inmediatamente. Se supone que soy el amor de tu vida.

—Sabes que lo eres. Es solo... Dios, Sally, esta historia es alucinante.

—¿Puedes imaginar cómo me he sentido yo? Cuando me ha enseñado la columna de Hollywood Legit un don nadie de nuestra oficina de prensa, y me ha dicho: «Qué pena lo de tu novio, debes de estar preocupadísima», y yo sin saber nada...

—Lo siento, lo siento, estoy...

Me callé de golpe, con la sensación de que me estaba aplastando una apisonadora.

—¿David?

—Sí.

—¿Estás bien?

—No. Evidentemente no estoy bien.

—Ahora me siento fatal.

—Sabes cuánto te quiero..., —dije.

—Y tú sabes cuánto te quiero yo. Es solo que...

—Tienes razón, tienes razón. Debería haberte llamado. Pero todo ha sido un caos. Y...

—No tienes que darme explicaciones. He reaccionado de una manera exagerada. Pero estaba increíblemente angustiada. Y el asunto tiene muy mala pinta.

—Dímelo a mí.

—Fue involuntario, ¿verdad?

—Desde luego no fue premeditado.

—Bueno, algo es algo. ¿Estás seguro de...?

Otra vez la pregunta: la que todos necesitaban hacerme.

—Te lo aseguro, es la única ocasión en que un diálogo de otro ha acabado en un guion mío.

—Te creo, por supuesto que te creo, créelo. Y eso es una buena noticia. Porque si solo es un incidente aislado...

—Es un incidente aislado.

—Claro, por supuesto —dijo ella—. Y como ha sido un incidente aislado, se perdonará y olvidará rápidamente.

—No he plagiado intencionadamente —dije, en tono vehemente.

—Ya lo sé. Y sé que dentro de una semana estará todo olvidado.

—Espero fervientemente que tengas razón.

—Siempre tengo razón —dijo ella con tono alegre, y yo me reí por primera vez desde que me había despertado.

—¿Sabes lo que sería estupendo? —pregunté—. Un largo almuerzo alcohólico contigo. Creo que necesito un martini anestésico ya.

—Cariño, sabes que tengo que volver a Seattle esta tarde.

—Lo había olvidado... —Es aquella serie nueva...

—Vale, vale.

—Pero volveré el sábado a primera hora. Y te llamaré a todas horas.

—Estupendo.

—Todo se arreglará, David.

—Espero que tengas razón.

Después de colgar, saqué la cabeza del despacho y vi a Alison sentada detrás de la mesa de Jennifer, llamando por teléfono. Le hice una señal con la cabeza para que viniera. Cuando terminó la llamada, entró y cerró la puerta.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Al final se ha mostrado comprensiva.

—Algo es algo —dijo, en tono neutral.

—No lo digas.

—¿Decir qué?

—Lo que piensas de Sally.

—No estoy pensando en Sally.

—Mentirosa.

—Me confieso culpable. Pero al menos ha entrado en razón, supongo que después de decidir que el asunto podía perjudicarla a ella también.

—Eso es una canallada —dije.

—Pero totalmente cierta.

—¿Cambiamos de tema?

—Encantada. Porque tengo buenas noticias: acabo de hablar con Larry Latouche de la Asociación de Autores de Cine y Televisión —dijo—. Ya sabía lo del artículo de MacAnna.

—¿Ah, sí?

—Qué puedo decirte..., es una semana mala para los cotilleos en el mundo del espectáculo. Tal vez si tenemos suerte, en las próximas cuarenta y ocho horas pillarán a algún actor famoso con una mexicana clandestina menor de edad, y nos robará un poco de atención. Sin embargo, por ahora, estás a punto de convertirte en el tema de las habladurías de la ciudad. Y el rumor está corriendo deprisa.

—Qué maravilla.

—Pero la buena noticia es que Latouche está indignado con las acusaciones de MacAnna, sobre todo porque él mismo puede citar al menos un par de docenas de ejemplos de unas pocas líneas del guion de otro que han acabado inocentemente utilizadas en alguna parte. En fin, quería que supieras que la asociación te apoya plenamente, y que piensa dar un comunicado de prensa mañana por la mañana, confirmándolo y también condenando a MacAnna por convertir una tontería en una noticia infamante.

—Más tarde llamaré a Latouche para darle las gracias.

—Buena idea. Ahora mismo necesitamos a buenos tiradores de tu parte.

Llamaron a la puerta y entró Tracy, con una copia del comunicado de prensa.

—Ya está. Los peces gordos de la central de Nueva York le han dado el visto bueno.

—¿Cómo se lo han tomado? —preguntó Alison.

—No están muy contentos, a nadie le gustan los escándalos. Pero le dan todo su apoyo a David, y quieren que este asunto concluya cuanto antes mejor.

Alison le contó lo de la declaración de Latouche y a Tracy no le hizo gracia.

—Está bien tener su apoyo, Alison —dijo—, y te agradezco que te preocuparas por esto, pero ojalá me lo hubieras consultado primero.

Alison encendió otro cigarrillo.

—No sabía que trabajara para ti, Tracy —comentó.

—Ya sabes a qué me refiero —insistió Tracy.

—Sí, eres una obsesa del control.

—Alison... —intervine.

—Tienes razón —dijo Tracy—. Soy una obsesa del control. Y quiero controlar esta situación para que la carrera de tu cliente no salga perjudicada. ¿Eso te molesta?

—No, pero tu tono sí —siguió Alison.

—Y tus cigarrillos están poniendo a prueba mi «obsesión por el control» —estalló Tracy—. Porque resulta que está prohibido fumar en estas oficinas.

—Entonces será mejor que me largue —dijo Alison.

—Alison, Tracy —intervine—, ¿por qué no nos tranquilizamos un poco?

—Claro —aceptó Alison—, y ya puestos, podemos abrazarnos y soltar una lagrimita y alcanzar la iluminación.

—No quería molestarte, Alison —dijo Tracy.

—Esta mierda de situación es lo que me molesta, y lo digo como un intento de disculpa.

—¿Cenamos esta noche? —le pregunté a Alison.

—¿Dónde está tu enamorada?

—Vigilando un piloto que se está rodando en Seattle.

—Entonces invito a los martinis. Necesitamos seis por cabeza como mínimo. Ven al despacho sobre las seis.

Después de que Alison se marchara, Tracy se volvió hacia mí y dijo:

—Si no te importa que te lo diga, es un pedazo de mujer, y tienes mucha suerte de tenerla de tu parte. Creo que sería capaz de matar por ti.

—Sí, es bastante feroz, y absurdamente leal.

—Pues tienes suerte. Eliminaron la palabra «lealtad» hace mucho tiempo del vocabulario de Los Ángeles.

—¿Pero puedo contar con la tuya, no?

—Por supuesto —contesto rápidamente—. Forma parte del servicio. Además creo que en este asunto te la han jugado.

—¿Y ahora qué hago?

—Esperar y ver qué pasa con el artículo de MacAnna, y cuál es la reacción a la entrevista de Daily Variety. Te diré algo: las próximas setenta y dos horas son cruciales. Si el lunes por la mañana la noticia está muerta, hemos ganado. Si todavía le queda cuerda, tenemos un problema.

—Me parece que va a ser un fin de semana largo.

—Muy largo, me temo.

Pero al mediodía del día siguiente, la sensación era de que habíamos ganado la guerra de las relaciones públicas. Aunque Los Angeles Times publicó un breve artículo en la sección de «Espectáculos» sobre la columna de MacAnna, los demás periódicos de ámbito nacional no recogieron la noticia, una buena señal de que el asunto se consideraba un cuento de Hollywood, y poco más. El Hollywood Reporter, por su parte, publicó dos largas páginas sobre las cuatro malditas líneas de diálogo; era un reportaje equilibrado, con mis disculpas (del comunicado de prensa) y la justificación de Larry Latouche de mi postura. Mejor aún fue el artículo de Craig Clark en Daily Variety, que se ponía de mi parte, y señalaba que durante nuestra entrevista en exclusiva me había mostrado totalmente abierto acerca del «plagio incidental», y «no había intentado echar cortinas de humo o añadir justificaciones exageradas al estilo Clinton por su error involuntario». Continuaba citando a cinco autores famosos de televisión y cine (a los que evidentemente había localizado el día anterior), y todos ellos salían en mi defensa. Pero el golpe de gracia lo daba un comentario que Clark había obtenido de Justin Wanamaker, un hombre que (junto con William Goldman y Robert Towne) era considerado uno de los guionistas más eminentes de los últimos treinta años. En un comunicado preparado (que según decía Clark, Wanamaker le había mandado por correo electrónico en exclusiva para Variety) sencillamente hundía el cuchillo en la espalda de Theo MacAnna. Y lo retorció un par de veces: «Hay periodistas serios del mundo

del espectáculo y hay pugilistas de moral sospechosa como Theo MacAnna, que no dudan ante la posibilidad de destruir una carrera con presuntas insinuaciones de plagio, basadas en la inconsistente premisa de que tomar prestada una broma constituya un pecado mortal, merecedor de ser denunciado ante la Inquisición. Hay algo profundamente deplorable en ver a un escritor de tres al cuarto atacar a uno de los talentos cómicos más auténticos que existen actualmente en Estados Unidos».

A Tracy le entusiasmó el artículo de Craig Clark, así como a Brad y a Bob Robison y, por supuesto, a Alison.

—Hasta hace solo cinco minutos, siempre pensé que Justin Wanamaker era un pedante pomposo —dijo—. Pero ahora le nominaría para el premio Nobel. El tipo es un artista. Espero que esto destruya la reputación de esa rata.

Sally también me llamó desde Seattle, encantada con el artículo de Variety.

—Esta mañana no han parado de llamarme, con muestras de solidaridad y diciendo lo mal que te han tratado, y lo elegante que has sido en la entrevista de Variety. Estoy muy orgullosa de ti, mi vida. Lo has llevado de maravilla: venceremos.

Qué alegría saber que seguíamos siendo «nosotros». Pero no podía culpar a Sally por su enfado del día anterior. La forma en que se había enterado debió de ser muy desagradable para ella, y como cualquiera (yo especialmente) había reaccionado con una mezcla de miedo, rabia e incredulidad.

Pero tenía razón, estábamos dándole la vuelta a una situación potencialmente desastrosa, hasta el punto de que mi contestador y mi correo electrónico, tanto de casa como del despacho, se inundaron de mensajes de apoyo de amigos y colaboradores profesionales. Mejor aún, el sábado, la ola de la marea se volvió contra Theo McAnna, con tres cartas publicadas en las páginas de editorial de Los Angeles Times que recordaban otros casos de plagio involuntario, y que vituperaban el periodismo sensacionalista. Después, en la edición dominical del mismo periódico, llegó un gancho de izquierda arrasador, en forma de un artículo breve de trescientas palabras en la sección de «Miscelánea de Arte», que aseguraba

que, antes de ser gacetillero del Hollywood Legit, MacAnna había pasado cinco años intentando entrar en el mundo de la comedia de televisión, sin ningún éxito. Se citaba a un productor de la NBC que decía que habían empleado a MacAnna brevemente como guionista a finales de los noventa, pero que lo habían despedido —y en una muestra de cita vengativa— «cuando quedó claro que su escaso talento seguiría siendo escaso». También se señalaba que, poco después de que la NBC lo echara, la International Creative Management también lo había descartado como cliente.

—Ojalá las cosas siempre fueran así —dijo Sally después de leerme el análisis desmembrador de Los Angeles Times sobre MacAnna—. Han declarado abierta la temporada sobre ese imbécil.

—Con toda la razón, porque él se ha hecho una carrera jugando a perro rabioso de Hollywood. Ahora le han neutralizado, y todos se sienten seguros para darle la patada.

—Se lo merece. Y lo más bonito es que tú no solo te has vengado, sino que vas a salir del incidente como parte ofendida, y como una persona que sabe defenderse.

Sally había vuelto a dar en el clavo. Durante la semana, recibí una llamada de Jake Jonas, el jefe de producción de la Warner, asegurándome que Romper y entrar «pronto tendría luz verde», que lo estaba leyendo Steven Soderbergh (a quien le encantaba, según ellos) y había prometido comunicar su decisión el viernes. Después, hacia el mediodía del domingo, Sheldon Schwartz, el presidente ejecutivo de la FRT, también me llamó a casa y me contó la anécdota siguiente:

—Hace un año, la Asociación Judía de Orange County me nombró ejecutivo del año de entretenimiento, y durante mi discurso de aceptación yo di las gracias a mi esposa, Babs, diciendo, y es una cita literal: «Siempre ha estado conmigo a las tres de la madrugada, cuando el resto del mundo duerme». Después todo el mundo me felicitó por la frase, a excepción de Babs, que me recordó que esa era la frase exacta que utilizó el dramaturgo August Wilson cuando dio las gracias a su esposa durante su discurso de aceptación del premio Tony a principios de los noventa. Yo había asistido a esos premios, por supuesto, y la frase de Wilson se me había quedado

grabada y, todos esos años más tarde, me salió, disimulada como un comentario original de Sheldon Schwartz.

»Lo que quiero decir, David, es que me sentí muy cerca de ti cuando te acusaron tan maliciosamente, y que admiré la dignidad y la sangre fría con las que lo has afrontado. Por propia experiencia sé que lo he te ha pasado puede pasarle a cualquiera.

—Gracias, señor Schwartz —dije—. El apoyo que me han demostrado todos en la cadena ha sido extraordinario.

—Somos una familia, David. Por favor, llámame Shel.

Alison casi se ahoga con el humo del cigarrillo cuando le repetí la conversación al día siguiente.

—¿En serio te dijo que «somos una familia»? —preguntó.

—Sí, pero yo no le respondí precisamente: «Eh, Shel, ya está bien de tópicos».

—Hablando de tópicos, ¿sabías que tu nuevo amigo íntimo Shel es tan partidario de la familia que acaba de abandonar a su esposa número tres para casarse con su..., no te lo vas a creer, su irrigadora de colon, que resulta que es una serbia de veintiocho años con un par de melones que habrían hecho parecer plana a la difunta Jayne Mansfield?

—¿De dónde sacas estos cotilleos misteriosos?

—De la columna de MacAnna, por supuesto.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene, sobre todo porque ahora él es el motivo de cotilleo. Este asunto le ha dejado fuera de combate. Es como si le hubieras dado una patada en los huevos al bravucón de la calle y todos estuvieran encantados.

—Yo no hice nada. Solo dije la verdad.

—Sí, y te mereces un premio humanitario por carácter y heroísmo, por no hablar de lo simpático que eres.

—¿Te estás poniendo cínica?

—¿Cínica, yo? ¿Cómo puedes decir esas cosas? Eso sí, David: me he quitado un peso de encima, porque creo que puede que hayas salido airoso de esto.

—Todavía no podemos cantar victoria —protesté.

Pero más tarde, aquella mañana, Tracy entró en mi oficina, con cara de satisfacción.

—He hecho un repaso de periódicos nacionales y estatales: un comentario en *The New York Times*, *The Washington Post* y el *USA Today* sobre el artículo de MacAnna criticándote y que Los Angeles Times le acusara de ser un autor fracasado. El *San Francisco Chronicle* también ha publicado unas líneas, igual que los periódicos de Santa Bárbara, San Diego y Sacramento. Todos los artículos te son increíblemente favorables, especialmente gracias al comentario KO de Justin Wanamaker, que todos los articulistas citan. Por cierto, deberíamos mandar a Wanamaker un discreto regalo de agradecimiento en tu nombre.

—¿No está metido en el rollo de las armas, las cabezas de rinoceronte y todas esas historias retro a lo Hemingway?

—Sí, esa es la imagen machista que le va al señor Wanamaker. Pero si te crees que vamos a comprarle un rifle de asalto...

—¿Qué te parece una caja de un buen malta escocés? Es un bebedor impenitente, ¿no?

—Sí, y nunca se olvida de encender un Lucky Strike cuando le entrevistan, para que quede claro que no soporta a los nazis californianos de la salud. Creo que una caja de escocés será muy bien recibida. ¿Alguna marca concreta?

—Con que tenga un noventa por ciento de graduación...

—Hecho. ¿Qué quieres que ponga en la tarjeta?

Me lo pensé un momento y dije:

—¿Qué te parece «Gracias»?

—Lo resume todo.

—Por cierto, Tracy, gracias. Lo has llevado de maravilla. Y me has salvado la vida.

Tracy sonrió.

—Es mi trabajo —dijo.

—Pero todavía no ha acabado, ¿verdad?

—Digamos que por lo que he oído de mis espías en Hollywood Legit, MacAnna ha recibido un rapapolvo por el artículo de Los Angeles Times, que en definitiva le ha hecho parecer un imbécil despreciable y sin talento

que utiliza su columna como venganza por su fracaso profesional. Es más, nada de lo que ha dicho ha perjudicado tu posición, lo que significa sencillamente que la gente se ha creído tu versión. Pero los dos próximos días son críticos, alguien podría decidir meter más ruido con esto. Mi instinto me dice que hemos terminado, pero voy a esperar hasta el viernes para decirlo oficialmente.

Y el viernes por la mañana llegó la llamada oficial de Tracy. Estaba en casa, trabajando en un esbozo del primer episodio de la tercera temporada de *Te vendo* cuando sonó el teléfono.

—¿Has leído la edición de hoy del Hollywood Legit? —preguntó.

—Por alguna razón lo he borrado de mi lista de lecturas obligatorias. ¿Ese idiota está lanzando más mierda en mi dirección?

—Por eso te llamaba. Su columna de esta semana trata de Jason Wonderly.

Se refería a la estrella adolescente del año a quien habían pillado chutándose en el lavabo del plató de su mediocre programa, Jack el crack, en el que hacía el papel de un quarterback de instituto caprichoso y mujeriego, pero con buena conciencia social.

—En fin, según MacAnna, habían visto al camello de Wonderly intentando pasarle a Jason una bolsita en la clínica Betty Ford...

—¿Pero no hay nada de mí o de *Te vendo*?

—Ni una palabra. Mejor aún, mi ayudante ha hecho un repaso de todos los periódicos importantes. No hay ningún seguimiento de tu historia. De hecho, no hay nada desde el lunes. Eso significa básicamente que es historia pasada, o podríamos decir muerta. Felicidades.

Aquel mismo día me llegaron más buenas noticias, cuando Jake Jonas de la Warner Brothers me llamó para decirme que Sodebergh había leído el primer borrador de *Romper* y entrar y que estaba entusiasmado con el proyecto. Aunque tenía que estar urgentemente en Nueva York la semana próxima, quería verme la semana después para pasarme unas notas y mover el proyecto a la siguiente fase.

—Por cierto —dijo Jake hacia el final de la conversación—. Me alegré mucho de que pusieran en su lugar a MacAnna por lo que intentó hacerte.

Ese tipo es el equivalente periodístico del virus Ébola. Es agradable verle aplastado..., y lo más importante, ver que tú has salido airoso de la prueba.

Jake Jonas tenía razón: había sido una larga semana de prueba. Además del hecho de que alguien me había señalado acusadoramente en un periódico (una experiencia poco agradable, francamente), lo que me había puesto más nervioso en aquellas circunstancias era darme cuenta de que de no haber ganado mi caso en el tribunal de la opinión pública de Hollywood, el resultado podría haber sido...

Mejor no pensar en eso (me dije a mí mismo). Alégrate de haber salido entero de este desagradable asunto prácticamente intacto. De hecho, como señaló Sally rápidamente (cuando abrimos una botella de champán francés el viernes por la noche para celebrar «el final de mi historia») mi posición había quedado misteriosamente reforzada por aquella tribulación breve pero lacerante.

—A todo el mundo le gusta el contraataque —dijo Sally—. A la gente le gustan las personas que se defienden y son indicadas.

—Entre los autores, el plagio está al mismo nivel que el asesinato. Y la acusación no se borrará nunca.

—Pero tú no plagiaste.

—Deliberadamente, no, al menos.

—No y basta.

—Sigo sintiéndome como un idiota —dije, apoyando la cabeza en el regazo de Sally.

—Eso no es solo una tontería, también es fútil. Ya lo hemos hablado cien veces esta semana. Fue un error subliminal y no es tan raro. De modo que deja de fustigarte. Te han declarado inocente. Te has librado.

A lo mejor Sally tenía razón. A lo mejor, como los que sufren un accidente potencialmente mortal, toda mi vida profesional había pasado frente a mis ojos, y una semana después del impacto inicial, seguía tambaleante por el *shock*. Por eso, casi todo el fin de semana dormí hasta tarde, paseé por el *loft*, leí la nueva novela de Elmore Leonard e intenté borrar todos los pensamientos de mi cabeza.

De hecho, disfruté tanto de aquel fin de semana de indolencia que decidí alargarlo hasta mitad de semana. A pesar de que seguramente habría debido

continuar planificando la siguiente temporada de *Te vendo*, decidí hacer el papel de flaneur durante unos días: vagabundeeé por los cafés de West Hollywood, fui a almorzar con un amigo escritor a un buen restaurante mexicano de Santa Mónica, donde bebimos mucho, compré demasiados cedés en Tower Records, pasé a comprar libros por mi antiguo lugar de trabajo, Book Soup, entré y salí de varias películas de sesión de tarde y en general abandoné momentáneamente todos los compromisos profesionales.

El lunes se fundió con el martes y este con el miércoles. Y aquella noche, mientras fregaba los platos después de una cena de *sushi* a domicilio, le dije a Sally:

—¿Sabes qué?, creo que podría acostumbrarme a esta vida de indolencia.

—Eso lo dices porque no eres indolente. La vida contraria a la tuya siempre parece mejor cuando tienes billete de vuelta a la que llevas. ¿Sabes qué se vuelve un escritor cuando se vuelve demasiado indolente?

—¿Feliz?

—Yo más bien pensaba en «imposible», o quizá, completamente imposible.

—Vale, vale. No me volveré demasiado indolente.

—Me alegro de oírlo —dijo ella secamente.

—Pero te aseguro que en el futuro pienso tomarme una semana libre cada...

Sonó el teléfono y lo descolgué. Era Brad Bruce. No me saludó, ni hizo ningún comentario de cortesía. Se limitó a preguntar:

—¿Es un buen momento para hablar?

Su tono no era solo brusco. También era despegado, frío. Y me puso nervioso inmediatamente.

—¿Qué pasa, Brad? —pregunté, lo que hizo que Sally me mirara en seguida con expresión preocupada—. Pareces de mal humor.

—Estoy de mal humor y muy preocupado.

—¿Qué ha pasado?

Un largo silencio.

—Quizá sería mejor que hiciéramos esto cara a cara —dijo.

—¿Quizá deberíamos hacer qué cara a cara?

Otro largo silencio. Finalmente dijo:

—Tracy acaba de entrar en mi despacho con la edición del viernes de Hollywood Legit. Sí, de nuevo apareces de forma destacada en la columna de Theo MacAnna. De hecho, llenas toda la columna.

—¿Yo? —dije, ya más atemorizado que nervioso—. Pero es imposible. No he hecho nada malo.

—Eso no es lo que dicen sus nuevas pruebas.

—¿Sus nuevas pruebas? ¿De qué?

—De plagio.

Tardé un momento en hablar.

—Es una locura. Repito, yo no plagio.

Miré a Sally. Me observaba con los ojos muy abiertos.

—Eso lo dijiste la semana pasada —dijo Brad en un tono bajo—, y te creí. Pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora... ha encontrado tres ejemplos más de plagio en tus guiones para el programa. No solo eso, también ha encontrado un par de diálogos copiados en las obras que escribiste antes... antes...

¿Antes de ser famoso, quizá? ¿Antes de tenerlo todo? ¿Antes de que me acusaran de ser un ladrón literario, aunque nunca hubiera robado nada intencionadamente? Entonces ¿cómo? ¿Cómo?

Me senté lentamente en el sofá. La habitación daba vueltas. De nuevo mi vida profesional me pasaba ante los ojos. Solo que esa vez supe que la zambullida no sería como cuando sueñas que caes y acababas aterrizando en la almohada. Aquella vez, la caída era real, y el aterrizaje sería cualquier cosa menos blando.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Gracias a las discutibles maravillas de la tecnología, en pocos minutos Tracy escaneó la nueva columna de Theo MacAnna y me la envió. Sally se quedó de pie a mi lado mientras yo me sentaba a leerlo. Pero no me puso una mano consoladora en el hombro, ni me ofreció palabras de apoyo. En el rato que pasó entre el final de mi llamada a Brad y la llegada del artículo, no dijo nada. Nada de nada. Se limitó a mirarme con una expresión parecida a la incredulidad..., la misma clase de incredulidad que había visto en la cara de Lucy la noche que le dije que estaba enamorado de otra. La incredulidad que acompaña a la traición.

Sin embargo, yo no había querido traicionar a nadie, ni siquiera a mí mismo.

Me senté frente al ordenador y me conecté. El correo de Tracy ya había llegado. Lo abrí. El artículo en cuestión estaba en letra negrita. No solo me asombró su longitud, sino también el título.

«TRAPOS SUCIOS». DE THEO MACANNA
¿EL «PLAGIARIO ACCIDENTAL». SERÁ TAN
ACCIDENTAL?

Nuevas pruebas desvelan la inclinación del autor de *Te vendo*, David Armitage, a tomar prestadas líneas de otros.

Como todos sabemos, Hollywood es una industria que cerrará los ojos ante los pecados, veniales o mortales, cometidos por alguno de sus miembros... siempre que el individuo interesado goce de buena protección y sea rentable. Cuando un común mortal como usted y como yo se encontraría para siempre sin trabajo después de ser descubierto en posesión de una relevante cantidad de droga, o

atrapado en flagrante delito con una menor, la industria del espectáculo cierra filas en torno a los suyos siempre que se ven salpicados por algún problemilla desagradable. Y cuando muchos periódicos, revistas o institutos de educación superior que se respeten pondrían de patitas en la calle con el enorme perjuicio a cualquier autor o profesor culpable de plagio, Hollywood hace de todo para salvaguardar la reputación de un ladronzuelo literario. Especialmente si el ladronzuelo en cuestión es el autor de una de las series de televisión de éxito del momento.

Hace dos semanas esta columna sostuvo que David Armitage, el brillante creador de *Te vendo*, además de ganador del premio Emmy, había permitido que un par de bromas de una comedia clásica sobre el mundo del periodismo, Primera plana, acabaran en uno de sus textos. Lejos de reconocer simplemente el error y dejarlo pasar, el señor Armitage y sus amigos de la FRT emprendieron una ofensiva, y buscaron a un comprensivo periodista de Variety para que escribiera su versión de la historia. El mismo, por cierto, que hace un año tuvo una relación sentimental con la directora de publicidad de la FRT, mientras él se tomaba una temporada sabática del matrimonio. Y, antes de poder siquiera pronunciar «nepotismo», muchos eminentes fariseos de Hollywood se alinearon para cantar las alabanzas del señor Armitage y condenar al periodista que se había atrevido a revelar la trasposición de cuatro líneas de un texto a otro.

Naturalmente, la más belicosa de todas las voces fue la del Papa Hemingway de Santa Bárbara, Justin Wanamaker, el radical guionista de las décadas de los sesenta y setenta que, en sus años de ocaso, se ve obligado a elaborar lucrativos guiones de acción para Jerry Bruckheimer. Y su arenga no solo ofrecía una apasionada defensa del señor Armitage, sino que también lanzaba una campaña de desprestigio en contra del periodista en cuestión, una campaña más tarde apoyada

por Los Angeles Times, que en un análisis freudiano de tres al cuarto afirmaba que el periodista había tenido una corta y desgraciada carrera como guionista de televisión, y ahora solo buscaba venganza con el primer escritor de una serie de televisión de éxito que se le había puesto a tiro.

Pero citando a Aldous Huxley, «los hechos no dejan de existir porque se los ignore». Y el meollo de la cuestión es que, en las dos semanas que han pasado desde que se descubrió el plagio del señor Armitage, su innecesaria defensa ha provocado que «Trapos sucios» encargara a un par de investigadores que peinaran toda la obra de David Armitage, para asegurarnos de que la acusación de copiar era realmente un caso aislado.

Pero ¡sorpresa sorpresa!, esto es lo que han encontrado nuestros investigadores:

1. En el tercer episodio de la última temporada de Te vendo, Bert, el ejecutivo mujeriego, habla de su exesposa, que se ha mudado a Los Ángeles después de dejarlo pelado en los tribunales. «¿Sabes cuál es la verdadera definición de capitalismo? —pregunta a su socio, Chuck—. El proceso a través del cual las chicas californianas se convierten en mujeres californianas».

Prácticamente la misma línea puede encontrarse en la obra Tales from Hollywood del dramaturgo Christopher Hampton, ganador de un Oscar, en la que el comediógrafo austríaco, Odon von Horvath, observa que: «El capitalismo es el proceso a través del cual las chicas americanas se convierten en mujeres americanas».

2. En el primer episodio de la nueva temporada, Tanya, la recepcionista masticadora de chicle, le dice a Joey que no piensa acostarse

con él porque tiene un nuevo novio que se parece muchísimo a Ricky Martin. Más tarde, Joey ve al nuevo novio en la oficina y le dice a Tanya: «¿Ricky Martin? Por favor, más bien se parece a Ricky el Granos».

Resulta que Ricky el Granos es el nombre de un personaje de la novela Fulgor de muerte de Elmore Leonard.

3. En el mismo episodio, el fundador de la empresa, Jerome, tiene un encuentro especialmente desagradable con un actor de segundo orden que está rodando un anuncio por cuenta de un cliente. Después, Jerome le dice a Bert: «La próxima vez que hagamos publicidad, sin actores...».

En la película clásica de Mel Brooks Los productores, Zero Mostel se vuelve hacia Gene Wilder y le dice: «La próxima vez que hagamos un espectáculo, sin actores».

Ah, pero hay otros ejemplos de los robos literarios del señor Armitage. Nuestros investigadores han pasado por el tamiz algunas de sus primeras obras teatrales, la mayoría de las cuales no llegaron más allá de esporádicas representaciones en teatros alternativos, y han descubierto dos hechos curiosos:

1. Una comedia de Armitage de 1995, Riffs, trata de un triángulo amoroso entre una expianista de jazz, ahora ama de casa y casada con un médico, que se enamora apasionadamente del mejor amigo del marido, un saxofonista de jazz. Empiezan a tocar juntos y, gracias a la música cada vez más sensual, su pasión crece. Después, mientras el cónyuge está fuera de la ciudad un fin

de semana, finalmente consuman el adulterio... pero el marido los descubre. Y en un enfrentamiento con el saxofonista, la mujer se interpone entre los dos, para ser accidentalmente apuñalada en el corazón por su marido.

Es muy misterioso que la trama de Riffs sea en la práctica un facsímil de un célebre cuento de Tolstoi, La sonata Kreutzer, en el que una aburrida ama de casa pianista se enamora del mejor amigo del marido..., en este caso, un violinista. Cuando tocan juntos la Sonata Kreutzer de Beethoven, saltan las chispas románticas. Mientras el marido está fuera de la ciudad, finalmente se lían y, ¡chachán!, él llega de repente y, enloquecido por los celos, mata involuntariamente a su amada esposa.

2. En el nuevo guion de Armitage, Romper y entrar (actualmente en fase de realización en la Warner Brothers, con un contrato de un millón de dólares, como nos ha filtrado una fuente de la casa), el protagonista inicia la película con la siguiente frase: «La primera vez que robé en Cartier, llovía». Qué raro descubrir que una novela de los años cincuenta de John Cheever comienza con la frase: «La primera vez que robé en Tiffany's, llovía».

Como se puede deducir, el señor Armitage no es solo «un plagiaro accidental», como proclaman él y sus colaboradores tan apasionadamente. Más bien es un delincuente habitual. Y por mucho que argumente que el delito en cuestión solo consiste en una bromita cogida de aquí, una trama de allí, el hecho sigue siendo que el plagio es el plagio... y no le será posible refutar la conclusión evidente: culpable.

Cuando terminé de leer, estaba tan enfadado, tan rabioso, que tuve que controlarme para no pegarle un puñetazo a la pantalla.

—¿Te puedes creer esta mierda? —pregunté a Sally, volviéndome hacia ella.

Pero ella estaba sentada en el sofá, apretándose el cuerpo con los brazos (un lenguaje corporal muy negativo), y con una expresión muy turbada. Evitó mirarme mientras hablaba.

—Sí, David, me la puedo creer. Porque está ahí, la prueba irrefutable de que eres un plagio está ahí, negro sobre blanco.

—Vamos, Sally, ¿de qué me acusa ese gilipollas? ¿De una línea aquí y otra allí?

—¿Y la trama de tu obra teatral? Tomada prestada de Tolstoi.

—Pero lo que se ha olvidado de mencionar es que, en la nota del programa de la obra, reconocía mi deuda con Tolstoi.

—¿Qué nota del programa? Solo hicieron una lectura, ¿no?

—De acuerdo, de haber tenido una producción como Dios manda, habría reconocido mi deuda con...

—Eso lo dices ahora.

—Es la verdad. ¿De verdad crees que haría algo tan idiota como plagiar a Tolstoi?

—Ya no sé qué pensar.

—Pues lo que yo sé es que ese mierda de MacAnna está haciendo todo lo que puede para destruir mi carrera. Es su forma de vengarse por haberle puesto en evidencia en Los Angeles Times como un autor fracasado.

—Esa no es la cuestión, David. El caso es que te ha vuelto a pillar. Y esta vez no vas a librarte.

Sonó el teléfono. Contesté inmediatamente. Era Brad.

—¿Has leído el artículo? —preguntó.

—De arriba abajo, y considero que recoge unos cuantos ejemplos insignificantes y...

Brad me interrumpió.

—David, tenemos que hablar.

—Por supuesto —dije—. Sé que podemos refutarlo, igual que...

—Tenemos que hablar hoy mismo.

Miré mi reloj. Eran las nueve y siete de la noche.

—¿Esta noche? ¿No es un poco tarde?

—Tenemos un problema y debemos responder rápidamente.

Solté un suspiro de alivio. Quería hablar de la estrategia. Seguía apoyándome.

—Estoy totalmente de acuerdo —dije—. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—En el despacho. A las diez, si te parece. Tracy ya está aquí. Y Bob Robison viene de camino.

—Llegaré lo antes que pueda. Y me gustaría llevar a Alison.

—Claro.

—De acuerdo, quedamos a las diez —dije, colgando.

Me volví a Sally y dije:

—Brad está de mi lado.

—¿En serio?

—Ha dicho que teníamos que responder rápidamente y quiere que vaya a su despacho ahora mismo.

De nuevo, Sally no me miró a los ojos.

—Ve, entonces —dijo.

Me acerqué a ella e intenté rodearla con mis brazos, pero se apartó.

—Sally, cariño —dije—, todo se arreglará.

—No, no se arreglará —dijo ella, y se marchó.

Me quedé paralizado, deseando ir tras ella, convencerla de mi inocencia. Pero el instinto me aconsejaba dejarlo correr. Cogí mi chaqueta, el móvil y las llaves del coche y me fui.

Camino de la FRT, llamé a Alison a su móvil. Pero me salió el contestador con un mensaje que decía que estaría en Nueva York hasta el jueves. Volví a mirar el reloj. Era más de medianoche en la costa este, por eso me había salido el contestador. Así que le dejé un breve mensaje.

—Alison, soy David. Es urgente. Llámame al móvil en cuanto recibas el mensaje.

Después apreté el acelerador y me dirigí al despacho, ensayando los argumentos que pensaba esgrimir contra la campaña de difamación de

MacAnna, por no hablar de la andanada que pensaba disparar contra la Warner Brothers por haber permitido que se filtrara mi guion a MacAnna.

Pero cuando llegué a la FRT, Brad y Bob tenían una expresión sombría, y Tracy los ojos rojos, como si hubiese llorado.

—Estoy totalmente desolado —dije—. Pero ese imbécil ha contratado a un par de investigadores para peinar todas mis obras con un microscopio. ¿Y qué ha encontrado? Cinco líneas que podrían atribuirse a otros autores. Nada más. En cuanto a esa ridícula acusación del libro de Tolstoi...

Bob Robison me interrumpió.

—David, entendemos tus razones. Francamente, cuando vi el artículo, pensé prácticamente lo mismo: son solo un par de líneas aquí y allá. En cuanto a lo de tu antigua obra: ¡a la mierda Tolstoi! Estoy seguro de que cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que estabas reinterpretando deliberadamente su argumento...

—Gracias, Bob —dije, sintiéndome como si me cayera una ducha de alivio—. Me alegro mucho de que...

Volvió a interrumpirme.

—Todavía no he terminado, David.

—¿Perdona?

—Como decía, no creo que las acusaciones de MacAnna contra ti sean justas. Sin embargo, ahora, el problema es de credibilidad. Nos guste o no, en cuanto la columna de MacAnna llegue a la calle el viernes, te van a considerar mercancía dañada...

—Pero Bob...

—Déjame terminar —dijo secamente.

—Perdona...

—Así vemos la situación nosotros, como corporación: puedes justificar un caso de plagio involuntario. ¿Pero cuatro casos más?

—Cuatro miserables líneas —dije—. Nada más.

—Cuatro miserables líneas que MacAnna ha publicado, además de las cuatro líneas de Primera plana...

—¿Pero no te das cuenta de que ese idiota solo intenta hacer de gran fiscal y transformar una prueba insignificante en Sodoma y Gomorra?

—Tienes razón —dijo Brad, interviniendo finalmente en la conversación—. Es un idiota. Es un destrozapersonajes. Ha decidido joderte. Y me temo que tus obras le han proporcionado las suficientes pruebas insignificantes para que pueda mancillarte con la acusación de plagio y salirse con la suya.

Bob volvió a hablar.

—Más aún, te aseguro que todas las oficinas de información imaginables recogerán ese largo artículo. No solo te va a hacer quedar como mercancía dañada, también arruinará la credibilidad del programa.

—Eso es una gilipollez, Bob...

—¿Cómo te atreves a decirme lo que es una gilipollez? —gritó, dando rienda suelta a su ira—. ¿Tienes idea del daño que nos ha hecho esto? No hablo solo de ti y de tu programa, sino también de Tracy. Gracias a ese mierda de MacAnna, su credibilidad también está por los suelos, hasta el punto de que hemos tenido que aceptar su dimisión.

—¿Has dimitido? —pregunté, mirando a Tracy estupefacto.

—No he tenido más remedio —dijo ella bajito—. Ahora que se ha hecho pública mi relación con Craig Clark...

—Pero habíais terminado.

—Hace dos años. Y es verdad que estaba separado de su esposa en aquella época. Pero eso no importa, ahora que el daño está hecho.

—No has hecho nada malo, Tracy —dije.

—Puede ser, pero lo que se entenderá es que yo llamé a un novio casado para que escribiera un artículo comprensivo en tu nombre.

—Pero fue él quien te llamó.

—No importa, se dará por hecho que fue al revés.

—¿Qué dice Craig de todo esto? —pregunté.

—Tiene sus propios problemas —dijo Tracy—. Variety le ha despedido a él también.

—No te hemos despedido —dijo Bob secamente.

—No, solo me habéis dado la botella de *whisky* y la pistola con una bala, y me habéis dicho que me comporte con honor.

Tracy parecía estar a punto de echarse a llorar otra vez. Brad le apretó un brazo como gesto de apoyo, pero ella le apartó.

—No necesito la compasión de nadie —dijo—. He cometido una estupidez y ahora me toca pagar.

—Estoy consternado —dije.

—No me extraña —replicó Tracy.

—No puedo expresar cuánto lo siento. Pero, como he dicho mil veces, no ha habido mala intención.

—Entendido, entendido —dijo Bob—. Pero también tienes que entender nuestra difícil posición ahora mismo, y que si no te dejamos marchar...

A pesar de que ya me lo esperaba, la noticia me golpeó como un bofetón en toda la cara.

—¿Me estás despidiendo del programa? —pregunté en un susurro.

—Sí, David, damos por terminada tu colaboración con nosotros. Lamentándolo mucho, debería añadir, pero...

—No es justo —dije.

—Puede que no sea justo —dijo Brad—, pero tenemos que pensar en nuestra credibilidad.

—Tengo un contrato con vosotros.

Bob revolvió unos papeles y sacó el documento que yo acababa de mencionar.

—Sí, lo tienes, y seguro que Alison te explicará que hay una cláusula que anula el contrato en caso de que falsees tu trabajo de cualquier modo. El plagio se incluye sin duda como un grave falseamiento...

—Lo que haces no está bien —insistí.

—Lo que hacemos puede ser desagradable, pero es necesario —dijo Bob—. Por el bien de la serie, tienes que dejarla.

—¿Y si Alison y yo os demandamos?

—Haz lo que te parezca, David —dijo Bob—. Pero ten en cuenta que los bolsillos de la corporación son mucho más hondos que los tuyos. Y no ganarás.

—Ya lo veremos —dije, poniéndome de pie.

—¿Te crees que esto nos hace gracia? —intervino Brad—. ¿Crees que alguien en esta habitación está encantado con esta situación? Sé que eres el creador del programa... y seguirás saliendo en los créditos y contarás en el

presupuesto. Pero el hecho es que hay setenta personas más trabajando en *Te vendo*, y no pienso poner en peligro sus puestos para pelear por ti. Sobre todo porque tu posición no tiene defensa. No solo te pillaron con el arma en la mano, David, esta vez era una bazuca.

—Gracias por tu lealtad.

Un largo silencio. La mano de Brad apretó con fuerza la pluma. Respiró hondo para calmarse y dijo:

—David, voy a achacar ese comentario a la temperatura emocional elevada que sufrimos todos ahora. Pero ha sido un comentario completamente estúpido, sobre todo porque te he demostrado mi lealtad siempre que ha hecho falta. Antes de que empieces a azotar a otro, recuerda una cosa: en el fondo, este lío te lo has buscado tú solito.

Estaba a punto de decir algo fuerte, apasionado e incoherente, pero al final me limité a salir de la habitación como una tromba, a salir del edificio, subir al coche y conducir.

Conduje durante horas, vagando por las autopistas, sin rumbo ni destino. Hice tiempo en la 10, en la 330, en la 12 y en la 8 5. Mi itinerario fue una obra maestra de la falta de lógica geográfica: de Manhattan Beach a Van Nuys, a Ventura, a Santa Mónica, a Newport Beach, a...

Y entonces, de pronto, sonó mi móvil. Al cogerlo del asiento del pasajero, miré el salpicadero y vi que eran las tres y diez. Había estado conduciendo sin rumbo durante cinco horas, y no me había dado cuenta ni una sola vez de que el tiempo pasaba.

Respondí.

—David, ¿cómo estás?

Era Alison, medio dormida, pero muy preocupada.

—No cuelgues —dije—. Voy a parar.

Aparqué en un área de descanso y apagué el motor.

—¿Estás fuera? ¿Conduciendo?

—Eso parece.

—Pero si es de noche...

—Sí.

—Acabo de levantarme y he oído tu mensaje. ¿Dónde estás?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cómo se llama la carretera o la autopista?

—No lo sé.

—Ahora sí que me preocupas. ¿Qué pasa?

Entonces fue cuando me eché a llorar: cuando todo el horror de lo que había pasado se abatió finalmente sobre mí, y de repente ya no pude negar más su enormidad. Debí de estar llorando un buen minuto. Cuando logré recuperar el control, Alison habló con la voz muy temblorosa.

—David, por Dios, cuéntamelo, por favor..., ¿qué demonios te ha pasado?

Entonces se lo conté todo, desde las largas acusaciones de plagio de la nueva columna de MacAnna, a la reacción hostil de Sally, hasta que Bob y Brad me habían despedido.

—¡Dios bendito! —dijo Alison cuando acabé de hablar—. Esto se ha desmadrado.

—Me siento como si hubiera abierto una puerta y me hubiera caído de un rascacielos.

—De acuerdo, lo primero es lo primero. ¿Sabes dónde estás ahora mismo?

—En la ciudad, no sé dónde.

—¿Estás seguro de que estás en Los Ángeles?

—Creo que sí.

—¿Te sientes en condiciones de conducir?

—Creo que sí.

—De acuerdo, quiero que hagas lo siguiente. Vete a casa. Y conduce con cuidado, por favor. Si estás en Los Ángeles, deberías llegar en menos de una hora. En cuanto llegues, mándame la columna de MacAnna por correo electrónico. Yo me voy al Kennedy a ver si puedo coger el vuelo de las nueve a Los Ángeles. En el aeropuerto intentaré conectarme y leer la columna, y después utilizaré el AirPhone de a bordo hasta que despeguemos. Si todo va bien, aterrizaré sobre mediodía, hora de Los Ángeles, de modo que podríamos quedar en mi oficina a las dos. Mientras tanto, quiero que hagas algo: dormir. ¿Tienes algo en casa para quedarte frito?

—Creo que diacepam.

—No tomes las dos que recomiendan: tómate tres. Creo que necesitas desconectar un buen rato.

—Por favor, no me digas que todo esto parecerá mucho mejor después de dormir. Porque no lo parecerá.

—Ya lo sé. Pero al menos habrás descansado. En cambio sí te diré otro tópico: intenta no dejarte dominar por el pánico.

Llegué a casa en cuarenta minutos. Le mandé el artículo a Alison por correo electrónico. Mientras estaba sentado ante el ordenador, se abrió la puerta del dormitorio y salió Sally. Solo llevaba la parte de arriba del pijama. Lo primero que pensé fue: está guapísima. Y lo segundo: ¿será esta la última vez que la veo en una situación tan íntima?

—Estaba preocupada por ti —dijo.

Seguí mirando la pantalla.

—¿Te importaría explicarme dónde has estado durante las últimas siete horas? —preguntó.

—He estado en la oficina y después conduciendo.

—¿Conduciendo dónde?

—Solo conduciendo.

—Podrías haberme llamado. Deberías haberme llamado.

—Lo siento.

—¿Qué ha pasado?

—He estado conduciendo la mitad de la noche, ya sabes lo que ha pasado.

—¿Te han despedido?

—Sí, me han despedido.

—Ya —dijo en tono inexpresivo.

—A Tracy Weiss también le han dado el pasaporte.

—¿Por darle la entrevista en exclusiva a su exnovio?

—Ese era el delito.

—No fue una buena idea.

—De todos modos el castigo es demasiado severo.

—Este es un negocio despiadado.

—Gracias por esta lección iluminadora de lo evidente.

—¿Qué quieres que te diga, David?

—Quiero que te acerques, me abracés y me digas que me quieres.

Un largo silencio. Finalmente dijo:

—Vuelvo a la cama.

—Crees que han hecho bien despidiéndome, ¿verdad?

—Supongo que tienen sus motivos.

—¿En serio? ¿Por un par de líneas copiadas involuntariamente?

—Como bien sabes, la esencia de este mundo es principal y básicamente la imagen.

—Y gracias a MacAnna, mi imagen es ahora la de un ladrón... aunque, como mucho, se me pueda acusar de haber utilizado un par de bromas de otro.

—Eso es una forma de verlo.

La miré a los ojos.

—Como si no lo supiera.

—¿Han dicho algo de la indemnización?

—De eso se encarga Alison, y ahora está en Nueva York.

—Pero ¿lo sabe?

—Hemos hablado.

—¿Y?

—Quiere que duerma un poco.

—Me parece una idea estupenda.

—Crees que es culpa mía, ¿verdad?

—Es tarde, David.

—Responde a la pregunta, por favor —insistí.

—¿Podemos hablar mañana?

—No. Ahora.

—De acuerdo. Creo que lo has estropeado todo. Y sí, estoy muy decepcionada. ¿Estás contento ahora?

Me puse de pie.

—Buenas noches —dije, y entré en el dormitorio pasando por su lado.

Me desnudé. Encontré el diacepam en el baño, me tragué cuatro tabletas (necesitaba perder el mundo de vista). Me metí en la cama. Puse el despertador a la una. Conecté el contestador. Me tapé la cabeza y me dormí en seguida.

Después sonó la alarma. Gracias a la dosis excesiva de diacepam, mi cerebro estaba completamente nublado, lo que tuvo un efecto beneficioso momentáneo, porque por un momento glorioso no supe dónde estaba. Pero luego vi una nota en la almohada: «Esta noche me voy a Seattle. Estaré fuera dos días. Sally».

Aquello realmente me devolvió a la tierra. Miré el reloj: la una. Me obligué a sentarme en la cama. Cogí la nota de Sally y la leí otra vez. Fría. Aséptica. Distante. La clase de nota que dejas a la señora de la limpieza. De repente me sentí muy solo, muy asustado, muy desesperado por ver a mi hija. Cogí el teléfono. No oí el beep que indicaba que tenía mensajes. De todos modos marqué el código del contestador. La voz grabada me informó de lo que ya sabía: «No tiene mensajes».

Pero no podía ser. Sin duda alguno de mis amigos y colegas se habría enterado de lo de la columna de MacAnna y habría llamado para demostrarme su apoyo.

Entonces me di cuenta de la cruda realidad: todos habían llamado hacía dos semanas. Ahora, ante las múltiples acusaciones de plagio, estaba solo. Nadie quería saber nada.

Descolgué otra vez el teléfono. Llamé a la casa de Lucy en Sausalito. Aunque sabía que Caitlin estaría en la escuela, su voz estaba grabada en el contestador y deseaba oírla.

Pero Lucy descolgó después de dos timbres.

—Eh, hola —dije.

—¿Por qué llamas por la tarde? Sabes que Caitlin está en la escuela.

—Solo quería dejarle un mensaje, diciéndole que la echaba de menos.

—¿De repente echas de menos a tu antigua familia, ahora que tu carrera está acabada?

Aquello me despertó de golpe.

—¿Cómo te has enterado?

—¿No has visto el periódico de hoy?

—Acabo de levantarme.

—Bueno, pues yo de ti me volvería inmediatamente a la cama. Porque sales en la tercera página del San Francisco Chronicle y de Los Angeles Times. Muy bonito, David, robar el trabajo de los demás.

—No he robado nada.

—Claro, solo has engañado. Como me engañaste a mí.

—Dile a Caitlin que la llamaré más tarde. —Y colgué.

Fui a la cocina. En la encimera estaba Los Angeles Times de la mañana. Sally había tenido la consideración de dejarlo abierto por la página tres, donde el titular de la derecha decía: «EL CREADOR DE *TE VENDO* ACUSADO DE MÁS PLAGIOS».

Debajo había un breve resumen de quinientas palabras de la obra de demolición de MacAnna, evidentemente escrito a toda prisa a última hora (cuando los primeros ejemplares de Hollywood Legit habrían llegado a los periódicos). Después de enumerar todos los cargos que MacAnna presentaba contra mí, el periódico afirmaba que, al ser contactado a última hora de la noche, Brad Bruce, productor de *Te vendo*, había dicho que «la noticia era una tragedia, tanto para David Armitage como para el equipo de *Te vendo*», y que más tarde la FRT emitiría un comunicado oficial.

Bonita estrategia, Brad. Primero mostrarse sensible a mis tribulaciones, antes de emitir el consiguiente comunicado de que me habían despedido del programa.

Corrí al ordenador y me conecté. Entré en la web del San Francisco Chronicle. El artículo también era un refrito rápido de su corresponsal en Los Ángeles, con el mismo recuento de las acusaciones y la misma cita de Brad. Pero lo que me sacó de quicio fue descubrir que en mi cuenta de correo tenía docenas de mensajes de periodistas varios, pidiendo una entrevista, o al menos, un comentario a la columna de MacAnna.

Cogí el teléfono y llamé a mi oficina. Mejor dicho: a mi antigua oficina. Respondió Jennifer, mi antigua ayudante. Al oír mi voz, su tono se volvió gélido.

—Me han dicho que saque las cosas de tu despacho —dijo—. Supongo que quieres que las mande a tu casa.

—Jennifer, al menos podrías decir «hola».

—Hola. ¿Quieres que te las mande a casa o no?

—Sí.

—Bien. Te llegará mañana por la mañana. ¿Qué hago con las llamadas?

—¿Ha llamado alguien?

—Esta mañana ya van quince. Los Angeles Times, Hollywood Reporter, The New York Times, The Seattle Times, San Francisco Chronicle, San Jose Mercury, The Boston Globe...

—Me hago una idea —dije.

—¿Quieres que te mande la lista y sus teléfonos por correo electrónico?

—No.

—¿Y si alguien de la prensa quiere ponerse en contacto contigo?...

—Diles que no estoy localizable.

—Si eso es lo que quieres.

—Jennifer, ¿a qué viene este tono de la era glacial?

—¿Cómo esperas que me comporte? Teniendo en cuenta que ahora que te vas me han dado quince días para largarme.

—¡Oh, Dios mío!

—Por favor, nada de clichés.

—No sé qué decir, excepto que lo siento. Todo esto es tanto una sorpresa para mí como...

—¿Cómo puede ser una sorpresa si robaste el trabajo de otros?

—Nunca he tenido intención de...

—¿De qué? ¿De que te pillaran? Bueno, gracias por haberme pillado en tu red.

Y colgó con un golpe.

Dejé el teléfono y me cogí la cabeza con las manos. Por muy grande que fuera el daño personal que había sufrido, me consternaba pensar que, sin quererlo, había provocado graves daños a dos personas inocentes. Igual de angustiosa era la idea de que quince periodistas me persiguieran para que hiciera comentarios. Porque ahora era noticia de verdad: el triunfador de la televisión que lo había mandado todo a paseo. O, al menos, ese sería el giro que le darían. Mi versión de la historia había funcionado de maravilla la semana anterior. Sin embargo, ahora, con todas aquellas pruebas nuevas triviales (pero pruebas al fin y al cabo), la marea se volvería contra mí, y la rueda giraría en otro sentido. Se me pondría como ejemplo de un hombre de talento asaltado por impulsos autodestructivos; un hombre que había creado una de las series de televisión más originales de la última década, y aun así

tenía que robar ideas a otros autores. Y habría la habitual palabrería sobre mí como otra víctima del culto feroz al éxito efímero, bla, bla, bla.

La conclusión de todos los artículos era previsible: me convertiría en un escritor sin trabajo para siempre.

Miré el reloj. La una y catorce. Llamé a la oficina de Alison. Se puso Suzy, su ayudante, que parecía realmente angustiada. Antes de que pudiera preguntar por mi agente, dijo:

—Quería decirte que creo que lo que te está sucediendo es totalmente injusto.

Tragué saliva y sentí que los ojos me escocían.

—Gracias —dije.

—¿Cómo lo llevas?

—No muy bien.

—¿Vas a venir?

—Sí, en seguida.

—Bien, te está esperando.

—¿Podría hablar con ella ahora?

—Está hablando por teléfono con la FRT.

—Entonces nos veremos dentro de media hora.

Cuando entré en su oficina, vi a Alison sentada en silencio a su mesa, mirando por la ventana, con una expresión cansada y preocupada. Al oírme entrar, se volvió en la silla y salió de detrás de la mesa; me abrazó durante un minuto largo. Después se acercó a un armario y lo abrió.

—¿Te apetece un escocés? —preguntó.

—¿Tan malo va a ser?

No dijo nada. Volvió a la mesa con la botella de J&B y dos vasos. Sirvió una buena dosis para cada uno. Después encendió un cigarrillo, inspiró profundamente y se tragó medio *whisky*. Yo la imité, y los ojos se me contrajeron en un gesto de desagrado.

—Bueno —dijo—. Allá va. Nunca te he mentido como agente y no voy a empezar ahora. Dicho sin ambages, la situación ahora mismo no puede ser peor.

Tragué el resto de mi bebida. Ella me llenó el vaso inmediatamente.

—Cuando leí el artículo de MacAnna en el aeropuerto, mi primera reacción ha sido: ¿cómo puede ser que Brad y Bob se tomen esto en serio? Teniendo en cuenta que las acusaciones que plantea son tan insignificantes. De lo que te acusa en los guiones de *Te vendo* es ridículo. Por Dios, vivimos en el reino de «si tuviera un centavo por cada broma que un autor ha copiado»... Y la estupidez de la historia de Tolstoi es eso: una estupidez. Él también lo sabe. Sin embargo, lo de la historia de Cheever...

—Solo puedo decir esto: me di cuenta de que era un «préstamo» directo, y sabía que no llegaría nunca a la pantalla. Lo que él ha estudiado era un borrador, nada más.

—Yo lo sé y tú lo sabes. El problema es que, junto con lo de Primera plana de la semana anterior... Eres lo bastante listo para deducirlo tú mismo.

—Culpable o no, estoy en un buen lío.

—Esencialmente es así.

—¿Has hablado con la FRT? ¿No se les puede convencer de algún modo?

—Es imposible. Para ellos, estás quemado. Pero no solo eso. En cuanto he aterrizado, me he pasado una hora peleándome a gritos con uno de sus abogados. Parece que van a hacer todo lo que puedan para bloquear cualquier paracaídas de oro a tu favor.

Peor y peor. Otro golpe que me hizo vacilar.

—Pero hay una cláusula...

—Ah, sí —dijo Alison, cogiendo una carpeta—, sí que hay una maldita cláusula. La 43 b para ser precisos, de tu acuerdo con la FRT..., y la sustancia de esa cláusula es que si has hecho algo ilegal o penalmente ilícito en relación con el programa, serás excluido de la participación en los beneficios futuros.

—¿Intentan demostrar que he hecho algo penalmente ilícito?

—Lo que intentan hacer es retirarte el derecho a cualquier beneficio en el futuro como creador argumentando que el plagio constituye un acto ilegal...

—¡Qué estupidez!

—Desde luego, pero están decididos a defenderlo.

—¿Pueden hacerlo?

—Acabo de pasar la última media hora al teléfono con mi abogado. Va a estudiar el contrato cuidadosamente esta noche. Pero su primera impresión es que sí, que pueden hacerlo.

—¿O sea que no cobraré indemnización?

—Peor aún, también me han informado de que piensan demandarte por lo que cobraste por los tres episodios en los que presuntamente plagiate.

—¿Qué pretenden hacer? ¿Destriparme?

—Dicho claramente, sí. Porque, las cosas como son, hablamos de mucho dinero. Si se libran de tus beneficios como creador, van a ahorrarse cerca de trescientos cincuenta mil por temporada. Y si, como esperan, el programa dura un par de temporadas más..., en fin, suma tú mismo. Respecto a los tres episodios en cuestión... cobraste ciento cincuenta mil por episodio. De nuevo, haces la suma y...

—Pero a eso podemos oponernos, supongo...

—Repito, mi abogado dice que te tienen pillado con la cláusula que dice que el escritor garantiza que todo el de su guion es propio. Tal como lo veo, podríamos negociar un precio, llegar a un acuerdo.

—¿Eso significa que tengo que devolverles el dinero?

—Si llegamos a eso, sí. Mi esperanza, pero es solo una esperanza, es que dentro de unos días, cuando todo se haya calmado, decidan no demandarte por los tres episodios, sobre todo si saben que han ganado en el punto de los honorarios de autoría.

—¿Les dejarás ganar en ese punto?

—David, ¿cuándo he permitido que un estudio o cadena de mierda ganara nada contra uno de mis clientes? Sabes la respuesta: nunca. Pero nos encontramos en una situación en la que tu posición ha sido jurídicamente manipulada de tal modo que parezca que has infringido los términos del contrato. Y si mi abogado de trescientos setenta y cinco dólares la hora, que conoce todos los trucos legales de Hollywood, me dice que te tienen pillado, es que estamos en la situación de intentar minimizar el desastre todo lo que podamos.

»De todos modos, pediré una segunda e incluso una tercera opinión legal antes de volver a hablar con los cabrones de la FRT..., por no

mentonar a sus viscosos homólogos de la Warner.

—¿Puedo tomar otro *whisky*?

—Creo que es una buena idea —dijo ella—, porque tengo más malas noticias.

Me serví uno doble.

—Adelante —dije.

—Un halcón legal de la Warner Brothers acaba de llamarme. Han puesto freno a Romper y entrar...

—¿Quieres decir que la reunión con Sodebergh se ha anulado?

—Me temo que sí. Pero hay más. Recordarás que te pagaron doscientos cincuenta mil dólares por el primer borrador... Quieren que se los devuelvas íntegros.

—Es una locura. ¿Cómo pueden hacerlo?

—Te van a apretar con la línea de John Cheever que tomaste prestada...

—Por favor... Ya te he dicho que era solo una prueba. Un primer borrador...

—Eh, a mí no tienes que convencerme. El problema es que, como en el caso de la FRT, utilizan esta línea como forma de atraparte con lo de que «el autor garantiza que todo el trabajo del guion es propio». El otro problema es que pueden corroborarla... a pesar de que ninguno de esos ignorantes sepa quién es John Cheever.

—Bueno, al menos el guion de Fleck cubrirá estas deudas.

Alison encendió otro cigarrillo, a pesar de que tenía uno encendido en el cenicero.

—Lo siento, pero el abogado de Fleck me ha llamado.

—Por favor, no me digas...

—«Muy a su pesar, el señor Fleck no puede seguir las negociaciones, dado el estado actual de la reputación profesional del señor Armitage». Es una cita textual, lo siento.

Miré anonadado el suelo y dije:

—Entonces no sé cómo voy a pagar los doscientos cincuenta mil de la Warner.

—¿Ya te los has gastado?

—Casi todo, sí. Entre el pago del divorcio y la pensión y todo lo demás, han sido dos años muy onerosos.

—¿Pero no estás arruinado?

—Puedo ser tonto, pero no soy estúpido. Tengo más o menos medio millón invertido con mi agente, Bobby Barra. El problema es que la mitad se lo debo a Hacienda. Y si la FRT y la Warner quieren que les devuelva su dinero..., entonces sí estaré arruinado.

—No nos pongamos en lo peor todavía. Voy a ponérselo difícil a esos cabrones. Haré que rebajen sus exigencias sobre la devolución. Mientras tanto, mejor que hables con tu agente y tu contable sobre la forma de maximizar cuanto puedas lo que tienes invertido.

—Porque en esta ciudad estoy acabado, ¿no?

—Digamos que hasta que este asunto se olvide, seguramente será difícil encontrarte trabajo.

—Porque me considerarán un intocable.

—Ese es más o menos el problema, sí.

—¿Y si el asunto no se olvida? Si estoy mancillado para siempre, ¿entonces qué?

—¿Quieres una respuesta sincera? —preguntó Alison.

—Del todo.

—Pues la respuesta sincera es que no lo sé. Pero, lo repito, veamos cómo van las cosas las próximas semanas. Es más, tienes que hacer una declaración, en la que te defiendas, pero también lamentes lo sucedido. He llamado a Mary Morse, una relaciones públicas que conozco. Llegará dentro de diez minutos para redactar la declaración contigo y hacerla llegar a todos los interesados, para que al menos tengan tu punto de vista sobre esto. Si dentro de unos días la situación sigue tan mal, buscaremos un periodista comprensivo que pueda defender tu versión.

—Bueno, el tipo de Variety está fuera de circulación, ahora que también le han arruinado la carrera. Y la pobre Tracy...

—Lo que les ha ocurrido a los dos no es culpa tuya.

—Sí, pero de no haber sido por este embrollo...

—Los dos son profesionales, y deberían saber que el detalle de que habían salido podía hacerse público si...

—Ella solo intentaba protegerme.

—De acuerdo, pero solo porque era su trabajo. Ahora no empieces a atribuirte sus problemas también. Ya tienes bastante con lo tuyo.

—Como si no lo supiera.

A la mañana siguiente, todo el mundo lo sabía. Las acusaciones de MacAnna tuvieron un impacto tremendo. Como lo tuvo el comunicado de prensa de la FRT, anunciando (con pesar, claro) que prescindían de mí en la serie. Todos los periódicos de ámbito nacional lo incluían en sus secciones de arte o espectáculos, aunque Los Angeles Times (reflejando que aquella ciudad tenía, en el fondo, una sola industria) sacó el artículo en la primera página. Peor aún, la historia salió incluso en los programas Las cosas claras, Esta noche espectáculo y Políticamente incorrecto y en casi todos los magazines de la mañana. Sí, todos citaban mi comunicado, en el que me disculpaba por los trastornos causados a la FRT y a todos los que trabajaban en *Te vendo*, y reiteraba de nuevo que no creía que se me pudiera acusar de robo por un par de líneas (y también hacía una encendida defensa de las acusaciones por lo de Tolstoi y Cheever). «De lo peor de que se puede acusar a un autor es de robo», escribí en mi declaración, «... y de ninguna manera me considero un ladrón».

Aquella noche, el presentador de Políticamente incorrecto de la ABC, Bill Maher, observó durante su monólogo:

—La gran noticia hoy en Hollywood es que el creador de *Te vendo*, David Armitage, ha utilizado la famosa defensa de Richard Nixon «no soy un criminal», después de que la FRT le despidiera por plagio. Cuando le preguntaron si todo lo que había escrito era original al cien por cien, contestó: «No me he acostado con esa mujer...».

Maher hizo reír mucho con esa frase. Curiosamente, a mí no me pareció divertida, sobre todo cuando se la oí pronunciar mientras miraba su programa solo en el *loft*. Sally estaba en Seattle, en paradero desconocido, porque no me había dejado el nombre de su hotel, ni me había llamado en todo el día. Sabía que solía quedarse en The Four Seasons cuando visitaba el plató de Seattle, pero me temía que si la llamaba, parecería demasiado necesitado, demasiado desesperado. En aquel momento, mi única esperanza

era que, una vez aplacado el bombardeo de la mala publicidad, recordara todas las buenas razones por las que nos habíamos enamorado y...

¿Qué? ¿Volviera conmigo, diciéndome que estaría a mi lado, pasara lo que pasara? ¿Como Lucy? Ella había estado a mi lado, de mala gana a veces, pero siempre había estado allí, de todos modos. Durante todos esos años en los que yo estuve en tierra de nadie mientras ella se veía obligada a trabajar en la televenta cuando su carrera de actriz fracasó y necesitábamos pagar el alquiler. ¿Cómo le compensé su lealtad? Haciendo lo más previsible a mi edad después de alcanzar el éxito: divorciándome de ella.

No era de extrañar que me despreciara. No era de extrañar que yo ahora estuviera tan asustado. Porque por fin reconocía lo que había sabido a los pocos meses de vivir con Sally: su amor por mí se basaba en mi éxito, en mi posición dentro de la comunidad del espectáculo, y (a su vez) en cómo reforzaba yo su posición en la Escuela de Niños Ricos llamada Hollywood.

—«Todos tienen su momento» —había dicho ella antes de que me dieran el Emmy—. «Este es el nuestro».

Ya no, cariño.

¿Podía ser que todo lo que había conseguido en un par de años me fuera arrebatado en unos días?

«Venga ya, soy David Armitage», tenía ganas de gritar desde una azotea. Pero, en realidad, si estás en una azotea, la única dirección es hacia abajo. En fin, en Hollywood —como en la vida— todo talento es efímero, prescindible. Incluso los que estaban en la cúspide del montón estaban sometidos a esa ley de sustitución. Allí nadie era tan único, ni tan sagrado. Todos estábamos en el mismo juego. Y el juego funcionaba con una regla básica: tu momento dura lo que dura tu momento..., y eso si has tenido la suerte de tener tu momento.

Pero seguía sin poder creer que mi momento, mi posición, mi éxito pertenecieran al pasado. No era posible que Sally fuera tan mercenaria, tan aséptica, para abandonarme entonces.

Y tenía que creer que, de algún modo, me sería posible convencer a Brad y a Bob, y a Jake Jonas de la Warner, y a cualquier otra productora interesada de aquella maldita ciudad, de que era digno de mi confianza.

«Venga ya, soy David Armitage. ¡Os he hecho ganar mucho dinero!».

Sin embargo, por mucho que intentara afrontar con optimismo mi situación, no dejaba de pensar: la peor fosa es aquella que te has cavado tú solo.

Abrí una botella de Glenlivet Single Malt y fui viendo cómo desaparecía. En cierto momento, tras hacer desaparecer el quinto vasito, tuve un interludio de imbecilidad suprema, en el cual me invadió una inspiración introspectiva. Decidí desnudar mi alma ante Sally, jugar todas mis cartas, esperando que ella respondiera con ternura a aquel grito del corazón. Me arrastré hasta mi ordenador, me conecté y escribí:

Amor mío:

Te quiero. Te necesito. Te necesito desesperadamente. Este es un mal asunto: un asunto injusto. Por favor, por favor, por favor, no renuncies a mí, a nosotros. Siento que me acerco a la desesperación. Por favor, llámame. Por favor, vuelve a casa. Superemos esto juntos. Porque podemos superarlo. Porque somos lo mejor que hemos tenido los dos. Porque eres la mujer con quien quiero vivir el resto de mi vida, con quien quiero tener hijos, a la que seguiré queriendo dentro de muchos años, cuando entremos en la zona ignota de la decrepitud Siempre estaré a tu lado. Por favor, por favor, por favor, no te alejes de mí ahora.

Sin releerlo, apreté la tecla «Enviar» y me tragué dos dedos más de Glenlivet; después, me arrastré hasta el dormitorio, donde caí en la inconsciencia.

Por la mañana sonó el teléfono. Pero en los dos segundos de confusión que tardé en responder, me cruzó una frase; unas palabras: «... la zona ignota de la decrepitud».

Después recordé el lamentable contenido del mensaje con toda su horripilante y suplicante miseria. Y pensé: «Eres un imbécil».

Descolgué el teléfono.

—¿David Armitage? —me preguntaron.

—Me temo que sí.

—Fred Bennett, Los Angeles Times.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—No tengo ganas de hablar.

—Señor Armitage, si me pudiera dedicar solo un momento...

—¿Quién le ha dado el teléfono de mi casa?

—No es muy difícil de conseguir.

—He hecho una declaración, y creo haber explicado...

—¿Pero se ha enterado de la moción presentada ayer en la Asociación de Autores de Cine y Televisión?

—¿Qué moción?

—Una moción para censurarlo públicamente por plagio, para retirarle la afiliación a la asociación, y para recomendar que se le aparte de toda actividad profesional durante un mínimo de cinco años..., aunque algunos miembros de la comisión pretendían que fuera para siempre...

Colgué el teléfono, y luego de un tirón lo arranqué de la conexión a la pared. Inmediatamente empezó a sonar en otra habitación, pero no hice caso. Me tapé la cabeza con la sábana, deseando que aquel día, que ni siquiera había empezado, desapareciera de mi vista.

Pero era imposible dormir, de modo que acabé por meterme en el baño, y me tragué tres aspirinas para intentar apagar el martillo que no cesaba de golpear en el interior de mi cabeza. Después fui al salón y me enfrenté al ordenador. Mi correo electrónico tenía doce mensajes, once de ellos de periodistas varios (*rkincaid@nytimes.com* y cosas así). No abrí ninguno, porque sabía lo que contenían: peticiones de entrevistas, de una declaración, de una confesión lacrimosa, y del nombre del centro de rehabilitación donde pensaba recluirme (¡pero si no existen clínicas Betty Ford para plagiarios!). El duodécimo correo era el que más temía..., el correo de *shirmingham@fox.com*:

David:

Yo también detesto la situación en la que te encuentras. También detesto que tu carrera esté destrozada por esas acusaciones. Pero también soy consciente de que eres el artífice de esta situación. Eso es lo que no puedo comprender. Y también hace que me pregunte si he llegado a conocerte, aún más después de tu angustioso mensaje. Me doy cuenta de que estás extremadamente estresado por lo que te ha sucedido, pero seguro que sabes que no hay nada menos atractivo que alguien que suplica que le amen. Sobre todo cuando ese alguien ha socavado la confianza necesaria para

nutrir el amor Por mucho que sea consciente de que tu situación es muy difícil, esto no justifica la prosa lacrimógena y cursi. Por no hablar de aquella línea sobre «la zona ignota de la decrepitud».

Todo esto me ha dejado todavía más confusa, desconcertada y profundamente entristecida. Creo que unos días mas separados podrán aportar cierta claridad a nuestra situación. He decidido irme a la isla de Vancouver a pasar el fin de semana. Volveré el lunes. Entonces hablaremos.

Mientras tanto, será mejor que no nos comuniquemos, para no confundir aún más las cosas. Espero que consideres la posibilidad de buscar ayuda profesional. Si entendí bien tu mensaje, era un enorme grito pidiendo ayuda.

Sally

Estupendo. Más que estupendo. De hecho, mucho mejor que estupendo: un desastre total y absoluto. Había cogido una situación frágil como una cáscara de huevo y la había lanzado contra un muro de cemento. «Eres el artífice de tu situación».

El teléfono empezó a sonar de nuevo. No lo cogí. Después mi móvil se unió a la cacofonía. Lo cogí y miré quién llamaba. Era Alison. Respondí inmediatamente.

—Suenas fatal —dijo—. ¿Estuviste bebiendo anoche?

—Eres una mujer muy perceptiva.

—¿Hace mucho que te has levantado?

—Desde que me llamó un periodista de Los Angeles Times para comunicarme que la asociación quiere prohibirme trabajar de por vida.

—¿Qué?

—Es lo que ha dicho; una reunión especial del Politburó anoche, en la que decidieron mandarme a un gulag durante...

—Esto se está volviendo espeluznante. Y pronto se va a poner peor.

—Cuenta.

—Acabo de saber que van a entrevistar a Theo MacAnna desde Los Ángeles para el *Today Show*.

—¿Sobre el tema de mi persona?

—Es de suponer.

—Por Dios, el hombre es incansable.

—Es como cualquier otro columnista de cotilleos, totalmente despiadado. Para él solo eres mercancía. Una mercancía muy lucrativa ahora mismo, porque haces que su nombre se conozca en todo el país y le permites aparecer hoy en *Today*.

—No estará satisfecho hasta que no me vea crucificado con una lanza en el costado.

—Me temo que tienes razón. Por eso he decidido despertarte tan temprano y avisarte de que iba a salir en *Today Show*. Creo que sería mejor que lo vieras, por si dice algo tan ofensivo o tan calumnioso por lo que podamos querellarnos contra ese pequeño cabrón.

De hecho no había nada pequeño en Theo MacAnna. Tenía cuarenta y pocos años, era británico, había cruzado el Atlántico hacía diez años y tenía uno de esos acentos en los que las vocales redondeadas se mezclaban con la nasalidad propia del sur de California. También tenía problemas de diámetro, más conocidos como gordura. No era gordo como una ballena, sino que más bien tenía un exceso de carnes a lo Churchill. Su cara (adornada con gafas redondas de montura negra y triple mentón) me recordaba a un apestoso pedazo de camembert que hubiera estado demasiado expuesto al sol. Pero sabía compensar la talla con un vestuario de dandi: traje gris oscuro completo, camisa blanca de cuello grande y una discreta corbata negra de topos. Intuí que, dados los magros honorarios del Hollywood Legit, aquel debía de ser su único traje bueno. Pero tenía que reconocer, aunque fuera de mala gana, que sabía venderse al mundo como un dandi angloamericano que tenía información de primera mano de los malos comportamientos de Hollywood. Sin duda, para la entrevista se había vestido con esmero, porque la consideraba una ocasión para escalar en la élite del chismorreó en la que tanto deseaba introducirse.

Sin embargo, Katie Couric, que lo entrevistaba desde Nueva York, no se tragaba su pose de periodista entre T. S. Eliot y Tom Wolfe.

—Theo MacAnna, muchas personas en Hollywood le consideran el periodista más temido de la ciudad —dijo ella.

Una sonrisita de complacencia cruzó los labios de MacAnna.

—Muy halagador —dijo, con su voz pastosa.

—Pero muchos otros solo le consideran un mercader de escándalos, alguien que no lo piensa dos veces antes de destruir carreras, matrimonios, vidas incluso.

Él palideció un poco, pero se recuperó rápidamente.

—Bueno, es normal que ciertas personas piensen así. Pero es porque, si en Hollywood hay alguna regla, es que se protegen entre ellos... incluso cuando se trata de delitos graves.

—¿Cree que el plagio que ha hecho que despidieran a David Armitage del programa de la FRT que él mismo creó era un «delito grave»?

—Sin ninguna duda, robó la obra de otros autores.

—Para ser estrictos, sin embargo, lo que presuntamente «robó» fue una broma de otra obra, y un par de líneas de otras comedias. ¿Cree realmente que merecía ser castigado tan severamente por lo que muchos consideran una falta menor?

—Katie, para empezar, yo no decidí el castigo que él ha recibido. Eso fue una decisión de sus jefes de la FRT. Pero en cuanto a su pregunta sobre si creo que el plagio es un delito grave, en fin, un robo es un robo...

—Pero lo que le he preguntado, señor MacAnna, es una falta tan leve como tomar prestadas unas bromas...

—También se apropió de un argumento de Tolstoi.

—En el comunicado que hizo el señor Armitage después de ser despedido, explicaba que aquella obra, que no había sido ni producida, era una reinterpretación de la historia de Tolstoi.

—Evidentemente es lo que tenía que decir el señor Armitage. Pero tengo una copia de su guion original aquí.

Mostró el polvoriento guion de Riffs. La telecámara encuadró la página con el título.

—Como pueden ver —siguió MacAnna—, el título de la página dice: Riffs, del autor David Armitage, pero no dice en ningún sitio «basado en La sonata Kreutzer de Tolstoi», a pesar de que toda la trama está completamente copiada de la obra de Tolstoi. Esto a su vez plantea una cuestión más importante: ¿por qué un hombre con el talento y la capacidad de David Armitage necesita robar a otros autores? Es el interrogante que todo el mundo en Hollywood desearía comprender: por qué ha sido tan

autodestructivo y tan profundamente deshonesto. Es evidente que es el ejemplo perfecto de la tragedia arquetípica de Hollywood: el hombre que, después de años de trabajar duramente, consigue lo que desea y entonces empieza a desmoronarse. Es conocido, por ejemplo, que en cuanto *Te vendo* se convirtió en un éxito, abandonó a su esposa y a su hija por una ejecutiva de televisión en ascenso. De modo que su deshonestidad acabó tristemente por engullir su carrera...

Apagué la tele y lancé el mando a distancia contra la pared. Después cogí mi chaqueta y corrí a la puerta. Me metí en el coche, encendí el motor y salí pitando. Tardé una media hora en llegar a los estudios de la NBC. Contaba con que, después de la entrevista, aquel fofu se quedara un rato en la sala de espera y hubiera perdido un poco de tiempo en dejar que le desmaquillaran. Mi previsión era exacta porque, mientras yo aparcaba, MacAnna salía por la puerta y se dirigía a un Lincoln Town Car: en el preciso momento en que yo paraba de golpe frente a la puerta, apretando los frenos tan fuerte que chirriaron, sobresaltando a MacAnna. En un instante había bajado del coche y corría tras él gritando:

—Inglés gordo de mierda...

MacAnna me miró estupefacto, y su cara mofletuda se contrajo de terror. Parecía como si quisiera correr, pero como estaba demasiado paralizado para hacer nada, me puse delante de él en pocos segundos, lo cogí por las solapas de rayas y lo sacudí con violencia, gritando una incoherente retahíla de insultos, del estilo: «Intentas arruinarme la vida... llamándome ladrón..., cubriendo de mierda a mi esposa y a mi hija... Te romperé todos los dedos de las manos, hijo de puta...».

En medio de aquel discordante vocerío, ocurrieron dos cosas, ninguna de las dos favorable para mí. La primera fue que un fotógrafo, que esperaba a la entrada de la NBC, acudió corriendo cuando oyó mis gritos y tomó una rápida serie de fotos mientras yo agredía a MacAnna; la segunda fue la llegada de un guardia de la cadena de televisión, un hombre alto y musculoso, de unos treinta y pocos años, que se metió en la trifulca gritando: «Eh, eh, eh, basta ya» antes de separarme de MacAnna e inmovilizarme con una llave de judo.

—¿Este hombre le ha agredido? —gritó el guardia a MacAnna.

—Lo ha intentado —dijo él, retrocediendo.

—¿Quiere que llame a la policía?

MacAnna me miró con un desprecio triunfal, y una sonrisita desagradable en los labios como diciendo «Te tengo, hijo de puta».

—Ya tiene suficientes problemas —dijo MacAnna—. Échele del recinto y basta.

Después se volvió y habló con el fotógrafo, le preguntó su nombre y le pidió una tarjeta.

—¿Lo ha cogido todo? —preguntó.

Mientras tanto el guardia corpulento me había arrastrado hasta mi coche.

—¿Es suyo el Porsche?

Asentí.

—Es precioso. Debe de haber trabajado mucho para comprarlo. ¿Por qué quiere fastidiarlo ahora?

—Él escribió...

—Me da igual lo que escribiera. Ha agredido a una persona en la propiedad de la NBC. Y eso significa que debería detenerle. Pero le ofrezco un trato. Se mete en el coche y se larga, y vamos a olvidarnos de todo. Si vuelve...

—No volveré.

—¿Me lo promete?

—Lo prometo.

—De acuerdo —dijo, soltándose lentamente—. Veamos cómo cumple su promesa y se va sin armar más jaleo.

Abrí la puerta del coche, me senté al volante y encendí el motor. Después, el guardia de seguridad golpeó la ventanilla. Bajé el cristal.

—Otra cosa, señor —dijo—. Debería pensar en cambiarse de ropa antes de ir a otra parte.

Entonces me di cuenta de que todavía llevaba puesto el pijama.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

De la misma manera que no existen los almuerzos gratis, no existe la manera de escapar a la ley de causa y efecto... sobre todo cuando un fotógrafo está presente para plasmarte mientras agredes a un periodista y estás en pijama.

Sucedió así que, dos días después de haber salido en primera página en Los Angeles Times, me encontré otra vez siendo noticia... con una fotografía en la página cuatro de su edición del sábado, mostrándome mientras increpaba a Theo MacAnna. Tenía la cara desfigurada en una expresión de furor desenfrenado. Se me veía claramente agarrándole del traje. También estaba el asunto de mi vestuario nocturno. Cuando se ven fuera del dormitorio, los pijamas siempre evocan imágenes de manicomio. Si encima quien lo lleva es una persona manifiestamente trastornada, en un aparcamiento de los estudios de la NBC durante el día, tiende a indicar que el caballero en cuestión puede sufrir algún problemilla psicológico merecedor de un examen profesional. Sin duda, de haber estado en condiciones de estudiar aquella imagen con desapego crítico, yo mismo habría llegado a la siguiente conclusión: está como una cabra.

Debajo de la foto había un breve artículo, con el titular:

EL AUTOR DESPEDIDO DE TE VENDO ATACA A UN PERIODISTA EN EL APARCAMIENTO DE LA NBC.

El artículo era claro y simple: el incidente en los estudios de televisión, el papel de MacAnna en mi desgracia, un breve resumen de mis crímenes contra la humanidad, y el hecho de que, después de amonestarme, el guardia de la NBC me había dejado marchar una vez MacAnna rehusó denunciarme. También había una cita del propio MacAnna: «Como siempre, yo solo quería contar la verdad... aunque eso evidentemente puso furioso al señor Armitage. Por suerte, el guardia de la NBC intervino antes

de que pudiera causarme daños físicos. Pero espero, por su propio bien, que busque ayuda profesional. Está claro que es un hombre gravemente alterado, con la mente perturbada».

¿Puedo besar el dobladillo de su skmata, doctor Freud? (Sí, es una línea tomada prestada de otro autor). Aunque no tuve tiempo de preocuparme por la evaluación mental que había hecho de mí MacAnna, porque tenía varios problemas más graves y apremiantes. Parecía que el periodista que me había fotografiado sacudiendo a aquel imbécil había logrado vender la foto a las agencias de prensa. De modo que la historia dio la vuelta al país (a la gente le encantan los artículos tipo «era famoso y ahora está como una cabra»). Incluso llegó a las vastas estepas heladas de Canadá, más concretamente a los húmedos confines de Victoria, Columbia Británica, donde Sally vio la historia en un periódico local. Y no le hizo ninguna gracia. Tan poca gracia que me llamó el sábado por la mañana a las nueve y media, y sin saludarme dijo:

—David, he visto el artículo... y me temo que desde este momento tú y yo somos historia.

—¿Dejas que te lo explique?

—No.

—Pero deberías haber oído lo que decía de mí en Today...

—Lo vi. Y francamente, estuve de acuerdo en muchas cosas con él. La cuestión es que lo que hiciste fue una locura. Y digo locura en el sentido médico de la palabra. Y no pienso vivir con un hombre mentalmente inestable.

—Por el amor de Dios, Sally. Solo perdí los nervios...

—No, perdiste la cabeza. ¿Cómo acabaste en el aparcamiento de la NBC en pijama?

—Estaba un poco abrumado por toda la situación.

—¿Un poco abrumado? No lo creo.

—Por favor, cariño, no podríamos hablar...

—Absolutamente, no. Y espero que estés fuera del piso cuando yo llegue mañana por la noche.

—Espera, no puedes ordenarme que me marche. ¿Somos coinquilinos, recuerdas? El alquiler está a nombre de los dos.

—Es verdad, pero según mi abogado...

—¿Ya has hablado con tu abogado esta mañana? Es sábado.

—Todavía no se había ido a la cama. Además, como era una urgencia...

—Eh, deja de ponerte melodramática, Sally.

—Y dices que no estás perturbado...

—Estoy muy angustiado y basta.

—Pues ya somos dos..., pero tú eres el que, según la ley de California, puede considerarse un peligro físico para el coinquilino, lo que permite que presente una orden contra ti en los juzgados que te impida ocupar el piso. Un largo silencio.

—¿No piensas hacerlo en serio? —pregunté.

—No, no pediré la orden, siempre que me prometas dejar el piso antes de las seis de la tarde de mañana. Si sigues ahí, llamaré inmediatamente a Mel Bing y haré que ponga en marcha la rueda legal contra ti.

—Por favor, Sally, ¿podemos...?

—Esta conversación ha terminado.

—No es justo.

—Tú te lo has buscado. ¿Por qué no te haces un favor y te vas? No te lo hagas más difícil obligándome a recurrir al juzgado.

Después de eso, colgó. Me senté en el sofá, con la cara entre las manos, completamente anonadado. Primero ensucian mi nombre, después me despiden; después salgo en los periódicos con pinta de estar haciendo una prueba para el papel de Ezra Pound; luego me dan el parte de desahucio, no solo del piso, sino también de la relación por la que rompí mi matrimonio.

¿Qué nuevo infierno seguiría?

Evidentemente tenía que llegar por cortesía de mi querida exesposa Lucy, a través de su halcón legal, Alexander McHenry. Me llamó una hora después de la andanada de Sally.

—¿Señor Armitage? —dijo con una voz profesional inexpresiva—. Soy Alexander McHenry, del gabinete de Platt, McHenry y Swabe. Como recordará, represento...

—Sé perfectamente a quién representa. Y también sé que si me llama el sábado por la mañana, es que tiene malas noticias.

—Bien...

—Al grano, McHenry. ¿Qué le preocupa a Lucy ahora?

Evidentemente ya sabía qué le preocupaba, porque me imaginaba que el San Francisco Chronicle había publicado la historia sobre el incidente ocurrido en el aparcamiento.

—Me temo que su exesposa está muy alarmada por su comportamiento de ayer delante de la NBC. También está muy angustiada por la cantidad de publicidad que ha recibido el incidente, sobre todo por cómo eso puede afectar a Caitlin.

—Pensaba hablar personalmente con mi hija esta mañana.

—Me temo que no será posible.

Tragué saliva. Dos veces.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que su exesposa cree que, en vista de su comportamiento de ayer, se le puede considerar un riesgo físico para ella y para su hija.

—¿Cómo puede pensar eso? Nunca, nunca he hecho daño...

—Sea como sea, el hecho es que agredió al señor MacAnna en el aparcamiento de la NBC. Y también está el hecho de que acaban de despedirle de la FRT por una acusación de plagio; un incidente trágico que, como podría verificar cualquier psicólogo, es capaz de desestabilizar fácilmente el estado mental de cualquiera. En resumen se le puede considerar un riesgo grave para su exesposa y su hija.

—Lo que pretendía decir antes de que me interrumpiera era que nunca he hecho daño ni a mi esposa ni a mi hija. Eso sería impensable para mí. Ayer perdí los nervios, eso fue todo.

—Me temo que eso no es todo, señor Armitage. A petición de su exesposa, hemos conseguido una orden de alejamiento contra usted que le impide toda clase de contacto físico o verbal con Lucy o con Caitlin.

—No pueden impedirme ver a mi hija.

—Ya lo hemos hecho. Y debo informarle de que, si intenta contravenir la orden, si intenta ver a Caitlin o a Lucy, aunque solo sea por teléfono, se arriesga a ser detenido y posiblemente encarcelado. ¿Le ha quedado claro, señor Armitage?

Colgué el teléfono de golpe. De nuevo, lo arranqué de la conexión. Pero esa vez no lo dejé a un lado: lo tiré al suelo y lo aplasté con el pie derecho.

Cuando quedó hecho pedazos, me derrumbé en el sofá sollozando. Que se lo llevaran todo... pero a Caitlin no. No podían hacerme eso. No podían impedirme que la viera..., que hablara con ella. No podían.

Alguien golpeó la puerta con energía. Sin duda era algún vecino que había oído mi violento psicodrama con el teléfono y había decidido llamar a la policía. Pero no pensaba dejarme coger fácilmente. No pensaba abrir la puerta. Los golpes se hicieron más seguidos y más fuertes. Después oí una voz conocida.

—Vamos, David. Sé que estás ahí, abre la puerta de una vez.

Alison.

Fui a la puerta y la abrí un poco. Me di cuenta de que ella notaba inmediatamente mi aspecto desaliñado y mis ojos hundidos, todavía rojos del llanto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté en voz baja.

—Creo que la expresión sería: intentar salvarte de ti mismo.

—Estoy bien.

—Sí, claro. Esta mañana también se te veía estupendo en Los Angeles Times. Me encantó el pijama. Justo lo que le gusta a una agente que su cliente estrella lleve puesto en un aparcamiento, mientras intenta darle una paliza...

—No intentaba darle una paliza.

—Ah, bueno, entonces no hay ningún problema. ¿Vas a dejarme pasar o qué?

Me aparté del umbral y entré. Ella me siguió. Me senté en el sofá mirando fijamente el suelo. Alison cerró la puerta y echó un vistazo al teléfono hecho añicos en el suelo.

—¿Es eso un..., perdón, era un Bang and Olufsen?

—Sí, lo era.

—Buen gusto. Lástima que ya no vuelva a funcionar.

—A la mierda. A la mierda todo.

—¿Es esto una reacción a lo de la NBC?

Entonces le conté las consecuencias de la foto, que Sally me había desahuciado tanto de nuestra relación como del piso, y que Lucy me quería impedir ver a mi hija. Alison estuvo un buen rato sin decir nada. Luego, en

cuanto empecé a culparme a mí mismo por haber provocado aquel desastre, habló finalmente.

—Te llevaré fuera de la ciudad.

—¿Qué dices?

—Te sacaré de aquí y te llevaré a un lugar tranquilo y seguro, donde no puedas meterte en más líos.

—Estoy bien, Alison.

—No, no lo estás. Cuanto más tiempo te quedes en Los Ángeles, más posibilidades tienes de convertir este asunto en un programa freak.

—Muchas gracias.

—Es la verdad. Te guste o no, estás fuera de control. Y si sigues estando fuera de control públicamente, será una alegría para los periódicos, pero a ti te dejará definitivamente fuera de juego en lo que respecta a trabajar en el futuro.

—Ya estoy acabado, Alison.

—No pienso ni hablar de eso ahora mismo. ¿Cuándo quiere Sally que te marches?

—Mañana a las seis de la tarde.

—De acuerdo, cada cosa a su tiempo. Dame tus llaves del piso.

—¿Por qué?

—Porque mañana voy a empaquetar todas tus cosas.

—Ya lo haré yo.

—No, tú no harás nada. Nos vamos dentro de treinta minutos.

—¿Adónde?

—A un sitio que conozco.

—No me llevarás a la Betty Ford, ¿verdad?

—Ni hablar. Solo te llevo a un lugar donde no puedas meterte en líos, y donde tengas tiempo de recuperarte un poco. Confía en mí, ahora lo que necesitas es dormir y tiempo para pensar.

Suspiré. Profundamente. Y también pensé: te guste o no, tiene razón. Me sentía tenso como una cuerda de violín, y empezaba a preguntarme en serio si resistiría todo el fin de semana sin hacer algo definitivo y estúpido... como tirarme por la ventana.

—De acuerdo —dije bajito—. ¿Qué quieres que haga?

—Llena un par de bolsas. No tienes que llevarte libros o cedés, habrá muchos en el sitio donde te llevo. Pero llévate el portátil, para poder conectarte. Después dúchate y afeítate esa media barba horrorosa. Te empiezas a parecer a un terrorista Unabomber.

Obedecí. Al cabo de media hora, estaba limpio, afeitado, me había cambiado de ropa y cargaba un par de bolsas y un ordenador portátil en el coche de Alison.

—Vale, el trato es este —dijo—. Vamos a conducir por la Pacific Coast un par de horas. Yo cogeré mi coche, tú el tuyo... con una norma importante: no hagas un número de desaparición súbita y te desvanezcas en el olvido...

—¿Quién te crees que soy? ¿Jack Kerouac?

—Solo quería...

—Te lo prometo, no voy a desaparecer.

—Bien, pero si nos separamos, llámame al móvil.

—Soy bueno siguiendo —dije.

La verdad es que no necesité llamarla al móvil ni una sola vez, porque pude seguirla perfectamente por la autopista Pacific Coast hasta que cogimos el desvío a una pequeña ciudad llamada Meredith. Pasamos por una calle estrecha de tiendas (entre ellas una librería y una pequeña tienda de ultramarinos), seguimos por una tortuosa calle asfaltada de dos carriles hasta una pista que se adentraba en un bosque denso y terminaba en una casita. De hecho, casita era una palabra poco adecuada, porque el lugar era una construcción de madera clara, frente a una playita de guijarros, en la que rompían las aguas del Pacífico. La casa en sí estaba en un terreno de unos mil metros cuadrados... pero el paisaje costero era absolutamente sublime, y me gustó la visión de una hamaca colgada entre dos árboles, que permitía que su ocupante se echara a disfrutar de la vista del océano.

—No está mal el sitio —dije—. ¿Es tu refugio secreto?

—Ojalá fuera mío. No, es de Willard Stevens, ese cabrón afortunado.

Willard Stevens era un guionista cliente de Alison, quien (como mi defensor borrachín, Justin Wanamaker) había sido el no va más en la época de las turbulentas películas de los setenta, pero que en aquel momento se ganaba respetablemente la vida revisando textos.

—¿Y dónde está Willard?

—En Londres, durante tres meses, revisando la nueva película de Bond.

—¿Tres meses para una revisión?

—Creo que, ya puesto, tiene pensado pasar unos días en la Costa Azul. En fin, me dejó la llave de la casa mientras estaba fuera. Solo la he utilizado una vez. Y como no volverá hasta dentro de diez semanas...

—No pienso pasarme diez semanas aquí.

—Vale, vale. Esto no es una celda acolchada. Tienes coche. Eres libre de ir y venir si te apetece. Lo único que te pido, para empezar, es que pases una semana aquí. Como si fueran unas vacaciones, una oportunidad para tranquilizarte y aclararte las ideas lejos del ruido de la ciudad. ¿Me prometes que te quedarás una semana?

—Todavía no la he visto por dentro.

En cuanto entré en la casa, me comprometí a quedarme una semana. El sitio era precioso. Paredes blanqueadas, suelo de piedra, una butaca enorme y cómoda y un sofá enorme y cómodo (los dos blancos). Una cocina pequeña y funcional. Cinco estantes de libros. Cinco estantes más de cedés, una mezcla excelente de música de *jazz* y clásica. Cinco estantes de vídeos. Una pequeña cadena de música. Un televisor de tamaño modesto y un vídeo. Un dormitorio con una cama grande estilo Mission y un baño todo blanco, con una bañera hundida en el suelo.

—Perfecto —dije.

—Me alegro de que te guste. ¿Me prometes que no vas a aplastar teléfonos ni nada?

—Oye, no soy un psicópata, ¿vale?

—De acuerdo, de acuerdo. De todos modos, solo hay un teléfono, y la televisión no recibe cadenas porque Willard decidió que solo quería ver películas antiguas. Pero su filmoteca es muy buena. Y hay mucho que leer y escuchar, como puedes ver. La radio de la cadena sí que coge emisoras locales, si quieres estar al día de las noticias y escuchar programas de cocina. Ya habrás visto la tienda de ultramarinos del pueblo. El supermercado grande más cercano está a unos ochenta kilómetros, pero deberías encontrar todo lo que necesites...

—Seguro que estaré bien —dije.

—Ahora escucha —insistió, sentándose en el sofá y haciéndome señales para que me sentara en la butaca—. Necesito que me prometas dos cosas.

—No, no destrozaré la casa. No, no recrearé la escena final de James Mason en Ha nacido una estrella y me meteré en el mar para no volver. No, no desapareceré...

Me interrumpió para decir:

—Y no, no pondrás los pies en los límites de la ciudad de Los Ángeles. Y no, no llamarás a la FRT o a la Warner o a nadie del trabajo. Y no, y este es el no más importante de todos, intentarás ponerte en contacto con Sally, Lucy o Caitlin.

—¿Cómo pretendes que no hable con mi hija?

—Hablarás con tu hija, pero solo si me dejas llevarlo a mí. ¿Cómo se llama el abogado de tu divorcio?

—Olvidalo. Es un imbécil. Dejó que el abogado de Lucy me destripara.

—De acuerdo, entonces llamaré al mío y le pediré que nos busque a un nazi. Pero tengo que repetírtelo otra vez...

—Lo sé, si llamo a Caitlin, convertiré una situación catastrófica en un cataclismo.

—Bien dicho. También hablaré con tu contable..., sigue siendo Sandy Meyer, ¿verdad? Le pediré que me ponga al día de tus obligaciones, con Hacienda y otras cosas divertidas. Mañana, antes de las seis de la tarde, sacaré todas tus cosas del piso y las meteré en un almacén, y trataré con Sally algunos detalles, como tu parte del depósito, los muebles que comprasteis juntos, etc.

—Deja que se lo quede todo.

—No.

—Lo he echado a perder con ella. Como lo he echado a perder con todos y con todo. Y ahora...

—Ahora vas a pasarte una semana como mínimo dando largos paseos, leyendo en la hamaca, reduciendo tu ingesta diaria de alcohol a un vaso o dos de vino de Napa bueno e intentando dormir. ¿Está claro?

—Sí, sí, doctora.

—Hablando de doctores, una última cosa... y no te pongas a gritar. Un terapeuta que se llama Matthew Sims te llamará sobre las once, mañana por

la mañana. Lo he contratado para una sesión de cincuenta minutos, y si te gusta, te hará una sesión diaria por teléfono. Te doy mi palabra: para ser terapeuta, es de lo mejorcito.

—¿Es tu terapeuta?

—No te sorprendas tanto.

—Es que... no había pensado...

—Cariño, soy una agente de Hollywood. Por supuesto que tengo terapeuta. Y este lo hace muy bien por teléfono, y creo que tienes claro que necesitas hablar con alguien ahora mismo, de modo que...

—De acuerdo, hablaré con él.

—Bien.

—Alison.

—¿Sí?

—No tenías por qué hacer esto.

—Sí, yo creo que sí.

—Lo siento tanto...

—Cállate.

—De acuerdo.

—Ahora tengo que irme y volver a la ciudad. Esta noche tengo una cita potente.

—¿Alguien interesante?

—Tiene sesenta y tres años, es un jefazo de los estudios, jubilado. Seguro que ya le han hecho un triple bypass y está en la primera fase del Alzheimer. Pero no voy a decir que no a un poco de juerga.

—Por Dios, Alison...

—Mira quién habla, el mojigato. Tengo cincuenta y siete años, pero no soy tu madre. Así que tengo derecho al sexo.

—No he dicho nada.

—Faltaría más —dijo, dedicándome una de sus sonrisas sesgadas. Después se adelantó y me cogió las manos—. Quiero que estés bien.

—Lo intentaré.

—Y recuerda, pase lo que pase profesionalmente, de un modo u otro sobrevivirás. Aunque parezca sorprendente, la vida sigue. Intenta no olvidarlo.

—Claro.

—Ahora súbete a la hamaca.

En cuanto Alison se marchó, hice lo que me había ordenado. Cogí un ejemplar de *El hombre delgado* de Hammett, del estante de Willard Stevens, y me eché en la hamaca. A pesar de que es una de mis novelas de misterio favoritas, de golpe el estrés y la fatiga de los días precedentes se apoderó de mí, y me dormí después de la primera página. Cuando me desperté, el aire se había vuelto frío y el sol empezaba a hundirse en el Pacífico. Me sentía frío y desorientado..., pero a los pocos segundos, el abrumador escenario en el que se había convertido mi vida volvió como una tromba a mi cerebro. Mi primera reacción habría sido coger el teléfono, llamar a Lucy y decirle que estaba jugando al juego más vil imaginable, y después le pediría que me dejara hablar con Caitlin. Pero hice un esfuerzo por calmar mi furia, acordándome de lo que había sucedido cuando había decidido enfrentarme a MacAnna (consciente también de que el mundo se me echaría encima si vulneraba la orden del tribunal). De modo que me levanté de la hamaca y entré en la casa. Me lavé la cara y me puse un jersey. Después, viendo que la despensa estaba vacía, me metí en el coche y fui a la tienda.

No era solo una tienda de ultramarinos, sino también una *delicatessen*, lo que (junto con todo lo que había visto en la calle principal de Meredith: la librería, las tiendas que vendían velas perfumadas y sales de baño carísimas, la tienda de ropa con camisas Ralph Lauren en el escaparate) reflejaba que el pueblo era un refugio de lujo de fin de semana para los agitados habitantes de Los Ángeles, aunque seguía siendo, lo presentía, uno de esos lugares en los que la gente mantenía una cierta distancia educada.

Sin duda, era el caso en Fuller's Grocery. Después de comprar alimentos básicos, y una pasta al pesto para la cena, la mujer de cincuenta y tantos años de la caja (guapa, de pelo gris, camisa tejana, arquetipo de la propietaria de clase alta de una tienda de clase alta como aquella) no me preguntó si era nuevo en el pueblo, o si había ido a pasar el fin de semana, o alguna curiosidad típica de los barrios. Se limitó a echarme un vistazo silencioso y a hacer un comentario:

—Ha acertado con el pesto. Lo he hecho yo misma.

Había acertado con el pesto. Y también con la botella de Oregon Pinot Noir. Me limité a tomar dos copas. A las diez estaba en la cama, pero como no podía dormir, me levanté y vi *El apartamento* de Billy Wilder en vídeo (una de mis películas preferidas). Aunque la había visto media docena de veces, lloré sin reparos cuando, al final, Shirley MacLaine corre por las calles de Manhattan para declararle su amor a Jack Lemmon (la verdad es que me sentía bastante frágil). Y como después seguía sin poder dormir, me quedé viendo la gran comedia olvidada de Cagney de los años treinta, *Jimmy el gentilhomme*. Cuando terminó, eran casi las tres, y cuando me metí en la cama me dormí en seguida.

Como todas las mañanas esa temporada, me despertó el teléfono: concretamente, Matthew Sims, el terapeuta que Alison me había contratado. Tenía una voz serena, tranquila: la voz estándar de terapeuta. Me preguntó si me había despertado. Cuando se lo confirmé, me dijo que, como era domingo, no estaba precisamente ocupado, y podía llamarme al cabo de veinte minutos. Le di las gracias fui a la cocina a prepararme una cafetera, y bebí dos tazas antes de que volviera a sonar el teléfono.

Alison tenía razón: Matthew Sims era un buen fichaje. No perdía el tiempo en cursilerías. Ni en tonterías de la infancia. Me hizo hablar de la semana anterior, sobre la sensación de estar en caída libre, del miedo de no ser capaz de recuperarme de aquella calamidad profesional, de la abrumadora culpabilidad por haber roto mi familia y del temor (y ese era el mayor miedo) a haber sido yo el artífice de mi desastre. Naturalmente, Sims se concentró inmediatamente en ese comentario y me preguntó:

—¿Está diciendo que cree que consciente o inconscientemente se ha metido en este lío usted mismo?

—Inconscientemente, sí.

—¿De verdad lo cree?

—¿Por qué, si no, han aparecido todas esas líneas de otros en mis guiones?

—Porque quizá las tomó prestadas involuntariamente, David. Esa clase de asimilación de las bromas de otros sucede a veces, ¿no?

—O tal vez quería que me descubrieran.

—¿Qué es lo que quería que descubrieran de usted?

—Que...

—Sí.

—Que... que soy un fraude.

—¿Lo cree de verdad, especialmente después del éxito que ha tenido últimamente?

—Ahora lo creo.

Se acabó el tiempo y quedamos para seguir hablando al día siguiente a las once.

Pasé casi todo el día en la hamaca o paseando por la playa, pensando y pensando. Y manteniendo una de esas discusiones mentales silenciosas, en la que decía todas las cosas que quería decirle a Lucy, en la que convencía a Sally para que me diera —nos diera— otra oportunidad, en la que me entrevistaba Charlie Rose de la PBS y rebatía las acusaciones de MacAnna con tanta inteligencia e ingenio que Brad Bruce me llamaba al día siguiente y me decía: «Dave, hemos cometido un gran error. Ven en seguida y pongámonos a trabajar en la tercera temporada».

Claro. En mis sueños. Porque no había ninguna probabilidad de que recuperara nada. Lo había estropeado todo, al permitir que un error involuntario degenerara en un enfrentamiento personal. Y entonces empecé a jugar al juego: «¿Y si...?». Por ejemplo: ¿y si no hubiera contestado con tanta vehemencia a las primeras revelaciones de MacAnna?; ¿y si hubiera sido más humilde y hubiera reconocido mi error y (quizás) hubiera escrito a MacAnna una carta dándole las gracias por señalarme mi pequeño error? Pero había sido a la vez arrogante y temeroso, de la misma manera que había sido arrogante y temeroso cuando había empezado mi historia con Sally Birmingham: temeroso de que se supiera y yo perdiera a mi familia, y tan pagado de mí mismo con mi reciente éxito para creer que merecía aquel «premio». ¿Y?, por supuesto, ¿y si me hubiera quedado con Lucy...?, entonces quizá no habría reaccionado de una forma tan extrema cuando MacAnna apareció en Today. Porque entonces él no hubiera hecho nunca aquel comentario de que yo había abandonado a mi mujer y a mi hija: el comentario que me había hecho explotar e interpretar aquella escena en el aparcamiento de la NBC, y que...

Basta, basta. Citando aquel famoso proverbio: lo hecho, hecho está. Y eso me llevaba a su vez a una amarga conclusión: cuando estás jodido, estás jodido.

Pero lo más desesperante era esta idea: ¿era esa la situación que yo quería en realidad? ¿Tenía tan poca confianza en mi éxito que de algún modo necesitaba fracasar? Como había dicho Sally, ¿era yo el artífice de mi desastrosa ruina?

Le planteé aquello a Matthew Sims cuando hablé con él el lunes por la mañana.

—¿Me está diciendo que no confía en sí mismo? —preguntó.

—¿Puede alguien confiar en sí mismo?

—¿Con eso qué quiere decir?

—¿No tenemos todos el dedo sobre el botón de la autodestrucción?

—Es posible, pero la mayoría no lo apretamos.

—Yo sí.

—Siempre va a parar a lo mismo, David. ¿De verdad cree que todo lo que le ha pasado ha sido obra suya?

—De nuevo... no lo sé.

En los días siguientes, ese fue nuestro tema de conversación durante todas las sesiones matinales: si me había buscado yo mismo aquella espectacular caída. Matthew Sims seguía animándome a creer que, a veces, sencillamente las cosas salían mal; que era cierto que me había comportado de una forma extrema al agredir a MacAnna, pero que en ese momento estaba sufriendo un grave estrés. Aquello no disculpaba mi comportamiento, pero sí lo explicaba.

—Recuerde —dijo Sims—, todos hacemos cosas que se salen de «nuestro personaje» cuando sufrimos un estrés grave. Al fin y al cabo no le causó daño físico.

—Pero sí deterioré profundamente mi situación.

—De acuerdo —dijo—. Cometió un grave error. ¿Ahora qué?

De nuevo, pronuncié mi frase favorita:

—No lo sé.

Las llamadas de Sims eran el momento central del día. Me pasaba el resto del tiempo paseando y leyendo, viendo películas antiguas y resistiendo

la tentación de hacer ciertas llamadas de teléfono o conectarme. No me molesté en comprar periódicos. Cuando Alison me llamaba todas las tardes a las seis, no le pregunté ni una sola vez si mi nombre seguía siendo noticia. Me limitaba a escuchar las novedades del día. El lunes me informó de que todas mis pertenencias estaban embaladas y guardadas en un almacén. El martes me dijo que había contratado a un afamado abogado de divorcios llamado Walter Dickerson para que me representara, y que los cinco mil dólares que le había podido sacar a Sally por mi parte del depósito y los muebles que habíamos comprado pagarían sus honorarios.

—¿Cómo reaccionó Sally cuando le pediste el depósito?

—Al principio con un buen surtido de insultos. Muchos «¿cómo te atreves?». A los que yo contesté: «¿Cómo te atreves tú a romper un matrimonio y después echar a tu novio cuando soplan malos vientos?».

—Madre mía, ¿en serio le dijiste eso?

—Ya lo creo.

—¿Cómo reaccionó?

—Con más «¿cómo te atreves?». Entonces le insinué que no era la única que lo pensaba, sino todo Hollywood. Evidentemente, me lo estaba inventando, pero la hizo reaccionar y extender un cheque. Tuvimos que discutir un poco por la cifra, sobre todo porque empecé pidiendo siete mil quinientos, pero finalmente nos pusimos de acuerdo.

—Bueno, gracias, supongo.

—De nada, es parte del servicio. En fin, ahora que te ha dado el pasaporte, no me voy a callar: siempre he pensado que no tenía entrañas y que tú no eras más que un escalón en su escalera.

—Y me lo dices ahora.

—Siempre lo has sabido, David.

—Sí —dije en voz baja—. Supongo que lo sabía.

El miércoles, Alison me dijo que mi contable, Sandy Meyer, estaba preparando un informe completo de mi disponibilidad económica, pero no había logrado ponerse en contacto con Bobby Barra, el cual, según su secretaria, estaba en China por trabajo. Sin duda para vender la Gran Muralla a los chinos.

El jueves, Alison me dijo que Walter Dickerson estaba negociando ferozmente con Alexander McHenry, y tendría alguna noticia a principios de la semana siguiente.

—¿Por qué no me ha llamado ya Dickerson?

—Porque yo le dije que no lo hiciera.

—¿Qué?

—Le puse al día de la situación y de cuánto deseabas poder tener un contacto normal con tu hija de nuevo. Después le di el número de McHenry y le dije que le diera una lección. ¿Le habrías dicho tú algo más?

—Supongo que no. Es solo que...

—¿Cómo duermes?

—No del todo mal, la verdad.

—Eso es una mejora. Y sigues hablando con Sims todos los días.

—Sí, sí.

—¿Haces progresos?

—Ya sabes cómo es la terapia: no paras de dar vueltas a lo mismo hasta que estás tan harto de oírte que piensas: estoy curado.

—¿Te sientes curado?

—Ni mucho menos. Mis nervios todavía están bastante desquiciados.

—Pero al menos estás mejor que la semana pasada.

—Sí, eso es verdad.

—Entonces ¿por qué no te quedas una semanita más?

—¿Por qué no? No tengo adonde ir.

Tampoco tuve mucho que hacer durante mi segunda semana, excepto seguir avanzando en la extensa filmoteca de Willard, leer, escuchar música, pasear por la costa, comer platos ligeros, beber un máximo de dos copas de vino al día y simultáneamente intentar mantener a raya mis demonios.

Entonces llegó el lunes. Poco después de terminar mi sesión telefónica confesional con Matthew Sims, sonó el teléfono. Era mi abogado, Walter Dickerson. Hablaba con una voz plana, con apenas un rastro de aspereza que insinuaba una infancia más bien poco acomodada y un estilo brusco en el litigio.

—Voy a ser sincero con usted, David —dijo—. Por razones que solo ella conoce, su exesposa ha decidido utilizar todas sus armas en este asunto,

a pesar de que su propio abogado ha reconocido que cree que con lo de la orden de alejamiento ha ido demasiado lejos, teniendo en cuenta que no hay ningún antecedente de violencia doméstica, y también que, a excepción de un fin de semana, siempre ha sido cumplidor con sus visitas a Caitlin. Pero por mucho que Henry se lo explique a su esposa, ella está decidida a castigarle, lo que significa que tenemos entre manos lo que en nuestro oficio se conoce como una situación. Y se resume así: según mi experiencia, cuando alguien está tan enfadado, se pondrá aún más furioso si se intenta oponer resistencia a su voluntad. En otras palabras, podríamos acudir a los tribunales y alegar todo el rollo de que usted perdió los nervios con aquel tipo que estaba intentando destruir su carrera, pero que no le hizo ningún daño..., por lo tanto, ¿cómo podría representar un peligro para su exesposa y su hija? Pero tenga clara una cosa: si lo hacemos, ella volverá al ataque con toda clase de acusaciones contra usted, desde ritos satánicos a tener muñecas vudú debajo de la cama...

—No está tan loca.

—Puede que no, pero está enfadadísima con usted. Si alimentamos su rabia, es usted quien lo pagará, tanto económica como emocionalmente. En fin, eso es lo que he hablado con McHenry, y aunque puede que no, sea ideal, es mejor que nada. Cree que puede convencer a su exesposa para que en principio le permita una llamada diaria a Caitlin.

—¿Solo eso?

—Teniendo en cuenta que ella desea negarle totalmente el contacto, lograr que consienta una llamada diaria sería un paso adelante.

—Pero ¿algún día volveré a ver a mi hija?

—De eso no tengo ninguna duda, pero puede que lleve un par de meses...

—Un par de meses. Por favor, señor Dickerson...

—No obro milagros, David. Y tengo que escuchar lo que dice el abogado de la otra parte acerca de las intenciones de su cliente. Y lo que me está diciendo es que, ahora mismo, una llamada diaria con su hija entra en la categoría de «maná caído del cielo». Como le he dicho, está la opción de litigar, pero eso le costará como mínimo veinticinco mil, y además generará

mucha publicidad. Por lo que me ha dicho Alison, y por lo que he leído en los periódicos últimamente, lo último que necesita usted es publicidad.

—De acuerdo, de acuerdo, consígame la llamada diaria.

—Es una decisión sabia —dijo Dickerson, y añadió—: Volveré a llamarle en cuanto la otra parte me dé una respuesta. Por cierto, soy un gran fan de *Te vendo*.

—Gracias —dije, sin mucho ánimo.

Sandy Meyer también me llamó el lunes, para informarme de que los doscientos cincuenta mil dólares que debía a Hacienda tenían que pagarse al cabo de tres semanas, y que estaba un poco preocupado por mi liquidez.

—Lo he comprobado con el Bank of America, y tienes unos veintiocho mil en la cuenta, lo que podría cubrir dos meses de pensión y gastos de tu hija. Pero después...

—Ya sabes que todo mi dinero está invertido con Bobby Barra.

—He examinado su último estado de cuentas, relativo a los últimos cuatro meses. Te ha hecho ganar bastante dinero, porque tu saldo de hace dos meses era de 533 245 dólares. El problema, David, es que no tienes otro dinero disponible, aparte del invertido en tu cartera.

—Se suponía que debía ganar dos millones de dólares este año, antes de que se me cayera el mundo encima. Ahora... ahora no voy a ingresar nada. Y ya sabes adonde han ido a parar mis grandes ganancias del primer año.

—Lo sé, a tu exesposa y a Hacienda.

—Dios les bendiga.

—Pues parece que tendrás que liquidar la mitad de tu cartera para afrontar el pago de Hacienda. Alison también mencionó que la FRT y la Warner quieren cobrar medio millón de los derechos de autor. Si esas exigencias se hacen realidad...

—Lo sé, la suma no sale. Pero espero que Alison pueda negociar una reducción de esa cifra a la mitad.

—Lo que significa que tu cartera de inversiones quedará a cero. ¿Vas a tener algún ingreso?

—No.

—Entonces ¿cómo vas a pagar los once mil al mes de Lucy y Caitlin?

—¿Lustrando zapatos?

—Seguro que Alison puede encontrar algún trabajo para ti.

—¿Es que no te has enterado? Se supone que he cometido plagio. Nadie contrata a plagiarios.

—¿No tienes ningún otro bien que yo no sepa?

—Solo el coche.

Le oí revolver papeles.

—Es un Porsche, ¿verdad? Ahora debe de valer unos cuarenta mil dólares.

—Creo que sí.

—Véndelo.

—¿Con qué voy a moverme?

—Con algo mucho más barato que un Porsche. Mientras, esperemos que Alison consiga hacer entrar en razón a la FRT y a la Warner. Porque, si deciden exigirte toda la cantidad, estamos jodidos.

—Ah, sí.

—Esperemos que no tengamos que llegar a ese extremo. Vayamos por pasos: según su secretaria, Bobby Barra estará de vuelta el fin de semana. Le he dejado un mensaje urgente para que me llame. Tú deberías hacer lo mismo. Para cuando vuelva, nos quedarán solo diecisiete días para pagar a Hacienda, y se necesita tiempo para vender media cartera. Así que...

—Perseguiré a ese cabrón.

Al día siguiente, no pude evitar hablar de mis problemas económicos con Matthew Sims. Y él no pudo evitar preguntarme cómo me sentía.

—Estoy muerto de miedo —dije.

—De acuerdo —contestó—. Pongámonos en el peor de los casos posibles. Lo pierde todo. Se declara en bancarrota. Su cuenta bancaria está a cero. ¿Entonces qué? ¿Cree que no volverá a trabajar?

—Claro que trabajaré, en un empleo en el que tenga que decir cosas como: «¿Quiere unas patatas con el batido?».

—Vamos, David, usted es un hombre muy inteligente...

—Pero también soy un hombre considerado persona non grata en Hollywood.

—Puede que por un tiempo.

—Puede que para siempre. Y eso es lo que me aterroriza. Que no pueda volver a escribir nunca más.

—Por supuesto que volverá a escribir.

—Sí, pero nadie lo comprará. Y, como el noventa por ciento de los autores, exceptuando a J.D. Salinger, vivo para un público: lectores, espectadores, lo que sea. Escribir es lo que sé hacer. Fui un marido desastroso, soy un padre mediocre, pero cuando se trata de palabras soy excelente. Me pasé catorce largos años intentando convencer al mundo de que era un buen escritor. ¿Y sabe qué? Al final los convencí. De hecho, llegué mucho más lejos de lo que jamás había soñado. Y ahora me lo han arrebatado todo.

—Del mismo modo que su exesposa quiere arrebatarle a Caitlin, quiere decir.

—Está haciendo todo lo que puede.

—Pero ¿realmente cree que logrará que no vuelva a ver a su hija?

Y por quinta, o tal vez sexta vez seguida, nuestra sesión terminó conmigo diciendo:

—No lo sé.

Aquella noche dormí mal. Me desperté por la mañana con la sensación de mal augurio aguzada. Entonces me llamó Alison, y parecía un poco tensa.

—¿Has leído el periódico esta mañana?

—Dejé de leer el periódico cuando vine aquí. ¿Qué pasa ahora?

—Muy bien, hay buenas y malas noticias. ¿Qué quieres oír primero?

—Las malas, por supuesto. Pero ¿cómo son de malas?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo apegado que estés al Emmy.

—¿Esos hijos de puta quieren que lo devuelva?

—Ni más ni menos. Como aparece en Los Angeles Times de la mañana, la Academia Americana de las Artes y las Ciencias Televisivas ha aprobado una moción para retirarte el premio, debido...

—Ya me imagino el porqué.

—Lo siento mucho, David.

—No te preocupes. No es más que un pedazo de hojalata. ¿Te llevaste el Emmy de mi piso?

—Sí.

—Pues mándaselo. Que les aproveche. ¿Cuál es la buena noticia?

—Aparece en el mismo artículo de Los Angeles Times. Parece que ayer, durante la asamblea mensual, la Asociación de Autores aprobó una moción de censura contra ti...

—¿Eso te parece una buena noticia?

—Espera. Te censuraron pero, por una mayoría de dos tercios, rechazaron la moción de recomendar que se te prohibiera trabajar durante un tiempo indeterminado.

—Qué bien. Los estudios y las productoras de la ciudad ya se encargarán de ello, con o sin moción de la asociación.

—Sé que te va a sonar a consuelo de loquero, pero la cuestión es que una censura no es más que un cachete. Podemos tomárnoslo como una buena señal de que en círculos profesionales la gente considera este asunto como lo que es realmente: una estupidez.

—Los del Emmy no.

—Eso es un juego de relaciones públicas. Cuando vuelvas...

—No creo en la reencarnación. Además, ¿no te acuerdas de lo que dijo Scott Fitzgerald, en uno de sus momentos de sobriedad, hacia el final?: «En las vidas americanas no hay segundos actos».

—Yo sigo una teoría diferente: la vida es corta, pero las carreras de los escritores son extrañamente largas. Intenta dormir un poco esta noche. Te noto por los suelos.

—Estoy por los suelos.

Evidentemente no dormí, sino que vi las tres partes de la Trilogía de Apu (seis horas de la vida doméstica hindú de los años cincuenta: espléndida, pero solo un maníaco sería capaz de verla de un tirón). Finalmente me eché en la cama y me desperté cuando sonó el teléfono. ¿Qué día era? ¿Miércoles? ¿Jueves? El tiempo había perdido todo su valor para mí. Hacía poco, mi vida había sido un largo *sprint* de trabajo diario, en el que lograba meter muchas cosas: un par de horas escribiendo, reuniones de producción, sesiones de tormentas de ideas, llamadas interminables,

almuerzo de trabajo, cena de trabajo, una película, una fiesta a la que debía asistir... Además estaban los fines de semana cada quince días con Caitlin. Los fines de semana que no estaba con ella, me pasaba nueve horas al día delante del ordenador, elaborando parte de un nuevo episodio, o un fragmento de mi guion, siempre más, más, más. Porque, como sabía perfectamente, estaba metido en una rueda. Y cuando estás en una rueda, no puedes permitirte parar. Porque si te paras...

El teléfono no dejaba de sonar y lo descolgué.

—David, soy Walter Dickerson. ¿Le he despertado?

—¿Qué hora es?

—Casi mediodía. Le llamo más tarde.

—No, no, dígame, ¿tiene noticias?

—Sí.

—¿Y?

—Bastante razonables.

—¿Qué quiere decir?

—Su exesposa ha aceptado que llame por teléfono a Caitlin.

—Eso es un paso adelante, supongo.

—Sin ninguna duda. Sin embargo, ha insistido en un par de condiciones. Solo puede llamarla día sí día no, con un tiempo límite de quince minutos.

—¿Ella ha puesto esas condiciones?

—Sí. Y según su abogado, le costó bastante convencerla para que aceptara ese tiempo limitado de contacto telefónico. Me ha dicho que sigue muy enfadada con usted.

—No me sorprende —dije—. ¿Cuándo puedo hacer la primera llamada?

—Esta tarde. Su exesposa propuso las siete como hora fija para la llamada. ¿Le parece bien?

—Por supuesto —dije, pensando que no tenía el calendario precisamente lleno—. Pero señor Dickerson... Walter, ¿cuánto tiempo cree que tendré que esperar para que me deje ver a mi hija?

—La respuesta sincera a esa pregunta es que depende de su exesposa. Si ella quiere seguir apretándole las pelotas, y disculpe la expresión, esto puede alargarse durante meses. En tal caso, y si tiene dinero para pagarlo,

podemos llevarla a los tribunales. Pero esperemos que, cuando se enfríe un poco su rabia, esté dispuesta a negociar un contacto físico adecuado. Pero, ya se lo he dicho, será un proceso gradual. Ojalá tuviera mejores noticias, pero... como ya se habrá dado cuenta, los divorcios amistosos no existen. Y cuando hay un hijo de por medio, los desacuerdos son infinitos. Al menos hemos conseguido que hable con Caitlin otra vez. Es un principio.

Como estaba programado, hice la llamada a las siete en punto de la tarde. Lucy debía de tener a Caitlin junto al teléfono, porque descolgó inmediatamente.

—¡Papá! —gritó, como si estuviera realmente encantada de oír mi voz—: ¿Por qué has desaparecido?

—Tuve que irme por cuestiones de trabajo —dije.

—¿No quieres volver a verme? —preguntó.

Tragué saliva. No quería meter la pata. Ni mucho menos desmoronarme.

—Me muero de ganas de verte —dije—. Es que... ahora mismo no puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque... porque... estoy muy lejos, trabajando.

—Mami me dijo que te habías metido en un lío.

—Es verdad, he tenido problemas... pero ya estoy mejor.

—¿Entonces vas a venir a verme?

—En cuanto pueda. —Respiré hondo, y me mordí el labio inferior—. Mientras tanto hablaremos a menudo por teléfono.

—Pero no es lo mismo que verte...

—Caitlin... —dije, incapaz de terminar la frase porque se me rompía la voz.

—Papá, ¿qué te pasa?

—Estoy bien, estoy bien, estoy bien... —dije, haciendo un esfuerzo para no caer por el precipicio—. Cuéntame lo que has estado haciendo en la escuela.

Durante los siguientes catorce minutos, hablamos de toda clase de temas: desde su papel de ángel en la próxima función de Semana Santa de

la escuela a por qué creía que el Gran Oso era aburrido, pero el Monstruo de las Galletas estaba bien, hasta su deseo de tener una Barbie Dormilona.

Cronometré la llamada con mi reloj. Justo quince minutos después de que Caitlin descolgara, oí la voz de Lucy al fondo que decía:

—Dile a papá que tienes que colgar.

—Papá, tengo que colgar.

—De acuerdo, cariño. Te echo muchísimo de menos.

—Yo también te echo de menos.

—Te llamaré el viernes. ¿Puedo hablar con tu madre?

—Mamá —gritó Caitlin—. Papá quiere hablar contigo. Adiós, papá.

—Adiós, mi vida.

Entonces oí que le pasaba el teléfono a Lucy. Pero ella colgó sin decir palabra.

Naturalmente, aquella llamada ocupó toda la sesión con Matthew Sims del día siguiente.

—Lucy me desprecia tanto que nunca me permitirá volver a ver a Caitlin.

—Pero le ha permitido hablar con ella, y eso es un avance considerable respecto a la semana pasada.

—Sin embargo no puedo dejar de pensar que yo me lo he buscado.

—David, ¿cuándo dejó a Lucy?

—Hace dos años.

—Por lo que me explicó durante la primera sesión, fue increíblemente generoso en cuanto a la división de propiedades.

—Se quedó la casa, que había pagado yo.

—Desde entonces, usted ha pagado la pensión a tiempo, ha sido un buen padre para Caitlin y no ha cometido ningún acto hostil o desfavorable en contra de su exesposa.

—¡Ni mucho menos!

—Bien, entonces, si ella sigue albergando enemistad contra usted después de dos años del divorcio, es su problema, no el de usted. Y si utiliza a Caitlin como arma contra usted, y para ello impide que su hija vea a su padre, la vergüenza es de ella. Créame, pronto tendrá que afrontar el

hecho de que está actuando con egoísmo en ese aspecto. Porque su hija se lo dirá.

—Espero que tenga razón. Pero me sigue obsesionando algo...

—¿Qué es?

—Que no debí dejarlas nunca, que cometí un terrible error.

—¿De verdad querría volver ahora?

—Eso es imposible. Hay demasiada porquería debajo de la alfombra, demasiada sangre. Aun así..., cometí un error. Un terrible error.

—¿Se ha planteado decírselo a Lucy?

Cuando volví a llamar el viernes, Lucy siguió sin querer hablar conmigo, y ordenó a Caitlin que colgara el teléfono después de los quince minutos permitidos. Sucedió lo mismo el domingo, pero, al menos, pude darle a Caitlin mi número de la casa de la playa, y pedirle que le dijera a Lucy que estaría en ese número durante unas semanas más.

No me había costado mucho tomar la decisión de quedarme en la casita de Willard. No tenía muchas opciones de alojamiento, y por suerte, mi necesidad de cobijo coincidía con la decisión de Willard de quedarse en Londres seis meses más.

—Tiene una revisión de otra película, y parece que le gusta el encanto grisáceo de la ciudad, de modo que puedes quedarte en la casa hasta Navidad —dijo Alison, cuando me llamó para contármelo—. En realidad está encantado de tenerte como inquilino, y no te va a cobrar nada, solo los gastos.

—Me parece justo.

—También quería que te dijera que cree que lo que te ha sucedido es una exageración y está mal. Incluso ha escrito a los organizadores del Emmy para decirles que se han comportado como una pandilla de capullos.

—¿En serio ha utilizado esas palabras?

—Aproximadamente.

—Cuando vuelvas a hablar con él, dile por favor que le estoy muy agradecido. Es el primer golpe de suerte que tengo desde hace tiempo.

Pero mi racha de suerte tuvo una vida breve. Al día siguiente, me cayó una bomba de megatones en el regazo cuando por fin me puse en contacto con Bobby Barra.

Le llamé al móvil. Me pareció un poco titubeante cuando oyó mi voz.

—Hola, chico, ¿cómo va? —preguntó.

—He tenido tiempos mejores.

—Sí, me he enterado de que son tiempos duros para ti.

—¿Sabes hasta qué punto?

—Saliste en la prensa de Londres y París, incluso en Hong Kong.

—Me alegro de saber que soy una sensación internacional.

—¿Desde dónde llamas ahora?

Le expliqué que Sally me había echado y que Alison me había encontrado un refugio en la costa.

—Chico, estás con la mierda al cuello —dijo Bobby.

—Yo no lo habría dicho mejor.

—Bueno, mira, siento no haberte llamado, pero ya sabes que estaba en Shangai para el lanzamiento del motor de búsqueda. Y sé que me llamas para saber cómo han ido tus OPI.

Empezó a sonar una alarma en mi cabeza.

—¿Qué tiene que ver la OPI conmigo, Bobby?

—¿Que qué tiene que ver contigo? Vamos, fuiste tú el que me dijiste que invirtiera toda tu cartera en esa OPI.

—Nunca he dicho tal cosa.

—¿Cómo que no? ¿Recuerdas la conversación que tuvimos cuando te llamé hace un par de meses para darte el informe de tu cartera para el último cuatrimestre?

—Sí, me acuerdo.

—¿Y qué te pregunté?

Me preguntó si quería ser uno de los pocos privilegiados que podrían invertir de verdad en una OPI segurísima para un motor de búsqueda asiático; un motor de búsqueda que con toda garantía sería el artículo número uno en China y el Sureste Asiático. Y con mi privilegiada memoria para los detalles lúgubres, recordé la conversación completa en aquel momento.

«Es algo como Yahoo con ojos sesgados», había dicho él.

«Siempre tan políticamente correcto, Bobby».

«Oye, estamos hablando del mercado virgen más grande del mundo. Y es la oportunidad de entrar en él a lo grande. Pero tengo que saberlo en seguida..., ¿te interesa?».

«Por ahora nunca me has aconsejado mal».

«Buen chico».

Mierda, mierda, mierda. Bobby pensó que aquello era una orden para vender.

—¿Es que no lo era? —me preguntó Bobby—. Te pregunté si te interesaba. Contestaste que sí. Creí que eso significaba que querías.

—Pero no te dije que transfirieras toda la puta cartera...

—Tampoco me dijiste lo contrario. Para mí, «sí» significa «sí».

—Y para mí, no tenías derecho a transferir ninguna acción mía sin mi aceptación por escrito.

—Eso es una gilipollez y lo sabes. ¿Cómo te crees que funciona el mundo de los agentes de bolsa? ¿Con un cortés intercambio de documentos? Este es un juego que cambia cada treinta segundos, o sea que si alguien me dice que venda...

—No te dije que vendieras...

—Te hice una oferta para participar en la OPI y aceptaste.

—Lo que hiciste es ilegal.

—No lo es. Y si lees el acuerdo que firmaste con mi empresa cuando te hiciste cliente, verás que hay una cláusula que nos autoriza a comprar o vender acciones en tu nombre con tu consentimiento verbal. Pero si quieres denunciarme a la comisión, por mí adelante. Se reirán de ti en el juzgado.

—No me lo puedo creer.

—Oye, no es el fin del mundo, sobre todo porque, hace nueve meses, te prometí que el precio de las acciones se cuadruplicaría, lo que significa que no solo recuperarás la pérdida inicial del cincuenta por ciento del valor de los títulos.

Tres alarmas se encendieron en mi cabeza.

—¿De qué cojones estás hablando?

No perdió la calma.

—He dicho que dado el momentáneo bajón de las acciones de tecnología, la OPI inicial no fue tan bien como esperábamos, y más o

menos la mitad de tus acciones se han perdido.

—No puede ser verdad.

—¿Qué puedo decir, excepto que son cosas que pasan? En fin, todo esto es un juego, ¿no? Yo intento minimizar el riesgo, pero a veces el mercado se vuelve loco durante un tiempo. La cuestión es que esto no es un desastre. Ni mucho menos. Porque a estas alturas del año que viene, estoy seguro de que verás...

—Bobby, a estas alturas el año que viene, estaré en la cárcel por deudas. Debo un cuarto de millón a Hacienda, y la FRT y la Warner están a punto de exigirme, en el mejor de los casos, la misma cantidad de dinero. ¿Comprendes lo que acaba de pasarme? Me han anulado todos los contratos. Se me considera un intocable en Hollywood. El único dinero que tengo en el mundo es el dinero que invertí contigo. Y ahora me dices...

—Lo que te digo es que no pierdas la cabeza.

—Y yo lo que te digo es que tengo diecisiete días para pagar la deuda de Hacienda. Como saben todos los estadounidenses. Hacienda no es muy paternalista cuando te retrasas en un pago. Son los peores acreedores del planeta.

—¿Qué quieres que haga?

—Devolverme todo mi dinero.

—Tendrás que tener un poco de paciencia.

—No puedo tener paciencia.

—No puedo darte lo que quieres. Al menos no inmediatamente.

—¿Y qué puedes darme inmediatamente?

—El valor actual de tu cartera, que está alrededor de los doscientos cincuenta mil.

—¡Eres un italiano de mierda!

—Eh, nada de ofensas personales.

—¿Me has arruinado y no puedo meterme contigo?

—Creo que eres tú el que se ha arruinado. Como he intentado decirte una y otra vez, si dejas el dinero donde está nueve meses más...

—No tengo nueve meses más, maldita sea. Tengo diecisiete días. Y cuando haya pagado a Hacienda, no me quedará nada. ¿Lo entiendes? Nada de nada.

—¿Qué puedo decir? El azar es el azar.

—Si hubieras sido claro conmigo...

—Fui claro contigo, imbécil —dijo, enfadado de repente—. Enfréntate a la realidad. Si no hubieras sido tan estúpido para hacer que te despidieran por robar líneas de otros autores...

—Que te jodan, que te jodan, que te jodan...

—Se acabó. Hemos terminado. Literal y figuradamente. No quiero trabajar contigo. No quiero tener tratos contigo.

—Por supuesto que no, ahora que me has jodido.

—No pienso seguir hablando. Solo tengo una última pregunta para ti: ¿quieres que liquide todas tus acciones?

—No tengo elección.

—Entonces es una afirmación.

—Sí, véndelo todo.

—Bien. Está hecho. Tendrás el dinero en tu cuenta mañana. Fin de la historia.

—No me llames nunca más —dije.

—¿Para qué iba a llamarte? —preguntó Bobby—. No trato con perdedores.

Naturalmente, mi sesión del día siguiente con Matthew Sims empezó con un cuestionamiento de esa última frase.

—¿Se considera un perdedor? —me preguntó.

—¿Usted qué cree?

—Dígamelo usted, David.

—No solo soy un perdedor. Soy una zona catastrófica. Me lo han arrebatado todo, todo. Y todo por culpa de mi propia estupidez, mi egoísmo.

—Está otra vez en la pauta del odio hacia sí mismo.

—¿Qué espera? No solo he perdido mi trabajo, a la mujer de mi vida, y el contacto personal con mi hija..., ahora también me enfrento a la bancarrota económica.

—¿Y no cree que es lo suficientemente inteligente para salir de esta?

—¿Cómo? ¿Suicidándome?

—Esa broma no se le hace a un terapeuta.

Tampoco mi contable estaba muy jocoso cuando le conté lo del desastre con Bobby Barra.

—No quiero decirte que «ya te lo dije» —dijo Sandy Meyer—, pero te advertí que no centralizaras toda tu cartera de inversiones en manos del mismo agente.

—Lo sé, lo sé, pero me había hecho ganar tanto dinero hasta ahora... Además esperaba ganar un buen pellizco con él este año...

—Lo sé, David. Y también sé que esta es una situación difícil de verdad. Bien, esto es lo que creo que deberíamos hacer. Los doscientos cincuenta mil dólares de la liquidación de las acciones servirán para pagar a Hacienda. Tus tarjetas de crédito tienen una deuda acumulada de veintiocho mil dólares, o sea que los treinta mil que tienes en la cuenta servirán para pagar esa deuda, y te quedarán solo dos mil. Pero Alison me ha dicho que ahora mismo no tienes que pagar alquiler.

—Vivo sin pagar alquiler y sin gastar. Si gasto doscientos dólares a la semana es un acontecimiento.

—Entonces con esos dos mil tienes para diez semanas. Pero tenemos el problema de los once mil al mes de Lucy y Caitlin. He hablado con Alison sobre esto. Me ha dicho que ahora tienes un buen abogado que defiende tus intereses. Estoy seguro de que dadas tus circunstancias considerablemente menguadas, un tribunal aceptaría rebajar la cifra mensual de la pensión.

—No quiero hacerlo. No es justo.

—Pero, David, por lo que yo recuerdo, Lucy está ganando un buen sueldo ahora, y la pensión inicial y la cantidad para gastos de la niña fueron, en mi opinión, exageradamente altas. Ya sé que ganabas dos millones al año, pero aun así, la cantidad era tan excesiva que parecía..., y perdona que te lo diga, dinero para pagar el sentimiento de culpa.

—Era dinero para pagar el sentimiento de culpa. Y sigue siéndolo.

—Ahora no puedes permitirte sentirte culpable. Once mil al mes está fuera de tu alcance.

—Puedo vender el coche por cuarenta mil.

—¿Qué vas a conducir?

—Algo barato y de mucho menos de siete mil dólares. Con los treinta y tres restantes, puedo pagar los tres próximos meses de la pensión.

—¿Y después qué?

—No tengo ni idea.

—Es mejor que hables con Alison para que te encuentre algo de trabajo.

—Alison puede ser la mejor agente del mundo, pero no podrá encontrarme trabajo.

—Con tu permiso, la voy a llamar —dijo Sandy.

—¿Por qué te molestas? Soy una causa perdida.

Unos días después de la llamada de Sandy, Alison me telefoneó y dijo:

—Hola, Causa Perdida.

—Veo que has hablado con mi querido contable.

—Ah, yo hablo con mucha gente —dijo—, incluidos la FRT y la Warner Brothers.

—¿Y?

—Bueno, es otra llamada de buenas y malas noticias. Primero te daré la mala noticia: tanto la FRT como la Warner están empeñadas en que les devuelvas los dichosos pagos.

—Estoy acabado.

—No tan deprisa; la buena noticia es que las dos empresas están de acuerdo en reducir sus peticiones a la mitad, lo que significa ciento veinticinco mil cada una.

—Sigo estando arruinado.

—Sí, Sandy ya me lo explicó. Pero la otra buena noticia es que les he convencido para que te lo dejen pagar a plazos y el primer pago no vence hasta dentro de seis meses.

—Qué bien. La cuestión es que no tengo dinero para hacer frente a los pagos. Y no tengo trabajo.

—Sí, sí lo tienes.

—¿De qué estás hablando?

—De que te he encontrado trabajo.

—¿Escribiendo?

—Por supuesto. No es un encargo muy glamuroso, pero es trabajo. Y, teniendo en cuenta el tiempo que te llevará, está bien pagado.

—Explícate, por favor.

—No quiero que gimas cuando te lo explique.

—Dímelo, por favor.

—Es una novelización.

Intenté no gemir. Una novelización era un trabajo para escritores de poca monta, en el que se coge el guion de una película y se convierte en una novela corta y fácil de leer, que normalmente se vende en los supermercados y centros comerciales. Profesionalmente, era lo más tirado de lo tirado, la clase de encargo que aceptas cuando tienes la autoestima baja o has tocado fondo y necesitas dinero con urgencia. Sin duda yo cumplía todos los requisitos, así que me tragué las protestas y pregunté:

—¿Cuál es la película que quieren que novele? —pregunté.

—Intenta no volver a gemir...

—La primera vez no he gemido...

—Bueno, pero ahora podría ser que sí, porque es una película para adolescentes que está produciendo New Line.

—¿Cómo se llama?

—Perderlo todo.

Entonces sí gemí.

—A ver si lo adivino...: dos mocosos de dieciséis años llenos de granos que quieren perder la virginidad.

—¡Ay qué listo eres! —exclamó Alison—. Solo que los chicos tienen diecisiete años.

—Van retrasados.

—La virginidad está de moda últimamente. Sobre todo entre los adolescentes con acné.

—¿Cómo se llaman nuestros dos protagonistas?

—Te va a encantar: Chip y Chuck.

—Parecen dos personajes de tira cómica. Y seguro que está ambientada en una urbanización de nuevos ricos como Van Nuys.

—Caliente: Orange County.

—¿Y uno de los chicos se lía a cuchilladas?

—No, no es *Scream*. Pero tiene un giro estupendo al final: resulta que la chica que finalmente se cepilla Chip es la hermanastra de Chuck...

—¿Pero Chuck no sabía que existía?

—No. Resulta que January...

—¿Se llama January?

—¡Oye, es una de esas películas!

—Está clarísimo.

—En fin, resulta que January era el producto de un ligue de una noche con una higienista dental de la que el padre divorciado de Chuck no había hablado nunca con nadie.

—¡Qué antiguo!

—No, sería antiguo si Chuck solo se cepillara a January, en plan Lástima que sea una zorra —comentó Alison.

—Alison, me asombras.

—Eh, John Ford fue uno de mis primeros clientes.

—¿Ese es el argumento, entonces?

—Sí, más o menos.

—Es una mierda, Alison.

—Tienes razón. Pero te ofrecen veinticinco mil dólares por la novelización, a condición de que la entregues dentro de dos semanas.

—Lo hago —respondí.

El guion llegó por Fedex la mañana siguiente. Como era de esperar, era insufrible: pedante, lleno de bromas malas sobre erecciones, clítoris y flatulencias, con personajes insulsos, el típico repertorio de situaciones adolescentes (incluida la indispensable mamada en el coche), la inevitable pelea a puñetazos entre los dos chicos cuando Chuck descubre que está emparentado con la chica que Chip se ha llevado al catre, y el inexorable final «maduro» en el que Chip y Chuck se reconcilian, Chuck y su padre ausente se reconcilian y January le confiesa a Chip que él también ha sido su primer amante... y, aunque no desea una «historia de sexo y pasión», siempre serán amigos.

Llamé a Alison después de acabar de leerlo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Es basura —dije, y aunque podría haber añadido un comentario lastimero tipo «ya ves a lo que he llegado», me callé.

—Sí, es lo que es. ¿Puedes hacerlo en dos semanas?

—Sin problema.

—Bien. Estas son las normas que Max Michaels, el editor, me ha pedido que te transmita: la longitud no debe sobrepasar las 75 000 palabras. Recuerda que es para un mercado de idiotas, de modo que debe ser rápido, simple y básico... pero también que las escenas de sexo deben ser..., ¿cómo te lo diría?..., «calientes, pero no tórridas». ¿Se entiende?

—Creo que sí.

—Una última cosa: el editor sabe que eres tú quien va a hacer la novelización...

—¿Y no tiene objeción?

—Es de Nueva York. Y cree que las cosas que pasan aquí son, por decirlo suavemente, una estupidez. Pero acordamos que, para protegeros, tanto él como tú, era mejor que utilizaras seudónimo. No te importa, ¿verdad?

—¿Me tomas el pelo? No quiero que se asocie mi nombre a esta porquería.

—Pues piensa en un nombre ficticio.

—¿Qué te parece John Ford?

—¿Por qué no? David, una última cosa: aunque tú sabes que es un asco, yo lo sé y el editor lo sabe...

—Lo sé, seré un profesional.

—Buen chico.

Si empezaba al día siguiente, tendría exactamente trece días para hacer el trabajo. Así que antes de empezar a planificar el libro capítulo por capítulo (el trabajo que me tocaba aquel día), hice algunos cálculos sencillos, dividiendo 75 000 palabras por trece. Eso daba un total de 4230 palabras, que eran la cuota diana que tendría que escribir para cumplir con la fecha de entrega. Teniendo en cuenta que hay unas 250 palabras en una página a doble espacio, significaba que tenía que redactar unas diecisiete páginas al día. Una cantidad absurda de páginas, si no fuera porque el material con el que trabajaba merecía una producción rápida y no merecía una reflexión demasiado profunda.

Sin embargo, un trabajo es un trabajo, sobre todo cuando todas las demás posibilidades de trabajar en tu campo se te han cerrado. De modo que me tomé en serio el encargo, decidido a hacerlo lo mejor posible con

aquel material de baja categoría; dar a la novelización el brillo profesional conveniente y cumplir religiosamente con la fecha de entrega.

Planifiqué un horario rígido y me ceñí a él. Me levantaba cada mañana a las siete. Después de desayunar, daba un corto paseo por la playa y me sentaba a trabajar a las ocho y media. Intentaba tener mil quinientas palabras terminadas a la hora del almuerzo. Después de una hora de descanso, redactaba mil quinientas palabras más. Hacía una cena ligera a las seis y me obligaba a escribir las mil doscientas palabras restantes más o menos antes de las nueve... y entonces tomaba un baño caliente y veía una película, antes de meterme en la cama a medianoche. Las dos únicas interrupciones que me permitía eran mis tres llamadas a la semana a Caitlin y mi sesión diaria con Matthew Sims.

—Parece más animado —me dijo Sims cuando iba por la mitad de la novela.

—Es el trabajo. El trabajo me da cordura. Aunque en este caso sea una porquería.

—De todos modos lo está haciendo con diligencia y eso es admirable.

—Necesito el dinero, y también necesito llenar el tiempo de forma constructiva.

—En otras palabras, se comporta de forma responsable, y también se está demostrando a sí mismo que puede volver a encontrar trabajo.

—Esta no es precisamente la clase de trabajo que me gustaría hacer.

—Pero es un comienzo. Y no está mal pagado, ¿verdad? ¿Por qué no alegrarse de que esto puede considerarse un nuevo comienzo positivo?

—Porque escribir una novelización nunca es una experiencia positiva.

De todos modos perseveraré. Cumplí mi cuota diaria de palabras. Me ceñí a mi horario. Y no rebajé mi estatus profesional por trabajar con un material malísimo. Hice un buen trabajo. Y lo terminé en la fecha acordada. Incluso lo entregué en la agencia de Fedex más cercana una hora antes de la última recogida del día.

Hice tres copias del texto, mandé una al editor de Nueva York, una a Alison, y me quedé otra. Después fui a un restaurante italiano de Santa Bárbara (a unos cuarenta minutos en coche) y me regalé mi primera comida de restaurante desde que me había instalado allí. Me costó sesenta dólares,

una pequeña fortuna para mí, teniendo en cuenta que vivía con menos de los doscientos dólares asignados a la semana. Pero sentía que me merecía un pequeño lujo después de aquel mal trago. Me sentí estupendamente comiendo fuera, algo que los dos últimos años había considerado lo más normal del mundo (cuando comía en restaurantes cinco noches a la semana, y gastaba más de veinte mil dólares al año en eso), pero que ahora me parecía un placer extraordinario. Después, di un largo paseo por la playa a la luz de la luna, disfrutando del simple hecho de haber terminado el trabajo a tiempo y haberlo hecho razonablemente bien.

En realidad, más que razonablemente bien, porque Alison me llamó tres días después para decirme que el editor de Nueva York estaba entusiasmado con el resultado.

—Oye lo que me ha dicho Max Michaels: «David ha cogido una mierda de tres al cuarto y la ha convertido en mierda de calidad». Estaba muy impresionado, no solo con la elegancia de la redacción, sino también porque has cumplido escrupulosamente la fecha de entrega. Por lo visto eso te convierte en un bicho raro entre los escritores del planeta. Pero la buena noticia..., porque realmente es una buena noticia, es la siguiente: Max publica una de esas novelizaciones al mes. Hasta ahora las encargaba a distintos escritores, pero no era una solución especialmente satisfactoria, si quería mantener un cierto nivel de calidad y además cumplir el programa de edición. Por eso quiere ofrecerte un contrato para seis novelizaciones. La misma tarifa: veinticinco mil por novela. El mismo calendario: un libro al mes.

—¿Y puedo seguir utilizando el seudónimo?

—Sí, John Ford, no hay ningún problema con el nombre. Lo importante es que con este contrato podrías liquidar una de las deudas de la FRT o la Warner.

—Te olvidas de la pensión.

—Sí, Sandy ya me ha hablado de eso. Tienes que hablar con Walter Dickerson para que efectúe los pasos legales necesarios para reducir esa carga mensual. Es una exageración. Y Lucy puede permitirse...

—No quiero hablar de eso, por favor.

—Como quieras, David.

—Pero esta es una buena noticia, Alison. Muy buena, la verdad. Nunca creí que diría esto de una novelización, pero...

—Es mucho mejor que nada —dijo Alison.

Aquella noche dormí bien. Me desperté al día siguiente, sintiéndome extrañamente descansado y curiosamente enérgico. Ciertamente que era un trabajo que siempre despreciaría. Ciertamente que era un paso atrás abrumador desde las deslumbrantes cumbres de la creación de una serie de televisión importante, de moda y sofisticada. Y ciertamente que sería monótono: dos semanas sí, dos semanas no. Pero podría cumplir con parte de mis obligaciones. Si Max Michaels estaba contento con las primeras seis adaptaciones, quizás Alison podría convencerle para que me mantuviera como un novelador en nómina. Con aquella tarifa, descontando la comisión de Alison y los impuestos, podría seguir pagando a Lucy y liquidar mi deuda con la FRT y la Warner en más o menos dos años.

—Me alegro de verle tan optimista —dijo Matthew Sims durante nuestra siguiente sesión.

—Es que es estupendo pensar que he encontrado una salida.

Pasó una semana. El cheque de Max Michaels llegó a través de Alison. Lo ingresé y transferí inmediatamente el total a la cuenta de Lucy, y le mandé un correo electrónico (finalmente había decidido enfrentarme otra vez al mundo y volver a conectar el ordenador a la línea telefónica) que decía solo: «Hoy he ingresado en tu cuenta dos meses de pensión. Me gustaría hablar contigo algún día, pero dejo la decisión en tus manos».

La noche siguiente, cuando estaba despidiéndome de Caitlin por teléfono, le pregunté a mi hija si podía hablar con su madre.

—Lo siento, papá, pero dice que no puede ponerse.

No insistí.

Pasaron dos días más y como no había noticias del nuevo guion de Max Michaels, le envié un correo electrónico a Alison, preguntándole si sabía qué pasaba. Ella me contestó diciendo que había hablado con Max Michaels el día anterior y todo estaba bien. De hecho, le había dicho que había hablado con su departamento de derechos para que le mandaran el contrato por Fedex al día siguiente.

Pero al día siguiente, recibí una llamada de Alison y su voz delataba los temblores de las «malas noticias».

—No sé cómo decirte esto... —empezó.

Estaba a punto de decir: «¿Y ahora qué?» pero me callé.

—Max ha anulado el contrato.

—¿Qué?

—Ha anulado el contrato.

—¿Por qué?

—Nuestro viejo amigo, Theo MacAnna...

—Oh no...

—Te leeré el artículo. Son solo unas líneas: «Oh, cuan bajo han caído los poderosos. El creador de *Te vendo*, David Armitage, despedido por la FRT por plagiar la obra de otros (denunciado primero por esta columna), y después avergonzado públicamente por haber agredido a un periodista (es decir, a mí) en el aparcamiento de la NBC, se ha visto reducido al nivel más bajo de la denominada “escritura creativa”, más conocida como novelización. Según un topo en la Zenith Publishing de Nueva York, el exganador de un Emmy (recientemente despojado de su premio por la American Academy of Television Arts and Sciences) se ha visto obligado a redactar adaptaciones baratas en libro para películas de próximo estreno. Adivinen qué película acaba de novelar el exchico de oro de la televisión: una tonta película para adolescentes de New Line, *Perderlo todo...*, que, por lo que se rumorea, hace que *American Pie* parezca un Bergman del último período. Mejor aún es el seudónimo que ha elegido Armitage para ocultarse: John Ford. No sabemos si se refiere al gran director de wésterns o al dramaturgo que escribió *Lástima* que sea una zorra..., aunque en el caso de Armitage, el título podría ser: *Lástima* que sea un plagiario».

Un largo silencio. No me sentí ni mareado, ni traumatizado por los horrores de la guerra, ni hundido, porque ya había pasado por aquellas fases. Solo me sentí atontado, como un boxeador que hubiera recibido un golpe de más en la cabeza y ya no pudiera sentir nada más que una catatonia paralizante.

Por fin habló Alison:

—David, no sé cómo decirte...

—¿Max Michaels ha leído eso y ha anulado el contrato? —pregunté con una voz extrañamente calma.

—Sí. Y muy a su pesar. Porque le gustaba mucho tu trabajo. Pero su junta se le ha puesto en contra...

—¿Por dar trabajo a un reconocido plagario?

—Algo así.

—De acuerdo —dije inexpresivamente.

—Mira, estoy hablando con un abogado muy importante que conozco sobre una posible demanda por difamación contra Mac Anna.

—No te molestes.

—No digas eso, por favor, David.

—Oye, ahora sé que estoy derrotado. Definitivamente derrotado.

—Podemos demandarle.

—No es necesario. Pero escucha, antes de colgar solo quiero decirte esto: no solo has sido una agente extraordinaria, también has sido la mejor amiga que pueda imaginarse.

—David, ¿qué quieres decir con eso?

—Nada excepto que...

—No vas a hacer una estupidez, ¿verdad?

—¿Como chocar con el Porsche contra un árbol? No, no le daré esa satisfacción a MacAnna. Pero me rindo.

—No digas eso.

—Lo digo.

—Te llamaré mañana.

—Cuando quieras.

Colgué. Y con toda tranquilidad, racionalmente, cogí mi ordenador portátil y todos los papeles de propiedad del coche. Después telefoneé a un concesionario de Porsche de Santa Bárbara con el que había hablado hacía una semana. Me dijeron que su mecánico estaría aquella mañana y que podía pasar al cabo de una hora.

Cogí el coche y me dirigí al norte. Llegué al local del concesionario y el vendedor salió a recibirme. Me ofreció un café, que rechacé. Me dijo que tendría la tasación del coche y el precio de compra listos en un par de horas. Le pedí que me pidiera un taxi. Cuando llegó, le dije al taxista que me

llevara a la casa de empeños más cercana. Me miró con desconfianza por el retrovisor, pero hizo lo que le pedí. Cuando llegamos a la tienda, le dije que esperara. La ventana estaba protegida con rejas y había una cámara de seguridad en la puerta blindada de acero. Me abrieron y entré a un diminuto vestíbulo con el linóleo despegado, luces fluorescentes y una ventana con cristal a prueba de balas. Aquel era un prestamista muy nervioso. Un tipo muy gordo de unos cuarenta años apareció en la ventana, y me habló mientras devoraba un bocadillo.

—¿Qué me trae? —preguntó.

—Un Toshiba Tecra portátil de última generación. Pentium III, 128 megabytes de RAM, DVD, pantalla grande, comprado nuevo por cinco mil quinientos dólares.

—Pásemelo —dijo, levantando una parte de la ventana.

Se lo pasé, lo examinó por encima, lo enchufó, lo encendió, y miró los programas instalados en el escritorio de Windows. Luego lo apagó, lo cerró y se encogió de hombros.

—El problema con estos chismes es que seis meses después de salir al mercado ya están pasados de moda. Y su valor de segunda mano no es mucho. Cuatrocientos dólares.

—Mil.

—Seiscientos.

—Hecho.

Cuando volví al concesionario de Porsche, el vendedor tenía a punto la tasación y la oferta de compra era de 39 280 dólares.

—Me esperaba cuarenta y dos o cuarenta y tres mil —comenté.

—Cuarenta es el máximo que le puedo dar.

—Hecho.

Le pedí un cheque de caja. Le pedí que me llamara otro taxi para que me llevara a la sucursal más próxima del Bank of America. Enseñé muchas identificaciones. Hubo que llamar a mi sucursal del Bank of America de West Hollywood. Tuve que firmar muchos formularios. Pero por fin aceptaron ingresar el cheque de cuarenta mil dólares y transferir la cantidad de treinta y tres mil a la cuenta de Lucy en Sausalito. Salí del banco con siete mil dólares en efectivo y cogí otro taxi que me llevó a una tienda de

coches usados, no muy lejos del concesionario Porsche. La diferencia era que aquella tienda solo tenía vehículos de la gama más baja. Por cinco mil dólares pude comprar un Volkswagen Golf azul marino de 1990 con «solo 158 000 kilómetros» y seis meses de garantía. Utilicé el teléfono de la tienda para llamar a mi compañía de seguros. Se quedaron bastante asombrados cuando les dije que había cambiado el Porsche por un Golf de siete años, que valía cinco mil dólares.

—Todavía le quedan nueve meses de seguro del Porsche. Pero el del Golf vale una tercera parte, lo que significa que sobran unos quinientos dólares.

—Mándeme un cheque, por favor.

Y le di la dirección de Meredith.

Fui con mi viejo coche nuevo a un cybercafé, en un barrio elegante de Santa Bárbara. Me concedí un capuchino y después me conecté a la red. Mandé un mensaje a Lucy: «He ingresado tres meses más de pensión en tu cuenta. Eso quiere decir que te he pagado los próximos cinco meses. Todavía espero poder hablar contigo algún día. Mientras tanto, quiero que sepas esto: cometí un grave error haciendo lo que hice. Ahora me doy cuenta, y lo siento muchísimo».

Después de mandar el mensaje, utilicé el teléfono del café y llamé a American Express, Visa y MasterCard. Las tres empresas me confirmaron que no debía absolutamente nada (había seguido el consejo de Sandy hacía varias semanas y había utilizado el saldo de mi cuenta para liquidar esas deudas). Cada una de las tres empresas intentó convencerme de que no cerrara mi cuenta con ellos. («No hay ninguna necesidad, señor Armitage —me dijo la mujer de American Express—, no sabe cuánto sentiríamos perder a un cliente tan bueno como usted»). Pero no me dejé convencer: «Anulen todas las cuentas con efecto inmediato y mándenme los formularios que sea necesario firmar a mi nueva dirección en Meredith».

Antes de salir del café, me paré en el mostrador y pregunté si tenían unas tijeras. Me dejaron unas y con ellas corté mis tarjetas de crédito Oro en cuatro pedazos. El chico del mostrador me observó hacerlo:

—¿Le han ascendido a Platino o qué? —preguntó.

Me reí y le dejé las tarjetas inutilizadas en la mano. Después me marché.

En el camino de vuelta a Meredith, hice algunos cálculos mentales. Tenía mil setecientos dólares en mi cuenta. Tres mil seiscientos en el bolsillo. Un cheque de quinientos dólares en camino de la compañía de seguros. Cinco meses de pensión pagados. Cinco meses más sin pagar alquiler en la casita de Willard, y con un poco de suerte, podía decidir alargar su estancia en Londres (aunque yo no planificaba a tan largo plazo). No tenía deudas. No tenía facturas importantes, sobre todo gracias a Alison (Dios la bendiga), que había insistido en pagar a Matthew Sims con su comisión de mi novelización (me dijo que había ganado tanto dinero conmigo durante mis dos años lucrativos que lo menos que podía hacer era pagar la factura de mi loquero). Mi seguro médico estaba pagado nueve meses más. Había decidido prescindir de los servicios de mi terapeuta. No necesitaba ropa, ni libros, ni plumas caras, ni cedes, ni vídeos, ni entrenadores personales, ni cortes de pelo de setenta y cinco dólares, ni sesiones de blanqueo de dientes en el dentista (coste: dos mil dólares al año), ni vacaciones de cuatro mil dólares en hotelitos encantadores en una playa de la Baja California..., en resumen, nada de la costosa parafernalia que había llenado mi vida. Poseía cinco mil ochocientos dólares. Las facturas de la casa no subían a más de treinta dólares a la semana, y apenas usaba el teléfono. Entre la comida, un par de botellas de vino modesto, algunas cervezas y una escapada de vez en cuando al multicine del pueblo, podía seguir manteniendo mi presupuesto de doscientos dólares a la semana. Y eso significaba que era autónomo durante las siguientes veintiséis semanas.

Era una sensación extraña, haberlo reducido todo a aquel nivel. No exactamente liberador en un sentido de chorradas zen, sino algo mucho más complejo. Al haberme desprendido de todo, no me consideraba de repente espiritualmente gratificado o afortunado. A decir verdad, seguía afectándome el atontamiento que se había apoderado de mí la noche en que Alison me había dicho lo de la última columna de MacAnna. Me sentía como cuando has estado en uno de esos terribles accidentes en los que el impacto sigue siendo sísmico y omnipresente. Pero no era del todo

consciente de eso. Más bien me sentía como si hiciera todo aquello y tomara todas esas decisiones con el piloto automático. Como al cortar las tarjetas de crédito. O al vender el ordenador. O al entrar en Books and Company, en la calle principal de Meredith, para solicitar un empleo.

Books and Company era una rareza: una librería pequeña e independiente, que seguía funcionando en un mundo de grandes cadenas de tiendas monoculturales. Era la clase de tienda que olía a madera pulida y vigas de madera a la vista y suelo de parqué, y que contenía la clásica mezcla de literatura de ficción de calidad, novelas populares, libros de cocina y una sección infantil apreciable. Había habido un letrero en el escaparate en las últimas semanas, informando a los buenos ciudadanos de Meredith de que la librería necesitaba un dependiente a jornada completa, y que los interesados podían hablar con el dueño, Les Pearson.

Les rondaba los sesenta: llevaba barba, gafas, una camisa vaquera azul y Levis azules. Me lo podía imaginar fácilmente husmeando en la librería City Lights de San Francisco durante el verano del amor, o siendo el orgulloso propietario de unos bongos. Entonces, en cambio, exudaba la paz de la madurez, como correspondía al dueño de una pequeña librería en una pequeña ciudad costera exclusiva.

Estaba de pie detrás del mostrador cuando yo entré en la tienda. Ya me había visto antes, porque yo había entrado de vez en cuando a curiosear. Por lo tanto su primera pregunta fue:

—¿Necesita ayuda?

—De hecho, he venido a solicitar el empleo.

—¿En serio? —dijo, mirándome con más atención—. ¿Ha trabajado antes en una librería?

—¿Conoce la Book Soup de Los Ángeles?

—Cómo no.

—Trabajé allí trece años.

—Pero ahora vive aquí, porque le he visto otras veces en la librería.

—Sí, vivo en casa de Willard Stevens.

—Ah, claro, me dijeron que alguien estaba viviendo en la casa. ¿De qué conoce a Willard?

—Teníamos la misma agente.

—¿Es usted escritor?

—Lo era.

—Bueno, soy Les.

—Y yo soy David Armitage.

—¿De qué me suena su nombre?

Me encogí de hombros.

—¿De verdad le interesa este empleo?

—Me gustan las librerías y conozco el oficio.

—Son cuarenta horas a la semana, de miércoles a domingo, de once a siete, con una hora para almorzar. Como es una librería pequeña e independiente, no puedo pagarle más de siete dólares a la hora, unos doscientos ochenta a la semana. No hay seguro médico, lo siento, ni beneficios... excepto café gratis y el cincuenta por ciento de descuento en sus compras. ¿Le parecen bien doscientos ochenta a la semana?

—Sí. Está bien.

—¿Y si quiero pedir referencias?

Cogí un cuaderno y un bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y apunté el nombre de Andy Barron, el director de Book Soup (quien sabía que sería lo bastante discreto para no ir contando por el mundo que había solicitado un empleo en una librería). También le di el teléfono de Alison.

—Trabajé para Andy y Alison era mi representante —dije—. Y si quiere ponerse en contacto conmigo...

—Tengo el número de Willard en la agenda. —Me tendió la mano—. Le llamaré.

El teléfono de la casa sonó aquella tarde.

—¿Se puede saber qué haces solicitando empleo en una jodida librería? —preguntó Alison.

—Hola, Alison —dije tranquilamente—. ¿Cómo va por Los Ángeles?

—Contaminado. Por favor, contesta a mi pregunta. Porque me he quedado perpleja cuando me ha llamado un tal Les Pearson diciendo que estaba pensando en darte trabajo en su librería.

—¿Le has dado buenas referencias de mí?

—¿Tú qué crees? Pero ¿por qué lo haces?

—Necesito trabajar, Alison.

—¿Y por qué coño no has respondido a ninguno de mis correos de los últimos dos días?

—Porque me he deshecho del ordenador.

—Por el amor de Dios, David. ¿Por qué?

—Porque ya no estoy en el mercado de escritores, por eso.

—No digas eso.

—Lo digo porque es verdad.

—Estoy segura de que si busco bien puedo encontrarte algo.

—¿Qué? ¿Una adaptación de una telenovela serbia? ¿Una corrección rápida de una película de vampiros mexicana? Las cosas claras, si no puedo ni mantener un trabajo de novelización porque el editor se avergüenza de que le asocien conmigo, incluso trabajando con seudónimo, ¿quién va a contratarme? La respuesta es nadie.

—Tal vez inmediatamente no. Pero...

—¿Cuándo? La respuesta es nunca. ¿Recuerdas a la periodista del *Washington Post* a la que le quitaron el Pulitzer porque resultó que se lo había inventado todo? ¿Sabes lo que está haciendo diez años después de su pequeña trasgresión? Vender cosméticos en unos grandes almacenes. Eso es lo que pasa cuando te hacen quedar como un tramposo literario: acabas de dependiente.

—Pero tú sabes que, en comparación con aquella periodista, no hiciste nada tan grave.

—Theo MacAnna ha logrado convencer al mundo de lo contrario... y ahora mi carrera ha terminado.

—David, no me gusta que hables con tanta calma.

—Pero es que estoy calmado y muy satisfecho.

—No estás tomando Prozac, ¿verdad?

—Ni siquiera valeriana.

—¿Por qué no me dejas ir a visitarte?

—Dentro de unas semanas, por favor. Como decía Greta Garbo: ahora quiero estar solo.

—¿Seguro que estás bien?

—Nunca he estado mejor.

—No me gusta cómo suena eso —dijo ella.

Una hora después, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Les Pearson.

—Bueno, tanto Andy Barron como su agente le han puesto por las nubes. Y como vive aquí mismo..., qué puedo decir: ¿cuándo puede empezar?

—Mañana, si quiere.

—Quedamos a las diez. Ah..., otra cosa: he sentido mucho enterarme de todo lo que le había sucedido.

—Todo eso ya es agua pasada. Pero gracias.

Tal como habíamos quedado, empecé a trabajar al día siguiente. Era un trabajo fácil: entre miércoles y domingo, yo solo llevaba toda la librería. Estaba en la caja, atendía a los clientes, estaba en la oficina, para comprobar pedidos y hacer inventario, barría la tienda y pasaba un trapo para quitar el polvo de los estantes, limpiaba el baño, hacía la caja e ingresaba el dinero cada noche en el banco del pueblo, y hasta tenía un par de horas cada día para leer detrás del mostrador.

Era muy fácil, sobre todo durante la semana, cuando solo entraba algún habitante del pueblo de vez en cuando. Los fines de semana había un poco más de movimiento, especialmente cuando los angelinos acudían en masa al pueblo. Pero el trabajo no era precisamente agobiante. Nunca supe si alguno de los clientes de Meredith había descubierto quién era yo. Nunca lo pregunté. En su favor hay que decir que nadie me hizo ningún comentario ni me miró de soslayo. En Meredith había una norma no escrita que exigía mantener una distancia cortés con los demás, y a mí me iba bien. Y cuando los de Los Ángeles venían al pueblo el viernes por la noche, nunca veía a nadie del «sector», sobre todo porque, a excepción del ausente Willard Stevens, Meredith era un pueblo que atraía a una población de fin de semana de abogados, médicos y dentistas. Para ellos, yo solo era el dependiente de la librería, si bien un dependiente que, en unas pocas semanas, empezó a cambiar de aspecto.

Para empezar, adelgacé unos siete kilos, y me quedé en una talla extradelgada de setenta y tres kilos. Al principio se debió al estrés, pero también contribuyó la reducción de la ingesta de alcohol a una cerveza o una copa de vino al día. Y mi dieta era sencilla y baja en grasas. También

empecé a correr por la playa todos los días, y llegué a más de seis kilómetros en pocas semanas. Al mismo tiempo, decidí ahorrarme el afeitado matinal. El pelo también me creció. Al final del segundo mes en la librería, empezaba a parecer un superviviente demacrado de los sesenta, sobre todo porque mi barba empezaba a ser realmente larga y el pelo me tapaba las orejas, y estaba a punto de llegarme a los hombros. Pero ni Les ni nadie de Meredith me dijo nada sobre mi nuevo aspecto *hippy*. Hacía mi trabajo y lo hacía bien. Era laborioso, directo y siempre educado. La vida transcurría tranquilamente.

Por su parte, Les era un jefe agradable. Solo trabajaba los lunes y los martes (los dos días que yo tenía libres). El resto de los días los pasaba navegando y jugando a la bolsa en Internet. En una de nuestras conversaciones me dio a entender que había heredado algo de dinero de la familia, y eso le había permitido abrir la librería (un antiguo sueño de los años en que trabajaba de publicista en Seattle) y mantener un agradable estilo de vida en aquel rincón de la Pacific Coast Highway. También me mencionó en una ocasión, de paso, que estaba divorciado, pero vivía con una novia. Como era de esperar, no la llegué a conocer. Y cuando el día que empecé a trabajar le comenté que tenía que llamar a mi hija cada dos días a las siete, Les insistió para que lo hiciera desde la tienda. Cuando me ofrecí a pagar aquella llamada habitual de quince minutos, no quiso ni oír hablar de ello.

—Tómatelo como un beneficio del trabajo —dijo.

De todos modos, Lucy seguía sin querer hablar conmigo. Después de dos meses, llamé a Walter Dickerson y le pregunté si podía intentar negociar alguna clase de visita a Caitlin.

—Si Lucy quiere que sea supervisada, estoy dispuesto a aceptarlo —dije—. Estoy desesperado por ver de nuevo a mi hija.

Pero al cabo de unos días, Dickerson me llamó para darme la mala noticia:

—La situación no ha cambiado, David. Según el abogado de su esposa, ella sigue «insegura» respecto a la idea de que la vea personalmente. La buena noticia, sin embargo, es que, según su abogado, Caitlin está presionando a su madre sobre el tema, y exige saber por qué no puede ver a

su padre. La otra buena noticia es que, después de un tira y afloja, le he conseguido una llamada diaria.

—Esa es una buena noticia.

—Dele un poco más de tiempo, David. Siga comportándose tan bien. Tarde o temprano, Lucy tendrá que ceder.

—Gracias por conseguirme las llamadas. ¿Sabe dónde mandar la factura?

—Esta vez invita la casa.

Al tercer mes de trabajar en Books and Company, la vida se había convertido en una agradable y compartimentada rutina. Corría, trabajaba, cerraba la tienda a las siete, llamaba a Caitlin a diario, volvía a casa, leía o veía una película. En mis días libres, a menudo conducía por la costa. O pasaba la tarde en el multicine y a veces comía en un restaurante mexicano modesto de Santa Bárbara. Intentaba no pensar en lo que pasaría al cabo de ocho semanas cuando tuviera que pagar los once mil dólares de pensión. Intentaba no pensar en cómo afrontaría los pagos de la FRT y la Warner Brothers, que tenía pendientes. Y también intentaba no pensar en qué sería de mí cuando Willard Stevens decidiera volver de Londres, que según Alison sería dentro de tres meses.

Por el momento había decidido afrontar las cosas día a día. Sabía que, si empezaba a plantearme el futuro, volvería a caer en un estado de hiperansiedad.

Alison, todo hay que decirlo, siguió llamándome todas las semanas. No tenía novedades que comunicarme, no había perspectivas de trabajo, ningún cobro de derechos de autor o derechos de nueva sindicación porque, evidentemente, lo había perdido todo cuando anularon mi contrato con la FRT. Pero ella seguía insistiendo en llamarme todos los sábados por la mañana, solo para saber cómo me iba. Yo siempre le decía que todo iba bien.

—Estaría más contenta si me dijeras que todo te va fatal —decía ella.

—Pero es que no me va fatal.

—Creo que estás en una especie de fase de negación cósmica —decía entonces—, que un día te caerá encima como King Kong.

—Qué se le va a hacer —contestaba yo.

—Otra cosa, David: uno de estos días podrías llenarme de asombro y gastarte un céntimo para llamarme.

Dos semanas después, eso fue lo que hice. Eran las diez de la mañana. Acababa de abrir la librería. No había clientes, así que me preparé un café y eché un vistazo al correo. Decidí mirar por encima Los Angeles Times —hacía poco que había empezado a leer de nuevo los periódicos— y en la sección de «Arte y Espectáculos» en un rincón, vi el siguiente artículo:

El multimillonario eremita Philip Fleck ha decidido volver a ocupar la silla de director, a los cinco años del estreno de su primera película, autofinanciada, el fiasco de cuarenta millones de dólares La última oportunidad, que fue ridiculizada y retirada de la programación pocos días después del estreno. Ahora Fleck anuncia que va a realizar una obra relativamente tradicional, una comedia de acción, Nosotros, los veteranos. La trama gira alrededor de dos veteranos del Vietnam, quienes, tras haber tocado fondo, idean una lucrativa actividad: robar bancos. De nuevo, Fleck se autofinanciará la película, que ha escrito él mismo, y sostiene que contendrá mucho del humor irónico tan característico de las películas del gran Robert Altman de los setenta. Fleck también promete algunas sorpresas en el reparto, que se anunciarán próximamente. Esperemos que Fleck —cuyo patrimonio actual ronda los veinte mil millones de dólares— no intente transformar esta presunta comedia en una sesuda película seudobergmaniana sobre la angustia existencial, sobre todo porque la angustia existencial no casa bien con el perfil de la ciudad de Chicago.

Dejé el periódico. Volví a cogerlo, furioso e incrédulo. Mis ojos se pararon en una frase en particular: «De nuevo Fleck se autofinanciará la película, que ha escrito él mismo».

Qué cabrón. Un cabrón asqueroso sin ningún talento No solo me había vuelto a robar el guion, sino que esa vez había tenido la osadía de mantener el título original.

Cogí el teléfono y marqué el prefijo de Los Ángeles.

—¿Alison? —dije.

—Estaba a punto de llamarte.

—¿Lo has visto?

—Sí —respondió—. Lo he visto.

—No puede hacerlo en serio.

—Tiene veinte mil millones de dólares. Puede hacer en serio lo que le dé la gana.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

—No te preocupes por eso —dijo Alison.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? —exclamé—. Me ha robado el guion. Es lo más irónico del mundo. Lo pierdo todo por apropiarme de un par de líneas... y él señor multimillonario le pone su nombre a un guion de ciento ocho páginas que he escrito yo.

—No se saldrá con la suya.

—Ya lo creo que no —dije.

—Y te diré exactamente por qué no se saldrá con la suya. Porque la registraste en la Asociación de Autores cuando la escribiste en los noventa. Una llamada confirmará que eres el autor legal de Nosotros, los veteranos. Después, otra llamada a mi abogado hará salir una citación como un misil en dirección al señor Fleck. ¿Recuerdas que, hace meses, te ofreció un millón cuatrocientos mil dólares por el guion? Ese es el precio que va a pagarte ahora, si no quiere que su robo salga en todas las primeras páginas desde aquí a Tierra del Fuego.

—Quiero que lo empapeles. El tipo tiene unos bolsillos sin fondo, un millón cuatrocientos es calderilla para él. Además está intentando arruinarme moralmente al intentar estafarme precisamente cuando estoy más indefenso.

Alison soltó una de sus risotadas de fumadora.

—Me alegro de ver que estás en plena forma —dijo.

—¿De qué hablas?

—Los últimos dos meses te habías vuelto muy zen y centrado en ti mismo. Lo atribuí a tu recreación del Libro de Job y a los efectos del *shock*. Pero me alegro de que hayas vuelto a ser un tipo duro.

—Bueno, ¿qué esperabas? Esto es mucho más grave que cualquier cosa de las que me han pasado...

—No temas —dijo Alison—. Ese mierda pagará.

No me llamó al día siguiente. Tampoco me llamó al otro. La llamé al tercer día, pero su secretaria me dijo que había salido y que me llamaría sin falta al día siguiente. Pero no me llamó.

Entonces llegó el fin de semana. Creo que le dejé tres mensajes en el contestador de su casa, pero siguió sin llamarme. Llegó el lunes y se acabó el lunes. Finalmente el martes por la mañana me llamó a la casa.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó.

—Gracias por contestar mis llamadas.

—He estado bastante ocupada.

—¿Tienes noticias?

—Sí —dijo con una voz tensa—. Pero preferiría que lo discutiéramos cara a cara.

—¿No puedes decirme...?

—¿Podemos almorzar?

—Claro.

—Entonces quedamos a la una en mi despacho.

Me duché, me vestí y subí al Volkswagen. Me dirigí al sur. Llegué a la ciudad en menos de dos horas. No había estado en Los Ángeles desde hacía casi cuatro meses, y al pasar por Wiltshire, en dirección al despacho de Alison, me sorprendió lo mucho que lo echaba de menos. Aunque el resto del mundo la desprecie por su supuesta superficialidad y su deformidad visual («New Jersey con mejores ropas», como decían mis ingeniosos amigos de Manhattan), a mí me encantaba su alucinante extensión; su mezcla de lo industrial y la opulencia, su envejecido *glamour* de medio pelo; la sensación de que estabas en un Paraíso de Pacotilla... y al mismo tiempo repleto de posibilidades.

Suzy, la secretaria de Alison, no me reconoció al principio.

—¿Qué desea? —preguntó, mirándome con desconfianza cuando crucé la puerta. Entonces se le encendió la luz—: Oh, por Dios, David..., hola.

Alison salió del despacho y tuvo un sobresalto cuando me vio. La barba me sobrepasaba la barbilla y llevaba el pelo recogido en una cola. Me dio un beso rápido en la mejilla, me miró atentamente y dijo:

—Si me entero de una competición de dobles de Charles Manson, te apunto. Causarás sensación.

—Yo también me alegro de verte, Alison —dije.

—¿Qué clase de dieta has seguido? ¿Macroneurótica?

No hice caso del comentario y miré la gruesa carpeta que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué llevas ahí?

—Pruebas.

—¿De qué?

—Pasa.

Hice lo que me había ordenado, me senté en la silla enfrente de la suya.

—Podemos ir a algún sitio bonito —dijo—. Pero...

—¿Prefieres que hablemos aquí?

—Exacto.

—¿Tan malo es?

—Es muy malo. ¿Pedimos algo?

Asentí y Alison cogió el teléfono y le pidió a Suzy que llamara a Barney Greengrass, y encargara una bandeja de su mejor surtido de ahumados, con un bagel y la guarnición habitual de salsas y acompañamientos.

—Y un par de gaseosas de apio, como si estuviéramos en Nueva York —añadió Alison.

Colgó el teléfono.

—Doy por supuesto que no bebes.

—¿Tan evidente es?

—Irradías buena salud anoréxica.

—¿Necesito una copa para lo que tienes que decirme?

—Es posible.

—Paso.

—Estoy impresionada.

—Ya está bien de suspense, Alison. Habla. Abrió la carpeta.

—Quiero que recuerdes cuándo escribiste el original de Nosotros, los veteranos. Según mis archivos, fue en el otoño de 1995.

—En noviembre de 1995, para ser exactos.

—¿Y estás absolutamente seguro de que lo registraste en la Asociación de Autores?

—Por supuesto. Siempre he registrado automáticamente todos mis guiones en la asociación.

—Y siempre te dieron un documento estándar que decía que estaba registrado, ¿no?

—Sí.

—¿Tienes el documento de Nosotros, los veteranos?

—Lo dudo.

—¿Estás completamente seguro?

—Bueno, siempre he sido muy expeditivo con los papeles, tiro todo lo que no es esencial.

—¿Un comprobante de registro en la Asociación de Autores no es importante?

—No, cuando sabes que, al registrar un guion en la asociación, el guion queda registrado. ¿Adónde quieres ir a parar, Alison?

—La Asociación de Autores de Cine y Televisión tiene un guion titulado Nosotros, los veteranos en sus archivos. Pero se registró el mes pasado, con el nombre de su autor, Philip Fleck.

—Pero, un momento, tienen que tener una copia del registro de mi guion en noviembre de 1995...

—No, no la tienen.

—Pero eso no puede ser. Yo lo registré.

—Eh, yo te creo. No solo eso, he conseguido encontrar el guion original de 1995.

Buscó en la carpeta y sacó una copia del guion, maltrecha y un poco amarillenta. El título de la primera página decía: «Nosotros, los veteranos. Guion de David Armitage. Primer borrador: noviembre de 1995».

—¡Esa es la prueba que necesitas! —dije, señalando la fecha de la primera página.

—Pero, David, ¿quién dice que tú no has falsificado el título de la página hace poco? ¿Quién dice que no decidiste robarle el guion a Philip Fleck y pusiste tu propio nombre en la primera página?

—¿De qué me estás acusando, Alison?

—No me estás escuchando. Sé que escribiste esa película. Sé que no eres un plagio. Y sé que no estás más desquiciado que cualquier otro de los autores que represento. Pero también sé que la Asociación de Autores no tiene constancia de que tú seas el autor de Nosotros, los veteranos...

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque cuando la semana pasada me comunicaron que el texto solo estaba registrado a nombre de Philip Fleck, me puse en contacto con mi abogado, quien, a su vez, me puso en contacto con un investigador privado...

—¿Has contratado a un detective? —pregunté, totalmente asombrado.

—Joder, sí. Estamos hablando de un robo muy serio, que podría valer un millón cuatrocientos mil dólares. Por supuesto que he contratado a un detective. Deberías haberlo visto. Treinta y cinco años, el peor caso de acné que he visto en mi vida, y un traje que parecía robado del coche de un misionero mormón. Te aseguro que no era precisamente Sam Spade. Pero a pesar de la mala pinta, el tipo es concienzudo como un inspector de Hacienda. Y ha descubierto que...

Buscó dentro de la carpeta, y primero sacó el registro reciente oficial en la Asociación de Autores de Nosotros, los veteranos, claramente a nombre de Philip Fleck. Después sacó todos los registros oficiales en la Asociación de Autores de todos mis guiones. Todos los episodios de *Te vendo* estaban enumerados, así como Romper y entrar. Pero no aparecía ninguno de mis guiones sin producir de los noventa.

—Cítame uno de esos guiones —dijo Alison.

—En el mar —dije, mencionando un guion de género de acción («pero sarcásticamente cómico») en el que unos terroristas islámicos se apoderaban de un yate en el que viajaban tres hijos del presidente de Estados Unidos. Alison blandió un papel frente a mi cara.

—Registrado a nombre de Philip Fleck el mes pasado. Cítame otro de tus guiones sin producir.

—Tiempo de presentes —dije, mencionando una película de una mujer que se muere de cáncer, que escribí en 1996.

—Registrado a nombre de Philip Fleck el mes pasado —dijo, pasándome otro documento oficial de la Asociación de Autores—. Y ahora

sacaremos el conejo de la chistera. Cítame otro guion tuyo sin producir.

—Buen lugar, mal momento.

—¿Era el del lío de la luna de miel, no? Registrado a nombre de Philip Fleck el mes pasado.

Me quedé mirando el nuevo documento que me había pasado Alison.

—¿Me ha robado todos los guiones que no he producido?

—Esa es la situación.

—¿Y tu detective está seguro de que no hay ningún registro de los guiones a mi nombre?

—Nada de nada.

—¿Cómo demonios ha podido hacerlo Fleck?

—Ah —dijo Alison, buscando en el fondo de la carpeta—, este es su verdadero golpe maestro.

Me pasó una fotocopia de un breve artículo del Hollywood Reporter, de hacía cuatro meses:

La Fundación Fleck dona dos millones de dólares al fondo de beneficencia de la Asociación de Autores.

La Fundación Philip Fleck ha anunciado hoy la decisión de donar dos millones de dólares al fondo de beneficencia de la Asociación de Autores de Cine y Televisión. La portavoz de la fundación, Cybill Harrison, ha declarado que se trata de un reconocimiento sincero del esfuerzo de la asociación por promover y defender el trabajo de los autores para el cine, y al mismo tiempo apoyar a aquellos que tienen dificultades económicas o están afectados por una grave enfermedad. El director ejecutivo de la asociación, James LeRoy, ha comentado: «Este espléndido regalo subraya un hecho simple: cuando se trata de proteger las artes en Estados Unidos, Philip Fleck es lo más parecido a un Médici que existe en nuestro país. Todos los autores deberían tener un amigo como él».

—No está mal, la última frase —comentó Alison.

—No lo puedo creer. Ha sobornado a la asociación.

—De hecho, sí. Más concretamente, ha comprado la posibilidad de que la asociación pierda registros de tus guiones no producidos y se registren a su nombre.

—Pero, por Dios, a excepción de Nosotros, los veteranos, ninguno de esos guiones vale mucho.

—Pero siguen siendo bastante ingeniosos e inteligentes, ¿no?

—Por supuesto que lo son: los he escrito yo.

—Así me gusta. Ahora Fleck tiene cuatro guiones sólidos y profesionales a su nombre, y uno de ellos es tan bueno que, según el Daily Variety de esta mañana, ha logrado que Peter Fonda y Dennis Hopper acepten los papeles de los dos veteranos de Vietnam con un cameo de Jack Nicholson como...

—¿Richardson, el abogado?

—Acertaste.

—Es un reparto fantástico —dije, emocionado de repente—. Toda la generación de Easy Rider irá a verla.

—No hay duda. Por eso el mismo artículo de Variety ha anunciado que la Columbia Tri-Star ha aceptado distribuir la película.

—Entonces es que van a producirla sin duda.

—Claro, el dinero es de Fleck, por lo tanto tiene luz verde. El problema es que tu nombre no saldrá en los créditos.

—Tiene que haber alguna vía legal para reclamar...

—Le he dado mil vueltas con mi abogado. Dice que Fleck ha perpetrado la estafa perfecta. Tu antiguo registro ha sido eliminado. Fleck se ha convertido de repente en el autor oficial de tus viejas obras. Y si lo hacemos público, sobre todo lo de Nosotros, los veteranos, ya sabes lo que pasaría. Los abogados de Fleck jugarán la carta del «plagiarista chiflado». También harán saber que, cuando todavía eras un «autor legítimo», Fleck te invitó a su isla, para hablar de que escribieras una película para él. Dirán que resultaste problemático y te descartó. Así que, naturalmente, tú recurriste a tus habituales trucos psicóticos y te convenciste de que eras el autor auténtico de Nosotros, los veteranos, aunque no haya ningún registro que demuestre que eres su autor, mientras que sí existe un documento oficial de la Asociación de Autores que acredita la autoría de Fleck.

—¡Dios mío!

—Es asombroso lo que puede comprar el dinero.

—Pero, un momento, ¿no podemos demostrar que Fleck ha registrado los cuatro guiones el mes pasado?

—¿Y quién dice que no puede haber esperado a presentarlos a la asociación hasta ahora? Por ejemplo, podría decir que ha estado escribiendo esos guiones en privado durante los últimos dos años. Que iniciara la producción de *Nosotros, los veteranos* significa que probablemente decidió que había llegado la hora de registrarlo todo oficialmente en la Asociación de Autores.

—¿Pero y los ejecutivos del estudio y los lectores que leyeron mi guion...?

—¿Te refieres a hace cinco años? Vamos, David, ¿ya no te acuerdas de la regla número uno del Departamento de Nuevos Proyectos?: olvidar el guion que acabas de leer justo tres minutos después de terminarlo. Más aún, si algún pringado se acuerda de haber leído tu guion, ¿crees que va a ponerse a tu favor contra el poderoso señor Fleck? Especialmente con tu posición actual en la ciudad, que podríamos describir con optimismo como «rara». Créeme, el abogado, el detective y yo hemos intentado imaginar toda clase de escenarios en los que podríamos atacar. No hemos encontrado ninguno. Fleck ha cerrado todas las posibles escapatorias. El abogado no ha tenido más remedio que admirar la elegancia de la estafa que ha montado. Hablando en plata, estás en un aprieto.

Miré fijamente la pila de papeles que llenaban la mesa de Alison. Todavía intentaba orientarme en la sala de espejos en la que me encontraba, y asumir que no había salida: que mi obra era ahora la obra de Fleck. Nada de lo que pudiera decir o hacer lo cambiaría.

—Hay algo más que necesitas saber —dijo Alison—. Cuando le conté al detective cómo había hundido tu carrera Theo MacAnna le interesó mucho y dijo que lo investigaría.

De nuevo, Alison sacó una carpeta y de ella un par de fotocopias. Me las alargó y dijo:

—Échales un vistazo.

Las miré y vi que en la mano tenía un estado de cuentas del Bank of California de la cuenta de un tal Theodor MacAnna, domiciliado en el 1158 de King's Road, West Hollywood, California.

—¿Cómo coño lo ha conseguido?

—No se lo pregunté. Prefería no saberlo. Pero digamos que, donde hay un testamento, hay un familiar. En fin, mira la columna de los ingresos, el catorce de cada mes. Como verás, hay un ingreso de diez mil dólares de una empresa llamada Lubitsch Holdings. Mi detective ha comprobado cuál es esa empresa y resulta que es una compañía petrolera registrada en las islas Caimán, que no se sabe a quién pertenece. Es más, también descubrió que MacAnna gana la miseria de treinta y cuatro mil al año en Hollywood Legit, pero también se saca cincuenta mil más como corresponsal ocasional de Hollywood para algunos periódicos ingleses. No tiene ingresos familiares ni inversiones, ni nada. Sin embargo, durante los últimos seis meses, ha recibido diez billetes grandes al mes de una misteriosa sociedad llamada Lubitsch.

Silencio.

—¿Cuándo estuviste en la isla de Fleck? —me preguntó.

—Hace siete meses.

—¿No me dijiste que era una especie de cinéfilo?

—La antonomasia del coleccionista de cine.

—¿Cuál es la única persona que conoces que se llame Lubitsch?

—Ernst Lubitsch, el gran director de comedias de los años treinta.

—Solo a un cinéfilo le parecería gracioso poner el nombre de un legendario director de Hollywood a una empresa petrolera de las islas Caimán.

Un largo silencio.

—¿Fleck pagó a MacAnna para que encontrara algo con que destruirme? —pregunté.

Alison se encogió de hombros.

—De nuevo, no tenemos pruebas claras, porque Fleck ha tapado su rastro endemoniadamente bien. Pero el detective y yo estamos de acuerdo: eso parece ser lo que ha pasado.

Me recosté en la silla, pensando, pensando, pensando. Las piezas de aquel perverso rompecabezas se estaban juntando repentinamente en mi cabeza. En los últimos seis meses, había creído que la catástrofe que estaba viviendo podía atribuirse solo al destino; la teoría del dominó del desastre, en la que una desgracia provoca otra, que a su vez... Pero en aquel momento me daba cuenta de algo: todo había sido cuidadosamente orquestado, manipulado, instigado desde el principio. Para Fleck, yo no era más que una marioneta de usar y tirar, con la que podía jugar a placer. Había decidido hacerme añicos. Como una imitación de entidad suprema —una especie de brujo diabólico—, creía que podía tirar de todos los hilos.

—¿Sabes lo que me parece más raro de todo? —preguntó Alison—. Que necesitara aniquilarte: si solo hubiera querido comprar el guion y ponerle su nombre..., qué demonios, habríamos podido llegar a alguna clase de acuerdo, sobre todo si el precio era elevado. En lugar de eso, se te ha lanzado a la yugular, a la aorta y a todas tus arterias importantes. ¿Hiciste algo para que te odiara o qué?

Me encogí de hombros, pensando: no, pero su esposa y yo nos hicimos demasiado amigos. Sin embargo, ¿qué pasó al fin y al cabo entre Martha y yo? Un abrazo de borrachos, nada más..., y lo hicimos fuera de la vista del personal. A menos que hubiera cámaras de vigilancia nocturna ocultas en las palmeras...

¡Basta! Aquello era una fantasía totalmente paranoica. De hecho, Fleck y Martha estaban prácticamente separados, ¿no? ¿Por qué le iba a importar si nos hacíamos carantoñas en la playa?

Pero, evidentemente, sí le importaba, porque si no, ¿por qué me había hecho aquello?

A menos que... a menos que...

¿Te acuerdas de la película que insistió en que vieras? Saló o los 120 días de Sodoma. Recuerda cuánto te extrañó después que te hubiera sometido a aquella experiencia tan desagradable. Recuerda también su defensa de la película. «Lo que nos ha mostrado Pasolini era el fascismo en su forma pretecnológica más pura: la convicción de tener el derecho, el privilegio, de ejercer un control absoluto sobre otros seres humanos, hasta el punto de negar completamente su dignidad y sus derechos más

esenciales, despojarlos de toda individualidad y tratarlos como objetos funcionales, que se descartan cuando ya no sirven. Ahora los aristócratas dementes de la película han sido sustituidos por poderes mayores: gobiernos, corporaciones o bancos de datos. Pero vivimos todavía en un mundo donde el impulso de dominar al prójimo sigue siendo una de las principales motivaciones humanas. Todos queremos imponer nuestra visión del mundo a los demás, ¿no?».

¿Era ese el objetivo de su malvada maquinación? ¿Quería poner en práctica su convicción de que tenía «el derecho, el privilegio, de ejercitar un control absoluto sobre otro ser humano»? ¿Era Martha otro factor de la ecuación, que le había convencido de que la momentánea simpatía de su esposa por mí me convertía en un objetivo natural de sus maniobras? ¿O era envidia, una necesidad de destruir la carrera profesional de otro para compensar su evidente falta de creatividad? Poseía tal inconcebible cantidad de dinero, tal inconcebible cantidad de todo... Es evidente que al cabo de un tiempo es posible empezar a aburrirse. El aburrimiento de tener un Rothko de más, de beber siempre Cristal, y saber siempre que el Gulfstream o el 767 está esperando tus órdenes. ¿Había creído que había llegado el momento de ver si podía trascender todos esos miles de millones haciendo algo realmente original, audaz, existencialmente puro? Asumiendo un papel que solo un hombre que tenía de todo podía asumir. El último acto creativo: jugar a ser Dios.

No sabía la respuesta a esa pregunta. Ni me importaba. Su motivación era asunto suyo. Lo que sí sabía era que Fleck estaba detrás de todo. Había planificado mi ruina como un general que asedia un castillo: ataca los cimientos básicos, después ve cómo se desmorona la construcción. Su mano lo controlaba todo... y a su vez, me controlaba a mí.

Alison habló y me sacó de mi ensimismamiento.

—David, ¿estás bien?

—Estaba pensando.

—Sé que esto es difícil de asumir. Es un golpe muy fuerte.

—¿Puedo pedirte un favor? —Lo que quieras.

—¿Puedes pedirle a Suzy que haga fotocopias de todos los documentos que ha descubierto el detective?

—¿Qué piensas hacer?

—Jugar sucio.

—No me gusta cómo suena.

—No voy a acudir a la prensa. No pienso intentar pegar a MacAnna otra vez. No voy a apostarme ante la casa de Fleck en Malibú hasta que se presente. Solo necesito los documentos y el original de mi guion.

—Esto me está poniendo nerviosa.

—Tienes que confiar en mí.

—Al menos dame una pista...

—No.

Me miró sinceramente preocupada.

—David, si lo jodes todo...

—Entonces estaré un poco más jodido que ahora, que es del todo jodido. Y esto significa ni más ni menos que no tengo nada que perder.

Alison cogió el teléfono y pidió a Suzy que viniera. Cuando ella entró, dijo:

—¿Podrías fotocopiar todo lo que contiene esta carpeta, por favor?

Media hora después, recogí la carpeta y el guion. Me preparé a toda prisa un bocadillo de salmón ahumado y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Después le di un beso a Alison en la mejilla y le di las gracias por todo.

—No hagas ninguna estupidez, te lo ruego —dijo.

—Si la hago, serás la primera en enterarte.

Salí de la oficina. Subí al coche y dejé la gruesa carpeta en el asiento del pasajero. Me palpé los bolsillos de la chaqueta para asegurarme de que llevaba la agenda. La saqué y busqué una entrada concreta. Después fui a West Hollywood, paré en una librería, encontré el libro que buscaba y seguí hasta un cybercafé que conocía por haber pasado mil veces por Doheny. Entré, me senté delante de una pantalla y me conecté. Abrí mi agenda de direcciones y tecleé la dirección electrónica de Martha Fleck: scriptdoc@cs.com. En el espacio reservado para el remitente, puse la dirección de la librería: books&co.wirenet.com, pero omití mi nombre deliberadamente. Después tecleé las líneas siguientes del libro que acababa de comprar.

Mi vida se cerró dos veces antes de su cierre
aunque queda por ver
si la Inmortalidad desvela
un tercer acontecimiento para mí.
Tan enorme, tan imposible de concebir
como los que dos veces sucedieron.
La despedida es lo único que sabemos del cielo
y todo lo que necesitamos del infierno.
... A propósito, me encantaría recibir noticias tuyas.
Tu amiga Emily D.

Apreté la tecla «Enviar», esperando que fuera su dirección de correo privada. Si no lo era, si Fleck vigilaba todos sus movimientos, contaba con la posibilidad de que lo considerara un mensaje inocente de una librería... o, con un poco de suerte, que ella me contestara antes de que él lo interceptara.

Me quedé un rato más en West Hollywood, tomé un café con leche en una terraza, pasé con el coche frente a la casa donde vivíamos Sally y yo, pensando lo raro que era que —a pesar de lo doloroso que había sido para mí su abandono— hacía mucho que había dejado de añorarla..., si es que había llegado a añorarla en algún momento. Desde que nos habíamos separado, no me había llamado ni una sola vez. Había mandado a Alison los cinco mil dólares de mi parte del depósito y los muebles; reenviaba mi correo a mi nueva dirección. Estaba seguro de que había puesto un mensaje en nuestro contestador diciendo: «David Armitage ya no vive aquí». Aunque seguramente no me llamaba nadie, porque había desaparecido del radar de todo el mundo en cuanto mis «problemas» se habían clasificado como terminales, y yo había desaparecido de la ciudad. Pero al pasar frente a nuestra casa, aquella vieja costra volvió a dolerme. De nuevo, repetí aquella silenciosa reflexión tan manida en muchos hombres de mediana edad: «¿En qué estaría pensando?».

Y tampoco entonces supe la respuesta.

Al salir de West Hollywood, fuera de los límites de la ciudad, aceleré y volví hacia la costa. Llegué a Meredith a las seis. Les estaba detrás del

mostrador y pareció sorprendido al verme.

—¿No te gusta tener días libres? —preguntó.

—Es que espero un correo. ¿Te has fijado si...?

—No lo he mirado en todo el día. Tú mismo.

Entré en el pequeño despacho, y encendí el Apple Mac; entré en el Internet Explorer y fui a «Recibir correo». Contuve el aliento y...

Allí estaba: Carta para Emily D... scriptdoc@cs.com.

Abrí el mensaje.

Esperar una hora es largo
si el Amor está más allá
esperar la Eternidad es corto
si el amor recompensa al final.

... Creo que conoces al autor, como creo que sabes que esta remitente estará encantada de volver a verte. Pero ¿por qué tienes la dirección de una librería? Estoy muy intrigada. Llámame al móvil: (917)5 553 739. Solo contesto yo, lo que lo convierte en el mejor canal de comunicación, no sé si entiendes. Llama pronto.

Con mis mejores saludos.

La bella de Amherst

Grité a Les:

—¿Puedo usar tu teléfono?

—Adelante —dijo.

Cerré la puerta. Marqué el número del móvil. Respondió Martha. Y la verdad es que el corazón se me aceleró un poco al oír su voz.

—Hola —dije.

—¿David? ¿Dónde estás?

—En Books and Company, en Meredith. ¿Sabes dónde está Meredith?

—¿Subiendo por la Pacific Coast?

—Eso es.

—¿Te has comprado una librería?

—Es una larga historia.

—Lo imagino. Oye, debería haberte llamado hace dos meses, cuando te echaron encima la caballería. Pero te lo diré ahora: lo que hiciste..., todo eso de que te acusaban..., era una tontería. Yo misma se lo dije a Philip: si me dieran un centavo por cada guion que he leído que tiene una línea prestada de otra parte...

—¿Serías tan rica como él?

—Nadie es tan rico, exceptuando cinco personas más del planeta. Lo que quería decir es que siento mucho lo que te ha sucedido, sobre todo las difamaciones de ese imbécil de MacAnna. Pero al menos Philip te compensó un poco con lo que te pagó por el guion.

Cuidado con esto.

—Claro —respondí inexpresivamente.

—¿Así es como pudiste comprar la librería?

—Es una larga historia.

—Ya lo supongo. Por cierto, el guion está muy bien. Es muy ingenioso, muy cotidiano y al mismo tiempo subversivo. Pero cuando nos veamos, voy a intentar convencerte de que no le den a Philip toda la autoría...

Ten mucho cuidado.

—Bueno, ya sabes cómo va... —dije.

—Ya lo sé. Philip me explicó que temías la mala publicidad que podía atraer la película si se asociaba con tu nombre. Pero quiero convencerle para que filtre que tú fuiste el autor original, después de que se estrene...

—Solo si las críticas son formidables.

—Lo serán, porque esta vez Philip tiene un guion extraordinariamente fuerte. Ya habrás oído que la protagonizan Fonda y Hopper...

—Es el reparto de mis sueños.

—Estoy muy contenta de que me hayas llamado, David. Sobre todo porque después pensé...

—No hicimos nada especialmente ilegal.

—Por desgracia —dijo—. ¿Cómo está tu novia?

—No tengo ni idea. Fue una de las muchas cosas que se esfumaron cuando...

—Lo siento. ¿Y tu hija?

—Estupendamente —dije—, excepto que, desde la trifulca fotografiada con MacAnna, su madre me ha impedido legalmente verla, sostiene que soy un desquiciado.

—¡Por Dios, David, eso es espantoso!

—Sí, sí lo es.

—Bien, me parece que necesitas un buen almuerzo.

—Estaría bien. Si pasas cerca de Meredith...

—Bueno, estoy en la casa de Malibú esta semana.

—¿Dónde está Philip?

—Buscando localizaciones en Chicago. El primer día de rodaje es dentro de ocho semanas.

—¿Todo va bien entre vosotros? —pregunté, intentando mantener el mismo tono informal, despreocupado.

—Durante un tiempo tuvimos un agradable interludio. Pero se ha acabado hace poco. Y ahora... es lo mismo de siempre, supongo.

—Lo siento.

—Comme d'habitude...

—... Como dicen en Chicago.

Se rio.

—Oye, si estás libre mañana para almorzar...

Quedamos en la librería a la una.

En cuanto colgué, salí del despacho y le pregunté a Les si podía encontrar a alguien que me sustituyera un par de horas al día siguiente.

—Mañana es miércoles y esto está muerto. Tómate la tarde libre.

—Gracias —dije.

Aquella noche me tomé tres pastillas de diacepam para dormir de un tirón. Antes de sucumbir al sueño, no dejaba de oír a Martha decir: «Pero cuando nos veamos, voy a intentar convencerte de que no le dejes a Philip toda la autoría... Philip me explicó que temías la mala publicidad que podía atraer la película si se asociaba con tu nombre...».

Empezaba a entender la despiadada lógica que Fleck aplicaba para ganar sus miles de millones. Cuando se trataba de estrategias maquiavélicas y del arte de la guerra, era un verdadero artista. Era su único gran talento.

Martha se presentó puntualmente a la una. Y tengo que decir que estaba radiante. Llevaba unos sencillos vaqueros negros, una camiseta negra y una chaqueta vaquera azul. Pero a pesar de la ropa a lo Lou Reed, desprendía algo absolutamente aristocrático, muy de la costa este. Tal vez fuera el pelo castaño recogido en un moño, y el cuello esbelto, junto con los pómulos altos, que me recordaban uno de esos retratos de John Singer Sargent de una mujer de la sociedad bostoniana de 1870. O tal vez eran las gafas de concha anticuadas que se empeñaba en llevar. Era un irónico contraste con la ropa absolutamente juvenil, por no hablar de todo el dinero que ella representaba. Sobre todo porque era la clase de montura que costaba menos de cincuenta dólares, y que en aquel momento tenía una de las varillas pegadas con celo. Yo entendía lo que ejemplificaba aquel pedazo de celo: la insistencia en su autonomía personal, y una inteligencia artera que, tantos meses después, seguía pareciéndome muy atractiva.

Cuando entró en la librería, me miró directamente, como si yo fuera el encargado del dueño.

—Hola —dijo—. Está David Arm...

A mitad de la frase me reconoció.

—¿David? —exclamó, sinceramente estupefacta.

—Hola, Martha.

Estuve a punto de darle un beso en la mejilla, pero lo pensé mejor y le tendí la mano. Ella la estrechó, sin dejar de mirarme, con una mezcla de diversión e incompreensión.

—¿Eres tú realmente el que está detrás de esto?

—La barba está un poco descuidada.

—No veas el pelo. Quiero decir, había oído hablar del *look* «volver a la naturaleza». Pero del «de volver a la librería» no.

Me reí.

—Pues tú estás estupenda.

—No he dicho que tú no lo estés, David. Es que... no es solo que estés cambiado: estás transformado. Como uno de esos muñecos...

—¿Uno de esos que con una rápida modificación se convierten en un dinosaurio?

—Exacto.

—Ese es mi nuevo yo —dije—. Un dinosaurio.

Le tocó a ella reírse.

—Y con una librería, encima —dijo. Observó a su alrededor los estantes y el surtido de los expositores, y pasó una mano por la madera pulida—. Es impresionante. Es encantadora. Muy intelectual.

—Bueno, teniendo en cuenta que no está en un centro comercial ni tiene un Starbucks, es como una rareza del siglo XIX.

—¿Cómo demonios la encontraste?

—Es una larga historia. O quizás, en realidad, una corta historia.

—Pero al menos es una historia.

—Eso seguro.

—Bueno, pues espero que me la cuentes durante el almuerzo.

—No te preocupes, te la contaré.

—Me sorprendió que me mandaras un correo. Creía que...

—¿Qué?

—No lo sé..., que me habías tomado por una loca después de aquella noche.

—Fue una locura de la mejor clase.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

—Bien. Porque... —Se encogió de hombros nerviosamente—... porque después me sentí como una completa idiota.

—Ya somos dos —dije.

—Bueno —dijo, cambiando rápidamente de tema—, ¿adónde te llevo a comer?

—He pensado que podríamos ir a la casita donde vivo.

—¿Tienes una casa alquilada?

—De hecho pertenece a uno de los clientes de mi agente. A Willard Stevens.

—¿El guionista?

—Sí.

Me miró desconcertada, intentando interpretarlo.

—O sea que cuando encontraste este pueblo y esta librería, también encontraste un lugar para vivir que pertenecía a Willard Stevens..., a quien

resulta que representa tu agente.

—Ya te he dicho que es una larga historia.

—Ya veo.

—Bueno, ¿vamos?

Tardé diez minutos en cerrar la librería y le expliqué a Martha que, en honor a su presencia en Meredith, había decidido tomarme la tarde libre.

—Estoy conmovida —dijo—, pero no quiero que pierdas dinero por mi culpa.

—No te preocupes por eso. El miércoles es un mal día. Además a Les no le importa que...

—¿Quién es Les? —preguntó, interrumpiéndome.

—Les es el dueño de la librería.

Se quedó verdaderamente aturdida.

—Creía que habías dicho que eras tú el dueño.

—No lo he dicho. Solo he dicho que...

—Ya lo sé: es una larga historia.

Martha tenía el coche aparcado enfrente: un gran y reluciente Range Rover.

—¿Cogemos mi monstruo? —preguntó.

—Iremos en el mío —dije, dirigiéndome a mi anciano Volkswagen Golf.

De nuevo, tuvo un pequeño sobresalto al ver mi vehículo tipo «vida minimalista», pero no dijo nada, excepto:

—Por mí, de acuerdo.

Subimos a mi coche. Como siempre el arranque falló (uno de los muchos defectos que le había descubierto desde que lo había comprado) pero al cuarto intento se puso en marcha.

—¡Vaya coche! —dijo mientras salíamos.

—Me sirve —dije.

—Supongo que hace conjunto con el *look* de estudiante madurito que cultivas.

No dije nada. Me encogí de hombros.

Llegamos a la casa en cinco minutos. Se quedó maravillada con la vista del océano. Se quedó maravillada con la refinada simplicidad de la casa:

con su color blanco sobre blanco, los sillones cómodos y los estantes de libros.

—Entiendo que seas feliz aquí —dijo—. Es un refugio perfecto para un escritor. ¿Dónde trabajas, por cierto?

—En la librería.

—Muy gracioso. Me refiero al «trabajo de verdad».

—¿Te refieres a escribir?

—David, no me digas que la cola de caballo te ha anulado los poderes cognitivos. Puesto que eres escritor...

—No. Era escritor.

—No te refieras a tu carrera en tiempo pasado.

—¿Por qué no? Estoy completamente pasado.

—Mira, no puedo ni imaginarme lo que ha sido estar sometido a todas esas calumnias, como estoy segura de que estar alejado de tu programa ha debido de ser horrible. Pero la cuestión es que Philip va a rodar tu película, con un reparto alucinante y una distribución mundial garantizada por la Columbia Tri-Star. Como te dije ayer por teléfono, en cuanto corra la voz de que eres el guionista, te lloverán las ofertas. No hay nada que le guste tanto a Hollywood como un gran regreso. Antes de que puedas decir «siete ceros» estarás encadenado a tu portátil...

—No, no lo estaré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he vendido.

—¿Qué?

—He vendido el ordenador. De hecho lo he empeñado, en una casa de empeños de Santa Bárbara.

—David, ¿es una broma, no?

—No, es la verdad. Sabía que nunca volvería a escribir para ganarme la vida. Y necesitaba el dinero...

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo, con una voz repentinamente agitada—. ¿A qué estás jugando, David?

—No estoy jugando a nada.

—¿Entonces a qué viene eso de trabajar en una librería?

—Porque trabajo en una librería, por doscientos ochenta dólares a la semana, que no está mal, teniendo en cuenta que una gran cadena como Borders paga solo siete dólares a la hora.

—Ya estás otra vez diciendo tonterías. ¿Doscientos ochenta dólares a la semana? David, Philip te pagó un millón cuatrocientos por tu guion.

—No, no me lo pagó.

—Él me dijo...

—Te mintió.

—No te creo.

Fui a la mesa y cogí la carpeta que contenía todos los documentos fotocopados que el detective de Alison había desenterrado, además del original de 1995 del borrador de Nosotros, los veteranos. Se lo di todo.

—¿Quieres pruebas? Aquí están todas las pruebas que necesitas.

Entonces le expliqué la historia desde el principio. Punto por punto. Mientras yo hablaba ella abría mucho los ojos. Le enseñé toda la documentación de la Asociación de Autores, y le expliqué cómo habían desaparecido los comprobantes de los registros de mis obras sin producir, que después habían aparecido repentinamente registradas a nombre de Philip Fleck. Le mostré los estados de cuentas de MacAnna y le señalé sus grandes ingresos mensuales procedentes de Lubitsch Holdings.

—¿A tu marido le gustan las películas de Ernst Lubitsch?

—Tiene una copia de todas sus películas.

—Bingo.

También le expliqué cómo había perdido todas mis inversiones, gracias a Bobby Barra, y que tenía razones de peso para creer que mi agente de bolsa actuaba siguiendo instrucciones de Fleck de arruinarme económicamente.

—Lo que no logro comprender es esto: si decidió arruinarme porque descubrió lo nuestro.

—¿Pero qué había que descubrir? —preguntó ella—. Lo que hicimos era casi de instituto. Además, en aquella época, Philip hacía meses que no me tocaba.

—Pues, si no fue por eso, quizá..., no lo sé, quizá sentía envidia de mi éxito.

—Philip envidia a cualquiera que tenga inteligencia creativa. Porque él no tiene ninguna. Pero yo, que lo conozco bien, creo que podría haber decidido hacer eso por un montón de razones diferentes, todas ellas crípticas y difíciles de comprender para alguien que no sea él. Pero también puede ser que lo haya hecho por el gusto de hacerlo. Porque puede.

Se levantó y se puso a caminar por la casa, meneando la cabeza. Parecía que fuera a darle una patada a la puerta o un puñetazo al cristal de la ventana. Tenía dificultades para pronunciar una frase con sentido.

—Estoy tan... No puedo imaginar cómo... Siempre está jugando a esos condenados... Todo el asunto... es tan jodido, tan increíblemente digno de Philip.

—Bueno, tú lo conoces mejor que yo.

—No sabes cuánto lo siento.

—Yo también. Por eso necesito que me ayudes.

—Cuenta con eso.

—Pero lo que voy a proponerte podría ser..., en fin..., un poco arriesgado.

—Deja que me preocupe yo de eso. Adelante, ¿qué quieres que haga?

—Que le echés en cara a tu marido que me ha robado los guiones, con pruebas en la mano, y también que ha pagado a MacAnna para que arruinara mi carrera.

—Y supongo que querrás que lleve un micrófono mientras interpreto esa escena de J'accuse —comentó.

—Con una de esas pequeñas grabadoras bastará. Solo necesito que reconozca que está detrás de todo esto. Una vez grabado, mi agente y sus abogados tendrán lo necesario para negociar. Cuando él se dé cuenta de que tenemos su confesión de que me ha robado el guion y ha montado la trampa con MacAnna, estoy seguro de que querrá negociar con nosotros, sobre todo porque se dará cuenta de las consecuencias que comportaría la mala publicidad. ¿No tiene una especie de fobia a la publicidad negativa?

—Oh, sí.

—Solo quiero recuperar mi reputación. El dinero no me importa...

—Debería importarte, porque el dinero es el único lenguaje que Philip entiende. De todos modos hay un problema.

—¿Lo negará todo?

—Sí. Pero...

—¿Qué?

—Si le provocho lo suficiente, podría acabar soltando la confesión que necesitas.

—No pareces muy segura.

—Lo conozco demasiado bien, y sé que estos días está especialmente taciturno. De todos modos, puedo intentarlo.

—Gracias.

Recogió todos los documentos.

—Necesitaré llevarme las pruebas —dijo.

—Todo tuyo.

—¿Me acompañas al coche, por favor?

No dijo nada durante los minutos que tardamos en volver a la librería. La miré una sola vez. Apretaba con fuerza la carpeta contra el pecho, y parecía muy preocupada y silenciosamente furiosa. Cuando paramos delante de la tienda, se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Tendrás noticias mías —dijo.

Bajó del coche, subió al suyo y se marchó. Mientras volvía a la casa, pensé: «Esta es precisamente la reacción que esperaba».

Pero pasaron los días sin que tuviera noticias de ella. Alison, por supuesto, me llamaba de vez en cuando, curiosa por saber cómo había utilizado el fajo de fotocopias de las pruebas. Le mentí y le dije que todavía lo estaba estudiando, y que no había decidido de qué modo utilizarlo contra Fleck.

—Eres un pésimo mentiroso —dijo.

—Piensa lo que quieras, Alison.

—Solo espero que te comportes con inteligencia por una vez.

—Es lo que intento. Mientras tanto, ¿tú y tu águila legal habéis tenido alguna otra idea para incriminar a ese pedazo de mierda por hurto literario en primer grado?

—Hemos examinado todos los aspectos de la cuestión y... no, nada. El abogado lo ha estudiado desde todos los ángulos.

—Ya lo veremos.

Cuando había transcurrido una semana entera sin que Martha diera señales de vida, yo también empecé a preguntarme si él lo había estudiado desde todos los ángulos... hasta el punto de que Martha no había logrado sacarle una sola palabra de confesión. Y me encontré luchando contra una ola de desaliento. En tres semanas, debía pagar un plazo de la pensión, y no había manera de que pudiera pagar ni la mitad. Lo que significaba que Lucy probablemente se vengaría intentando poner fin a mis llamadas telefónicas a Caitlin. Y como tampoco estaría en condiciones de pagar los servicios de Walter Dickerson en el juzgado (ni en ninguna otra parte), ella acabaría conmigo en una fracción de segundo. Además estaba el asunto de Willard Stevens. Hacía unos días que me había llamado personalmente desde Londres para saludarme, para preguntarme si todo iba bien en la casa, y para informarme de que volvía a Estados Unidos en un par de meses, de modo que...

¿Cómo iba a encontrar otra casa de alquiler en Meredith con doscientos ochenta dólares a la semana? Lo más barato que se alquilaba en la zona estaba sobre los ochocientos dólares al mes, de modo que una vez pagado el techo para refugiarme, me quedarían ochenta dólares a la semana para pagarlo todo, desde el gas a la electricidad hasta asuntos menores como la comida. En resumidas cuentas, misión imposible. Lo que a su vez significaba...

Cuando terminaba de imaginarme aquel escenario catastrófico, era un sin techo en Wiltshire Boulevard, sentado en la acera, con un cartel pintado a mano que decía: «Antes contestaban mis llamadas».

Puede que exagerara un poco, pero solo un poco. Porque en ese momento la única dirección que veía era hacia el precipicio.

Entonces, finalmente, Martha telefoneó. Era un viernes por la tarde y habían pasado diez días desde que nos habíamos visto. Llamó a la librería sobre las seis. Su tono era conciso y serio.

—Perdona que no te haya llamado antes —dijo—. He estado fuera.

—¿Tienes noticias?

—¿Cuáles son tus días libres?

—El lunes y el martes.

—¿Puedes guardar el lunes completamente libre?

—Por supuesto.

—Bien. Te recogeré en tu casa sobre las dos.

Y colgó antes de que pudiera preguntarle nada.

Deseaba llamarla inmediatamente y pedirle que me explicara qué pasaba. Pero sabía que como mínimo aquello sería contraproducente. No podía hacer nada más que contar las horas hasta el lunes.

Se presentó puntualmente, aparcó el Range Rover ante la puerta principal. De nuevo, estaba muy seductora: una falda roja corta, un top negro ajustado que le dejaba los brazos y la espalda al aire, la misma chaqueta vaquera azul, las mismas gafas rotas de montura de concha y un camafeo antiguo al cuello. Isobel Archer con un *look* californiano. Salí a recibirla. Esbozó una gran sonrisa, una sonrisa que me hizo pensar que tenía buenas noticias para mí. Cuando me dio un beso breve en los labios y me apretó un brazo al mismo tiempo, pensé: «Esto pinta bien... pero es un poco raro».

—Hola —dijo.

—Hola a ti también. ¿Me equivoco o estás de buen humor?

—Nunca se sabe. ¿Eso es lo que piensas llevar hoy?

Yo llevaba unos Levis viejos, una camiseta y un jersey gris con cremallera.

—Como no sabía lo que íbamos a hacer hoy...

—¿Puedo hacerte una proposición?

—Soy todo oídos.

—Quiero que hoy dejes que me ocupe de todo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que quiero que me prometas que no discutirás nada de lo que haga. Y al mismo tiempo, harás todo lo que te pida.

—¿Todo?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Todo. Pero no te preocupes: no voy a proponerte nada ilegal. Ni peligroso.

—Bueno, eso sí que es un alivio.

—¿Qué? ¿Hay trato?

Me tendió la mano y la estreché.

—Supongo, siempre que no me pidas que entierre un cadáver.

—Eso sería demasiado banal —dijo—. Venga, quítate esa ropa de chico.

Entró en la casa y fue directamente al dormitorio. Abrió mi armario y rebuscó entre mi ropa. Finalmente, sacó unos vaqueros negros, una camiseta blanca, una chaqueta de cuero ligera y unas zapatillas Converse negras.

—Esto irá bien —dijo, dándomelo todo—. Venga, cámbiate.

Volvió a la sala. Yo me desnudé y me puse la ropa que ella había elegido. Cuando salí, Martha estaba de pie ante la mesa, mirando una antigua fotografía mía con Caitlin. Me miró de arriba abajo.

—Eso está mejor —dijo. Entonces levantó la fotografía—. ¿Te importa si nos la llevamos?

—Pues... no. ¿Puedo preguntar por qué?

—¿Qué me has prometido no hacer?

—Preguntas.

Se acercó a mí y me dio otro beso ligero en los labios.

—Pues no hagas preguntas.

Me cogió del brazo.

—Venga —dijo—. Nos vamos.

Fuimos en su Range Rover. En cuanto salimos de Meredith y entramos en la Pacific Coast, en dirección norte, ella dijo:

—Estoy impresionada, David.

—¿Por qué?

—Porque todavía no me has preguntado qué ha pasado en los últimos diez días. Es muy disciplinado por tu parte.

—Tú has dicho que nada de preguntas.

—Pues te daré una respuesta, pero con otra condición: que cuando te la dé, no discutas nada.

—¿Porque son malas noticias?

—Sí, porque es una noticia muy poco satisfactoria. Y porque no quiero que estropee nuestro día.

—De acuerdo.

Con la mirada fija en el parabrisas, y mirando de vez en cuando por el retrovisor, empezó a hablar.

—Después de verte, volví a Los Ángeles, y dispuse que el Gulfstream me llevara directamente a Chicago. Antes de subir al avión, entré en una tiendecita de electrónica del aeropuerto y compré una grabadora diminuta que se activa con la voz. Después, en cuanto despegamos, llamé a Philip y le dije que tenía que verle inmediatamente. Cuando llegué a su *suite* de The Four Seasons y le tiré a la cara la carpeta, ¿sabes lo que hizo? Se encogió de hombros y dijo que no sabía de qué le estaba hablando. Entonces le expliqué todo el asunto, punto por punto, confirmando todas las palabras con las pruebas que me habías dado. Como me imaginaba, Philip adoptó una actitud indiferente, a su manera exasperante, típica de él, y negó saber nada. Ni siquiera me preguntó de dónde habían salido los documentos: hizo como si nada. Cuando perdí los estribos y empecé a gritarle para que me diera una explicación, se cerró en banda y se comportó como un zombi introvertido. Debí de pasar casi una hora actuando, intentando todos los trucos posibles para inducirle a admitir algo. No me hizo ningún caso. Por eso, al final, recogí todos los papeles, me fui hecha una furia, y volví con el Gulfstream directamente a Los Ángeles.

»Pasé los dos días siguientes investigando un poco por mi cuenta. Lubitsch Holdings es efectivamente una de las sociedades ficticias de mi marido, aunque está tan bien camuflada, como se camufla todo en las Caimán, que nadie podría relacionarla con él. Y, aunque no tengo pruebas, estoy completamente segura de que, además de aquella generosa donación económica, Philip también desembolsó una suma importante directamente en el bolsillo de James LeRoy, el director ejecutivo de la Asociación de Autores...

—¿Cómo lo descubriste?

—¿Cuál es la regla de hoy?

—Lo siento.

—En fin, eso es todo. Todo lo que me dijiste el otro día se ha confirmado. Philip decidió aniquilarte. No sé por qué lo ha hecho. Pero lo ha hecho. No lo reconocerá nunca, nunca explicará sus motivos, y nunca admitirá nada. Pero sé que es culpable. Y tendrá que pagarlo. El precio que pagará es este: le abandono. Aunque por supuesto eso no le preocupa en absoluto.

—Le has dicho que le abandonas —pregunté, esperando que no sonara como una pregunta.

—No, no se lo he dicho todavía. Desde entonces no he vuelto a hablar con él. Has hecho muy bien, haciendo una pregunta como si fuera una afirmación.

—Gracias.

—De nada. Ojalá hubiera logrado hacerle reconocer algo. Entonces, al menos, podría haberle obligado a compensarte de algún modo; arreglarlo. En cambio...

Se encogió de hombros.

—Está bien —dije.

—No, no lo está.

—Por hoy, está bien.

Soltó una mano del volante y entrelazó los dedos con los míos. Los mantuvo así hasta que giramos para entrar en Santa Bárbara, y tuvo que poner tercera.

Pasamos por la calle donde había vendido mi Porsche y empeñado el ordenador. Pasamos por la hilera de tiendas de diseño y restaurantes de clase alta donde la rúcula y el parmesano rallado son de rigor. Cuando llegamos a la playa, dimos la vuelta, siguiendo la calle costera hasta la puerta del hotel The Four Seasons.

—Eh... —empecé a decir, recordando mi ilícita semana allí con Sally, cuando todavía estaba casado y tan ridículamente seguro de mí mismo.

Antes de que pudiera seguir, Martha me interrumpió.

—Ni se te ocurra preguntar.

El aparcacoches se llevó nuestro coche. Martha me condujo a través de la puerta principal. En lugar de llevarme en dirección a la recepción, me guio por un pasillo lateral hacia una gran puerta de roble, sobre la cual estaba escrito:

CENTRO DE BIENESTAR.

—He decidido que necesitabas un poco de «bienestar» —dijo Martha con una sonrisa, mientras abría la puerta y me empujaba dentro.

Se encargó de todo: le dijo al recepcionista que yo era David Armitage y que tenía reservado el especial de tarde, que incluía cita con el peluquero.

Hablando del peluquero, ¿podía hablar un momento con él? La recepcionista descolgó el teléfono. Al poco rato, apareció un hombre alto y vigoroso por una puerta trasera. Con una voz casi susurrante se presentó como Martin.

—Bien, Martin —dijo Martha—. Esta es la víctima. —Buscó en su bolso y sacó la fotografía en la que aparecía con Caitlin y se la pasó a Martin—. Así es como era antes de trasladarse a una cueva. ¿Cree que podría devolverlo a su estado preneandertal?

Martin sonrió ligeramente.

—Por supuesto —dijo, devolviéndole la foto a Martha.

—Adelante, guapo —me dijo ella—. Te esperan cuatro horas de diversión. Quedamos en la terraza a las siete para tomar algo.

—¿Qué vas a hacer tú?

Otro beso en los labios.

—Nada de preguntas —dijo.

Se volvió y fue hacia la puerta. Martin me tocó en el hombro y me indicó que le siguiera a su santuario.

Primero me hicieron desnudar. Luego dos mujeres me acompañaron a una gran ducha de mármol donde me regaron con chorros a presión de agua muy caliente, me frotaron con jabón a las algas marinas y un cepillo de cerdas duras. Después me secaron, me dieron un albornoz y me mandaron a la silla de Martin. Con unas tijeras me liberó de la mayor parte de mi barba. Siguieron toallas calientes, espuma para la barba, y de un esterilizador quirúrgico salió una maquinilla de hoja recta. Mi peluquero me rasuró la cara, me la envolvió con una toalla caliente, la quitó, hizo girar mi silla, y me echó la cabeza hacia atrás, sobre una pila, donde me lavó el pelo largo y enredado. Después me lo cortó, devolviéndome el estilo de antes de que empezara a salirme todo mal.

Cuando terminó, me dio otra palmadita en el hombro y me indicó otra puerta, diciendo:

—Nos veremos al final.

Durante las siguientes tres horas me atormentaron, me embadurnaron, me momificaron, me cubrieron de arcilla, y me masajearon con aceite hasta

que por fin me devolvieron a la silla de Martin, donde él me trabajó el pelo con el secador. Después me señaló el espejo y dijo:

—Ya vuelve a ser el de antes.

Me miré al espejo, y me costó un poco acostumbrarme a mi nueva vieja imagen. Tenía la cara más delgada, los ojos más hundidos, y un aire general de cansancio. Aunque pareciera adecuadamente terso y brillante tras cuatro horas intensas de un «bienestar» casi demasiado enérgico, una parte significativa de mí no se creía aquel acto de magia cosmética y barberil. No quería ver aquella cara porque ya no confiaba en ella. Decidí volver a dejarme la barba al día siguiente.

Cuando salí a la terraza, encontré a Martha sentada a una mesa, con una vista preciosa del Pacífico. Se había puesto un vestido negro corto y llevaba el pelo suelto. Me miró, pero esa vez no se sobresaltó por mi aspecto. Solo sonrió y dijo:

—Eso está mejor.

Me senté a su lado.

—Ven aquí, por favor —dijo.

Me incliné y ella me cogió la cara con las manos. Acercó su cabeza a la mía y me besó.

—De hecho, eso está mucho mejor —dijo.

—Me alegro de que te guste —dije, mareado por el beso.

—La verdad, señor Armitage, es que en el mundo escasean los hombres atractivos e inteligentes. Se pueden encontrar muchos hombres atractivos y estúpidos, y muchos inteligentes y feos, pero la belleza y la inteligencia juntas es tan raro como ver al cometa Hale. Por eso cuando un tipo atractivo e inteligente decide transformarse en una especie de Tab Hunter en Rey de reyes..., hay que tomar la iniciativa para hacerle entrar en razón. Sobre todo porque no me acostaría nunca con alguien que parece salido de una pintura de Woolworth del Sermón de la montaña.

Una pausa larga, muy larga. Martha me cogió la mano y preguntó:

—¿Has oído lo que he dicho?

—Oh, sí.

—¿Y?

Fue mi turno de inclinarme y besarla.

—Era la respuesta que esperaba —dijo.

—¿Sabes por qué me enamoré de ti aquella primera noche? —dije de repente.

—Ya vuelves a hacer preguntas.

—¿Y qué? Quiero que lo sepas.

Ella me cogió la chaqueta y tiró de mí hasta que estuvimos cabeza contra cabeza.

—Lo sé —susurró—. Porque yo también me enamoré. Pero ahora no digas nada más.

Me dio otro beso y dijo:

—¿Quieres probar algo completamente diferente?

—Por supuesto.

—Tomemos solo una copa de vino cada uno. Dos como mucho. Algo me dice que estaría bien estar relativamente sobrios más tarde.

Nos limitamos a una copa de Chablis por cabeza. Después fuimos al restaurante. Comimos ostras y cangrejos tiernos, y yo bebí otra copa de vino, y nos pasamos una hora hablando de tonterías que nos hacían reír como tontos. Y después, cuando retiraron los platos y rechazamos el café, me cogió de la mano y me llevó al edificio principal del hotel, luego al ascensor y de allí a una *suite* lujosa. Cuando cerramos la puerta, me abrazó y dijo:

—¿Conoces aquella escena famosa de todas las películas de Cary Grant y Katharine Hepburn, en la que él le quita las gafas y la besa con pasión? Quiero que interpretemos esa escena ahora mismo.

Lo hicimos. Aunque la escena fue más allá, mientras nos dejábamos caer sobre la cama. Y después...

Después era de día. Y, ¡sorpresa sorpresa!, me desperté pensando que me sentía estupendamente bien. Tan estupendamente bien que, en los primeros minutos de atontamiento, me quedé sencillamente recordando la extraordinaria noche una y otra vez. Pero, cuando busqué a Martha con la mano, solo toqué un objeto de madera: la foto enmarcada de Caitlin y mía, colocada sobre la almohada. Me senté y me di cuenta de que estaba solo en la habitación. Miré mi reloj: las diez y doce. Entonces vi una caja negra

sobre la mesa, con un sobre encima. Me levanté. En el sobre ponía «David» y dentro había una nota:

Querido David:

Tengo que irme. Me pondré en contacto contigo muy pronto, pero por favor, deja que sea yo la que llame.

El objeto de la caja es un pequeño regalo para ti. Si no lo aceptas, no volveré a hablarte nunca más, no porque hayas rechazado mi regalo, sino por el rechazo de lo que representa el regalo. Teniendo en cuenta que deseo volver a hablar contigo... creo que ya me entiendes.

Con cariño.

Martha

Abrí la caja, levanté la tapa y vi un ordenador portátil Toshiba nuevo.

Unos minutos después, me planté frente al espejo del baño, frotándome la cara que empezaba a escocerme. Había un teléfono junto al lavabo. Lo cogí y llamé a recepción. Cuando me respondieron, dije:

—Buenos días. ¿Podrían mandarme artículos para afeitarse a la habitación?

—Por supuesto, señor Armitage. ¿Desea que le traigan el desayuno?

—Solo zumo de naranja y café, por favor.

—En seguida se lo llevan, señor. Por cierto, su amiga ha dispuesto que uno de nuestros chóferes le acompañe a casa.

—¿En serio?

—Sí, está todo arreglado. Pero no tiene que dejar la habitación hasta la una...

A la una y cinco estaba en el asiento de atrás de un Mercedes con chófer, en dirección a Meredith, con la caja del ordenador en el asiento, a mi lado.

Me presenté a trabajar en Books & Company al día siguiente. Les pasó por la tienda a media tarde y se quedó un momento asombrado, intentando identificarme. Después me miró con solemnidad burlona y dijo:

—Según mi experiencia, debes de estar muy enamorado para haberte cortado tanto pelo.

Tenía razón: estaba muy apasionadamente enamorado. Martha ocupaba mis pensamientos constantemente. No paraba de repasar la cinta de aquella

noche en mi cabeza. No dejaba de oír su voz, su risa, sus manifestaciones susurradas de afecto mientras hacíamos el amor. Estaba loco por hablar con ella. Loco por tocarla. Loco por estar con ella. Y loco porque todavía no me había llamado.

El cuarto día ya no podía más. Decidí que, si no me había llamado al mediodía del día siguiente, desobedecería sus órdenes y la llamaría al móvil y le diría que debíamos fugarnos juntos inmediatamente. Porque aquello no era un coup de foudre cualquiera. No, aquello era la expresión de todo lo que había sentido (pero había evitado expresar) todos aquellos meses. La convicción..., no, la absoluta certeza de que era eso.

A las ocho de la mañana siguiente, llamaron con fuerza a la puerta. Salté de la cama, pensando: «Está aquí». Pero cuando abrí la puerta de golpe, me encontré a un hombre con uniforme azul, y un gran sobre acolchado en la mano.

—¿David Armitage?

Asentí.

—Un envío urgente. Tengo un paquete para usted.

—¿De quién?

—No tengo ni idea, señor.

Me pasó el recibo para que firmara la entrega y le di las gracias.

Volví dentro, abrí el sobre. Era una cinta de vídeo. La saqué del cartón. Llevaba una etiqueta blanca en la que se había dibujado de cualquier manera un corazón atravesado por una flecha. En un extremo de la flecha había las iniciales «DA» y en el otro «MF».

Solo tardé un instante en comprender: David Armitage, Martha Fleck.

Sentí un escalofrío en la espalda, pero me obligué a meter la cinta en el aparato de vídeo y apretar el botón de «play».

En la pantalla apareció el cuadro fijo de una habitación de hotel. Después la puerta se abría y Martha y yo entrábamos en la habitación, vacilantes. Ella me abrazaba. Aunque el audio era confuso y metálico, la oí decir: «¿Conoces aquella escena famosa de todas las películas de Cary Grant y Katharine Hepburn, en la que él le quita las gafas y la besa con pasión? Quiero que interpretemos esa escena ahora mismo».

Empezábamos a besarnos. Retrocedíamos hacia la cama. Nos echábamos el uno encima del otro, nos arrancábamos la ropa, la videocámara perfectamente colocada para mostrar todos los detalles.

Cinco minutos después, lo paré. No necesitaba ver más, sobre todo porque ya sabía lo que pasaba. Y porque estaba temblando por la impresión.

Fleck. El que todo lo sabía, todo lo veía, el omnipotente Philip Fleck. Nos había tendido una trampa. Había controlado las llamadas de Martha. Había descubierto que había preparado un encuentro en The Four Seasons, en Santa Bárbara. Luego, de nuevo, había hecho que su gente repartiera un poco de dinero, había averiguado el número de la habitación que Martha había reservado y había colocado la cámara y el micrófono ocultos.

Y ahora... nos tenía en un puño. Desnudos y en un vídeo en color. Su primera película porno, que utilizaría para destruir a su esposa, y para asegurarse de que la zona muerta en la que yo habitaba actualmente fuera mi dirección permanente.

Sonó el teléfono. Me lancé a descolgarlo.

—¿David?

Era Martha. Su voz sonaba artificialmente tranquila: la clase de tranquilidad que normalmente acompaña a un impacto brutal.

—Oh, gracias a Dios, Martha.

—¿Lo has visto?

—Sí, lo he visto. Me lo acaba de enviar.

—No está mal, ¿eh?

—No puedo creerlo...

—Tenemos que vernos —dijo.

—Ahora.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Estaba vestido y en la carretera al cabo de cinco minutos. Durante todo el camino hasta Los Angeles, mantuve el acelerador apretado a fondo, empujando al Volkswagen a correr a la vertiginosa velocidad de ciento veinticinco kilómetros por hora (el máximo posible). Era como forzar a un anciano con enfisema a una carrera de cien metros, pero me daba lo mismo. Tenía que ver a Martha inmediatamente, antes de que Fleck hiciera lo que tuviera planeado hacer con aquella espantosa cinta.

Habíamos quedado en un café de Santa Mónica. Llegué poco después de las diez. Ella ya estaba sentada a una mesa, mirando el mar. El sol estaba en pleno apogeo y soplabla una leve brisa del Pacífico que templaba el calor matinal. De haber notado aquellos detalles, me habría dado cuenta de que hacía un día precioso.

—Hola —dijo cuando llegué a su mesa de un salto.

Martha llevaba gafas de sol, de modo que no pude juzgar con exactitud si estaba muy angustiada. Pero lo que era evidente era su extraña compostura; una sangre fría que, de nuevo, atribuí al impacto.

Me acerqué y la abracé. Pero ella siguió sentada y me dio un beso en la mejilla, un gesto que inmediatamente me inquietó.

—Calma —dijo, poniéndome suavemente la mano en el pecho y empujándome hacia la silla contigua—. Nunca se sabe quién puede estar mirando.

—Claro, claro —dije; me senté y le cogí la mano por debajo de la mesa—. Pero oye..., he estado pensando mientras venía. Y ya sé lo que tenemos que hacer. Tenemos que ir juntos a ver a tu marido, y decirle que estamos enamorados, y pedirle que nos deje en paz...

—David —me interrumpió secamente—. Antes de hacer nada, hay una pregunta importante que debes responder.

—Por supuesto, cariño.

—¿Quieres un café, un capuchino o un café con leche?

Levanté la cabeza y vi que una camarera esperaba junto a la mesa, intentando dominar la hilaridad. Evidentemente había oído todo lo que había dicho.

—Un café doble —dije.

En cuanto la camarera se marchó, le cogí la mano a Martha y la besé.

—Han sido cuatro días muy largos —dije.

—¿Ah, sí? —dijo, en tono divertido.

—Y no puedo expresar cuánto me ha conmovido tu regalo.

—Espero que lo utilices.

—Lo haré, mi amor, lo haré.

—Escribir es lo que sabes hacer.

—Tengo que decirte algo...

—Soy toda oídos.

—Desde que me desperté solo en la habitación del hotel, no he dejado de pensar en ti.

Con calma separó su mano de la mía y preguntó:

—¿Siempre te comportas así después de acostarte con una mujer por primera vez?

—Lo siento. Sé que debo parecer un adolescente enfermo de amor.

—Es encantador.

—Es lo que siento.

—David, ahora tenemos cosas más importantes que discutir.

—Tienes razón, tienes razón. Porque también estoy un poco aterrado por lo que podría hacer tu marido con la cinta.

—Eso depende de cómo reaccione él a la cinta.

—Pero, desde el momento que ha montado esta maldita maquinación, sin duda...

—No ha sido él —dijo ella, con calma.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confundido de repente.

—Quiero decir que él no ha tenido nada que ver con la cinta.

—Pero eso no puede ser. Si no lo ha hecho él, ¿quién lo ha hecho?

—Yo.

La miré con atención, intentando discernir en sus ojos algún rastro de ironía. Pero me sostuvo la mirada.

—¿No lo dices en serio! —exclamé.

—Lo digo totalmente en serio.

Llegó el café. Yo no toqué el mío.

—No entiendo nada.

—En realidad es muy sencillo. Cuando Philip se negó a reconocer que él había sido la causa de todos tus problemas, decidí que tenía que ponerme drástica. Y monté mi pequeño plan: si no podía grabarle a él, nos grabaría a nosotros. El personal del hotel estuvo muy dispuesto a colaborar: sobre todo después de untar algunas manos. Conocía a un experto en audiovisuales de Los Ángeles que me montó los aparatos.

—¿Estaba allí mientras nosotros...?

—¿Crees que habría querido que alguien nos viera en la cama? ¿Recuerdas cuando fui al servicio, justo antes de salir del restaurante? De hecho fui a nuestra habitación y puse en marcha el vídeo, que estaba oculto en uno de los armarios. A partir de entonces... empezó el espectáculo. A la mañana siguiente, mientras dormías, saqué la cinta del aparato y me marché. Dos días después, me presenté en Chicago y obligué a Philip a sentarse en su habitación de hotel y mirar el primer par de minutos de nuestra película.

—¿Cómo reaccionó?

—De la forma típica en Philip: no dijo nada. Se quedó mirando fijamente la pantalla. Pero yo sabía cuál sería su reacción. Aunque nunca lo ha manifestado de forma abierta, es tremendamente celoso. También sabía que su mayor miedo en la vida es verse expuesto, que le descubran, que le señalen con el dedo. Por eso es precisamente por lo que decidí hacer esto: porque sabía que una película de nosotros dos en la cama desencadenaría el pánico en su cerebro tortuoso. Pero para asegurarme de que recibía el mensaje, le dije que mi abogado de Nueva York tenía una copia de la cinta. Y que, si no hacía lo necesario para rehabilitarte en los próximos siete días, mi abogado tenía instrucciones de mandar copias de la cinta a *The Post*, *The News*, *The Enquirer*, *Inside Edition*, *Hard Copy* y todos los periodicuchos sensacionalistas imaginables.

—¿De verdad le dijiste eso? —pregunté, todavía intentando digerir aquello.

—No solo se lo dije. Tenía intención de hacerlo y lo he hecho. La cinta está en Nueva York, y el tiempo pasa. A partir de hoy, tiene seis días para hacer algo.

—Pero si se da cuenta de que es un farol, si deja que lo publiques...

—Entonces tú y yo saldremos en las primeras páginas. Pero me da igual. Si no reacciona, concederé una entrevista muy sincera a Oprah o a Barbara Walters o a Diane Sawyer, en la que contaré las «alegrías» de vivir con un hombre que tiene tanto dinero, pero la sensibilidad de un vaso de papel. En fin, ahora lo único que importa es que te compense por lo que te ha hecho. En cuanto a mí, estoy decidida: le dejo.

—¿Sí? —dije, en tono esperanzado.

—Es lo que le dije. Según mi abogado, si entrego la cinta a la prensa, eso no tendrá ningún efecto en mi acuerdo prematrimonial. Es un contrato sin culpables. Si yo me voy o si él decide divorciarse, el resultado es el mismo: me llevo ciento veinte millones.

—¡Dios santo!

—Para el señor Fleck, es calderilla. Si fuéramos residentes en California, le podría demandar por la mitad de su patrimonio. Aunque no tengo ninguna intención de hacerlo. Ciento veinte millones son más que suficientes para mí y el niño.

—¿Qué has dicho?

—Estoy embarazada.

—Ah —dije, cada vez más estupefacto—. Es... es una noticia estupenda.

—Gracias.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace tres meses.

De repente entendí por qué había evitado tomar alcohol aquella noche, apenas una copa de vino.

—¿Qué dice Philip?

—Bueno —dijo ella, rápidamente—, se enteró ayer. Fue una de las pequeñas bombas que hice explotar frente a él.

—Yo creía que vosotros dos no habíais...

—Sí. Ese aspecto del matrimonio murió durante una temporada. Pero tuvimos un breve interludio hace unos meses. Poco después de conocerte en la isla, cuando Philip decidió volver a dormir conmigo. Es más, decidió volver a vivir conmigo, y parecía que se hubiera vuelto a enamorarse de mí... y yo de él. Pero eso solo duró unos tres meses antes de que volviera a recluírse, y se negaba como siempre a explicarme el motivo: se limitó a desaparecer en su concha hermética. Así que, cuando me enteré de que estaba embarazada, no se lo dije. Hasta ayer, claro. ¿Sabes cuál fue su reacción? Silencio. Silencio absoluto.

Volví a cogerle la mano.

—Martha...

Antes de que pudiera seguir, me interrumpió.

—No digas lo que estás pensando.

—Pero tú no me... no me...

—¿Qué? ¿Te quiero?

—Sí.

—Te conozco de exactamente tres días.

—Pero eso se puede saber en cinco minutos.

—Es verdad. Pero ahora mismo no puedo.

—No puedo creer que lo hayas arriesgado todo por mí.

—Déjate de prosas románticas, por favor. Él te trató como a una basura. Principalmente, supongo, porque le hicieron un informe completo de nuestra noche en la isla. Da lo mismo que no hiciéramos nada: lo que importaba era que tú tienes talento y yo me enamoré de ti. Así que cuando me enteré de cómo había destrozado tu carrera, me sentí responsable. Como no quiso atender a argumentos morales, decidí jugar sucio. Es de eso de lo que se trata. Dejar las cosas claras. Poner las cosas en su sitio. Corregir lo que está mal. O cualquier tópico que se te ocurra.

—No puede pagarme, simplemente. También necesito alguna clase de rehabilitación profesional. Una declaración suya que me exonere de las calumnias. Y también...

—¿Sí?

Se me había ocurrido una idea, una idea absurda y perversa, pero que valía la pena intentar, sobre todo teniendo en cuenta que no tenía nada que perder.

—Quiero que insistas en una entrevista conjunta en televisión, a Philip y a mí. Algo de ámbito nacional. Seguro que los ayudantes de tu marido pueden organizado.

—¿Y qué va a pasar durante la entrevista?

—Eso es asunto mío.

—Lo intentaré. Si es que puedo, claro.

—Has estado estupenda. Más que estupenda.

—David, para.

—Y cuando esto haya terminado, nosotros...

—¿Nosotros? —preguntó ella.

Le cogí la mano otra vez.

—Sí. Nosotros. Tú y yo. Nosotros.

Ella apartó su mano de la mía, con suavidad.

—Ya veremos qué pasa los próximos seis días, ¿eh?

Se levantó.

—Tengo que irme.

Yo también me levanté y le di un beso. Esa vez me permitió que se lo diera en los labios. Habría querido dar rienda suelta a un torrente de idioteces románticas, pero me controlé.

—Te llamaré en cuanto sepa algo —dijo.

Se volvió y fue hacia el coche.

Al volver a Meredith, no paré de repasar la conversación mentalmente, concentrándome (como todos los imbéciles enamorados) en las pocas señales positivas que Martha me había mandado. Iba a dejar a Fleck. Aunque no había admitido que me quisiera, tampoco lo había negado. Y había confesado que se había enamorado un poco de mí. Y mantenía las opciones abiertas («Ya veremos qué pasa en los próximos seis días, ¿eh?»). En otras palabras, la puerta no estaba cerrada. Y ella también sabía lo que yo sentía antes de saber el dinero que cobraría en caso de divorcio. Sin duda, aquello tenía que contar para algo, ¿no?

«Oh, ya está bien, Armitage: pareces un chico de trece años». Es inevitable: el amor hace salir al memo adolescente que llevamos dentro.

Como soy un fatalista, también me imaginé el peor de los escenarios: Fleck decidía arriesgarse. Se publicaban las cintas y a mí volvían a vilipendiarme públicamente, no solo por ser un plagario psicótico, sino también por romper un matrimonio y acostarme con una mujer que ya estaba embarazada de tres meses. Martha dejaría a Fleck, pero decidiría seguir adelante sin mí. Y yo estaría más hundido en tierra de nadie que nunca.

Sin embargo, cuando llegué a Meredith, había dos mensajes urgentes para mí en el contestador. El primero era de mi jefe, preguntándome por qué no había abierto la librería aquella mañana, y diciendo que esperaba que el inconveniente no se repitiera. La segunda era de Alison, pidiéndome que la llamara en seguida. Así lo hice.

—En fin —dijo al contestar—, los caminos del Señor son inescrutables.

—¿Lo que significa?

—Escucha esto: acabo de recibir una llamada de un tal Mitchell van Parks, de ese gran bufete de abogados que te jodan de Nueva York. Me ha explicado que hablaba en nombre de Fleck Films, y de entrada deseaba disculparse por la pequeña confusión que se había producido con el registro de tu..., sí, ha utilizado este pronombre, tu guion, Nosotros, los veteranos. «Una terrible confusión en la Asociación de Autores», ha dicho, «que, naturalmente, Fleck Films tiene intención de rectificar». Yo le he contestado: «¿De qué cifra estamos hablando?». Y él ha dicho: «Un millón de dólares... y compartir los títulos de crédito». Y yo he dicho: «Hace siete meses, su cliente, el señor Fleck, ofreció al mío, el señor Armitage, una tarifa de un millón cuatrocientos mil dólares. Sin duda, teniendo en cuenta que podrían plantearse ciertos interrogantes sobre el modo en que ha aparecido el nombre del señor Fleck como autor...». En este punto, él me ha interrumpido: «De acuerdo, un millón cuatrocientos mil», pero yo he contestado: «Ni hablar».

—No me digas que...

—Por supuesto que sí. He seguido diciendo que, dadas las «intrigantes» circunstancias que rodean la autoría del guion, estaba segura de que Fleck

Films querría hacer un gesto para arreglar el asunto de una vez por todas... y para garantizar que ese desgraciado equívoco siguiera siendo un asunto privado entre mi cliente y el señor Fleck.

—¿Y él qué ha contestado?

—Un millón y medio.

—¿Y tú qué has dicho?

—Hecho.

Dejé el teléfono un momento y escondí la cara entre las manos. No me sentía triunfante. Ni vengado, ni exonerado. No sabía qué sentir... excepto una aguda y rara sensación de pérdida. Y un deseo abrumador de abrazar a Martha. Su extraño truco había resultado. Y ahora, si ella estaba dispuesta a tentar nuevamente la suerte conmigo, nuestra vida juntos podría...

—¿David? —Alison gritó por teléfono—. ¿Sigues ahí?

Recogí el teléfono.

—Perdona. Es que estoy un poco...

—No tienes que explicarme nada. Han sido seis meses muy duros.

—Que Dios te bendiga, Alison. Que Dios te bendiga.

—Ahora no te me pongas místico, Armitage. Porque precisamente tendremos que hacer cosas muy poco cristianas y más bien sucias en cuanto al tema créditos compartidos o no. He pedido a Van Parks que me mandara el guion inmediatamente. Mañana te lo haré llegar. A partir de ahí hablaremos. Ahora mismo pienso comprarme una botella de champán francés, y te recomiendo que hagas lo mismo. Oye, esta tarde he ganado trescientos mil dólares.

—Te felicito.

—Y yo a ti, y yo a ti. Algún día ya me contarás cómo has forzado este cambio tan completo de la suerte.

—No pienso decir nada. Excepto que me alegro de volver a trabajar contigo.

—Nunca dejamos de trabajar juntos, David.

En cuanto acabé de hablar con Alison, llamé inmediatamente a Martha al móvil. Me salió el buzón de voz y le dejé el siguiente mensaje: «Martha, querida, soy yo. Ha funcionado, tu asombroso juego ha funcionado. Por

favor, llámame. A cualquier hora. De día o de noche. Pero llámame. Te quiero».

Pero no me llamó aquella noche. Ni al día siguiente. Ni al otro. En cambio, Alison sí llamó con una noticia intrigante.

—¿Puedes conseguir un New York Times de hoy? —me preguntó.

—Lo vendemos en la librería.

—Mira la sección de «Arte y ocio». Hay una entrevista en exclusiva con nuestro autor favorito, Philip Fleck. Tienes que leer lo que dice de ti. Según él, eres el escritor más perseguido desde Rushdie, y tus supuestos delitos no son más que acusaciones amañadas por un periodista macartista. Pero lo más bonito, lo que realmente confirma mi baja opinión de la condición humana es que, según Fleck, has sido tan sistemáticamente vilipendiado por MacAnna y tan despiadadamente abandonado por el sector, que tú y Fleck creísteis que era mejor para la película que no aparecieras en los créditos...

Para entonces yo ya había cogido un periódico del estante, frente a la caja, y lo estaba leyendo.

—Escucha lo que dice el periodista a continuación —dijo Alison—: «Pero según Fleck, la idea de que el nombre de un autor no pudiera aparecer en los créditos le recordaba demasiado a los días horribles de la lista negra de los años cincuenta y se sintió obligado a romper su silencio sobre el tema —no olvidemos su antipatía de siempre por las entrevistas en prensa— y salir en defensa del escritor. “Indiscutiblemente —dijo Fleck—, David Armitage es una de las voces más originales del cine y la televisión estadounidenses. Y es vergonzoso que su carrera haya sido prácticamente arruinada por un personaje que, debido a su falta personal de éxito, decidió orquestar una venganza contra él. Al menos, el excelente guion de David para Nosotros, los veteranos le reivindicará completamente, y recordará a Hollywood lo que se ha perdido”».

—¡Joder! —exclamé.

—Lástima que no hagan un remake de La vida de Emile Zola. Después de esto, Fleck tendría posibilidades de conseguir el papel. También es bonito ver que te llama por tu nombre de pila. Bueno, ¿vas a contarme por fin lo que pasó en esa isla hace seis meses?

—Mis labios están sellados.

—Eres un aburrido. Pero al menos ya vuelves a ser lucrativo. Ya te lo digo ahora, ese artículo te reabrirá muchas puertas en esta ciudad.

De hecho, el teléfono no paró de sonar en la casa aquella noche, y tuve que hacer declaraciones a Daily Variety, Hollywood Reporter, Los Angeles Times y el San Francisco Chronicle. ¿Qué les dije? ¿Cuál era mi postura ante la vigorosa defensa que Philip Fleck había hecho de mí? Le seguí el juego, se entiende, y dije: «Todos los autores necesitan un director como Philip Fleck, por la generosidad de su espíritu, su lealtad y, sobre todo, por su rara y admirable fe en la palabra escrita». (Eso último, está claro, era un mensaje para Fleck y su equipo creativo: no os penséis que vais a escribirme este guion).

Y cuando los periodistas me preguntaron si sentía animosidad hacia Theo MacAnna, sencillamente respondí: «Me alegro de no ser su conciencia».

Aquella noche, intenté de nuevo llamar a Martha. Pero me salió inmediatamente el buzón de voz. Le dejé un mensaje, diciendo que estaba encantado con el artículo del Times, y que esperaba que Fleck consintiera en conceder la entrevista en televisión, además de que necesitaba hablar con ella.

Pero no me llamó. Resistí la tentación de mandarle un correo electrónico o ir a Malibú a llamar a su puerta. Me daba cuenta de lo que estaba haciendo Fleck: además de asegurarse de que el vídeo no saliera a la luz, también le estaba diciendo a su esposa que no quería perderla.

Al día siguiente, la entrevista con Fleck salió publicada entera en Los Angeles Times. Y aquella mañana temprano, recibí una llamada de un productor del programa Today de la NBC, que me informaba de que me habían hecho una reserva para el vuelo de las dos a Nueva York. Una limusina me recogería en el aeropuerto Kennedy. Tenía una habitación reservada en el Regency para pasar la noche. Y sería entrevistado junto con el señor Fleck en la última hora del programa de la mañana siguiente.

Miré el reloj: eran las nueve y cuarto. Para llegar al aeropuerto de Los Ángeles a tiempo, tenía que salir antes de una hora. Así que, después de confirmar que podía recoger el billete en el aeropuerto, colgué y llamé a Les a casa.

—Sé que es muy tarde para avisar —dije—, pero necesito dos días libres.

—Ya, he visto el artículo de esta mañana en Los Angeles Times. Me imagino que no trabajarás mucho más tiempo en la librería.

—Me imagino que no.

—Bueno, puedes tomarte dos días libres. Pero ¿podrías trabajar quince días más, hasta que encuentre a alguien?

—Por supuesto, Les.

Luego hice la maleta, que pesaba bastante, debido a los cuatro guiones que metí dentro junto con una muda. Tardé más de dos horas en llegar al aeropuerto. Tardé menos de seis en cruzar el continente. Llegué al hotel hacia medianoche. Pero como no podía dormir, me vestí y paseé por las calles de Manhattan hasta que el amanecer rasgó el cielo nocturno. Después volví caminando al hotel, me puse el traje, y esperé que llegara la limusina de la NBC. Llegó después de las siete. Quince minutos después, me estaban poniendo una base de maquillaje y unos polvos matizadores en la cara. Se abrió la puerta y entró Philip Fleck, acompañado de dos caballeros con trajes negros rígidos. Guardaespaldas. Fleck se sentó en la silla contigua a la mía. Le miré de reojo, y noté que tenía unas vistosas bolsas bajo los ojos: un indicio de que yo no era el único que había dormido poco aquella noche. Su inquietud era manifiesta. Igual que su determinación de no mirarme. La maquilladora intentó relajarlo charlando sin cesar mientras le untaba la cara gordezuela con base de maquillaje, pero él cerró los ojos, sin hacerle caso. La puerta volvió a abrirse y entró una mujer hipereficiente que rondaba los treinta años. Nos dijo que se llamaba Melissa («su productora esta mañana») y nos habló de los cinco minutos de pantalla que tendríamos. Fleck no dijo nada mientras ella repasaba las preguntas que Matt Lauder, el presentador, podía hacernos.

—¿Necesitan saber algo más, señores? —preguntó.

Los dos negamos con la cabeza; ella nos deseó buena suerte y salió de la habitación. Me volví a mirar a Fleck y dije:

—Quería darle las gracias por los elogios que me hizo en la entrevista del Times. Me conmovieron mucho.

No dijo nada. Siguió mirando al frente, con la cara rígida por la incomodidad.

Después nos acompañaron a través de una zona de bastidores hacia el plató de Today. Matt Lauder ya estaba allí, sentado en una butaca, con las piernas cruzadas. Se levantó para estrecharnos la mano, pero no tuvo ocasión de decir nada más que el consabido saludo mientras un par de técnicos de sonido nos colocaban los micrófonos de clip en las solapas y dos maquilladoras nos retocaban el maquillaje de la frente. Coloqué un montón de guiones sobre la mesita que teníamos delante. Fleck los miró de reojo, pero siguió sin decir nada. Le miré. Tenía la frente perlada de sudor, y su pánico escénico era evidente. Había leído mucho sobre su odio patológico a las entrevistas (y su rechazo a salir en televisión, ni en directo ni en diferido). Entonces veía, a poca distancia, el mal rato que suponía para él afrontar las cámaras. Y pensé también: «Esto solo lo hace porque quiere conservar a Martha por encima de todo».

—¿Todo va bien, Philip? —preguntó Matt Lauder a su sudoroso invitado.

—Sí, perfecto.

El director de escena anunció:

—Quince segundos.

Nos preparamos, tensos. El director de escena nos dio la cuenta atrás de cinco segundos y apuntó a Lauder, que entró en acción inmediatamente.

—Bienvenidos otra vez... y, para todos aquellos que disfrutaban con un buen escándalo de Hollywood, aquí tenemos uno que ha llenado los periódicos los últimos días. A diferencia de otros escándalos, sin embargo, este tiene un final feliz para David Armitage, el autor ganador de un Emmy por la serie de éxito *Te vendo*, que fue despedido de su programa tras unas acusaciones de plagio. Sin embargo, su reputación ha sido rehabilitada por completo, gracias a la intervención de uno de los empresarios estadounidenses más prominentes, Philip Fleck.

A continuación hizo un rápido resumen de las acusaciones contra mí, de la campaña difamatoria emprendida por Theo MacAnna y de cómo había intervenido el millonario en defensa de mi buen nombre. Asimismo, explicó

que, además de ser el octavo hombre más rico de Estados Unidos, Fleck también se dedicaba a la dirección cinematográfica.

—Sé que habitualmente prefiere evitar la publicidad, Philip —dijo Matt Laude—, ¿por qué ha decidido, entonces, ayudar públicamente a David Armitage?

Fleck empezó a hablar con una voz vacilante, la cabeza un poco gacha e incapaz de mirar a Matt Lauder a los ojos.

—Bueno..., verá... David Armitage es, sin ninguna duda, uno de los guionistas más importantes del momento. También resulta que está escribiendo el guion de mi última película..., y cuando su carrera fue destruida por un periodista vengativo..., un hombre que no es más que un asesino a sueldo..., eh..., en fin, sentí que debía intervenir.

—Y su intervención debe de haber representado un punto de inflexión para usted, David, especialmente después de ser tan calumniado en los últimos meses, hasta el punto de ser prácticamente un proscrito en Hollywood.

Con una gran sonrisa, respondí:

—Tiene toda la razón, Matt. Debo mi resurrección a un hombre, el caballero sentado a su izquierda, mi gran amigo Philip Fleck. Y quiero demostrar el extraordinario amigo que ha sido para mí...

Alargué un brazo hacia la mesita, cogí uno de los cuatro guiones que había dejado encima y lo abrí por la página del título.

—Cuando mi reputación estaba hecha pedazos, y nadie quería contratarme, ¿sabe lo que hizo Philip? Me prestó su nombre, poniendo el suyo en mis viejos guiones. Porque sabía que, si mi nombre estaba en ellos, ningún estudio se interesaría. Ve, este es uno de mis primeros guiones, Nosotros, los veteranos..., pero, como puede ver, Matt, el nombre del autor en la primera página es Philip Fleck.

La cámara se acercó para enfocar un primer plano de la página, mientras el presentador preguntaba a Fleck:

—Entonces ¿usted le prestó su nombre a David Armitage, Philip?

Por primera vez, Fleck me miró a los ojos, y su mirada irradiaba incredulidad. Sabía que lo tenía pillado, y lo único que podía hacer era

seguirme el juego. Así que, cuando la cámara le enfocó a él, adoptó su actitud taciturna y dijo con reticencia:

—Lo que ha dicho David es... es verdad. Su nombre ha sido tan arrastrado por el fango que se le consideraba un intocable en todos los estudios de Hollywood. Y... como yo quería hacer películas con sus guiones y distribuirlos con una gran compañía cinematográfica... no hubo más remedio que poner mi nombre en sus guiones... con el consentimiento de David, por supuesto.

—De modo que además de Nosotros, los veteranos —dijo Matt Lauder—, que va a rodarse el mes próximo con Peter Fonda, Dennis Hopper y Jack Nicholson, ¿también piensa rodar tres guiones más de David Armitage?

Fleck parecía deseoso de esconderse debajo de la silla. Pero dijo:

—Ese es el plan, Matt.

Yo intervine rápidamente.

—Sabe, Matt, sé que a Philip le va a dar mucha vergüenza lo que voy a decir ahora, porque él es el tipo de persona que no desea que se haga publicidad de su generosidad, pero cuando yo estaba en el paro, no solo me compró estos cuatro guiones, sino que insistió en pagarme dos millones y medio por cada guion.

Hasta Matt Lauder se quedó aturdido con aquella suma de dinero.

—¿Es cierto eso, señor Fleck?

Él apretó los labios, como si estuviera a punto de contradecir mi afirmación. Pero, finalmente, asintió lentamente con la cabeza.

—A eso lo llamo yo un gesto de fe profesional —dijo Matt Lauder.

—Ya lo creo —dije, todo sonrisas—. Y lo mejor de este asunto fue que Philip insistió en que los diez millones por los cuatro guiones se me pagaran sin condiciones, que en el lenguaje legal significa que, tanto si se realizan las películas como si no, yo cobraré los diez millones. No dejo de decirle que está siendo demasiado generoso. Pero estaba tan decidido a ayudarme, o, más exactamente, a creer en mí, que tuve que aceptar. Está claro que no le costó mucho convencerme.

El último comentario mereció una carcajada de Matt Lauder. Después se volvió a mirar a Fleck y dijo:

—Usted parece ser el sueño de un escritor hecho realidad, señor Fleck.
Fleck me miró fijamente.

—David se merece cada centavo.
Le sostuve la mirada.

—Gracias, Philip.

Treinta segundos después, se acabó la entrevista. Fleck salió inmediatamente del plató. Estreché la mano de Matt Lauder y alguien me acompañó a la sala de maquillaje. Había dejado el móvil en uno de los tocadores, y empezó a sonar en el momento en que iba a recogerlo.

—Eres un loco hijo de puta —dijo Alison, exultante—. Nunca había visto un timo tan bien montado.

—Me alegra que haya sido de tu agrado.

—¿De mi agrado? Me acabas de hacer ganar un millón y medio de dólares. Por supuesto que es de mi agrado. Felicidades.

—Felicidades a ti también. Te mereces tu quince por ciento.

Alison se rio con su risa ronca.

—Mueve el culo y ven aquí inmediatamente. Después de esto, el teléfono va a quemar, y tú vas a ser el más solicitado.

—Por mí, encantado, pero no puedo hacer nada hasta dentro de quince días.

—¿Y eso por qué?

—Tengo que cumplir los quince días de aviso en la librería.

—David, deja de hablar como un tonto.

—Lo he prometido...

De repente, se abrió la puerta y entró Philip Fleck.

—Tengo que irme, Alison —dije—. Ya hablaremos. —Y colgué.

Fleck se sentó en la silla contigua a la mía. Una maquilladora se acercó a él, con un tarro de crema a punto, pero Fleck la detuvo diciéndole:

—¿Podría dejarnos solos un momento, por favor?

Ella salió de la habitación, y cerró la puerta. Estábamos solos. Fleck no dijo nada durante un rato y luego:

—Nunca rodará ninguno de esos guiones tuyos, nunca.

—Está en su derecho.

—También anularé la filmación de Nosotros, los veteranos.

—También está en su derecho..., aunque eso puede cabrear al señor Fonda, al señor Hopper y al señor Nicholson.

—En cuanto cobren su dinero, cerrarán la boca. Esto es el cine, después de todo. A nadie le importa nada mientras se cumpla el contrato y el cheque se ingrese en el banco. No temas, cobrarás tus diez millones. Es un contrato sin condiciones, al fin y al cabo. Y para mí, diez millones no son nada.

—No me importa si me paga o no.

—Sí te importa. Te importa mucho. Gracias a ese contrato de diez millones, recuperas tu posición de chico de oro de Hollywood. O sea que debes estarme agradecido. De todos modos has hecho maravillas con mi imagen: me has hecho quedar como un gran filántropo, por no hablar del mejor amigo de los escritores. En otras palabras, esta ha sido una experiencia beneficiosa para los dos, ¿no te parece?

—Realmente necesita controlarlo todo, ¿no?

—Ahora no te sigo...

—Sí, sí me sigue. Fue usted quien decidió destrozar mi vida, privarme...

Me interrumpió.

—¿Que yo qué? —exclamó.

—Usted organizó mi ruina...

—¿En serio? —dijo, como si le divirtiera—. ¿De verdad lo crees?

—Lo sé.

—Qué halagador. Pero deja que te pregunte, David: ¿te pedí yo que dejaras a tu esposa y a tu hija? ¿Te obligué yo a venir a la isla? ¿Te puse una pistola en la cabeza para que me vendieras tu guion, aunque no soportabas lo que yo quería hacer con él? Y, cuando ese detestable MacAnna te acusó de haber tomado involuntariamente un par de líneas de una vieja obra, ¿te dije yo que fueras a romperle la cara?

—Esa no es la cuestión: usted puso en marcha esa maquinación contra mí...

—No, David, lo hiciste tú solo. Te largaste con la señorita Birmingham. Aceptaste mi hospitalidad. Estabas dispuesto a embolsarte el millón cuatrocientos mil dólares que te ofrecí por la película. Te liaste a puñetazos

con ese repugnante periodista. Y, por supuesto, te enamoraste de mi esposa. Yo no tuve nada que ver en eso, David. Esas decisiones las tomaste tú solo.

—Pero usted me ha tratado como a un peón en un juego enfermizo de...

—No he jugado a nada contigo, David. Simplemente has sido víctima de tus decisiones. La vida es así, ya lo sabes. Elegimos, y nuestras circunstancias cambian por esas decisiones. Se le llama causa-efecto. Y cuando suceden cosas desagradables después de las malas decisiones que quizás hemos tomado, nos gusta culpar a las fuerzas exteriores, y a las acciones malvadas de los demás, aunque, en última instancia, no podamos culpar a nadie más que a nosotros mismos.

—Admiro su amoralidad, señor Fleck. Es pasmosa.

—Como yo admiro tu rechazo a reconocer la situación.

—¿Qué es cuál?

—Tú mismo te lo buscaste. Te metiste en la...

—¿La trampa que me había preparado?

—No, David..., la trampa te la preparaste tú. Lo que, evidentemente, te vuelve más humano. Porque siempre nos estamos tendiendo trampas. Creo que se le llama dudas. Y de lo que más dudamos en la vida es de la persona que somos.

—¿Qué sabrá usted de las dudas?

—Oh, te sorprendería. El dinero no pone fin a las dudas. De hecho, las intensifica.

Se levantó.

—Ahora debo...

Le interrumpí.

—Quiero a su esposa.

—Felicidades. Yo también la quiero.

Se volvió y fue hacia la puerta. Mientras la abría, se volvió a mirarme y dijo:

—Nos veremos en el cine, David.

Y se marchó.

Aquella tarde, de camino al aeropuerto Kennedy, dejé dos mensajes en el contestador de Martha, suplicándole que me llamara. Cuando llegué a Los Ángeles siete horas después, había una docena de mensajes de

excolegas y amigos, felicitándome por mi aparición en televisión. Pero el único mensaje que esperaba —el suyo— no estaba.

Cogí mi coche y puse rumbo a la costa. Me eché en la cama, abrí Los Angeles Times y encontré un largo artículo en su sección de «Arte», titulado: «Theo MacAnna y el arte del periodismo vengativo». La historia estaba muy bien construida, muy bien contrastada, y esencialmente era una exposición completa de los métodos estalinistas de MacAnna; sus devaneos con la aniquilación de personajes; su necesidad de destruir carreras. También incluía algunos detalles personales interesantes: como que iba por ahí diciendo a todo el mundo que estaba licenciado en el Trinity College de Dublin, cuando apenas había terminado el instituto. O que había abandonado a dos mujeres, una en Bristol y otra en Glasgow (donde colaboraba en periódicos locales antes de emigrar a Estados Unidos) después de dejarlas embarazadas a las dos, y que se había negado a pagar la pensión de sus hijos. Volvía a salir todo el asunto de cómo le habían despedido de su trabajo como guionista en la NBC, así como un hecho poco conocido: un año más o menos antes de que *Te vendo* llegara a la pantalla, había presentado una idea (que no llegó a ninguna parte) para una serie ambientada en una agencia de publicidad. La conclusión: no era de extrañar que tuviera un agravio contra David Armitage y el éxito abrumador de su programa.

Un día después de que apareciera ese artículo, Theo MacAnna desapareció de escena. Hollywood Legit anunció que su columna ya no aparecería más, y aunque alguno de sus colegas periodistas intentó localizarle (para que respondiera al artículo de Los Angeles Times), no hubo forma de encontrarle.

—Se rumorea que ha vuelto a Inglaterra. O eso es lo que dice mi investigador. ¿Sabes qué más me ha dicho? Según los estados de cuentas de MacAnna, recibió un millón la semana pasada de Lubitsch Holdings. Y ya puedes imaginarte la clase de trato que Fleck le ha propuesto: tú te la cargas, tú te quedas sin reputación, tú te largas de la ciudad a toda prisa y no vuelves nunca más, tú cobras un millón de dólares.

—¿Cómo lo hace tu pies planos para saber esas cosas?

—No se lo pregunto. Y ya no trabaja para mí. Desde hoy, está fuera del caso. Porque el caso está cerrado. Ah, por cierto, el contrato por tus cuatro guiones de Fleck Films ha llegado hoy. Diez millones. Contantes y sonantes.

—Aunque no piensa rodar ninguno de ellos.

—A excepción de Nosotros, los veteranos.

—A mí me dijo que la anularía.

—Sí, pero eso lo dijo después de que le tendieras la trampa en Today. Creo que su esposa le ha convencido de lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Hay un artículo en la página tres del Daily Variety de hoy, que anuncia que Nosotros, los veteranos empezará a rodarse dentro de seis semanas, y que la esposa de Fleck, Martha, será la productora de la película. Por lo que parece, Martha es una admiradora tuya.

—No tenía ni idea.

—Bueno, ¿qué más da si le gustas o no a la señora? Van a hacer tu película. Es una buena noticia.

Las buenas noticias no paraban de llegar. Una semana después, recibí una llamada de Brad Bruce.

—Espero que todavía estés dispuesto a hablar conmigo —dijo.

—No te culpo de nada, Brad.

—Eres más generoso de lo que sería yo dadas las circunstancias. Pero gracias. ¿Cómo va todo, David?

—En comparación con los últimos seis meses, bastante mejor.

—¿Sigues en esa casita de la costa donde me dijo Alison que vivías?

—Sí. Trabajando los últimos quince días en la librería del pueblo.

—¿Has estado trabajando en una librería?

—Tenía que comer.

—Lo entiendo. Pero ahora que has sacado diez millones con ese trato con Phil Fleck...

—Sigo trabajando en la librería cinco días más.

—Bien, bien. Admirable en realidad, pero vas a volver a Los Ángeles, ¿verdad?

—Es donde está el dinero, ¿no?

Se echó a reír.

—Me alegro de ver que todavía te quedan respuestas ingeniosas y rápidas.

—¿Cómo va la nueva temporada de la serie?

—Bueno..., te llamaba precisamente por eso. Cuando te marchaste, pusimos a Dick LaTouche a cargo de la edición general del guion. Y tenemos seis de los episodios de la nueva temporada. Pero si te soy sincero, los jefazos no están nada contentos. Les falta agudeza, brío, la ironía que le dabas tú a la serie.

No dije nada.

—O sea que queríamos saber si...

Una semana después, firmé un contrato con la FRT, para volver a trabajar en *Te vendo*. Escribiría cuatro de los últimos ocho episodios. Volvería a encargarme de la supervisión general del guion (y acepté que mi primera tarea sería mejorar los primeros seis episodios de la nueva temporada). La deuda que presuntamente les debía por el episodio discutido de la temporada anterior se anuló inmediatamente. Se me devolvió mi bonificación por «Creado por...», además de mi despacho, mi plaza de aparcamiento, mi seguro médico y —por encima de todo— mi credibilidad. Porque en cuanto se anunció en el sector el contrato con la FRT —por más de un millón trescientos mil dólares—, todos querían volver a ser amigos míos. La Warner llamó a Alison para decirle que pensaban volver a poner en marcha *Romper* y entrar (y, naturalmente, aquella tontería del primer pago de los honorarios por el primer borrador..., dile al señor Armitage que se quede el cambio). Me llamaron viejos conocidos del trabajo. Un par de colegas me invitaron a almorzar. Y no, no pensé para mis adentros: «Sí, claro, pero ¿dónde estaban cuando les necesitaba?». Porque no es así cómo funciona este negocio. Estás arriba, estás abajo. Estás o no estás. Estás de moda o no lo estás. En ese sentido, Hollywood era una construcción darwiniana pura. A diferencia de otras ciudades —que disimulaban la misma vena despiadada bajo una elaborada capa de abogados, cortesía y afectación intelectual— allí se funcionaba con una premisa sencilla: «Me interesas mientras puedas hacer algo por mí». Para mucha gente, aquella era la superficialidad de Los Ángeles. Pero yo admiraba el despiadado

pragmatismo de su forma de ver el mundo. Sabías con quién estabas jugando. Conocías las reglas del juego.

La misma semana que firmé el contrato de la FRT, me mudé a la ciudad. Aunque podría haberme puesto a buscar casa con facilidad, una nueva y elemental precaución me frenó. Nada de decisiones rápidas. Nada de quedarme la primera cosa maravillosa que me ofrecieran. Nada de creer en la ardiente incandescencia del éxito. Así que, en lugar de un gran *loft* minimalista o una mansión de Brentwood de súper nuevo rico, alquilé una casa moderna y agradable en una urbanización moderna y agradable de Santa Mónica. Tres mil dólares al mes. Dos dormitorios. Bonita y luminosa. Perfectamente asequible para mí. Sensata.

Y cuando tuve que elegir el indispensable símbolo totémico de Los Ángeles, es decir, el coche, decidí quedarme con mi desvencijado Volkswagen Golf. El primer día que me presenté en la FRT a trabajar, llegué justo detrás del Mercedes descapotable de Brad Bruce. Miró muy divertido.

—A ver si lo adivino —dijo—. Has vuelto a la universidad y tienes la guantera llena de cintas de Crosby, Stills y Nash.

—Me ha servido muy bien en Meredith. Así que creo que puede servirme también aquí.

Brad Bruce sonrió con complicidad, como si dijera: «Vale, si quieres juega a hacerte el pobre un poco más, pero verás lo pronto que te pones al día. Porque eso es lo que se espera de ti».

Yo sabía que tenía razón. Algún día me desharía de mi cafetera. Pero solo cuando no arrancara por las mañanas.

—¿Preparado para el gran regreso? —preguntó Brad.

—Sí, claro —dije.

Cuando entré en la oficina de producción de *Te vendo*, todo el personal se puso de pie y aplaudió. Tragué saliva y sentí que me escocían los ojos. Cuando la ovación se acalló, hice lo que se esperaba de mí: una bromita.

—Deberían despedirme más a menudo. Gracias por tan extraordinario recibimiento. Ninguno de vosotros está a la altura de esta industria, sois demasiado buenas personas.

Después me refugié en mi despacho. Mi mesa seguía allí. Como mi silla Herman Miller. La ajusté a mi altura y me senté. Me recosté en el respaldo y pensé: «Este sí es un sitio que no esperaba volver a ver».

Al poco rato, Jennifer, mi antigua ayudante, llamó a la puerta.

—Ah, hola —dije amablemente, pero de una forma que dejaba claro que no había olvidado cómo me había tratado el día que me habían despedido.

—¿Puedo pasar? —preguntó, hecha un manojo de nervios.

—Trabajas aquí. Por supuesto que puedes.

—David... Señor Armitage...

—David está bien. Me alegro de ver que no te despidieron, después de todo.

—Tuve un golpe de suerte a última hora, cuando otra ayudante decidió marcharse. Oye, David, ¿me perdonarás algún día por cómo...?

—Entonces era entonces y ahora es ahora. Me gustaría un café doble, por favor.

—En seguida —dijo, manifiestamente aliviada—. Y también te traeré la lista de llamadas de inmediato.

Como siempre. En la lista sobresalían dos nombres: Sally Birmingham y Bobby Barra. Sally me había llamado una vez la semana anterior. Bobby, por su parte, había llamado dos veces al día durante los últimos cuatro. Según Jennifer, había suplicado que le dieran el teléfono de mi casa. Y cada vez dejaba el mismo mensaje: «Dígale que tengo buenas noticias».

Cuando me lo dijo, supe que la mano de Fleck estaría detrás de cualquier buena noticia que Bobby tuviera que darme.

Aun así estuve una semana sin responder a sus llamadas, solo para dejar claro que no pensaba dejarme ablandar tan fácilmente.

Finalmente capitulé.

—De acuerdo —le dije a Jennifer cuando me dijo que Bobby estaba en la línea uno por tercera vez aquel día—: Pásamelo.

En cuanto dije «hola», Bobby se lanzó a hablar como una tromba.

—Tú sí sabes hacer sufrir a un tío —comentó.

—Eso está bien, viniendo de ti.

—Eh, fuiste tú el que se puso como un loco...

—Y tú me dijiste que no volverías a hacer negocios conmigo. ¿Por qué no nos mandamos el uno al otro a paseo y lo dejamos así?

—Uau, míralo cómo se pone. Ya vuelve a estar arriba y vuelve a tratar a las personas ordinarias como mierda.

—No te estoy tratando como una mierda, Bobby. Aunque seas un mierda asqueroso y falso.

—Y yo que llamaba para darte una estupenda noticia.

—Adelante —dije, con aburrimiento.

—¿Recuerdas aquellos diez mil que me dejaste en la cuenta?

—Yo no dejé nada en la cuenta, Bobby. Cuando cerré la cuenta...

—Olvidaste unos diez mil dólares.

—Qué tontería.

—David, voy a repetírtelo: «Olvidaste unos diez mil dólares». ¿Te queda claro?

—Ya. ¿Y se puede saber adónde han ido a parar esos «olvidados» diez mil dólares?

—Te compré una pequeña pero significativa participación en una punto.com venezolana y, mira por dónde, las acciones subieron cincuenta puntos y...

—¿Por qué me cuentas esta historia absurda?

—No es absurda. Ahora tienes quinientos mil dólares otra vez en la cuenta con Barra y Asociados. Precisamente hoy iba a mandarte un estado de cuentas y otro a tu contable.

—¿Piensas de verdad que me lo voy a tragar?

—El dinero está ahí, joder, David. A tu nombre.

—Eso me lo creo. Pero ¿ese rollo de la OPI venezolana? ¿No podrías inventarte algo mejor?

Un silencio. Después me preguntó:

—¿Es importante saber por qué camino ha llegado el dinero a tu cuenta?

—Solo quiero que admitas...

—¿Qué?

—Que te pidió que me la jugaras.

—¿Quién?

—Sabes perfectamente de quién hablo.

—Yo no hablo de otros clientes.

—No es cliente tuyo. Es el puto Dios...

—Y a veces Dios es bueno. O sea que deja ya de hacerte el santurrón, sobre todo cuando Dios te acaba de pagar diez millones por cuatro viejos guiones que se estaban infectando de pie de atleta en tu cajón de los calcetines. Y, ya puestos, felicítame por haberte hecho ganar doscientos cincuenta mil dólares respecto a lo que tenías cuando te hundiste.

Suspiré y dije:

—No sé qué decir. Eres un genio, Bobby.

—Me lo tomaré como un cumplido. A ver, ¿qué quieres que haga con la pasta?

—Interpreto: ¿cómo quiero que lo inviertas para mí?

—A eso me refería.

—¿Qué te hace pensar que sigo queriéndote como agente de bolsa?

—Porque sabes que siempre te he hecho ganar dinero.

Lo medité un momento.

—Descontando la comisión de Alison y Hacienda, todavía me quedarán unos cinco millones del pago de Fleck.

—He hecho mis cálculos, sí.

—¿Qué te parece si te digo que quiero poner esos cinco millones, junto con el medio millón que tú me has hecho ganar, en un fondo de inversión?

—Sí, gestionamos fondos de inversión. No son la más sexy de las inversiones...

—Pero los fondos no pueden convertirse en una OPI indonesia, así como así, ¿verdad?

Esa vez fue él el que suspiró ruidosamente. Sin embargo, no hizo ninguna observación y dijo:

—Si quieres inversiones seguras, acorazadas..., es lo más fácil del mundo.

—Es exactamente lo que quiero: ultraseguras. Sólidas como una roca. Y que estén a nombre de Caitlin Armitage.

—Muy bonito —dijo Bobby—. Me parece bien.

—Qué bien, me alegro. Y ya puesto, dale las gracias a Fleck de mi parte.

—No te he oído.

—¿Ahora te estás volviendo sordo?

—¿No lo habías notado? Estamos en plena decadencia. Creo que se le llama vida. Por eso, amigo mío, es mejor mantener una actitud irónica en todo momento, sobre todo en los malos tiempos.

—Eres un filósofo de pena. Cuánto te he echado de menos, Bobby.

—Lo mismo digo, David..., no te imaginas. ¿Almorzamos la semana que viene?

—Supongo que no hay forma de evitarlo.

Pero sí seguí evitando las llamadas de Sally. No es que fuera tan insistente como Bobby, pero su nombre siguió apareciendo en mi lista de llamadas una vez a la semana durante las tres primeras que estuve trabajando. Un día me llegó una carta con el membrete de la Fox:

Querido David:

Solo quería decirte lo contenta que estoy de ver que has vuelto a trabajar después de aquella horrible campaña difamatoria de Theo MacAnna. Eres uno de los mayores talentos de esta industria y lo que te ha sucedido ha sido sencillamente espantoso. De parte de toda la Fox Television, felicidades por haber superado la peor de las adversidades posibles y haber triunfado de nuevo. A veces los buenos ganan.

También quería informarte de que la Fox Television estaría extremadamente interesada en realizar aquella idea de la serie de comedia, Hablar claro, de la que hablamos hace tanto tiempo. Si te lo permite tu calendario, sería agradable que almorzáramos para vernos y hablar.

A la espera de tus noticias, con afecto:

Sally

P. D.: Estuviste estupendo en Today.

No sabía si aquella era la forma de Sally de disculparse, o si era una insinuación cuidadosamente disimulada de que (ahora que era de nuevo apetecible) quería «hablar», o si solo cumplía su papel de astuta ejecutiva que iba tras el creativo de moda. No me interesaba descubrirlo, así que me senté y, con papel de la FRT, escribí la siguiente respuesta profesional:

Querida Sally:

Muchas gracias por tu carta. El apremiante trabajo para la nueva temporada de *Te vendo* no me permitirá estar libre para almorzar, y mis compromisos como guionista son tales que no me permiten iniciar ningún trabajo nuevo contigo en un futuro próximo.

Atentamente.

Y firmé con nombre y apellido.

Aquella misma semana recibí la última buena noticia: la mejor noticia imaginable. Me la dio Walter Dickerson, quien tras meses de negociaciones con la otra parte, finalmente consiguió lo que tanto deseaba.

—Muy bien —dijo, cuando me llamó al despacho—. Ya está, ya puede volver a verla.

—¿Lucy se ha calmado?

—Sí, finalmente ha decidido que Caitlin necesitaba ver a su padre, tal como le dije que pasaría. Solo lamento que haya tardado tanto. Pero la buena noticia es que no solo puede volver a verla regularmente, sino que no ha pedido que sean visitas supervisadas, que es lo que suele pedirse en situaciones en las que se han suspendido las visitas una temporada.

—¿Su abogado ha dado alguna explicación de por qué había cambiado de idea Lucy?

—Digámoslo así: estoy seguro de que Caitlin ha influido bastante en que su madre cambiara de opinión. Y, si le he de ser sincero, la noticia de su regreso al trabajo no le ha hecho ningún daño.

Pero había otra razón, y la descubrí cuando fui a pasar mi primer fin de semana con mi hija, después de ocho meses.

Alquilé un coche en el aeropuerto para ir a casa de Lucy en Sausalito. Llamé al timbre. En un instante, se abrió la puerta y Caitlin se lanzó a mis brazos. La abracé durante largo rato. Después ella me dio un codazo y dijo:

—¿Me has traído un regalo?

Me reí, tanto por la genial impertinencia del comentario como por su extraordinaria resistencia. Habían pasado ocho meses aterradoros, y seguíamos allí: padre e hija. Para ella, no había cambiado nada.

—El regalo está en el coche. Te lo daré luego.

—¿En el hotel?

—Sí, en el hotel.

—¿El mismo hotel donde estuvimos aquella vez, en el cielo?

—No, ese hotel no, Caitlin.

—¿Ya no le gustas a tu amigo?

La miré, aturdido. Se acordaba de todo. De todos los detalles de todos los fines de semana que habíamos pasado juntos.

—Es una historia muy larga, Caitlin.

—¿Me la contarás?

Pero antes de que encontrara una forma de contestar esa pregunta, oí la voz de Lucy.

—Hola, David.

Me incorporé, todavía con la mano de Caitlin en la mía.

—Hola.

Un silencio incómodo. ¿Cómo puedes intercambiar cortesías después de tanta hostilidad, de todas aquellas horribles estupideces legales, de todo aquel daño inútil?

Pero decidí hacer un esfuerzo y dije:

—Estás guapa.

—Tú también.

Otro silencio incómodo.

Un hombre salió de detrás de la casa y se acercó al umbral donde estaba Lucy. Era alto, larguirucho, de cuarenta y pocos años, vestido de forma conservadora con el uniforme estándar de fin de semana de los chicos bien de clase media: camisa azul, jersey de lana marrón, pantalones de algodón, botas de piel. Rodeó a Lucy con un brazo y yo intenté no pestañear.

—David, te presento a mi amigo Peter Harrington.

—Me alegro de conocerte por fin, David —dijo él, ofreciéndome su mano.

La estreché pensando: «Al menos no ha dicho “he oído hablar mucho de ti”».

—Encantado —dije.

—¿Podemos irnos, papá? —suplicó Caitlin.

—Por mí sí. —Volví a mirar a Lucy—. El domingo a las seis.

Ella asintió con la cabeza y mi hija y yo nos marchamos. De camino a San Francisco, Caitlin dijo:

—Mamá va a casarse con Peter.

—Ah —dije—. ¿Y a ti qué te parece?

—Quiero ser dama de honor.

—Seguro que te dejarán. ¿Sabes a qué se dedica Peter?

—Dirige una iglesia.

—¿De verdad? —exclamé, ligeramente alarmado—. ¿Qué clase de iglesia?

—Una iglesia bonita.

—¿Te acuerdas de cómo se llama?

—Uni... uni...

—Unitaria, ¿puede ser?

—Eso es, unitaria. Es muy raro.

Bueno, al menos era una de las religiones civilizadas.

—Peter es muy simpático —añadió Caitlin.

—Me alegro.

—Y le dijo a mamá que debía permitir que me vieras otra vez.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba en la otra habitación, jugando, cuando él lo dijo.

¿Mamá no te dejaba venir a visitarme?

Miré hacia las luces de la bahía.

—No —dije.

—¿De verdad?

Caitlin, no necesitas saber la verdad.

—Sí, mi vida, es verdad. He estado fuera, trabajando.

—Pero nunca volverás a estar fuera tanto tiempo, ¿verdad?

—Nunca.

Me alargó una mano.

—¿Hecho? —preguntó.

Sonreí.

—¿Desde cuándo trabajas en Hollywood?

Ignoró mi bromita y estiró un poco más la mano.

—¿Hecho, papá?

Cogí su mano y la estreché.

—Hecho.

El fin de semana pasó en una bruma deliciosa. Y a las seis del domingo estábamos de vuelta en casa de Lucy. Cuando abrió la puerta, Caitlin corrió a abrazar a su madre, después se volvió y me dio un gran beso húmedo en la mejilla y dijo:

—Nos vemos dentro de quince días, papá.

Entró como una tromba, abrazando las muñecas Barbie y otros objetos inútiles de plástico que le había comprado durante el fin de semana. De repente, Lucy y yo nos encontramos solos en el umbral, mirándonos en medio de otro silencio incómodo.

—¿Lo habéis pasado bien? —me preguntó Lucy.

—De maravilla.

—Me alegro.

Silencio.

—Bueno... —dije, retrocediendo.

—Vale —dijo Lucy—. Adiós.

—Hasta dentro de quince días.

—De acuerdo.

Asentí con la cabeza y me volví para marcharme.

—David —dijo.

Eso me detuvo.

—¿Sí?

—Quería decirte... que me alegro de que todo se haya arreglado para ti, profesionalmente quiero decir.

—Gracias.

—Debe de haber sido espantoso.

—Lo ha sido.

Silencio. Después ella dijo:

—También quiero que sepas algo. Mi abogado me dijo que, cuando todo te salía mal, también perdiste todo tu dinero...

—Es verdad. He estado arruinado una temporada.

—Aun así me pagaste la pensión todos los meses.

—Era mi obligación.

—Pero estabas arruinado.

—Era mi obligación.

Silencio.

—Me conmovió, David. Mucho.

—Gracias —contesté.

De nuevo quedamos en un silencio angustioso. De modo que me despedí, volví al coche y fui al aeropuerto, donde cogí un vuelo de vuelta a Los Angeles. Por la mañana me levanté, fui a trabajar, tomé muchas «decisiones creativas», contesté muchas llamadas de teléfono, almorcé con Brad, encontré tres horas por la tarde para mirar ese vacío llamado pantalla del ordenador, manipulé a mis personajes para darles una apariencia de vida, acabé trabajando hasta las ocho, cerré la oficina yo mismo, compré un poco de *sushi* de camino a casa, me comí el *sushi*, bebí una cerveza mientras veía la última parte de un partido de los Lakers, me metí en la cama con una novela de Walter Mosley y dormí razonablemente bien durante siete horas. Me levanté y empecé de nuevo desde el principio.

Y en algún punto de esa rutina, se abrió camino una reflexión: todo lo que querías recuperar lo has recuperado. Pero con ese pensamiento, me vino otro: ahora estás solo.

Tenía el placer intelectual del trabajo, claro. Y tenía los dos fines de semana al mes que podía visitar a mi hija. Pero aparte de eso...

¿Qué? No tenía una familia que me esperara en casa cada noche. Otro hombre haría el papel cotidiano de padre para mi hija. Y aunque hubiera recuperado mi posición profesional, ya sabía que el éxito solo te llevaba hasta el siguiente éxito, que, a su vez, solo te llevaba...

¿Adónde exactamente? ¿Cuál era el destino definitivo? De todo, aquello era lo más desconcertante. Podemos pasar años esforzándonos por llegar a alguna parte, pero cuando finalmente llegamos, cuando todo nos viene de cara y tenemos todo lo que habíamos deseado, nos encontramos de repente ante una verdad singular: ¿hemos llegado realmente a alguna parte? ¿O estamos solamente en una estación intermedia, todavía en tránsito hacia un destino ilusorio? ¿Un lugar que desaparece de nuestra vista en cuanto ya no se nos considera tocados por el éxito?

¿Cómo podemos llegar a un final de trayecto que no existe?

Si había algo que había aprendido sobre ese camino esquivo, era esto: lo que todos buscamos es una especie de desesperada autoconfirmación. Pero eso solo podemos encontrarlo a través de los que han sido suficientemente tontos para amarnos... a los que nosotros hemos amado.

Como Martha.

El primer mes, le dejé un mensaje en el contestador día sí día no. Al fin capté el mensaje y dejé de intentar ponerme en contacto con ella. A pesar de que ocupaba mis pensamientos constantemente, como un dolor de cabeza sordo pero persistente, que se negara a marcharse.

Hasta que un viernes, unos dos meses después de nuestro último encuentro, me llegó un paquetito por correo. Cuando lo abrí, encontré un objeto rectangular envuelto en papel de regalo. También contenía un sobre tamaño carta. Lo abrí y leí:

Queridísimo David:

Es evidente que debería haber respondido a tus llamadas y a tus mensajes. Pero... estoy en Chicago, con Philip. Estoy con él porque, en primer lugar, hizo lo que le había pedido, y por lo que he leído en la prensa, tu carrera parece volver a estar encarrilada. Y estoy aquí porque, como supongo que sabes, estoy produciendo la película que escribiste.

Pero también estoy aquí, sencillamente, porque él me suplicó que me quedara. Tengo claro que parece ridículo: Philip Fleck, el señor de los veinte mil millones de dólares, suplicando algo a alguien. Pero es verdad. Me rogó que le diera otra oportunidad. Me dijo que no podía soportar la idea de perderme a mí y perder a su hijo. Y pronunció la famosa promesa: «Cambiaré».

¿Por qué lo ha hecho? No estoy segura. ¿Ha cambiado? Bueno, al menos volvemos a hablar y dormimos juntos..., lo que ya es una mejora. Y parece discretamente emocionado con la idea de su futura paternidad, aunque por supuesto lo que le preocupa más en este momento es la película. En fin, por ahora, estamos en una situación bastante satisfactoria. No puedo prever si esto durará o si volverá a su estado de introversión y yo me hartaré hasta un punto sin retorno.

Lo que sí sé es que: te has instalado en mi cabeza y no te vas. Lo cual es maravilloso y triste, pero es así. Pero claro, yo soy una romántica incurable

casada con un hombre inmune al romanticismo. Sin embargo, ¿y si me hubiese marchado contigo? ¿Una romántica incurable junto a un romántico aún más incurable? No habría dado resultado. Sobre todo porque los románticos incurables siempre aspiran a lo que no tienen. Pero en cuanto lo tienen...

Tal vez sea por eso por lo que no he podido llamarte, por lo que no he podido contestar a tus cartas. Porque habría sido de un dramatismo brutal. Pero cuando el dramatismo se hubiera esfumado... ¿entonces, qué? Nos habríamos mirado (como me dijiste que mirabas a veces a Sally) y habríamos pensado: ¿para qué? O podríamos haber vivido felices para siempre. Es el azar, y a nosotros nos atrae muchísimo, porque necesitamos el frenesí, el dramatismo, la sensación de peligro. Tanto como tememos el frenesí, el dramatismo, la sensación de peligro. Creo que se le llama no saber lo que quieres.

Una parte de mí te quiere, y otra parte de mí te teme. Y mientras tanto, he tomado una decisión: me quedo con el señor Fleck, y espero que todo salga bien, porque ahora mi vientre es bastante prominente, y no quiero estar sola cuando él o ella llegue, y porque quizá quise o todavía quiero a su muy extraño padre, y desearía que este niño fuera tuyo, pero no lo es, y la vida tiene mucho que ver con el momento y el nuestro no era el correcto, y...

Bueno, ya habrás entendido mis divagaciones.

Sobre este tema hay unos versos de nuestra poeta favorita, aunque en un estilo más conciso que el mío:

Es la Hora de Plomo
que se recuerda si se sobrevive.
Como los que se hielan se acuerdan de la nieve
Primero... Frío... luego Estupor... luego abandonarse.

Espero que te abandones, David.

Y en cuanto termines de leer esta carta, por favor, no le des más vueltas, no te imagines lo que podría haber sido. Vuelve a trabajar.

Con cariño.

Martha

No seguí en seguida sus instrucciones, porque primero abrí el regalo, y me encontré con una primera edición, de 1891, de los Poemas de Emily Dickinson, editados por Robert Brothers, en Boston. Sostuve el libro en la mano, maravillado por su compacta elegancia, su peso venerable, su aura de permanencia, aunque, como todo, algún día también se convertiría en polvo. Después levanté la cabeza y me vi reflejado en la pantalla negra de mi portátil: un hombre de mediana edad que, a diferencia del libro que tenía en la mano, no existiría al cabo de ciento once años.

Algo más se me pasó por la cabeza: una petición que me había hecho Caitlin cuando nos habíamos visto la semana anterior. Mientras la acostaba en la habitación del hotel, me pidió que le contara un cuento. Concretamente, el de los tres cerditos. Pero con una condición:

—Papá, ¿puedes contar el cuento sin el lobo malo? —preguntó.

Durante un momento me pregunté cómo hacerlo para que funcionara.

—Veamos... Había una casa de paja, una casa de madera y una casa de ladrillo. ¿Qué sucede después? ¿Forman una comunidad de vecinos? Lo siento, mi vida, pero el cuento no tiene sentido sin el lobo malo.

¿Por qué no tiene sentido? Porque todos los cuentos tienen que ver con una crisis: la vuestra, la mía, la del tipo sentado enfrente en el tren mientras estás leyendo esto. Todo es narrativa, al fin y al cabo. Y toda la narrativa, todos los géneros literarios, comportan una realidad fundamental: necesitamos las crisis. La angustia, la añoranza, la sensación de lo posible, el miedo al fracaso, el deseo de la vida que imaginamos querer, la desesperación por la vida que tenemos.

Las crisis, en cierto modo, nos hacen pensar que somos importantes, que las cosas no son puramente temporales, que podemos llegar a trascender la insignificancia. Más aún, las crisis nos hacen ver que, nos guste o no, siempre estamos a la sombra del lobo malo. El peligro que acecha detrás de cualquier cosa, el peligro que nos creamos nosotros mismos.

Pero, en última instancia, ¿quién es el cerebro de nuestras crisis? ¿De quién es la mano que las controla? Para unos, de Dios. Para otros, del Estado. O puede ser de la persona a quien deseamos culpar de todas

nuestras desventuras: el marido, la madre, el jefe. O quizá, solo quizás, uno mismo.

Eso es lo que todavía no he entendido de lo que me ha pasado últimamente. Había un malo en la historia, sí, alguien que me tendió una trampa, que me aplastó, y después volvió a ponerme en pie. Y yo sabía quién era ese hombre. Pero..., y este es un gran «pero»..., ¿podría ser que él fuera yo?

Fijé de nuevo la mirada en la pantalla negra. El perfil de mi cara estaba recortado en una negrura de tinta. Una silueta de fantasma. Una aparición espectral. Y entonces pensé que, desde el momento en que el hombre podía ver su imagen reflejada, le asaltaban las tétricas cavilaciones habituales que se nos insinúan cada día: «¿Qué pinto yo en todo esto? Y ¿tiene esto alguna importancia?».

Ni entonces ni ahora he sabido encontrar respuesta. Excepto quizá la misma que me repito a mí mismo:

Deja de meditar sobre temas imposibles. Olvídate de la futilidad de todo. Y no pienses en lo que podría haber sido: sigue adelante y basta. Porque, ¿qué más puedes hacer? Solo hay un remedio: volver al trabajo.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

OceanofPDF.com



Douglas Kennedy nació en Nueva York en 1955 y vive entre Londres y París con su esposa y dos hijos.

Entre sus novelas, cabe destacar: *En busca de la felicidad*, *Una relación especial*, *Perderlo todo*, *El discreto encanto de la vida conyugal...* También es autor de tres libros de viajes: *Más allá de las pirámides*, *In God's Country* y *Chasing Mammon*.

Su obra se ha traducido a sesenta idiomas y su primera novela, *The Dead Heart*, ha sido llevada al cine como *Welcome to Woop-Woop*.

OceanofPDF.com

Notas

[1] The Book Soup: Sopa de Libros. (N. de la T.). <<

[2] Escritor, director, productor y actor de Hollywood, conocido sobre todo por su contribución como guionista en famosas películas. (N. de la T.). <<

[3] Famosa librería de Nueva York. (N. de la T.). <<

[4] Oferta Pública Inicial. Se refiere a las acciones de reciente introducción en el mercado que se cotizan todavía bajas, a menudo empresas relacionadas con la informática, como los proveedores de servicios de Internet. (N. de la T.). <<

[5] Fundador de *Playboy*. (N. de la T.). <<

[6] Jonestown, en Guayana, tristemente célebre por la muerte de 912 miembros de la secta People's Temple (Templo del Pueblo). (N. de la T.).
<<

[7] Besitos. (N. de la T.). <<

[8] Trastorno neuropsiquiátrico complejo caracterizado por alteraciones motoras y por una variedad de desórdenes del comportamiento y tics (N. de la T.). <<

OceanofPDF.com